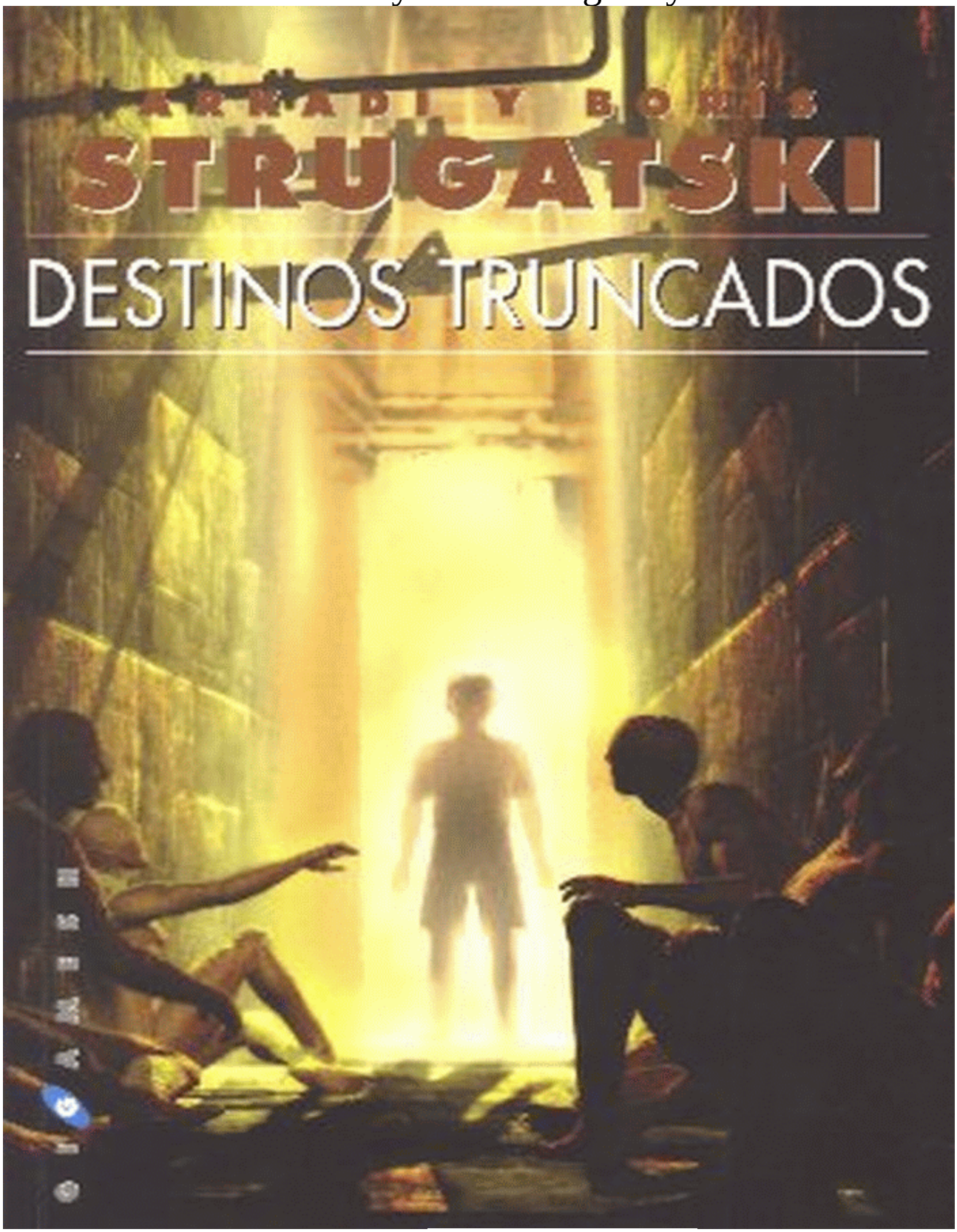
DESTINOS TRUNCADOS

Arkadi y Boris Strugatsky



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Presentación

Ponemos en manos del lector una novela de Arkadi y Boris Strugatsky nunca antes traducida al castellano: Destinos truncados. *Es una obra de complicada gestación, escrita y publicada en dos partes por separado y que sólo apareció, en el formato en que aquí se presenta, en el año 1989, hacia el final de la perestroika.*

*La novela está estructurada en dos relatos independientes, que los críticos y estudiosos de la obra de estos dos grandes de la ciencia ficción denominan relato «interno» y relato «externo». El relato «interno» fue escrito en 1967, con el título de «*Los cisnes feos*», el mismo del capítulo octavo de la presente edición. Tuvieron que transcurrir varios lustros para que los autores se decidieran a reunir las dos tramas en una sola.*

El relato «externo» nos lleva al mundo intelectual soviético de los años sesenta y setenta, en la época del estancamiento brezhneviano, preludio de la caída ineludible del gran experimento social que constituyó la URSS durante más de siete décadas. La existencia comedida y cuidadosa del escritor Félix Sorokin, cuya biografía no difiere significativamente de la de la mayoría aplastante de su generación, transcurre entre el absurdo y la mediocridad, entre chispazos de talento y rebeldías mínimas que siempre terminan aceptando los caprichos del poder y las modas sociales en boga.

Quienes rodean a Sorokin y se sientan a su mesa en el club de los escritores, comparten las delicias gastronómicas del momento y beben vodka con él, constituyen un muestrario convincente de la fauna literaria de aquella época. Los pequeños conflictos y las grandes miserias que atenazan a los personajes, algunos de ellos gente de gran talento, están reflejados con precisión y sin piedad. Igualmente, la soledad voluntaria del protagonista, la amargura que marca sus recuerdos, la resignada comprensión de que lo mejor de su obra se daría a conocer después de su muerte, fueron durante décadas rasgos distintivos de los que, sin buscar el enfrentamiento, elegían el exilio interior como forma de disensión.

El relato «externo» discurre casi hasta el final por un camino realista, ajeno a cualquier intromisión de la fantasía. Los elementos fantásticos pertenecen a la otra mitad de la novela, al relato «interno», cuyos hechos tienen lugar en una extraña ciudad, sumida siempre en la lluvia, donde el escritor Bánev, álter ego de Sorokin pero con menos años y más furia en el cuerpo, hunde su perplejidad, su inconsistencia y su desprecio ante la realidad en ingentes cantidades de alcohol.

Ese relato «interno» es el contenido de la Carpeta Azul, la que Sorokin esconde con cuidado y revisa sólo en momentos de inspiración. Es la obra que ha de concluir si quiere que su vida signifique algo. Al menos, eso le asegura Mijaíl Afanásievich, el misterioso operador de Metales*, la máquina que mide el talento literario y cuyo origen parece perderse en el tiempo.*

*«*Los cisnes feos*», el relato «interno», reúne en sus páginas los conceptos filosóficos centrales que contiene la obra de los Strugatsky, los mismos que motivaron la feroz campaña de hostilidad lanzada contra ellos por grupos fundamentalistas dentro de la renacida Iglesia ortodoxa rusa entre 1985 y 1992, y a la que no fue ajeno el tema: antisemitismo ruso.*

La ciudad en la que nunca escampa es escenario de un cambio trascendental

que nadie se atreve a predecir adonde llevará, Bánev, la bella Diana y el doctor Gólem ven un mundo que se derrumba en torno a ellos y contemplan el espectáculo con agrado, participando de una u otra forma en un proceso que presumiblemente los destruirá a ellos mismos, pues en la nueva realidad no parecen tener sitio. ¿Qué los mueve? Quizá un deseo de justicia, o el hastío ante una realidad contradictoria, incapaz de avanzar o transformarse. Los niños, los adolescentes, son los abanderados de lo nuevo, de eso que nace bajo el cuidado solícito de los «leprosos», extraños enfermos que mueren cuando se les aparta del conocimiento.

Oscuros personajes recorren la trama. Desde los matones de Flamin Yuventa hasta los servicios especiales, encarnados en Pavor Summan. Otras fuerzas intentan mantenerse al margen o, al menos, no impedir lo que consideran que podrán manipular. Bánev se mueve entre todos ellos, hablando con los niños iluminados e implacables, dándose puñetazos con los mamporreros, haciendo que los servidores del poder se enfrenten entre sí. Pero nadie comprende el significado de ese nuevo mundo, que para reafirmarse no necesita ni siquiera aniquilar el antiguo, condenado a perecer por sus propias e insalvables contradicciones.

Y es precisamente la idea de que la salvación de la especie humana, balbuceante y absurda, sólo podrá surgir de ella misma, sin intervención de fuerzas sobrenaturales o deidades todopoderosas, la afirmación de que sólo el conocimiento (no el dogma del signo que sea) es la semilla capaz de engendrar esa salvación, lo que situó a los Strugatsky en el punto de mira del fundamentalismo religioso ruso finisecular. Pero éste, al igual que décadas antes los guardianes de la pureza ideológica en nombre del partido único, se vio obligado a callar. Porque es verdad que un libro nunca es más fuerte que un acto de represión. Pero éstos se olvidan y la belleza del relato, del poema, permanece. Y en eso reside la grandeza de la buena literatura.

Justo E. Vasco

¡Cómo danza la llamita!
Entre las hojas cerradas de la ventana
El otoño irrumpe en casa.
Raydzan

UNO
Félix Sorokin. Tormenta de nieve.

A mediados de enero, aproximadamente a las dos de la tarde, me encontraba sentado junto a la ventana y, en lugar de dedicarme a escribir el guión, bebía vino y meditaba sobre varias cosas a la vez. Tras la ventana soplaba el viento, los coches reptaban con miedo por la carretera, los montones de nieve cubrían los arcenes y, tras la cortina de la nieve que caía, se distinguía apenas la silueta oscura de los macizos de árboles desnudos, los matorrales erizados y las franjas de arbustos en la tierra baldía.

La tormenta barría Moscú.

La tormenta barría Moscú como si se tratara de una estación de tren olvidada de Dios en la tundra siberiana. Media hora antes, un taxi había dado un violento patinazo en el centro de la carretera tras intentar irreflexivamente hacer un giro cerrado, y pensé cuántos vehículos (taxis, autobuses, camiones, hasta rutilantes limusinas negras con neumáticos especiales) derrapaban en aquel

mismo momento por toda la inmensa ciudad.

Mis pensamientos, vagos e indefinidos, fluían en varios niveles, obstaculizándose unos a otros. Pensaba, por ejemplo, en los conserjes que limpiaban los patios. En que antes de la guerra no había quitanieves, no existían esas máquinas de brillantes colores, semejantes a monstruos, esos vehículos que limpian la nieve, la amontonan y la lanzan hacia las cunetas. En aquella época sólo estaban los conserjes, con sus delantales, sus escobillones, sus palas cuadradas de madera... Siempre con botas de fieltro. Y recordaba que, por aquel entonces, no había menos nieve en las calles. Pero quizá, también es cierto, los fenómenos atmosféricos no eran tan monumentales...

Y también pensaba que, en los últimos tiempos, a menudo me ocurrían hechos tristes, absurdos, sospechosos incluso, como si quien manejaba mi destino se hubiera vuelto idiota a causa del aburrimiento y estuviera haciendo trucos de magia; pero era tonto y sus trucos resultaban tontos, de tal manera que ni siquiera a él mismo le causaban algo que no fuera incomodidad y una vergüenza que hacía encoger los dedos de los pies dentro de los zapatos.

Y tras todo eso, no dejaba de pensar que ahí estaba, arrinconada a la derecha, mi máquina de escribir marca Tippa, con el relieve de la letra zeta gastado desde el principio y con una página sin terminar, en la que podía leerse:

> *...Las torretas de los tanques habían girado a la izquierda y disparaban sus cañones contra las posiciones de los guerrilleros, disparaban metódicamente, por turno, para dar tiempo a que cada uno pudiera apuntar. Tras la torreta del tanque de vanguardia estaba en cuclillas Rudolf, teniente de las SS, al mando de los blindados. Era el cerebro, el director de aquella orquesta de muerte, daba órdenes con ademanes a los soldados de infantería de las SS que marchaban detrás con sus fusiles automáticos. De vez en cuando, las balas de los guerrilleros golpeaban el blindaje, levantaban salpicaduras en torno a las orugas o hacían brotar surtidores de agua en los charcos oscuros.*
>
> *El secreto de los guerrilleros en la primera línea es una trinchera mínima junto a la orilla de la ciénaga. Dos guerrilleros, uno joven y uno viejo, miran, confusos, a los tanques que se aproximan.* ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!, *disparan los cañones de los tanques.*

Tengo cincuenta y seis años, pero no he estado nunca con los guerrilleros y tampoco sé qué es resistir un ataque de tanques. Y si hablamos con rigor, debí haber muerto en la batalla del arco de Kursk. Allí cayó toda nuestra escuela; solamente se salvaron Rafka Rezánov, que perdió ambas piernas; Vasia Kuznetsov, del batallón de ametralladoras, y yo, del de morteros.

Una semana antes de la graduación, a Kuznetsov y a mí nos mandaron a Kuíbishev, al Instituto de Traductores Militares. Se ve que aquel que manejaba mi destino rebosaba aún de entusiasmo hacia mi persona y quería ver qué saldría de mí. Y así pasé toda mi juventud en el ejército y siempre he considerado mi obligación escribir sobre el ejército, sobre los oficiales, sobre el ataque de los tanques... aunque con el paso de los años me venía con frecuencia a la cabeza una misma idea: precisamente por el hecho de que estaba vivo de pura casualidad, no debería ser yo quien escribiera sobre esos temas.

En eso estaba pensando en aquel momento, mientras contemplaba por la

ventana la Tercera Roma[1], barrida por la tormenta. Agarré el vaso y bebí un largo trago. Otros dos coches se habían atascado junto al taxi del derrape, y unas figuras tristes, con palas, vagaban por allí, encorvadas bajo el viento.

Me dediqué a mirar las estanterías llenas de libros.

«Dios mío —pensé de repente, sintiendo frío en el corazón—, por supuesto, ¡ésta es mi última biblioteca! Ya no tendré otra. Es tarde. Se trata de mi quinta biblioteca, y ahora es ya la última.» De la primera sólo me queda un libro, que se ha convertido en una rareza bibliográfica: *El ayudante del general May-Maievski,* de P. V. Makárov. No hace mucho rodaron una serie de televisión basada en ese libro, titulada *El ayudante de Su Excelencia;* era bastante buena, pero no respetaba mucho el texto, donde todo era más serio, más fundamentado, aunque había muchas menos aventuras heroicas. Se ve que el tal Pavel Vasilievich Makárov era un hombre importante y me agrada leer en el reverso de la página titular la dedicatoria, escrita con lápiz tinta:

> *Al querido camarada A. Sorokin. Que este libro le haga recordar la figura del ayudante del general May-Maievski, sustituto del comandante del Ejército Rebelde de Crimea. Con sinceros saludos guerrilleros, P. V. Makárov. 6/IX/1927. Leningrado.*

Me imagino cuánto valoraba ese libro mi padre, Alexandr Alexándrovich Sorokin. A propósito, no me acuerdo de nada de todo eso. Y tampoco de cómo se salvó el libro cuando una bomba cayó sobre nuestro edificio en Leningrado y la primera biblioteca desapareció por completo.

De la segunda biblioteca no quedó nada. La fui reuniendo en Kansk, donde impartí clases durante dos años, antes de que me ocurriera aquel escándalo. Mi salida de Kansk, debido a las circunstancias, fue precipitada y ordenada desde arriba, sin posibilidad de apelación. Klara y yo logramos empaquetar los libros, e incluso los enviamos a Irkutsk por paquetería postal, pero sólo estuvimos dos días en aquella ciudad, una semana después ya estábamos en Korsakov, y a la semana siguiente navegábamos en un barco pesquero hacia Petropávlovsk, de modo que mi segunda biblioteca nunca pudo reunirse conmigo.

Hasta hoy lo sigo lamentando muchísimo. Allí tenía cuatro tomos de *Tarzán* en inglés, que compré durante unas vacaciones en una librería de viejo de la calle Liteini, en Leningrado; *La máquina del tiempo* y una compilación de cuentos de Wells, con ilustraciones de Fitinghof que se regaló con la revista *Explorador Universal;* la colección encuadernada de *Alrededor del Mundo,* correspondiente a 1927... En aquella época me apasionaba ese tipo de lecturas... Y en mi segunda biblioteca también había algunos libros con un destino muy especial.

En el cincuenta y dos, en las Fuerzas Armadas se dio la orden de dar de baja y destruir toda la producción editorial de contenido ideológicamente dañino. Y en los almacenes de nuestra escuela había una biblioteca de trofeo, que al parecer había pertenecido a un miembro de la corte del emperador de Manchukuo, Pu Yi. Y por supuesto, nadie tenía ganas de separar las manzanas sanas de las podridas en aquel montón enmohecido, formado por miles de tomos escritos en japonés, chino, coreano, inglés y alemán, por lo que se dio la orden de destruirla entera.

El verano estaba en su apogeo, el calor no cesaba y las tapas se retorcían entre llamas del color de la sangre, mientras los cadetes, tiznados cual demonios

---

[1] Nombre dado a Moscú por la Iglesia ortodoxa rusa desde la época de Ivan el Terrible. La Segunda Roma es Constantinopla. (*N.del T.*)

en el infierno, se afanaban de un lado a otro; y por encima de toda la instalación volaban ingrávidos copos de ceniza; y cada noche, a pesar de la más estricta prohibición, nosotros, los oficiales profesores, nos aproximábamos a los montones preparados para el día siguiente y con ansia devoradora agarrábamos lo que nos caía a mano y nos lo llevábamos a casa. Conseguí una excelente *Historia del Japón,* en inglés, una *Historia de la investigación criminal en la era Meiji...* Bah, qué más da, de todos modos no tuve tiempo de leer aquello con calma, ni lo tendría ahora.

La tercera biblioteca se la regalé a la casa de cultura de Paranaisk en el cincuenta y cinco, cuando regresé de Kamchatka.

¿Cómo pude decidirme entonces a solicitar que me licenciaran? En aquella época no era nadie, no sabía hacer nada, no conocía la vida civil, llevaba sobre mis espaldas la carga de una esposa caprichosa y a la bella Katia de rizos dorados... No, de haber visto que el ejército me prometía algo bueno, nunca me hubiera arriesgado. Pero en el ejército no me esperaba nada: en aquella época yo era joven y orgulloso, me aterrorizaba imaginarme como un simple tenientillo, el mismo traductor de siempre, en la división de siempre, durante todos los años que me quedaban por delante.

Es extraño que nunca escriba sobre esos años. Es un material que le interesaría a cualquier lector. Cualquier lector lo compraría de buena gana, sobre todo si estuviera escrito de esa manera moderna y audaz que hace tiempo no soporto, pero que, por causas que desconozco, gusta mucho. Por ejemplo:

> *La cubierta del* Koñey-maru *estaba resbaladiza y apestaba a pescado podrido y a nabos en salmuera. Los cristales de la cabina estaban rotos, protegidos con tiras de papel engomado.*

(Lo que más valor tiene es describir, describir, describir. Los cristales estaban rotos, los labios estaban deformados...)

> *Valentín, con el fusil automático pegado al pecho, entró en la cabina.*
>
> *—Sal de ahí,* sentyo *—dijo, severo.*
>
> *El capitán compareció ante nosotros. Era viejo y jorobado, su rostro carecía de vello, y bajo la quijada colgaban unos ralos pelos canosos. Llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo con ideogramas rojos, y el lado derecho de su chaqueta azul también lucía ideogramas, sólo que blancos. Se abrigaba los pies con calcetines gruesos, cálidos. El capitán se nos acercó, juntó las manos ante el pecho e hizo una reverencia.*
>
> *—Pregúntale si sabe que se ha metido en nuestras aguas —ordenó el mayor.*
>
> *Lo hice y el capitán respondió que no lo sabía.*
>
> *—Pregúntale si sabe que la pesca dentro del límite de doce millas está prohibida —ordenó el mayor.*

(Esto también se valora: ordenó, ordenó, ordenó.)

> *Se lo pregunté. El capitán respondió que lo sabía, sus labios se abrieron, mostrando los escasos dientes amarillentos.*
>
> *—Dile que tanto el barco como la tripulación están bajo arresto —ordenó el mayor.*
>
> *Traduje. El capitán comenzó a asentir sin parar, o quizá sufriera de*

convulsiones de cabeza. Volvió a juntar las manos ante el pecho y comenzó a hablar, rápido y con claridad.

—¿Qué dice? —preguntó el mayor.

Según lo que podía comprender, el capitán rogaba que dejaran partir al barco. Decía que no podían retornar a casa sin pescado, que todos morirían de hambre. Hablaba en algún dialecto, en lugar de «ki», decía «xi», en lugar de «tzu» decía «tu», y resultaba muy difícil entenderlo...

A veces pienso que podría escribir resmas de cosas así. Pero lo más probable es que no pueda. Sólo se pueden escribir resmas de aquello que no te importa en absoluto.

Una semana después, cuando nos despedimos, el capitán del barco pesquero me regaló un tomito de Kikutikan y *El hombre sombra,* de Edogawa. Ahí están, uno junto al otro. A la casa de cultura de Paranaisk no le hacían ninguna falta. *El hombre sombra* fue el primer libro japonés que leí de principio a fin. Me encanta Hirai Taro, por algo escogió ese seudónimo, Edogawa Rampo, o sea, Edgar Allan Poe.

Klara se quedó con la cuarta biblioteca. Y que Dios las acompañe a las dos. Es una tontería imperdonable registrar ahora esos rincones. Cuántas veces me juré no tocar ni siquiera mentalmente aquello que supone para mí humillación y ofensa. Siempre le debo algo a alguien, o no he cumplido alguna promesa, he dejado mal a alguien, he echado a perder los planes de alguien... ¿Y no será porque se me ha ocurrido considerarme un gran escritor al que todo le está permitido?

Y tan pronto recordé esta inevitable maldición mía, comenzó a sonar el teléfono. Nuestro presidente, Fiódor Mijéievich, con una voz en la que se percibía claramente la irritación, me preguntó cuándo tenía la intención de pasar por la calle Bánnaia.

—Qué desperdicio, Félix Alexándrovich —me decía—. Es la cuarta vez que te llamo —decía—, y no haces el menor caso. Y nadie te está mandando a descargar patatas podridas, tú, emborronador de cuartillas. A los científicos los mandan allí, a los doctores en ciencias, pero a ti sólo se te pide que pases por la Bánnaia y que entregues diez cuartillas mecanografiadas, por hacerlas no te quedarás manco. Y no es para que alguien se divierta, no —me decía—, no se trata del tonto capricho de cualquiera, sino que tú mismo votaste por ayudar a los científicos, a esos lingüistas, a esos matemáticos cibernéticos... No has cumplido... nos has hecho quedar mal... has echado a perder... no sé quién te crees que eres...

¿Qué podía hacer yo? Prometí una vez más que aquel mismo día pasaría por allí, y al otro lado del hilo colgaron con ira, con reproche. Me apresuré a servirme los restos de vino y bebí para calmarme, mientras pensaba con desesperada claridad que el día anterior debía haber comprado coñac, y no aquel vino asqueroso. O, mejor todavía, vodka de trigo.

Se trataba de que el otoño anterior, nuestro secretariado decidió satisfacer la petición de cierto instituto lingüístico, creo que de investigaciones científicas, de que todos los escritores moscovitas presentaran varias páginas de sus manuscritos para unas investigaciones especiales, algo relacionado con la teoría de la información, con una cosa llamada entropía del lenguaje... Ninguno de nosotros entendió bien de qué se trataba, con excepción quizá de Garik Aganián quien, según dicen, lo comprendió pero no pudo explicárselo a nadie. Sólo entendimos que ese instituto necesitaba la mayor cantidad posible de escritores,

y lo demás no tenía importancia: ni cuántas páginas, ni qué páginas, ni qué contenido, nada, sólo había que ir a verlos a la calle Bánnaia, cualquier día laborable, de nueve a cinco. En aquel momento nadie tuvo objeciones, todo lo contrario, muchos se sintieron halagados de participar en el progreso científico-técnico; así que, según se comenta, en la Bánnaia los primeros días hubo cola y hasta algún que otro escándalo. Y después, todo se disolvió, se olvidó, y ahora el pobre de Fiódor Mijéievich nos molesta una vez al mes, a veces antes, nos avergüenza e insulta por teléfono y cuando nos pesca, en persona.

Por supuesto, no es bueno atravesarse en el camino del progreso científico-técnico, y por otra parte, somos personas como las demás: voy por la calle Bánnaia y recuerdo que debo pasar por el Instituto, pero no llevo conmigo el manuscrito; o tengo el manuscrito en el bolsillo, me dirijo precisamente hacia la Bánnaia y de alguna extraña manera termino en el club. Yo explico todas estas misteriosas desviaciones debido a que, según creo, no es posible considerar con seriedad este invento de nuestro secretariado, al igual que muchas otras ocurrencias suyas. Pero, ¿qué entropía del lenguaje puede haber aquí, junto al río Moscova? Y sobre todo, ¿qué tengo que ver yo con eso?

Pero no había manera de huir, y me dediqué a buscar la carpeta en la que, recuerdo, guardé el manuscrito hacía más de dos semanas. La carpeta no estaba encima del escritorio, y en ese momento me acordé de que me dispuse a ir a la Bánnaia cuando estaba en la redacción de *El Extranjero Inválido,* adonde había ido con Kap-Kápich y Nos-Nósich a discutir, a causa de un artículo. Pero al volver del *Inválido,* no fuimos a la Bánnaia, sino al restaurante Pskov. Así que, en aquel momento, no servía de nada buscar aquella carpeta.

Gracias a Dios, siempre tengo suficientes manuscritos. Me levanté con dificultad del butacón, caminé hasta el rincón más lejano de la estantería y allí me senté, con un gemido, en el suelo. Ah, hay muchos movimientos que ahora sólo puedo realizar con gran dificultad, tanto corporales como espirituales.

(Nos levantamos con dificultad después de dormir. Cambiamos las sábanas con dificultad. Y con dificultad seguimos el hilo de nuestros pensamientos. El avance del fuego lo oímos con dificultad, pero siempre estamos dispuestos a dirigir las oleadas de llamas. Con dificultad. Creo que eso lo dicen los *Upanishad.* O quizá no sean los *Upanishad.)*

Con dificultad abrí la portezuela de un pequeño armario empotrado y sobre mis rodillas cayeron varias carpetas, libretas a rayas con cubiertas de hule de diversos colores, cuartillas amarillentas, densamente escritas, sujetas con grapas oxidadas. Tomé la primera carpeta que se me ocurrió, con las esquinas rotas por el tiempo, cerrada con una cinta sucia, la cubierta llena de notas borrosas, donde sólo pude distinguir un número antiguo de teléfono, de seis cifras, con una letra al principio, y una fila de ideogramas escritos con tinta verde: seynen jiday-no saku: creaciones de los años mozos. No había revisado aquella carpeta desde hacía quince años. Todo lo que había allí era muy antiguo, de la época de Kamchatka, incluso anterior, de tiempos de Kansk, Kazan, del Instituto de Traductores Militares: hojas a rayas, arrancadas de libretas, cuadernos rústicos cosidos con hilos gruesos, algunas cuartillas de un papel rugoso, amarillento, quizá de envolver o simplemente reseco hasta lo imposible, todo escrito a mano; ni una línea, ni una letra a máquina.

El negro taciturno sacó de la oficina el butacón con aquella ruina humana. Cuando salió, el jefe cerró bien la puerta...

¿Qué negro era aquél? ¿Y esa ruina humana? No me acordaba de nada.

—A propósito, ¿vio si había chinos entre los bolcheviques? —preguntó el jefe de repente.

—¿Chinos? Hummm... Creo que sí. Chinos, o coreanos, o mongoles. En una palabra, asiáticos...

¡Sí, sí, me acuerdo! Era un panfleto político mío... No... no me acuerdo de nada.

El castillo cayó, pero la guarnición había vencido.

Pues sí.

—¡Ti vio! ¡Ti vio! —gritó Huevos de Conejo, al detectar a su adversario invisible... Y un nuevo disparo desde arriba, en la niebla...

Ah, era cuando yo estaba traduciendo a Kipling, *Kim, Stalky & Co.* Mil novecientos cincuenta y tres. Kamchatka. Estoy sentado en el puesto de mando, traduciendo a Kipling, ya que cuando no hay un enemigo visible, el traductor no tiene nada que hacer.

Huevos de Conejo: *Rabbit's Eggs.* Y no hay de qué reírse, chicos. Si Kipling hubiera querido decir lo que vosotros pensáis, habría escrito *«Rabbit's Balls».* Sí, recuerdo que me costó mucho trabajo aquella traducción, pero fue una excelente escuela, la mejor escuela para un traductor es una obra escrita con talento, que describa un mundo totalmente desconocido, ubicado de manera concreta en el tiempo y en el espacio...

Y aquí está *Ocurrió durante la guardia.* También el año cincuenta y tres, también en Kamchatka.

«Posteriormente Berkutov, el centinela que custodiaba la puerta del cuerpo de guardia, no podía recordar qué fue lo primero que lo puso en alerta y le hizo apretar su arma con más fuerza y prestar una tensa atención a los ruidos confusos de la cálida noche de julio. Sencillamente, al susurro de las hojas, al sonido de los propios pasos, al crujido somnoliento de las ramas se había añadido...», etcétera. En pocas palabras, bajo el manto de la noche se aproximaron al centinela, lo agredieron y él, sin posibilidad de rechazarlos, gritó que dispararan contra su posición.

En aquellos tiempos, mis concepciones literarias eran las de un moralista grandioso, y no sólo de un moralista, sino del inspirado aeda del reglamento militar. Y más adelante, camaradas soldados, lo fundamental en este caso que *Ocurrió durante la guardia* fue nada menos que esto:

¿Cómo pudo ocurrir que Linkó, tan buen conocedor de los reglamentos, se permitiera una infracción tan brutal del reglamento del servicio de guardia? ¿Y tú, Berkutov? ¿Acaso no te comportaste como un tonto, no viste adonde había ido Simakov? Y todos nosotros, ¿cómo no caímos en la cuenta de que Simakov no estaba aquí cuando el destacamento de guardia fue llamado a las armas?

¡Qué extraño resulta leer esto hoy! Es como si se lo contaran a uno con ternura, como a un bebé de tres añitos que no ha podido aguantarse y se lo ha

hecho encima, delante de todos los invitados. Pero entonces yo no tenía tres añitos, sino veintiocho. ¡Cuánto añoraba ver mi nombre impreso, sentirme escritor, jactarme ante todos de ser el preferido de las musas y de Apolo! Y qué desilusión cuando en la revista *El Arrojo de Suvórov,* que Dios les dé salud muchos años, me devolvieron el manuscrito bajo el pretexto cortés de que lo narrado en *Ocurrió durante la guardia* no constituía un hecho típico en nuestro ejército. Santas palabras. A lo largo de mi vida he estado de guardia unas doscientas horas, y solamente en una ocasión se sumaron otros ruidos al susurro de las hojas, al sonido de mis pasos y, en especial, al crujido somnoliento de las ramas. Lo que ocurrió fue que en la más negra penumbra alguien intentaba, con terquedad y decisión, atravesar la cerca de alambre espino, sin reaccionar a mis gritos desesperados de «¡Alto! ¡Alto! ¿Quién va?». El jefe de la guardia, que se acercó corriendo al oír los disparos, descubrió un macho cabrío muerto, enredado en la alambrada. Airado, me prometió mandarme al calabozo, pero después todo se arregló...

No, no les daré mi *Ocurrió durante la guardia* para que le hagan la autopsia. Lo dejo aquí. Y nuevamente pensé que si a ellos les daba lo mismo analizar *Ocurrió durante la guardia* o un butacón con una ruina humana, todo aquel invento con la entropía del lenguaje era una idiotez.

Aparté las «Creaciones de los años de juventud» y tomé otra carpeta, de aspecto totalmente moderno, bien atada con cintas rojas perfectamente conservadas. Había una etiqueta blanca en la cubierta, que decía:

FRAGMENTOS, COSAS NO PUBLICADAS, TRAMAS, PLANES.

Abrí la carpeta y al momento tropecé con un relato titulado *Narciso,* escrito en el año cincuenta y siete. Recuerdo muy bien ese cuento. Los personajes son: el doctor Lobs, Chois du Gurzelle, el conde Denker, la baronesa Lust... Se menciona también a: Cartesais-Chanoise, «idiota total, impotente desde los dieciséis años», así como a Estella Bois-Cossut, tía del conde Denker, sádica y lesbiana. El quid de este cuento consiste en que el mencionado Chois du Gurzelle, aristócrata e hipnotizador de poder poco corriente, tropieza con su imagen reflejada en el espejo en el momento en que «su mirada rebosaba deseo implorante, con ella daba una orden tierna y orgullosa, un llamado a la sumisión y al amor». Y como «ni siquiera el propio Chois du Gurzelle podía oponerse a la voluntad de Chois du Gurzelle», el pobrecillo se enamora locamente de sí mismo. Como Narciso. Un relato diabólicamente elegante y aristocrático. Estaba también el siguiente pasaje:

> *Por suerte para él, después de Narciso había vivido el pastor Onán. Y el conde vive consigo mismo, asiste a las fiestas y coquetea con las damas, probablemente dando lugar en su interior a unos agradables y emocionantes celos de sí mismo.*

¡Ay, ay, ay, ay, cuánta basura amanerada, grosera, de salón! Y pensar que eso salió de la misma parcela de mi alma de donde salieron, quince años después, mis *Cuentos infantiles modernos,* de donde ahora surge mi Carpeta Azul...

No, no les entregaré mi *Narciso.* En primer lugar, porque sólo existe una copia. Y en segundo, nadie tiene necesidad de saber que Félix Alexándrovich Sorokin, autor de la novela *Camaradas oficiales* y de la obra de teatro *¡Alinearse por el centro!,* sin mencionar siquiera multitud de guiones y reportajes militares,

también escribe todo tipo de fantasmagorías pornográficas.

Esto es lo que les voy a dar. Año cincuenta y ocho. *Los Koriaguin.*

Obra en tres actos. Personajes: Serguei Ivánovich Koriaguin, científico, de unos 60 años: su esposa Irina Petrovna, de 45 años: Nikolai Serguéievich Koriaguin. hijo de su primer matrimonio, oficial desmovilizado, de unos 30 años. Y otros siete personajes: estudiantes, artistas, alumnos de la academia militar. La acción transcurre en Moscú, en nuestros días.

Ama: Escucha, ¿puedo preguntarte una cosa?
Nikolai: Inténtalo.
Ama: ¿Y no te enfadarás?
Nikolai: Depende... No. no me enfadaré. ¿Se trata de mi esposa?
Ama: Sí. ¿Por qué te divorciaste de ella?

Muy bien. Antón Pávlovich. Konstantín Serguéievich. Vladímir Ivánovich[2]. Lo fundamental es que está inconclusa y nunca será terminada. Eso es lo que les daré.

Tras apartar el manuscrito y dejarlo a mi espalda, me dediqué a meter todo lo demás a empujones en el pequeño armario, y en ese instante cayó en mis manos una libreta corriente, de cubierta marrón, hinchada por multitud de cuartillas que asomaban entre sus páginas. Sonreí, alegre, y dije: «¡Conque estás aquí, palomita!», porque aquella libreta era sagrada, preciosa: se trataba de mi diario de trabajo que había perdido el año pasado, cuando por última vez intenté poner orden en mis papeles.

La libreta se abrió por sí sola en mis manos y apareció mi amado lapicero checo, un lapicero nada corriente, sino afortunado; debía escribir todos los guiones con este lapicero y con ningún otro, aunque debo aceptar que era bastante incómodo, porque el plástico estaba roto por dos lugares y si presionaba mucho, sin cuidado, la barra de grafito se metía hacia dentro.

Resulta que me había olvidado totalmente de que la libreta comenzaba un 30 de marzo, casi exactamente once años atrás. En aquellos tiempos yo estaba escribiendo el relato *Familia de acero,* sobre los ocupantes de los carros de combate contemporáneos, pacíficos, por así decirlo. Lo escribía con dificultad, aquel relato costaba sangre y lágrimas. Recuerdo que visité en varias ocasiones unidades militares, en comisión de servicio; se me congeló la oreja derecha y no saqué nada en claro de todo aquello. Me rechazaron el relato. Al menos doy las gracias porque no tuve que devolver el anticipo.

Hojeé las páginas, con anotaciones casi idénticas:

2/04. Hice 5 págs. Noche 2 págs. Total 135 págs.
3/04. Hice 4 págs. Noche 1 pág. Total 140...

En mi caso, esto es un indicio seguro: si las únicas notas que aparecen son estadísticas, eso significa que el trabajo va muy bien o muy mal. A propósito, la nota del 7/04 decía algo extraño:

Remití una queja al senado del gobierno.

[2] Invoca a tres grandes dramaturgos rusos: Chéjov. Stanislavski y Nemiróvich-Dánchenko. *(N. del T.)*

Está también la del 19/04:

Asqueroso, como una colilla en un urinario.

Y la del 3/05:

Nada vuelve a uno tan adulto como la traición.

Y éste es el día en que comencé a crear los *Cuentos infantiles modernos:*

21 de mayo de 1972. La historia habla de un obrero que se muda a un piso nuevo. En el piso trabajan un entarimador, un estibador y un fontanero, todos son candidatos a doctores en ciencias. Y todos se quedan encerrados en el apartamento. El entarimador se ha dañado un dedo con el parqué; el estibador ha quedado atrapado bajo un armario; el fontanero, en lugar de alcohol, se bebió un trago de elixir y se ha vuelto invisible. También está el duende hogareño. Y el constructor, emparedado en el pozo de ventilación. Y en eso llega Katia.

Pero esto todavía no eran los *Cuentos infantiles modernos,* para llegar a ellos faltaba mucho aún. No llegué a ninguna parte con esta trama y ahora ni siquiera recuerdo por qué hablaba de uno que se mudaba a un piso nuevo, qué hacía allí un duende casero y de qué elixir estaba hablando.

Otra trama de la misma época:

28/10/72. Un hombre (un mago) al que todos consideraban un extraterrestre venido del Cosmos.

En aquellos tiempos todos parecían haberse vuelto locos con los platillos voladores. Sólo se hablaba de eso: hermanos de raciocinio, terrazas de Baalbek, dibujos del Tassili. Y entonces se me ocurrió aquello: vive tranquilo un hombre, no piensa en nada de eso, es mago de profesión, un mago muy bueno. Y percibe en torno suyo una atención dirigida a él que lo inquieta. Los vecinos del mismo piso hablan con él de forma extraña, el miliciano del sector pasa a verlo, muestra interés por su equipamiento profesional y emite nebulosas opiniones sobre la ley de conservación de la energía. «Ese huevo que desaparece, ciudadano, no corresponde a los conceptos actuales relativos a las leyes de conservación.» Finalmente, lo citan al departamento de personal y allí, con el jefe, está un ciudadano que le parece conocido, pero que solamente tiene un ojo. Y el jefe de personal se pone a preguntarle a nuestro héroe cuántas iglesias hay en Zabubensk, su pueblo natal, a quién está dedicado el monumento en la plaza central de la ciudad, y si no se acuerda de cuántas luces tiene la fachada del soviet local. Por supuesto, el protagonista no se acuerda de nada de esto, la atmósfera de suspicacia se va haciendo más densa, y hay quien comienza a hablar de una revisión médica forzosa... No fui capaz de imaginar cómo debía terminar toda aquella historia: se me fue enfriando. Y ahora me da mucha lástima que se me enfriara.

El dos de noviembre está escrito: «No he trabajado, me duele la tripa», y el día tres hay una notita: «A media máquina».

Me dediqué a revisar mi diario de trabajo, página por página, con una cálida

tristeza.

El hombre no es más que una almita que lleva la carga de un cadáver. Epicteto.

Lavrenti Pávlovich Beria, flor de las perfumadas praderas. ¿Contra quién te casas? Literatura rectal.

Sólo difunden luz aquellas ciencias que contribuyen al cumplimiento de las orientaciones de los jefes. Saltikov-Schedrin.

Destilaba alcohol de las uñas de los alcohólicos.

Y aquí va otra cosa de los *Cuentos infantiles modernos:*

Gato Elegante. *Perro, de apellido* Fiel, *es también* Vierka. *Un niño superdotado lee* Las formas cúbicas *de Yu. Manin: cuatro ojos, cuando lava los platos le gusta cantar canciones de Visotski. Doce años en sistema octal. Cita las obras de Ilich-Sviatich. El gato, cuando regresa de sus borracheras por la mañana, lava sus guantes. Al perro le enseñan que no sorba cuando come, no haga ruidos con la boca y utilice el cuchillo y el tenedor. Orgulloso, se retira de la mesa enojado y se dedica a roer ruidosamente un hueso en el portal. El* Gato Elegante *habla de un invitado: «Este Petrovski-Zélikovich se parece muchísimo al bulldog* Ramsés, *a quien esta primavera, por su descarada insistencia, le arañé el hocico hasta sacarle sangre».*

Otra frase:

Confundía los sentimentales con los sementales.

María Pávlovna, llevó después de Ostrovski el mismo abrigo de pieles dieciséis años, yo se lo compré, me puse a limpiarlo y encontré tres piojos, uno de ellos anciano, hablaba inglés...

Empujé el resto de las carpetas y papeles dentro del pequeño armario y regresé a la mesa. A veces me entra algo así: agarro mis viejos manuscritos o diarios y comienzo a pensar que todo esto es mi verdadera vida, cuartillas llenas de palabras, dibujos en los que mostraba dónde estaba cada cual y hacia dónde miraba, fragmentos de frases, propuestas de guiones, borradores de cartas a diferentes instancias que nunca serían enviadas, y notas monótonas, secas: «Hice 5 págs. Noche, hice 3 págs.». Y mi esposa, los hijos, las comisiones, seminarios, viajes de servicio, esturión a la moscovita, los amigos charlatanes y los amigos silenciosos, todo aquello no era más que un sueño, un espejismo en el desierto, algo que no sé si me ha ocurrido de verdad o no.

He aquí una trama interesante. Por alguna razón no aparece la fecha exacta, fue al inicio del año setenta y tres.

Pequeña ciudad balneario en las montañas. Y no lejos de la ciudad, hay una caverna. Dentro de ella (toc, toc, toc) el Agua Viva gotea en una hondonada de la piedra. En un año entero se acumula solamente para llenar un tubito de ensayo. Sólo lo saben cinco hombres en todo el mundo. Mientras beban esta agua (un dedalito al año) serán inmortales. Pero un sexto hombre se entera casualmente. Y el Agua Viva sólo alcanza para cinco personas. El sexto es hermano del quinto y amigo del cuarto

desde la escuela. Y el tercero es una mujer, Katia, que está muy enamorada del cuarto y odia al segundo por su maldad. Un enredo. Además, el sexto es un gran altruista y no considera que él ni los otros cinco sean dignos de la inmortalidad...

Recuerdo que no escribí el relato porque me compliqué. El sistema de relaciones resultaba demasiado complejo y se salía ya de mi imaginación. Pero pudo ser un relato muy bueno: la persecución del sexto, las amenazas, los ataques, y todo esto en una marinada psicológico-filosófica, para que finalmente mi pacifista-altruista se volviera una bestia salvaje, de esas que da terror ver, aunque todo surgiera de sus principios, de sus elevadas intenciones...

En el momento en que leía las notas sobre la trama, se oyó el timbre de la puerta. Me sobresalté, pero al momento una premonición alegre se apoderó de mí. Corrí hacia el recibidor, perdiendo por el camino una zapatilla y recuperándola sin detenerme, y abrí la puerta. Exactamente, allí estaba mi hada buena, tan esperada, con las mejillas rojas por la tormenta, cubierta de polvo de nieve. Klava. Entró con sus dientes brillantes, me saludó y de inmediato se dirigió a la cocina. Y yo, que seguía perdiendo las zapatillas, corrí a buscar mi carné de identidad. Y cobré ciento noventa y seis rublos, en letra de molde, y once copecs, que me pagaba la Consulta Literaria por una reseña sobre la basura que estaba de moda. Como siempre, le devolví un rublo a Klava, y como siempre, ella primero lo rechazó y después, como siempre, lo recibió con gratitud y, como siempre, la acompañé a la puerta.

—Venga más a menudo, Klava —le dije como siempre.

—Siga escribiendo —respondió ella.

Además del dinero, Klava dejó sobre la mesa de la cocina un sobre largo, salpicado de sellos y etiquetas, con la cinta roja y blanca del correo aéreo. Me escribían desde Japón. al señor Félix Alexándrovich Sorokin. Cogí las tijeras, corté uno de los bordes del sobre y saqué de allí dos cuartillas de fino papel de arroz. Me escribía un tal Ryu Takami, en ruso:

Tokio. 25 de diciembre de 1981.

Estimado señor F. A. Sorokin:

Si me recuerda, nos conocimos en primavera de 1975, en Moscú. Yo formaba parte de una derivación japonesa de escritores, usted se encontraba a mi lado y gentilmente me regaló su libro Cuentos infantiles modernos. *El libro me gustó mucho desde el principio. Me dirigí varias veces a nuestra editorial Hayakawa y a la revista* SF Magazine, *pero los que dirigen nuestras editoriales son conservadores. Sin embargo, gracias a que su libro goza de éxito en los Estados Unidos, nuestra editorial comienza ahora a prestarle atención y al parecer tiene propósito de editarlo. Eso significa que nuestra cultura editorial se encuentra bajo fuerte influencia de la norteamericana y así es nuestra realidad. Y sea como sea, la nueva orientación de nuestro mundo editorial es alegre para usted y también para mí. Según plan de mi trabajo, termino traducción de su libro en febrero del año próximo. Pero, por desgracia, no entiendo varias palabras y frases (las encuentra en otra cuartilla). Quisiera pedirle ayuda. En principios de cada cuento hay citadas frases de obras de diferentes escritores. Si nada lo impide, le pido me diga en qué ediciones y en qué parte de ellas puedo encontrarlas. Quiero que usted conozca nuestra realidad literaria, así como nuestros lectores, pero por desgracia*

ahora no tengo las últimas noticias de ellos. Me sentiría muy, muy contento si usted me comunicara la situación actual de su trabajo vital y enviara su fotografía. Y deseo leer artículos y críticas sobre su literatura y saber dónde (en qué revistas, periódicos y libros) puedo encontrarlos. Quisiera pedirle me preste muchas ayudas que le pedí antes. Agradezco las ayudas por anticipado. Con todo mi respeto, (la firma está en ideogramas).

Leí dos veces la carta y al rato me descubrí sonriendo con benevolencia y enrollándome el bigote con las dos manos. Sinceramente, no me acordaba para nada de aquel japonés, pero de todos modos sentía ahora hacia él la más viva simpatía y quizá, incluso, agradecimiento. Así que mis cuentos infantiles habían llegado hasta Japón. Como se dice, *boku-no otogibanasi-wa Nippon-madae-mo yatto tassimazta...*

Me dominaban diversas sensaciones, que llegaban hasta la admiración hacia mí mismo. Y en aquella oleada de sentimientos no me costaba trabajo detectar una gélida corriente de cruel alegría malévola. De nuevo recordé las sonrisas irónicas y las perplejas preguntas retóricas, las reseñas críticas, los saludos de borrachos y los consejos groseros: «¿Qué te pasa, viejo? ¿Te has vuelto gaga?». Por supuesto, todo había quedado en el pasado, pero al parecer, yo no había olvidado nada. Ni a nadie. Y en ese momento me vino a la memoria el hecho de que cuando doy una conferencia en una casa de cultura o en una empresa, si alguno de los presentes me conoce no es por ser el autor de *Camaradas oficiales,* y tampoco por haber escrito innumerables artículos sobre el ejército, sino precisamente por ser el creador de los *Cuentos infantiles modernos.* Y a menudo me envían notitas:

¿No es usted pariente del Sorokin que escribió Cuentos infantiles modernos?

Recordé que en el sobre había dos cuartillas, saqué la segunda y le eché un vistazo. Al principio, las dudas de Ryu Takami me divirtieron, pero a los pocos minutos comprendí que lo que tenía por delante no era nada divertido.

Tendría que explicar por escrito a un japonés el significado de expresiones tales como «quedar para el arrastre», «florecer, como rosa de mayo», «merienda de negros», «echarse un lingotazo» y cosas así. Pero eso era sólo la mitad del problema, y a fin de cuentas no resultaba tan difícil explicarle a un japonés que «banana», en el argot de los escolares rusos, significaba «desaprobado como nota, entre paréntesis calificación», y que «mortal» únicamente quería decir «estupendo», «magnífico». Mas ¿qué hacer con expresiones como «le hizo la higa»? En primer lugar, es necesario establecer definitivamente la diferencia entre la higa y el fruto de la higuera, para que Takami no crea que las palabras «toma una higa» significa «te traigo como regalo un dulce higo maduro». Y en segundo lugar, para un japonés la higa no significa lo mismo que para un europeo, o para un ruso al menos. Hubo una época en Japón en que las damas que hacían la calle mostraban aquel sencillo gesto a los clientes, indicando con ello que estaban disponibles para el servicio...

No me di cuenta de que aquella tarea me había cautivado.

En general, no me gusta escribir cartas y me puse como norma responder sólo aquellas que plantearan alguna pregunta. Pero la carta de Ryu Takami no se limitaba a plantear simples preguntas, sino preguntas importantes, relativas a

temas en los que yo mismo estaba interesado. Por eso me levanté del escritorio sólo cuando terminé la respuesta, la mecanografié (sacando de la máquina de escribir una página a medias de un guión), la metí en un sobre y escribí la dirección.

Ahora tenía al menos dos motivos para salir de casa.

Me vestí, subí la cremallera de las botas con cierto esfuerzo, metí cincuenta rublos en el bolsillo de mi chaqueta, y en ese momento sonó el teléfono.

Siempre me decía a mí mismo: no descuelgues el teléfono cuando te dispones a salir de casa y ya te has vestido. Pero podía ser que Rita hubiera vuelto de su viaje de trabajo, ¿cómo no responder al teléfono? Lo hice, y en ese momento me arrepentí, pues no se trataba de Rita, sino de Lionia Bárinov, apodado Jerbo.

Tengo varios amigos que se especializan en llamadas telefónicas inoportunas. Por ejemplo, Slava Krutoiarski me llama únicamente en el momento en que estoy tomando la sopa. Puede tratarse de un *borsch* o de una *solianka.* Lo fundamental es que me haya tomado la mitad, para que la otra mitad se enfríe en el plato durante la conversación telefónica. Garik Aganián escoge el momento en que estoy sentado en el water y, para más inri, espero una llamada importante. Pero Lionia Bárinov tiene otra especialidad: llama cuando me dispongo a salir y ya me he puesto el abrigo; o cuando tengo la intención de darme una ducha y estoy totalmente desnudo; o muy temprano en la mañana, a eso de las siete, llama y con una temblorosa voz de bajo pregunta: «¿Cómo estás?».

—¿Cómo estás? —me preguntó con su voz de ultratumba Lionia Bárinov, apodado Jerbo.

—Salgo en este momento —dije con sequedad, pero fue una jugada errónea.

—¿Adónde vas? —preguntó al instante.

—Lionia —ahora, mi tono era implorante—, ¿no sería mejor que te llamara más tarde? ¿O se trata de algo importante?

Por supuesto, Lionia llamaba por un asunto importante. Se trataba de que hasta él había llegado el rumor (hasta él siempre llegaba algún rumor) de que, a todos los escritores que no habían publicado nada en los dos últimos años, los iban a echar del gremio. ¿Había oído yo algo en este sentido? ¿De verdad que no me habían comentado nada? ¿Y no sería que no le había prestado atención? Porque yo nunca presto atención, y por eso los acontecimientos me sorprenden… ¿O quizá no expulsen a nadie, sino se limiten a retirar los pases de acceso al club? ¿Qué pensaba yo de eso?

Le dije qué pensaba.

—No seas grosero —repuso Lionia, conciliador—. Está bien. ¿Y adonde vas?

Le dije que iba a echar un certificado al correo, y después iría a la calle Bánnaia. A Lionia no le interesó nada de aquello.

—¿Y de ahí, adonde irás? —preguntó.

Le dije que, con toda seguridad, después iría al club.

—¿Y para qué vas hoy al club?

A punto de estallar, le respondí que tenía cosas que hacer allí: cortar leña y limpiar los conductos de la calefacción.

—Otra grosería —pronunció Lionia con tristeza—. ¿Por qué sois todos tan groseros? Todos sois unos groseros. Bueno, si no quieres hablar por teléfono, está bien. Me lo cuentas en el club. Pero ten en cuenta que no tengo dinero…

Finalmente colgué y me quedé mirando por la ventana. Se había hecho de noche, ya era hora de encender la luz. Estaba sentado junto al escritorio, con abrigo y gorro de piel, con mis botas cálidas y pesadas. Y ahora no tenía el menor deseo de ir a ninguna parte. A fin de cuentas, la carta para Japón no tenía por

qué certificarla, no se perdería, bastaba con ponerle más sellos y echarla al buzón. Y la calle Bánnaia estaría ahí mañana, no iba a desaparecer... Se había desencadenado una tormenta de nieve, apenas se veía nada. El edificio de enfrente se había convertido en unas difusas luces amarillas. Pero quedarme aquí sentado, sin comer, con doscientos rublos en el bolsillo, era también una tontería y un despilfarro. Bajaría un momento; de todos modos ya tenía puesto el abrigo.

Y bajé a nuestra dulcería. A nuestra extraña dulcería, donde a la izquierda del mostrador florecen las tartas de crema, y a la derecha brillan las filas de botellas de licor. Allí, a la izquierda se amontonan las ancianas, las damas y los niños, y a la derecha, en ordenada cola, están los señores distinguidos, con portafolios o maletines, junto a otros hermanos de raciocinio, que hablan con excitación, presintiendo inminentes placeres gustativos. De la izquierda no necesitaba nada, pero compré en la derecha una botella de coñac y una botella de gaseosa Salyut.

Y mientras subía en el ascensor al piso dieciséis con la botella de licor entre el brazo y el costado, me secaba de la frente la nieve derretida, sabiendo ya cómo pasaría la velada. Quizá la causa de todo fuera la tormenta de la que acababa de salir, aquella nevada cegadora que había devorado lo que quedaba de la jornada; o pudiera ser que yo, como todos mis hermanos de raciocinio, no fuera ajeno a los presentimientos agradables, pero tenía una cosa totalmente clara: si tenía que concluir aquel día en casa y mi Rita no había regresado aún, no telefonearía ni a Goga Chachua, ni a Slava Krutoiarski, sino que concluiría la velada de un modo especial, a solas, lejos de aquellos con quienes me reunía en las comisiones, en los seminarios, en las redacciones y en el restaurante del club, estaría solo con aquel a quien no conocían en ninguna parte.

Ahora, él y yo recogeríamos la mesa de la cocina, dispondríamos sobre manteles bordados las botellas y las fuentecillas de aluminio con mantequilla y carne en gelatina, traída del Hotel Progress, encenderíamos las luces de todo el piso, ¡hágase la luz!, y traeríamos la lámpara de pie del despacho, él y yo abriríamos el único cajón de la mesa que se cierra con llave, sacaríamos la Carpeta Azul y, cuando llegara el momento, desataríamos las cintas verdes.

Mientras me sacudía la nieve de encima, mientras me quitaba el abrigo y me ponía un atuendo más casero, mientras llevaba a cabo mi sencillo programa preliminar, pensaba constantemente qué hacer con el teléfono. De pronto, recordé que esta misma noche me podían llamar, peor aún, debían llamar muchos, incluso gente a quien necesitaba. Pero por otra parte, cuando media hora antes me disponía a pasar la velada en el club, no me había acordado de aquello, y si lo hubiera hecho, no hubiera considerado necesarias aquellas llamadas. Inmerso en semejante combate interior, mi mano se movió y desconectó el teléfono.

De repente, todo en casa se volvió cómodo, acogedor y tranquilo, aunque al otro lado de la pared seguía sonando un piano aporreado por manos torpes, y del respiradero junto al techo llegaban los gemidos y borboteos de un bardo de grabadora.

Finalmente, llegó el momento, pero no me apresuré, permanecí unos instantes más mirando la tormenta desencadenada que desde las tinieblas golpeaba los cristales de la ventana con un susurro seco. Y lamenté que allí, en lo mío, no hubiera tormentas de nieve. A pesar de que allí ocurren muchas cosas. Sobre todo, de las que no suceden aquí.

Desaté lentamente las cintas de la carpeta y levanté la tapa. Por un instante pensé con sentimiento y alegría que no me permitía aquello con frecuencia, y ese

día no me lo hubiera permitido a no ser… ¿por qué? ¿La tormenta? ¿Lionia Jerbo?

En la hoja titular no había encabezamiento. Había una cita:

Estoy en el tercer círculo, donde cae la lluvia...
aunque los condenados que aquí viven
nunca la perfección alcanzarán,
y los aguarda una plena existencia futura...

Y en esa misma hoja estaba pegada una reproducción asquerosa: bajo nubarrones nocturnos, sobre una colina, la ciudad estaba paralizada por el terror, y en torno a ella y a la colina se enroscaba una gigantesca serpiente dormida, de piel lisa con destellos húmedos.

Pero lo que veía ahora ante mí no era ese cuadro, tan conocido, sino algo que nunca había visto, y que aparte de mí nadie en el mundo podía ver. Nadie en todo el universo. Reclinado en el diván, con las manos clavadas en el borde de la mesa, contemplaba las calles empapadas, grises y vacías, los jardincillos donde la humedad mataba lentamente los manzanos… Las vallas ladeadas, la multitud de casas apuntaladas, despintadas, bajo cuyas cornisas asomaba un moho blanco, todo aquel paisaje dominado por la lluvia. La lluvia simplemente caía, bajaba de los techos convertida en polvillo, confluía en nebulosas columnas giratorias que se desplazaban de una pared a otra, brotaba rugiente por los desagües… Las nubes, de un gris negruzco, se arrastraban rozando las azoteas y no había gente en las calles, el ser humano era un huésped indeseable en aquellas calles y la lluvia no lo perdonaría.

En mi ciudad tengo diez mil seres humanos: tontos, entusiastas, fanáticos, desencantados, indiferentes, muchos funcionarios, lidercillos, burgueses bienpensantes, policías, chivatos. Niños. Y me ha proporcionado un placer inenarrable dirigir sus destinos, hacer que chocaran entre sí o con los siniestros milagros en los que he hecho que tomaran parte…

Hasta hace poco me parecía que los había aniquilado. Cada cual había recibido lo suyo, de cada cual dije lo que pensaba. Y seguramente fue ese determinismo lo que comenzó a ahogarme poco a poco, lo que generó dentro de mí insatisfacción, junto con una inquietud asfixiante. Tenía necesidad de algo más. Debía dibujar otro cuadro, el último. Pero no sabía cuál, y por momentos me consumía la angustia y el miedo al pensar que nunca lograría averiguarlo. Sí, puede ser que nunca termine mi obra, pero meditaré sobre ella hasta que caiga en el marasmo, y aun después seguiré meditando.

¿Juras continuar pensando e inventando tu ciudad hasta que caigas en el marasmo total, y aun después?

¿Y qué podía hacer? Sí, por supuesto, lo juro, dije, y abrí el manuscrito.

DOS

Bónev. Entre familiares y amigos.

Cuando Irma salió (delgada, de piernas largas, sonriendo con su boca grande de labios brillantes como los de su madre), cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas, Víktor se dedicó a encender un cigarrillo. «No es una niña —pensó, anonadado—. Los niños no hablan así. No se trata ni siquiera de una grosería, es crueldad, peor aún, a ella todo le da igual. Como si nos estuviera demostrando un

teorema: lo ha calculado todo, lo ha analizado, comunica rápidamente el resultado y se va con absoluta tranquilidad, sacudiendo sus trencitas.» Sobreponiéndose a su incomodidad, Víktor miró a Lola: tenía el rostro cubierto de manchas rojas, le temblaban los labios como si estuviera a punto de llorar, pero por supuesto, ella no tenía la menor intención de llorar, mas hervía de rabia.

—¿Lo ves? —dijo, con voz chillona—. Esa mocosa... ¡Escoria! No respeta nada, cada palabra suya es una ofensa, como si yo no fuera su madre sino un trapo que sirve para limpiarse el fango de los zapatos. ¡Me avergüenza ante los vecinos! Canalla, miserable...

«Sí —pensó Víktor—, yo vivía con esta mujer, paseaba con ella por las montañas, le leía versos de Baudelaire, temblaba cuando tocaba su piel, recordaba su olor... Creo que hasta reñí por ella. Incluso hoy no entiendo qué pensaba ella cuando le leía a Baudelaire. Es simplemente asombroso que haya logrado escaparme de sus garras. No entiendo cómo me dejó ir. Seguramente yo tampoco era un regalo. Y ahora no lo soy, pero en aquella época yo bebía más que ahora, y para colmo me consideraba un gran poeta.»

—Por supuesto, a ti eso no te interesa en absoluto —decía Lola—. Vives en la capital, rodeado de actrices y bailarinas... Lo sé todo. No pretendas que aquí no sabemos nada de tu dinero loco, tus amantes, tus escándalos constantes... Si quieres saberlo, nada de eso me importa, nunca fui un obstáculo para ti, vivías como querías...

Lo que siempre la hunde es que habla demasiado. Cuando estaba soltera, era callada, tranquila, misteriosa. Hay chicas que saben cómo comportarse desde la más tierna infancia. Ella lo sabía. En general, todavía está bien cuando se sienta y enseña las rodillas... o se lleva la mano a la nuca y se estira. Eso debe de volver loco a un abogado de provincias. Víktor imaginaba una velada casera: la mesita junto al diván, la botella en una cubeta, el cava que burbujea en las copas, la caja de bombones atada con una cinta, y el abogado en persona, envuelto en tela almidonada y atado con un lacito negro. Como en las mejores familias, y de repente, entra Irma...

«Qué pesadilla —pensó Víktor—. Por supuesto, es una mujer desgraciada...»

—Debes entender que no se trata de dinero —seguía diciendo Lola—, el dinero no pinta nada aquí. —Se había serenado, las manchas rojas habían desaparecido de su rostro—. Sé que, a tu manera, eres un hombre honesto, algo desordenado, extravagante, pero sin maldad. Siempre nos has ayudado, en este sentido no tengo ninguna queja. Pero ahora necesito otro tipo de ayuda. No puedo decir que sea feliz, pero tampoco lograste hacerme una infeliz. Tienes tu vida, yo tengo la mía. A propósito, no soy una vieja, aún tengo mucha vida por delante...

«Tendré que llevarme conmigo a la niña —pensó Víktor—. Se ve que ya lo ha decidido todo. Si dejo a Irma aquí, esto será el infierno. Bien, ¿y dónde la meto? Sé honesto —se dijo—. Basta con ser honesto. No se trata de un juguete. — Recordó con total honestidad su vida en la capital—. Muy mal —pensó—. Claro, siempre puedo contratar a una institutriz. Lo que significa alquilar un piso permanentemente. Pero no se trata de eso, la niña debe estar conmigo y no con una institutriz. Dicen que los mejores hijos son los que han sido educados por sus padres. Además, ella me gusta aunque sea una niña muy rara. Y, en general, es mi deber. Como persona honesta, como padre. Y soy culpable ante ella. Pero todo esto no es más que literatura. ¿Honestamente? Honestamente, tengo miedo. Porque ella se parará delante de mí como un adulto, sonriendo con su boca grande, ¿y qué podré decirle? Lee, lee más, lee todos los días, no tienes que dedicarte a nada más, simplemente lee. Ella lo sabe, sin necesidad de que yo se lo

diga. Por eso tengo miedo... Pero no estoy siendo totalmente honesto. El problema es que no lo deseo. Estoy acostumbrado a vivir solo. Me encanta vivir solo. No quiero cambiar. Honestamente, ésa es la cuestión. Como todas las verdades, tiene un aspecto repelente. Es algo miserable, egoísta, cínico. Honestamente.»

—¿Por qué callas? —preguntó Lola—. ¿Pretendes quedarte callado?

—No, te escucho —se apresuró a decir Víktor.

—¿Qué es lo que escuchas? Llevo media hora esperando a que tengas la bondad de reaccionar. A fin de cuentas, no es hija mía solamente...

«¿Y debo ser honesto con ella? —pensó Víktor—. No tengo el menor deseo de ser honesto con ella. Me parece que cree que puedo resolver el problema aquí mismo, sin moverme del lugar, entre dos cigarrillos.»

—Entiéndeme —proseguía Lola—, no estoy diciendo que te hagas cargo de ella. Yo sé que no lo harás, y le doy gracias a Dios por ello, no sirves para eso. Pero tienes relaciones, conocidos, eres una persona bastante famosa, ¡ayúdame a meterla en alguna parte! Hay institutos de primera, internados, escuelas especiales. Ella es una niña inteligente, tiene talento para los idiomas, las matemáticas, la música...

—Un internado —repuso Víktor—, sí, claro... Un internado. Un orfanato... No, perdona, estoy bromeando. Vale la pena pensar en ello.

—¿Y qué hay que pensar? Cualquier persona estaría satisfecha de poder matricular a su hijo en un buen internado o en una escuela especial. La esposa de nuestro director...

—Escúchame, Lola, es una buena idea e intentaré hacer algo. Pero no es tan sencillo, se necesita tiempo. Por supuesto, voy a escribirles.

—¡A escribirles! Es lo único que sabes hacer. No se trata de escribir, sino de ir personalmente, de solicitar, de hacer antesala. De todos modos, aquí no estás haciendo nada. No me digas que te resulta tan difícil, para tu hija...

«Demonios —pensó Víktor—, intenta explicárselo ahora.» Encendió otro cigarrillo, se levantó y comenzó a pasearse por la habitación. Tras la ventana se hacía de noche y seguía cayendo la lluvia, una lluvia densa, pesada, lenta, una lluvia considerable que no se apresuraba a cesar.

—¡Ay, qué harta estoy de ti! —dijo Lola con rabia inesperada—. Si supieras cuan harta estoy de ti...

«Es hora de irse —pensó Víktor—. Comienza la sagrada ira materna, la furia de la mujer que ha sido abandonada, etcétera. De todos modos, hoy no le voy a responder nada. Ni le voy a prometer nada.»

—No se puede contar contigo para nada —seguía diciendo ella—. Inútil como marido, una nulidad como padre, ¡vaya, un escritor de moda! No ha sido capaz de educar a su hija. ¡Cualquier paleto entiende a las personas mejor que tú! ¿Qué puedo hacer ahora? No es posible esperar nada de ti. Estoy sola, agotada, soy incapaz de emprender nada. Para ella soy un cero, para ella cualquier mocoso es cien veces más importante que yo. ¡Pero no importa, ya te arrepentirás! ¡Si no la educas tú, ellos la educarán! Llegará el momento en que ella te escupirá a la cara, como a mí...

—Basta, Lola —dijo Víktor, con el ceño fruncido—. De todos modos, tú siempre... Es verdad que soy el padre, pero tú eres la madre. Para ti, todos a tu alrededor tienen la culpa...

—¡Lárgate!

—Bueno. No tengo la intención de discutir contigo. Lo pensaré. Y tú...

Ella estaba ahora de pie, muy erguida, temblando casi, saboreando por adelantado los reproches, dispuesta a lanzarse a la pelea con pasión.

—Y tú, intenta no ponerte nerviosa —prosiguió él—. Algo se nos ocurrirá. Te llamaré.

Pasó al vestíbulo y se puso el impermeable, que aún estaba mojado. Metió la cabeza en la habitación de Irma para despedirse, pero la niña no estaba. La ventana se encontraba abierta de par en par, y la lluvia repiqueteaba en el antepecho. De la pared colgaba una tela, donde estaba escrito, con letras hermosas: ruego no cerrar nunca la ventana. La tela estaba arrugada, mostraba agujeros y manchas oscuras, como si la hubieran arrancado y pisoteado varias veces. Víktor cerró la puerta.

—Hasta la vista, Lola —dijo, pero Lola no le respondió.

La calle estaba totalmente a oscuras. La lluvia le golpeaba los hombros y el capuchón. Víktor se encogió y metió las manos en los bolsillos.

«En esta plazuela nos besamos por primera vez —pensó—. Entonces, ese edificio no existía, había un terreno baldío, y más allá un basurero, allí cazábamos gatos con tirachinas. En la ciudad había una cantidad exagerada de gatos, pero ahora no veo ninguno... En aquellos tiempos no leíamos nada, sin embargo Irma tiene su habitación llena de libros. En mis tiempos, ¿cómo eran las niñas de doce años? Seres patilargos, que soltaban risitas por cualquier cosa, llenos de cintas, muñecas, cuadros con liebres y florecitas blancas, que andaban en grupos de dos o tres, susurrando, con caramelos en el bolso y dientes echados a perder. Limpias, quejicas, y las mejores entre ellas eran exactamente como nosotros: las rodillas llenas de arañazos, ojos salvajes, como de lince, aficionadas a poner zancadillas. ¿Será que han llegado los nuevos tiempos? No —se respondió—. No se trata de los nuevos tiempos. Bueno, estos tiempos tienen algo que ver... ¿No será que Irma es una niña prodigio? Existen los niños prodigio. Yo soy padre de una niña prodigio. Algo honroso, pero complicado, no tan honroso como complicado, a fin de cuentas, de honroso no tiene nada... Y siempre me ha gustado esta callejuela porque es la más estrecha. Un tropezón, y comenzaba la pelea. Es así, no podemos vivir sin eso, de ninguna manera. Desde el inicio de los tiempos. Y dos contra uno...»

En la esquina había una farola. Al borde del espacio iluminado se empapaba un coche con techo de lona, y junto al coche, dos tipos que llevaban impermeables brillantes retenían en el suelo a otro, empapado, de negro. Los tres se revolvían sobre los adoquines, con esfuerzo, trabajosamente. Víktor se detuvo, y a continuación se aproximó. No es extraño que recuerde todo eso tan bien. Víktor descubrió entonces que sus mejillas y la punta de su nariz habían palidecido. Así era yo entonces, era fácil gritarme. Pero él, pobrecillo, no sabía que yo palidecía de rabia, como Luis XIV, y no de miedo... Pero después de la pelea, no vale. Qué importancia tiene la causa por la que uno palidece. No sigamos por ese camino. Mas para recobrar la calma, para poder acicalarme antes de aparecer en público, para recuperar el color normal de este rostro nada apuesto pero viril, debo recordarle, señor Bánev, que si no le hubiera mostrado su pañuelito al señor Presidente, tendría ahora una vida floreciente en nuestra famosa capital, y no estaría en este agujero mojado...

De un trago, Víktor se bebió la ginebra y bajó al restaurante.

—Por supuesto, puede que fueran gamberros —dijo Víktor—. Pero en mis tiempos, ningún gamberro se hubiera metido con un gafudo. Que le tiraran una piedra, eso ocurría, pero agarrarlo, arrastrarlo y, en general, tocarlo... Teníamos pánico al contagio.

—Os digo que es una enfermedad genética —intervino Gólem—. No son

contagiosos en absoluto.

—¿Cómo que no son contagiosos? —objetó Víktor—. ¡Si tienen lobanillos, como los sapos! Eso lo sabe todo el mundo.

—Los sapos no contagian lobanillos —dijo Gólem plácidamente—. Los mohosos, tampoco. Qué vergüenza, señor escritor. Es verdad que los escritores son incultos.

—Como toda la gente. El pueblo es inculto, pero sabio. Y si la voz del pueblo asegura que los sapos y los gañidos contagian los lobanillos...

—Por ahí viene mi inspector —dijo Gólem.

Hacía su entrada Pavor, que venía directamente de la calle, con la capa empapada.

—Buenas noches —dijo el recién llegado—. Estoy mojado hasta los huesos, me apetece beber.

—De nuevo apesta a limo —pronunció indignado el doctor R. Kvadriga, que despertaba de un trance alcohólico—. Siempre apesta a limo. Como un estanque. O una planta acuática.

—¿Qué estáis bebiendo? —preguntó Pavor.

—¿Quién? ¿Nosotros? —respondió Gólem—. Yo, como siempre, bebo coñac. Víktor bebe ginebra. Y el doctor, de todo, por turno.

—¡Qué vergüenza! —exclamó el doctor R. Kvadriga con indignación—. ¡Escamas! ¡Y cabezas!

—¡Un coñac doble! —le gritó Pavor al camarero.

Tenía el rostro mojado por la lluvia, el cabello pegado a la cabeza, y por sus mejillas afeitadas corrían brillantes hilillos de agua. Otro rostro viril, seguramente muchos se lo envidiaban. ¿De dónde saca semejante rostro un inspector sanitario? Un rostro viril significa: llueve, los proyectores lo iluminan todo, las sombras pasan volando por los vagones oscuros, se distorsionan... Todo es negro y reluciente, solamente negro y solamente reluciente, y no hay conversaciones, no hay habladurías, únicamente órdenes y todos obedecen... Y no tiene que ser en vagones, puede ser en aviones, un aeródromo, y después nadie sabe dónde estuvo, de dónde vino... Las chicas se desmayan, y los hombres sienten deseos de hacer algo viril, por ejemplo, enderezar los hombros y meter la panza. A Gólem no le vendría mal meter la panza, pero no tiene dónde meterla, todo el sitio está ocupado. El doctor R. Kvadriga sí podría hacerlo, pero no podría enderezar los hombros, lleva encorvado demasiados días, para siempre. Por las noches está encorvado sobre la mesa, por las mañanas sobre el lavabo, y por el día se encoge a causa de su hígado enfermo. Y eso significa que aquí soy el único capaz de meter la panza y enderezar los hombros, pero es mejor que virilmente me beba un vaso de ginebra.

—Ninfómano —dijo el doctor R. Kvadriga con tristeza, mirando a Pavor—. Ondinómano. Con algas.

—Cierre esa boca, doctor —dijo Pavor, que se secaba el rostro con servilletas de papel, las arrugaba y las tiraba al suelo. Después, se puso a secarse las manos.

—¿Con quién ha peleado? —preguntó Víktor.

—Violado por un mohoso —pronunció el doctor R. Kvadriga, que a duras penas trataba de separar los ojos que se le habían cruzado sobre el puente de la nariz.

—Por ahora, con nadie —respondió Pavor y miró atentamente al doctor, pero R. Kvadriga no se dio cuenta de ello.

El camarero trajo la copa. Pavor se la bebió lentamente y se levantó.

—Voy a lavarme —dijo, con voz calmada—. Fuera de la ciudad sólo hay fango, todo está hundido en la mierda. —Y se fue, tropezando con una silla por el camino.

—A mi inspector le ocurre algo —dijo Gólem, que con un movimiento de los dedos tiró una servilleta al suelo—. Algo de escala mundial. ¿No sabréis por casualidad de qué se trata?

—A usted le resultaría más fácil saberlo —replicó Víktor—, él lo inspecciona a usted, y no a mí. Y además, usted lo sabe todo. A propósito, Gólem, ¿de dónde lo sabe usted todo?

—Nadie sabe nada —objetó Gólem—. Algunos adivinan. Muy pocos, sólo los que quieren hacerlo. Pero no es posible preguntar de dónde lo adivinan, sería violar el idioma. ¿Adonde va la lluvia? ¿Con qué sale el sol? Si Shakespeare hubiera escrito algo por el estilo, ¿se lo perdonaría? Seguramente a Shakespeare se lo perdonaría. A Shakespeare le perdonamos muchas cosas, pero a Bánev... Oiga, señor literato, tengo una idea. Yo me bebo el coñac y usted termine con esa ginebra. ¿O ya no bebe más?

—Gólem —dijo Víktor—, ¿sabe que soy un hombre de hierro?

—Lo adivino.

—¿Y qué conclusión saca de ello?

—Que teme oxidarse.

—Supongamos —dijo Víktor—. Pero no hablo de eso. Quiero decir que puedo beber mucho y largo rato, sin perder el equilibrio moral.

—Ah, se trataba de eso —dijo de repente el doctor R. Kvadriga, con voz clara—. ¿Me he presentado ya, señores? Tengo el honor: Rem Kvadriga, pintor, doctor honoris causa, miembro de honor... A ti te conozco —le dijo a Víktor—. Tú y yo estudiamos juntos y también... Pero usted, perdóneme...

—Me llamo Yul Gólem.

—Es un placer. ¿Escultor?

—No. Médico.

—¿Cirujano?

—Soy el médico principal de la leprosería —explicó Gólem con paciencia.

—¡Ah, claro! —respondió el doctor R. Kvadriga, sacudiendo la cabeza como un caballo—. Por supuesto. Perdóneme, Yul... Pero ¿por qué lo oculta? Usted no es médico allí. Usted cría mohosos... Me hago una idea. Necesitamos personas así... Perdone —dijo repentinamente—. Ahora vengo.

Se levantó del butacón y se dirigió a la salida, moviéndose entre las mesas vacías. El camarero se le acercó presuroso, y el doctor R. Kvadriga le echó el brazo al cuello.

—Todo es debido a la lluvia —dijo Gólem—. Estamos respirando agua. Pero no somos peces: o nos morimos, o bien nos iremos de aquí. —Miró a Víktor con aire serio y triste—. Y la lluvia caerá sobre una ciudad vacía, lavará el pavimento, goteará a través de los techos, de los techos podridos... después lo barrerá todo, disolverá la ciudad en la tierra primigenia, pero no se detendrá, seguirá y seguirá cayendo.

—El apocalipsis —masculló Víktor, por decir algo.

—Sí, el apocalipsis... Lloverá y lloverá, la tierra rebosará agua y crecerá una nueva cosecha, diferente a las de antes, y entre las espigas de trigo no habrá malas hierbas. Pero tampoco estaremos nosotros para gozar del nuevo universo...

Si no tuviera esas bolsas grisáceas bajo los ojos, si no fuera por esa panza colgante y gelatinosa, si esa portentosa nariz semita no se pareciera tanto a una carta topográfica... Aunque si se piensa en ello, todos los profetas fueron unos

borrachos, pues aquello era demasiado angustioso: uno lo sabe todo, pero nadie lo cree. Si en la plantilla de los departamentos introdujeran el cargo de profeta, tendrían que ponerlo a un nivel no inferior al de consejero secreto, para reforzar su autoridad. Pero, con toda seguridad, eso tampoco ayudaría...

—Por pesimismo sistemático que conduce a subvertir la disciplina del servicio y la fe en un futuro razonable, ordeno: lapidar al consejero secreto Gólem en la plaza del cadalso.

—Solamente soy consejero colegiado —dijo Gólem con un sonido de asombro—. Además, ¿qué profetas hay en nuestro tiempo? No conozco a ninguno. Muchos falsos profetas, pero ninguno verdadero. En nuestro tiempo no se puede prever el futuro, es una violación del idioma. ¿Qué diría si leyera que Shakespeare ha escrito «prever el presente»? ¿Acaso es posible prever un armario en el dormitorio propio? Ahí viene mi inspector. ¿Cómo se siente, inspector?

—Maravillosamente —dijo Pavor, tomando asiento—. Camarero, un coñac doble. Allí, en el vestíbulo, hay cuatro tipos aguantando a nuestro pintor. Le están explicando dónde se encuentra la entrada al restaurante. Decidí no inmiscuirme, pues él no cree en nadie y se pelea... ¿De qué armarios estáis hablando?

Estaba seco, elegante y fresco, y olía a agua de colonia.

—Hablamos del futuro —dijo Gólem.

—¿Qué sentido tiene hablar del futuro? —objetó Pavor—. No se habla del futuro, se construye. He aquí una copa de coñac. Está llena. Yo la dejo vacía. De esta manera. Un hombre inteligente dijo que el futuro no se podía prever, pero se podía inventar.

—Otro hombre inteligente dijo —apuntó Víktor— que el futuro no existe, solamente existe el presente.

—No me gusta la filosofía clásica —dijo Pavor—. Esos no eran capaces de nada y no deseaban nada. Simplemente les gustaba meditar, igual que a Gólem le gusta beber. El futuro es un presente cuidadosamente neutralizado.

—Cuando en presencia mía —dijo Gólem—, un civil empieza a razonar como un militar, comienzo a sentir algo extraño.

—Los militares nunca razonan —objetó Pavor—. Sólo tienen reflejos y sienten algunas emociones.

—Es igual en la mayoría de los civiles —dijo Víktor, mientras se palpaba la nuca.

—Ahora nadie tiene tiempo de razonar —explicó Pavor—. Ni los civiles, ni los militares. Ahora hay que moverse deprisa. Si te interesa el futuro, invéntalo a la mayor brevedad, al paso, según los reflejos y las emociones.

—Los inventores, al infierno —respondió Víktor.

Se sentía ebrio y alegre. Todo estaba en su lugar. No quería ir a ninguna parte, quería permanecer allí, en aquel salón vacío, oscuro, todavía no muy antiguo, pero que ya mostraba manchones húmedos en las paredes, tenía el parqué combado y olía a cocina, sobre todo al recordar que afuera, en todo el mundo, llovía, que la lluvia caía sobre los adoquines de las calles, sobre los techos a dos aguas, la lluvia que bañaba montañas e inundaba llanuras, y en algún momento las barrería, cosa que no ocurriría pronto... aunque si lo pensaba, ahora era imposible mencionar algo que no ocurriría pronto. Sí, amigos míos, hace tiempo que pasó aquel momento en que el futuro era la repetición del presente y todos los cambios asomaban más allá del horizonte. Gólem tiene razón, en el mundo no existe futuro alguno, se ha fundido con el presente y ahora es imposible saber qué cosa es qué.

—¡Violado por un mohoso! —dijo Pavor, malévolo.

En las puertas del restaurante apareció el doctor R. Kvadriga. Estuvo parado allí varios segundos, examinando con mucha atención las filas de mesitas vacías; a continuación se le aclaró el rostro y, balanceándose hacia delante, se dirigió a su lugar.

—¿Por qué los llama mohosos? —preguntó Víktor—. ¿Están mohosos a causa de la lluvia?

—¿Y por qué no? —replicó Pavor—. En su opinión, ¿cómo debemos llamarlos?

El doctor R. Kvadriga se aproximaba. Por delante estaba totalmente mojado, al parecer lo habían lavado en el lavabo. Tenía cara de agotamiento y desencanto.

—Vaya uno a saber —dijo, todavía desde lejos, con gesto de asco—. Nunca me había ocurrido semejante cosa: ¡no había entrada! Por doquier, solamente ventanas. Me parece que les he hecho esperar, señores. —Se dejó caer en su butacón y entonces descubrió a Pavor—. Está de nuevo aquí —le dijo a Gólem en un susurro confidencial—. Espero que no les moleste. A mí, si quieren saberlo, me ha ocurrido una historia asombrosa. Me han bañado totalmente. —Gólem le sirvió coñac—. Muchas gracias, pero creo que mejor dejo pasar un par de rondas. Hay que secarse.

—En general, estoy a favor de todo lo antiguo y bueno —proclamó Víktor—. Que los gafudos sigan siendo gafudos. Y en general, que todo permanezca sin cambios. Soy un conservador. ¡Atención! —dijo en voz alta—. Se propone un brindis por el conservadurismo. Un minuto... —Se sirvió ginebra, se levantó y apoyó la mano sobre el espaldar del butacón—. Soy un conservador —repitió—. Y cada año me vuelvo más conservador, pero no porque envejezca, sino porque siento la necesidad de ello...

Pavor, que estaba sobrio y tenía lista su copa, lo miró de arriba abajo con marcada atención. Gólem comía lentamente sus anguilas, y el doctor R. Kvadriga parecía estar intentando entender de quién era la voz que escuchaba y de dónde venía. Todo estaba en orden.

—A la gente le gusta criticar al gobierno por su conservadurismo —proseguía Víktor—. Les encanta entonar loas al progreso. Es una nueva moda, tonta como todo lo nuevo. La gente debería rogarle a Dios para que les diera el gobierno más conformista, torcido y de miras más estrechas...

En aquel momento, hasta Gólem levantó la vista para mirarlo, y Teddy, detrás del mostrador, dejó de limpiar las botellas y comenzó a prestar atención. Pero Víktor sintió un agudo dolor en la nuca y tuvo que dejar la copa sobre la mesa para acariciarse el chichón.

—Señores, el aparato estatal siempre consideró que su tarea fundamental consistía en mantener el statu quo. No sé hasta qué punto eso se justificaba antes, pero ahora es una función estatal completamente indispensable. Yo definiría esa función de la siguiente manera: impedir, por todos los medios, que el futuro meta sus tentáculos en nuestro tiempo, cortar estos tentáculos y quemarlos con un hierro al rojo. Interferir en el trabajo de los inventores, estimular a charlatanes y escolásticos... introducir en todos los gimnasios únicamente la educación clásica. Y en los puestos superiores del estado sólo debe haber ancianos, con grandes cargas familiares y grandes deudas, no menores de sesenta años, para que recibieran sobornos y durmieran durante las reuniones.

—Qué cosas dice, Víktor —dijo Pavor, con tono de reproche.

—¡No, está bien! —intervino Gólem—. Es inusitadamente agradable escuchar discursos tan serenos y leales.

—¡Aún no he concluido, señores! A los científicos con talento hay que darles puestos de administradores, con salarios elevados. Aprobar todos los inventos, pagar poco por ellos y meterlos en el cajón de abajo. Introducir impuestos draconianos por cada novedad comercial y productiva. —«¿Y por qué estoy de pie?», pensó Víktor y se sentó—. Bien, ¿qué le ha parecido? —le preguntó a Gólem.

—Tiene usted toda la razón. Ahora, aquí todos son radicales. Hasta el director del gimnasio. El conservadurismo es nuestra salvación.

—No habrá salvación posible —dijo Víktor con amargura, tras tomar un sorbo de ginebra—. Porque todos los idiotas radicales no sólo creen en el progreso, sino que lo aman y estiman que no pueden vivir sin él. Porque el progreso es, además de todo, coches baratos, electrodomésticos y, en general, la posibilidad de trabajar menos y ganar más. Y por eso, todo gobierno está obligado a accionar el freno con una mano... bueno, no con la mano, a pisar el freno con un pie, y con el otro pisar el acelerador. Como un corredor en una curva. El freno, para no perder la dirección, y el acelerador, para no perder velocidad, o si no algún demagogo, partidario del progreso, los echará sin falta del asiento del conductor.

—Es difícil discutir con usted —dijo Pavor, con cortesía.

—Pues no discuta —replicó Víktor—. No es necesario discutir: la verdad nace del debate, que se vaya al diablo. —Se acarició suavemente el chichón y añadió—: Además, seguramente digo todo esto debido a mi incultura. Todos los científicos son partidarios del progreso, y yo no soy científico. Simplemente, soy un cupletista famoso.

—¿Por qué se toca constantemente la nuca? —preguntó Pavor.

—Un miserable me ha golpeado —dijo Víktor—. Con un puño americano... ¿Es correcto lo que digo, Gólem? ¿Con un puño americano?

—Creo que sí. O podría ser con un ladrillo.

—¿De qué están hablando? —se asombró Pavor—. ¿Un puño americano? ¿En este rincón provinciano?

—Véalo usted mismo —dijo Víktor, en tono aleccionador—. ¡El progreso! Bebamos otra vez por el conservadurismo.

Llamaron al camarero y volvieron a beber por el conservadurismo. El reloj dio las nueve, y una pareja conocida entró en el salón. Era un joven, de gruesas gafas, y su acompañante, un tipo larguirucho. Ocuparon una mesa, encendieron la lamparita y se dedicaron a estudiar la carta. El joven llevaba de nuevo un portafolios, que dejó a su lado en un butacón libre. Siempre trataba muy bien a su portafolios. Tras dictarle el pedido al camarero, ambos se estiraron en sus asientos y se dedicaron a mirar un punto en el espacio, sin hablar.

«Qué pareja más extraña —pensó Víktor—. Una total falta de correspondencia. Es como verlos a través de binoculares estropeados: uno se difumina y el otro está enfocado, y al revés. Incompatibilidad absoluta. Con el joven de las gafas se podía hablar del progreso, mientras que con el larguirucho, no. Pero ahora los voy a hacer coincidir. ¿Cómo lograrlo? Por ejemplo, de esta manera... Un banco estatal, los sótanos... cemento, hormigón, alarmas... el larguirucho marca una combinación, la puerta de acero gira, queda abierta la entrada al tesoro, ambos entran, el larguirucho marca otra combinación, las puertas de la caja fuerte se abren y el joven mete los brazos hasta los codos en brillantes.»

El doctor R. Kvadriga comenzó repentinamente a llorar y tomó la mano de Víktor.

—Pernocta en mi casa, ¿sí? —dijo. Víktor le sirvió ginebra de inmediato. R. Kvadriga bebió y se secó la nariz—. En mi casa. Una villa. Hay una fuente. ¿Sí?

—Una fuente, es una excelente idea —comentó Víktor, tratando de eludir la invitación—. ¿Qué más hay?

—Un sótano —dijo R. Kvadriga con tristeza—. Huellas. Tengo miedo. Es horrible. ¿Quieres que te la venda?

—Mejor regálamela —propuso Víktor.

—Una lástima —dijo R. Kvadriga después de pestañear.

—Avaro —le reprochó Víktor—. Eres así desde la infancia. ¡Qué mezquino, quiere su villa! Cómetela, ojalá te atragantes.

—Tú no me quieres —constató amargamente el doctor R. Kvadriga—. Nadie me quiere.

—¿Y el señor Presidente? —preguntó Víktor, agresivo.

—*El Presidente es el padre del pueblo* —dijo R. Kvadriga, animándose—. Un boceto en tonos dorados... *El Presidente en las trincheras.* Un fragmento del cuadro *El Presidente bajo el fuego en primera línea.*

—¿Y qué más? —se interesó Víktor.

—*El Presidente con impermeable* —dijo R. Kvadriga con presteza—. Un mural, panorámico.

Víktor, aburrido, cortó un trocito de anguila y se puso a escuchar a Gólem.

—Mire, Pavor, déjeme en paz. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ya le he presentado los informes —se quejaba Gólem—. Estoy listo para firmar sus conclusiones. ¿Quiere quejarse de los militares? ¡Quéjese! O si lo desea, quéjese de mí.

—No quiero quejarme de usted —respondió Pavor, llevándose la mano al pecho.

—Entonces, no se queje.

—¡Déme algún consejo! ¿Es que no puede aconsejarme nada?

—Señores, qué aburrimiento —intervino Víktor—. Me voy.

No le prestaron atención. Apartó la silla, se incorporó y, sintiéndose muy borracho, se encaminó hacia el mostrador. Teddy el calvo limpiaba las botellas y lo miraba sin curiosidad.

—¿Como siempre? —preguntó.

—Espera... ¿Qué era lo que quería preguntarte?... ¡Sí! ¿Cómo andas, Teddy?

—Llueve —se limitó a decir el barman y le sirvió una copa de licor.

—Es horrible el tiempo que hace siempre en la ciudad —dijo Víktor y se recostó en el mostrador—. ¿Qué dice tu barómetro?

Teddy metió la mano bajo el mostrador y sacó el «pronosticador». Las tres espinas estaban muy pegadas al eje brillante, que parecía lacado.

—No va a aclarar —dijo Teddy, mirando atentamente el «pronosticador»—. Un invento diabólico. —Meditó un poco y añadió—: Y vaya uno a saber, es posible que se haya roto hace tiempo, ¿cómo comprobarlo? Lleva años lloviendo.

—Se puede viajar al Sahara.

—Qué tontería —dijo Teddy con un sonido burlón—. Ese amigo vuestro, Pavor, me propone doscientas coronas por este cacharro.

—Seguramente porque está borracho. No sé para qué lo necesita...

—Eso mismo fue lo que le dije. —Teddy le dio vueltas entre las manos al «pronosticador» y se lo acercó al ojo derecho—. No se lo daré —dijo, con decisión—. Que se busque uno. —Metió el «pronosticador» bajo el mostrador, miró a Víktor, que hacía girar la copa entre las manos y le informó—: Tu Diana ha venido.

—Hace rato —dijo Víktor, sin prestar mucha atención.

—Como a las cinco. Le di una caja de coñac. Roscheper sigue divirtiéndose, no para. Manda a la gente en busca de coñac, el muy jeta. Vaya diputado. ¿No temes por ella?

Víktor se encogió de hombros. De repente, vio a Diana a su lado. Había aparecido junto al mostrador, vistiendo una capa empapada, con el capuchón a la espalda, ella no miraba hacia él, que veía solamente su perfil y pensaba que de todas las mujeres que había conocido antes, ella era la más bella y que con toda seguridad, nunca tendría otra así. Diana estaba de pie, recostada en el mostrador, y su rostro era muy pálido e indiferente, y era la más bella de todas: en ella, todo era bello. Siempre. Cuando lloraba y cuando se reía, cuando se enfurecía o cuando algo no le importaba, e incluso cuando se moría de frío, y sobre todo cuando se sentía inspirada.

«Ay, qué borracho estoy —pensó Víktor—, y seguramente apesto a alcohol como R. Kvadriga.» Estiró el labio inferior y se echó el aliento a la nariz. No pudo poner nada en claro.

—Los caminos están mojados, resbaladizos —decía Teddy—. Hay niebla... Y también te diré que ese tal Roscheper seguramente es un mujeriego, un viejo cabrón.

—Roscheper es impotente —objetó Víktor, que bebía maquinalmente.

—¿Eso te lo dijo ella?

—Basta, Teddy. Es suficiente.

Teddy lo miró atentamente, después suspiró, se agachó con dificultad, buscó algo bajo el mostrador, se levantó y puso ante Víktor un frasco con amoníaco y un paquete de té abierto. Víktor echó un vistazo al reloj y se puso a mirar cómo Teddy, sin prisa, tomaba una copa limpia, vertía soda en ella, echaba algunas gotitas del frasco y con la misma lentitud lo revolvía todo con una varilla de vidrio. Después, empujó la copa hacia Víktor, que la tomó y se la bebió frunciendo el ceño y conteniendo la respiración. Fresca y repulsiva, la corriente de amoníaco golpeó su cerebro y se derramó en algún lugar tras los ojos. Víktor respiró por la nariz un aire que se había vuelto insoportablemente frío, y metió los dedos en el paquete de té.

—Bien, Teddy, gracias. Anota en mi cuenta lo que se debe. Ellos te dirán cuánto es. Me voy.

Masticando té, volvió a su mesita. El joven de gafas gruesas y su acompañante larguirucho devoraban presurosos la cena. Ante ellos había una botella con agua mineral de una marca local. Pavor y Gólem habían hecho sitio sobre el mantel para jugar a los dados, mientras que el doctor R. Kvadriga se aguantaba la cabeza con las manos y cantaba monótonamente:

—*La Legión de la Libertad es el baluarte del Presidente.* Mural... En el feliz aniversario de Vuestra Excelencia... *El Presidente es el padre de los niños.* Cuadro alegórico... —Me voy —dijo Víktor.

—Lástima —respondió Gólem—. Bien, te deseo suerte.

—Saluda a Roscheper —dijo Pavor, guiñando un ojo.

—*Roscheper Nant, diputado* —se animó R. Kvadriga—. Retrato. Barato. De medio cuerpo...

Víktor recogió su encendedor y el paquete de cigarrillos y caminó hacia la salida. A sus espaldas, el doctor R. Kvadriga pronunció, con voz clara: «Supongo, señores, que es hora de presentarnos. Soy Rem Kvadriga, doctor honoris causa, pero ustedes, señores, no sé quiénes son...». Al llegar a las puertas, Víktor tropezó con el robusto entrenador del equipo de fútbol Hermanos de Raciocinio. El

entrenador estaba muy preocupado, muy mojado y le cedió el paso a Víktor.

El autobús se detuvo.

—Hemos llegado —dijo el chofer.

—¿El sanatorio? —preguntó Víktor.

Fuera había una niebla lechosa, densa. En ella se dispersaba la luz de los faros y no se veía nada.

—El sanatorio, el sanatorio —gruñó el chofer, mientras encendía un cigarrillo.

Víktor se acercó a la puerta.

—¡Qué niebla! —dijo al bajar del estribo—. No veo nada.

—Encontrará el camino —le prometió el chofer con indiferencia, y escupió por la ventanilla—. Vaya lugar para poner un sanatorio. Por el día, niebla, por la noche, niebla...

—Que tenga buen viaje —se despidió Víktor.

El chofer no respondió. El motor comenzó a zumbar, las puertas se cerraron y el enorme autobús vacío, de grandes ventanillas e iluminado por dentro como un supermercado de madrugada, giró en busca del camino de vuelta, y a los pocos minutos no era más que una mancha de luz difusa que se alejaba en dirección a la ciudad. Víktor recorrió con las manos la cerca metálica, encontró la portezuela con dificultad y echó a andar por el caminito sin ver nada. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, comenzó a distinguir confusamente las ventanas iluminadas del ala derecha y una oscuridad especialmente profunda en el lugar del ala izquierda, donde ahora dormían los miembros del equipo Hermanos de Raciocinio, agotados tras pasar el día bajo la lluvia. En la niebla se escuchaban los sonidos habituales como a través de algodón: sonaba un tocadiscos, se oía el entrechocar de platos, alguien gritaba con voz ronca. Víktor siguió adelante, intentando mantenerse en el centro del caminito de arena para no tropezar con ninguno de los jarrones de yeso. Apretaba con cuidado contra el pecho una botella de ginebra y se movía con muchas precauciones, pero a los pocos momentos tropezó con algo blando, cayó y se quedó a cuatro patas. Detrás de él, alguien dijo un improperio con voz cansada y soñolienta, y después pidió que encendieran la luz. Víktor buscó en las tinieblas la botella caída y siguió adelante, con la mano libre extendida al frente. A los pocos pasos tropezó con un coche, lo palpó para rodearlo y tropezó con otro. Demonios, allí había un montón de coches. Víktor, maldiciendo, caminaba entre ellos como en un laberinto, y durante largo rato no logró avanzar en dirección al turbio resplandor que indicaba la entrada al vestíbulo. Los laterales lisos de los coches estaban empapados por la niebla que se les depositaba encima. En algún lugar cercano se oían risitas y gemidos de rechazo.

Esta vez, el vestíbulo estaba vacío, nadie jugaba al escondite, nadie corría sacudiendo el gordo trasero, nadie dormía en los butacones. Por doquier yacían impermeables arrugados, y algún tío listo había colgado su sombrero de una planta ornamental. Víktor subió al segundo piso por la escalera alfombrada. La música retumbaba. Por el pasillo a la derecha, todas las puertas que daban a los alojamientos del diputado estaban abiertas; de ellas salían olores grasientos de comida, cigarrillos y cuerpos calientes. Víktor giró a la izquierda y tocó en la puerta de la habitación de Diana. Nadie respondió. La puerta estaba cerrada, la llave colgaba de la cerradura. Víktor entró, encendió la luz y colocó la botella sobre la mesita del teléfono. Se oyeron pasos y él sacó la cabeza y miró afuera. Por el pasillo, a la derecha, se alejaba a pasos largos y firmes un hombre

corpulento que vestía un frac. En el descansillo de la escalera se detuvo ante el espejo, levantó la cabeza, se arregló la corbata (Víktor logró distinguir el perfil aguileño, de un bronceado amarillento, y la barbilla aguda), y a continuación su aspecto cambió: se encogió, se inclinó levemente a un lado y, con un grotesco meneo de caderas, se perdió por una de las puertas abiertas de par en par.

«Qué pijo», pensó Víktor sin estar muy seguro. Había ido a vomitar… Miró a la izquierda. Allí todo estaba oscuro.

Se quitó el impermeable, cerró la habitación y se dedicó a buscar a Diana. «Habrá que ir al dormitorio de Roscheper —pensó—. ¿En qué otra parte puede estar?»

Roscheper ocupaba tres habitaciones. En la primera habían cenado hacía poco: sobre las mesas, cubiertas por manteles manchados, se amontonaban platos sucios, ceniceros, botellas, servilletas arrugadas, y no había nadie, a no ser una calva sudorosa y solitaria que roncaba encima de un plato con áspic de pescado.

En la habitación central el humo era denso y pesado. Sobre la enorme cama de Roscheper saltaban unas chicas forasteras, semidesnudas. Jugaban un extraño juego con el señor burgomaestre, rojo al borde de la apoplejía, que metía su hocico entre las dos como un cerdo entre bellotas, y también emitía chillidos y gruñidos de satisfacción. También estaban allí otras personas: el jefe de policía, sin guerrera; el juez de la ciudad, con ojos que estaban a punto de salírsele de las órbitas del nerviosismo y la falta de aire; y una vivaracha desconocida, vestida de color lila. Los tres jugaban en una mesa de billar infantil, colocada sobre el tocador. En un rincón, recostado en la pared, estaba sentado el director del gimnasio, con las piernas extendidas, la chaqueta manchada y una sonrisa idiota en el rostro. Víktor se disponía ya a marcharse cuando alguien le agarró la pernera del pantalón. Miró hacia abajo y se apartó de un salto. Allí estaba, a cuatro patas, el diputado, caballero de diversas órdenes, autor del sonado proyecto sobre la repoblación de los embalses de Kitchingan, el mismísimo Roscheper Nant.

—Quiero jugar a los caballitos —gimió el parlamentario, implorante—. ¡Vamos, a los caballitos! ¡Arreeee! —insistía.

Víktor se liberó con delicadeza y echó una mirada a la última habitación. Vio a Diana allí. Al principio no se dio cuenta de que se trataba de Diana, y después, molesto, pensó: «¡Qué tierno!». Había mucha gente, hombres y mujeres vagamente conocidos, formaban un corro y marcaban el ritmo con las manos, y en el centro del corro Diana bailaba con el mismo pijo del bronceado amarillento, dueño del perfil aguileño. Los ojos de ella ardían, al igual que sus mejillas, el cabello volaba sobre sus hombros y se movía como una diablesa. El del perfil aguileño intentaba estar a su altura.

«Qué raro —pensó Víktor—. ¿De qué se trata? Algo está fuera de lugar. Él baila bien, en realidad baila maravillosamente. Como un profesor de danza. No baila, sino que muestra cómo hay que bailar… Pero ni siquiera como un profesor, sino como un alumno en un examen. Anhela recibir un sobresaliente. No, no es eso. ¡Escucha, querido, estás bailando con Diana! ¿Acaso no te das cuenta de ello?» Víktor aguzó su imaginación, como hacía habitualmente. El actor baila en el escenario, todo va bien, perfecto, todo marcha de la forma debida, sin falsedades, pero en casa ocurre una desgracia… no, no tiene que ser una desgracia, simplemente esperan el momento en que él regresará, y él también espera a que bajen el telón y apaguen las luces… y no hace falta que sea un actor, sino un hombre cualquiera que encarna a un actor, que a su vez encarna a

un hombre cualquiera... ¿Es que Diana no se da cuenta? Es una falsificación.

Un maniquí. Entre ellos no hay nada que los aproxime, ninguna seducción, ni una sombra de deseo... Es imposible imaginarse que puedan decirse el uno al otro algo que no sean palabras vacías. ¿Ha sudado usted? Sí, lo he leído, dos veces incluso... En ese momento vio que Diana, apartando a los invitados, corría hacia él.

—¡Vamos a bailar! —le gritó, todavía a cierta distancia.

Alguien se le interpuso en el camino, otro la tomó de un brazo, pero ella se liberó, riendo, mientras Víktor buscaba con los ojos al del rostro amarillento y no lo encontraba, y eso lo preocupaba de forma desagradable.

Ella llegó corriendo junto a él, lo agarró por la manga y lo arrastró al corro.

—¡Vamos, vamos! Todos los que aquí están son de los nuestros, los borrachos, los harapientos, la escoria... ¡Muéstrales lo que es bailar! Ese chico no sabe nada.

Lo arrastró al corro. Alguien en la multitud gritó: «¡Tres hurras por el escritor Bánev!». El tocadiscos calló por un segundo, y al momento volvió a aullar y ladrar. Diana se le pegó, después dio un paso atrás, olía a perfume y a vino, su cuerpo ardía y ahora Víktor no veía otra cosa que no fuera su rostro, excitado y maravilloso, y su cabello que flotaba.

—¡Baila! —gritó ella, y él comenzó a bailar—. Qué bien que has venido.

—Sí, sí.

—¿Por qué estás sobrio? Siempre estás sobrio cuando no se necesita.

—Me emborracharé.

—Hoy te necesito borracho.

—Lo estaré.

—Quiero hacer contigo lo que se me ocurra. No tú conmigo, sino yo contigo.

—Sí.

Ella reía, satisfecha, y a continuación bailaron sin hablar, sin ver nada y sin pensar en nada. Como en sueños. Como en el combate. Así era ella ahora, como un sueño, como un combate. Diana, la posesa... En torno a ellos daban palmadas y gritaban, al parecer alguien intentaba bailar, pero Víktor lo apartó de un empujón para que no interfiriera, mientras Roscheper gritaba sin parar: «¡Oh, mi pobre pueblo borracho!».

—¿Es impotente?

—Por supuesto. Yo lo baño.

—¿Y qué tal?

—Del todo.

—¡Oh, mi pobre pueblo borracho! —gemía el diputado.

—Vámonos de aquí —dijo Víktor.

La tomó de la mano y la condujo afuera. Borrachos y harapientos, que apestaban a alcohol rancio y a ajo, les abrían paso, y en la puerta un mocoso de labios gruesos, con manchas rojas en las mejillas, se interpuso y dijo algo grosero, mientras agitaba los puños, pero Víktor le dijo: «Más tarde, más tarde», y el mocoso desapareció. Sin soltarse las manos, corrieron por el pasillo vacío, después Víktor abrió la puerta sin liberar la mano de ella, la cerró a sus espaldas e hizo calor, hizo un calor insoportable, asfixiante, y la habitación, que primero había sido amplia y espaciosa, se volvió estrecha e incómoda, y entonces Víktor se levantó y abrió de par en par las ventanas, y un aire negro y húmedo envolvió sus hombros y su pecho desnudo. Retornó al lecho, buscó en la oscuridad la botella de ginebra, dio un trago y se la pasó a Diana. A continuación se acostó, a su izquierda fluía un aire frío y a la derecha había algo sedoso y tierno. Oía la

prolongación de la borrachera: los invitados cantaban a coro.

—¿Durará mucho tiempo? —preguntó.

—¿Qué? —replicó Diana, medio dormida.

—Que si van a seguir aullando mucho tiempo.

—No sé. ¿Y qué nos importa? —Se volvió sobre un lado y colocó la mejilla sobre el hombro de él—. Hace frío —se quejó.

Se metieron bajo la colcha.

—No duermas —dijo él.

—Aja —balbuceó ella.

—¿Te sientes bien?

—Sí.

—¿Y si te tiro de la oreja?

—Aja... Suelta, me duele.

—Oye, ¿no podría vivir aquí una semanita?

—Sí.

—¿Y dónde?

—Quiero dormir. Deja dormir a una pobre mujer ebria.

Él calló y permaneció acostado, sin moverse. Ella dormía ya. «Eso es lo que haré —pensó él—. Aquí se está bien, hay silencio. Pero de noche, no. O quizá también de noche. No se pondría a beber cada noche, tiene que curarse... Vivir aquí tres o cuatro días... cinco o seis... y beber menos, no beber del todo, trabajar un poquito... llevo tiempo sin trabajar... Para comenzar a trabajar hay que añorarlo mucho, tanto que no se desee otra cosa... —Se estremeció mientras se dormía—. Y con respecto a Irma... Lo que haré será escribirle a Rotz-Tusov con relación a Irma. Ojalá no se asuste, ese Rotz-Tusov, cobarde. Me debe novecientas coronas... Cuando se trata del señor Presidente, eso no tiene la menor importancia, todos nos volvemos cobardes. ¿Por qué somos todos tan cobardes? ¿A qué tenemos miedo? Le tenemos miedo a los cambios. No podremos ir a una taberna de escritores y darnos un trago de algo bueno... el portero no inclinará la cabeza a nuestro paso... y, en general, no habrá portero, me harán portero a mí. Pero si me mandan a las minas, entonces me irá mal... Pero eso ocurre rara vez, los tiempos han cambiado... las costumbres no son ya tan brutales. He pensado cien veces en ello, y cien veces he descubierto que no tenía de qué sentir miedo, pero lo sigo teniendo de todos modos. Porque se trata de una fuerza bruta —se contestó—. Es terrible, cuando contra uno se lanza una fuerza bruta, un cerdo con colmillos, una bestia invulnerable, tanto ante la lógica como ante las emociones... Y no tendré a Diana...»

Se quedó dormido y se despertó de nuevo porque bajo la ventana abierta hablaban en voz alta, con carcajadas que parecían relinchos. Los arbustos crujían.

—No puedo detenerlos —decía la voz estropajosa del jefe de policía—. No hay ley que permita eso...

—La habrá —respondió la voz de Roscheper—. ¿Soy diputado o no?

—¿Y hay alguna ley que permita que haya un criadero de infecciones junto a la ciudad? —gruñó el burgomaestre.

—¡Habrá esa ley! —repitió Roscheper con terquedad.

—Ellos no infectan a nadie —intervino el falsete del director del gimnasio—. Quiero decir, médicamente hablando...

—Eh, profesor —le reconvino Roscheper—, no olvides abrirte la bragueta.

—¿Y hay alguna ley que permita arruinar a personas honestas? —chilló el burgomaestre—. ¿Hay una ley que permita arruinarlas?

—¡Tendrás esa ley! —repitió Roscheper—. ¿Soy diputado o no?

«¿Qué podría tirarles a la cabeza?», pensó Víktor.

—¡Roscheper! ¿Eres amigo mío? —dijo el jefe de policía—. Desgraciado, yo te llevé en brazos. Yo fui quien te eligió, maldito. Y ahora esos asquerosos andan por la ciudad y no puedo hacer nada. No existe una ley así, ¿entiendes?

—La habrá —dijo Roscheper—. Te digo que la habrá. Tendrá que ver con la contaminación atmosférica...

—¡Y moral! —intervino el director del gimnasio—. Moral y de las costumbres.

—¿Qué?... Digo que tendrá que ver... con la contaminación de la atmósfera, así como con la escasez de especies piscícolas en los embalses cercanos... liquidaremos las infecciones y los enviaremos a lugares apartados. ¿Es lo que hace falta?

—Me dan ganas de darte un beso —dijo el jefe de policía.

—¡Qué listo! —apuntó el burgomaestre—. ¡Qué cabeza! Yo también...

—Tonterías —dijo Roscheper—. No vale la pena... ¿Cantamos algo? No, no me apetece. Vamos a beber la última copa.

—Correcto. La última y a casa.

Los arbustos crujieron nuevamente.

—¡Oye, profesor, se te ha olvidado cerrarte la bragueta! —gritó Roscheper ya lejos.

Bajo la ventana se hizo el silencio. Víktor se quedó dormido nuevamente, tuvo un sueño insignificante, y después se oyó el timbre del teléfono.

—Sí —respondió Diana con voz ronca—. Sí, soy yo... —Tosió—. No importa, no importa... Todo ha ido bien, creo que está satisfecho... ¿Qué? —Ella hablaba, recostada sobre Víktor, y de repente él percibió la tensión que se apoderó del cuerpo de la mujer—. Qué extraño —siguió diciendo ella—. Ahora lo compruebo... Sí... Bien, se lo diré. —Colgó el teléfono, pasó por encima de Víktor y encendió la lámpara de noche.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Víktor, soñoliento.

—Nada. Duerme, ahora vuelvo.

A través de los párpados entrecerrados, la vio recoger la ropa dispersa por la habitación, con una expresión tan seria que lo hizo sentirse alarmado. Diana se vistió rápidamente y se marchó, estirándose el vestido sobre la marcha.

«Seguramente Roscheper se siente mal —pensó Víktor mientras trataba de distinguir algún sonido—. Bebió de más, ese viejo despreciable.» En el enorme edificio reinaba el silencio y se oían nítidamente los pasos de Diana por el pasillo, pero no torció hacia la derecha, cómo él esperaba, sino hacia la izquierda. Después se oyó chirriar una puerta y el sonido de los pasos se extinguió. Se volvió sobre un costado e intentó volver a dormirse, pero no lo logró. Se dio cuenta de que esperaba a Diana y que no se dormiría hasta que ella regresara. Entonces se sentó en el lecho y encendió un cigarrillo. El chichón en la nuca comenzó a latir, y eso le hizo fruncir el entrecejo. Diana no regresaba. De repente, le vino a la memoria el perfil aquilino del bailarín. «¿Y qué pinta ése aquí?», pensó Víktor. Un artista que encarna a otro artista, que hace el papel de un tercero... Ah, se trataba de que había salido precisamente del lado izquierdo, de ahí adonde había ido Diana. Había llegado hasta el rellano de la escalera y, de águila, se convirtió repentinamente en un palomo. Al principio había sido un hombre de mundo, pero después comenzó a comportarse como un petimetre malcriado... Víktor se puso de nuevo a escuchar. El silencio era profundo, todos dormían... Alguien roncaba. Después, la puerta volvió a chirriar y se oyeron pasos que se aproximaban. Diana entró, su rostro seguía serio. El asunto continuaba, aún no

había concluido. Diana tomó el teléfono y marcó un número.

—No está —dijo—. No, no, se ha marchado... También lo creo... No tiene importancia, no se preocupe. Buenas noches.

Colgó, permaneció un momento de pie, mirando a la oscuridad reinante más allá de la ventana, y a continuación se sentó en el lecho, junto a Víktor. Tenía en las manos una linterna cilíndrica. Víktor encendió un cigarrillo y se lo tendió. Ella se puso a fumar en silencio mientras meditaba.

—¿Cuándo te dormiste? —preguntó después.

—No sé, no podría precisar.

—¿Pero fue después de que me durmiera?

—Sí.

—¿No escuchaste nada? —preguntó volviéndose hacia él—. Algún escándalo, una pelea...

—No. Creo que estuvieron muy pacíficos. Primero cantaron, al rato Roscheper y sus amigos mearon bajo nuestra ventana y después me quedé dormido. Estaban a punto de irse.

—Vístete —dijo ella después de tirar el cigarrillo por la ventana y ponerse de pie.

Víktor sonrió, burlón, y extendió la mano para tomar los pantalones. «Escucho y obedezco —pensó—. La obediencia es buena cosa. Basta con no preguntar nada.»

—¿Vamos caminando o tienes un vehículo?

—¿Qué?... Primero caminemos, después se verá.

—¿Ha desaparecido alguien?

—Eso parece.

—¿Roscheper? —Víktor vio que ella lo miraba con una expresión dubitativa. Se estaba arrepintiendo de haberlo despertado. Se preguntaba: «¿Y quién es él para llevarlo conmigo?»—. Estoy listo —concluyó él.

Ella seguía dudando y jugaba maquinalmente con la linterna.

—Está bien... vamos. —Pero no se movía del lugar.

—¿Quieres que le arranque una pata a la mesa? —propuso Víktor—. O, digamos, a la cama...

Ella se estremeció.

—No. Eso no sirve. —Abrió un cajón de la mesa y sacó de allí una enorme pistola negra. Se la tendió—. Toma.

Víktor estuvo a punto de rechazar el arma, pero resultó ser una pistola deportiva, de pequeño calibre. Además, no tenía cargador.

—Dame las balas.

Ella lo miró, sin comprender, después llevó la vista a la pistola.

—No —dijo—. Las balas no harán falta. Vamos.

Víktor se encogió de hombros y se guardó la pistola en un bolsillo. Bajaron al vestíbulo y de allí fueron al porche. La niebla había comenzado a disiparse y caía una fina lluvia helada. No había coches junto a la entrada. Diana tomó un caminito entre los arbustos empapados y encendió la linterna.

«Qué situación más idiota», pensó Víktor. Tenía muchos deseos de preguntar de qué iba todo aquello, pero no podía hacerlo. Habría que inventar cómo formular la pregunta. Quizá dándole la vuelta. No preguntar, sino dejar caer un comentario donde estuviera implícita la pregunta. ¿Tendría que pelear? No tenía ganas. Ese día no le apetecía pelear. Golpearé con la culata. En la frente, entre los ojos... ¿Cómo anda el chichón? El chichón estaba en su lugar y seguía doliendo. Qué raras eran las obligaciones de las enfermeras en aquel sanatorio.

Siempre consideré que Diana era una mujer con un secreto. Desde la primera mirada, todo el tiempo... Qué humedad, sería bueno darse un trago antes de salir. Tan pronto regrese, me daré ese trago... «Qué duro soy —pensó—. No hay preguntas. Escucho y obedezco.»

Rodearon el ala del edificio, atravesaron las lilas y llegaron a la cerca. Diana la examinó con la linterna y descubrió que faltaba una barra metálica.

—Víktor —dijo, en voz baja—, ahora seguiremos por el sendero. Irás detrás de mí. Mira dónde pisas y no des ni un paso a los lados. ¿Comprendido?

—Comprendido —repitió Víktor, obediente—. Un paso a la izquierda o un paso a la derecha, disparo[3].

Diana cruzó la cerca la primera y le alumbró el camino a Víktor. Bajaron la cuesta lentamente. Se hallaban en la ladera oriental de la colina sobre la que se alzaba el sanatorio. A su alrededor se escuchaba el rumor de la lluvia que caía sobre árboles invisibles. En una ocasión Diana resbaló, y Víktor apenas tuvo tiempo de sostenerla, aguantándola por los hombros. Ella se soltó con impaciencia y siguió adelante. A cada momento repetía: «Mira dónde pisas... Sigue detrás de mí». Víktor, obediente, miraba hacia abajo, hacia las piernas de Diana, que aparecían y desaparecían en el círculo de luz saltarín. Al principio, esperaba un golpe en la nuca, directamente sobre el chichón o algo así, pero después decidió que eso no ocurriría. No tenía sentido. Lo más probable es que algún loco se hubiera escapado, por ejemplo que Roscheper sufriera de *delirium tremens* y hubiera que hacerlo volver, amenazándolo con la pistola descargada...

Diana se detuvo de repente y dijo algo, pero sus palabras no llegaron a la conciencia de Víktor, pues un segundo después vio, junto al camino, unos ojos brillantes, inmóviles, enormes, que miraban fijamente por debajo de una frente empapada y convexa, solamente la frente y los ojos, nada más, ni boca, ni nariz, ni cuerpo, nada. Una oscuridad húmeda y pesada, y en el círculo de luz unos ojos brillantes y una frente de blancura antinatural.

—Canallas —exclamó Diana, con voz entrecortada—. Sabía que harían algo así. Bestias.

Cayó de rodillas, la luz de la linterna se deslizó por el cuerpo oscuro y Víktor vio un arco metálico, una cadena sobre la hierba. Diana le ordenó que se apresurara y él se agachó junto a ella; sólo en ese momento comprendió que se trataba de un cepo, y que el cepo aprisionaba la pierna de un ser humano. Intentó separar las mandíbulas metálicas con ambas manos, pero se limitaron a ceder un poco y después volvieron a cerrarse.

—¡Idiota! —gritó Diana—. ¡Con la pistola!

Víktor, haciendo rechinar los dientes, se sentó sobre el terreno y tensó los músculos hasta que sus hombros crujieron y las mandíbulas se le desencajaron.

—¡Arrástralo! —ordenó, con voz ronca.

La pierna desapareció, los arcos metálicos se cerraron de nuevo, apresando esta vez sus dedos.

—Sostén la linterna —le dijo Diana.

—No puedo —replicó Víktor con aire culpable—. Me ha pillado. Toma la pistola, está en el bolsillo...

Diana, maldiciendo, le metió la mano en el bolsillo. Él entreabrió nuevamente el cepo, ella introdujo la culata y Bánev pudo liberarse.

—Ten la linterna —repitió ella—. Veré cómo tiene la pierna.

---

[3] Repite la fórmula utilizada por los custodios de los campos de concentración estalinistas cuando conducían a los reclusos al trabajo forzado. *(N. del T.)*

—El hueso está destrozado —dijo una voz tensa desde la oscuridad—. Llévenme al sanatorio y llamen a un coche.

—Es lo correcto —repuso Diana—. Ahora. Víktor, dame la linterna, cárgalo.

Diana iluminó la escena. El hombre estaba sentado sobre el terreno, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. La mitad inferior de su rostro estaba oculta bajo una venda negra.

«Un gafudo —pensó Víktor—. Un mohoso. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?»

—Levántalo —le apuró Diana, impaciente—. Échatelo a la espalda.

—Ahora mismo —repuso Víktor, pensando en los círculos amarillos que rodeaban los ojos; sintió una náusea—. Ahora... —Se agachó junto al mohoso y se volvió, presentándole la espalda—. Agárrese a mi cuello.

El leproso era muy delgado y pesaba poco. No se movía, parecía que ni siquiera respiraba, y no gemía ni cuando Víktor resbalaba, pero un estremecimiento lo sacudía. El camino tenía más pendiente de lo que Víktor recordaba, y cuando alcanzaron la valla apenas le quedaba aliento. Le resultó difícil arrastrar al gafudo a través de la abertura en la cerca, pero finalmente lo lograron.

—¿Adonde lo llevamos? —preguntó Víktor cuando se acercaron a la puerta.

—Por el momento, al vestíbulo —respondió Diana.

—No es necesario —intervino el leproso con la misma voz tensa—. Déjenme aquí.

—Aquí llueve —objetó Víktor.

—No hable más. Me quedo aquí.

Víktor permaneció en silencio y comenzó a subir la escalera.

—Déjalo —le dijo Diana.

—Pero qué demonios, aquí llueve —replicó Víktor, que se había detenido.

—No sea idiota —balbuceó el leproso—. Déjeme... aquí...

Víktor, sin decir palabra, subió los escalones de tres en tres, llegó a la puerta y entró en el vestíbulo.

—Cretino —dijo el leproso en voz baja y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Víktor.

—Imbécil —gritó Diana, que alcanzó a Víktor y lo agarró de la manga—. ¡Lo vas a matar, idiota! ¡Sácalo de inmediato y déjalo bajo la lluvia! ¡De inmediato! ¿Me has oído? ¡Muévete!

—Todos os habéis vuelto locos —replicó Víktor, irritado y confuso.

Giró sobre sí mismo, propinó una patada a la puerta y salió al porche. Era como si la lluvia lo hubiera estado esperando. Antes salpicaba holgazana, pero de repente comenzó a caer un auténtico aguacero. El gafudo gimió muy quedo, levantó la cabeza y, de repente, comenzó a jadear, como si lo persiguieran. Víktor se detuvo un momento, buscando instintivamente dónde cubrirse.

—Bájeme —dijo el leproso.

—¿En un charco? —preguntó Víktor, con sarcasmo y amargura.

—Eso da lo mismo. Bájeme.

Víktor lo colocó con cuidado sobre los mosaicos del porche y el leproso abrió al momento los brazos y se estiró. Su pierna derecha estaba torcida en una posición antinatural, y la enorme frente parecía de un blanco azulado a la luz de la potente farola. Víktor se sentó en un escalón, a su lado. Tenía muchas ganas de entrar en el vestíbulo, pero le resultaba imposible dejar a aquel hombre herido bajo la incesante cortina de agua y escapar a un lugar calentito.

«¿Cuántas veces me han llamado tonto hoy? —se preguntó, secándose la cara con la mano—. Creo que muchas. Y al parecer, en ello hay algo de verdad, ya

que el ignorante que persevera en su ignorancia es tonto, idiota, imbécil y cretino. ¡Pero se siente mejor bajo la lluvia! Ha abierto los ojos y no son tan horribles… Un mohoso. Sí, más bien un leproso, no un gafudo. ¿Cómo fue a parar a un cepo? ¿Y de dónde salen esos cepos aquí? Es el segundo mohoso con el que me tropiezo hoy, y ambos estaban en dificultades. Ellos tienen dificultades, y a causa de eso, también yo las tengo…»

Diana hablaba por teléfono en el vestíbulo. Víktor prestó atención.

—¡La pierna! Sí. Fractura múltiple. Bien… De acuerdo… Apresúrese, estamos aquí esperando.

A través de la puerta de vidrio, Víktor vio que ella colgaba el teléfono y subía corriendo las escaleras. Algo malo ocurre en la ciudad con los mohosos. Hay cierta agitación en torno a ellos. Por alguna razón, ahora molestan a todos, hasta al director del gimnasio. Hasta a Lola, recordó de repente. Creo que dijo algo sobre ellos… Miró al leproso. El leproso lo miraba.

—¿Cómo se siente? —se interesó Víktor. El leproso callaba—. ¿Necesita algo? ¿Un trago de ginebra? —preguntó Víktor, alzando la voz.

—No grite —respondió el leproso—. Lo oigo.

—¿Le duele? —inquirió Víktor con simpatía.

—¿Y qué cree?

«Un tipo particularmente desagradable —pensó Víktor—. A fin de cuentas, qué me importa, nunca más volveremos a vernos. Y seguro que le duele…»

—No importa. Aguante unos minutos más. Ahora vendrán a buscarlo.

El leproso no respondió; en su frente aparecieron arrugas y cerró los ojos. De repente, se asemejaba a un muerto, plano e inmóvil bajo el aguacero. Diana salió al porche con un maletín de médico, se agachó junto a ellos y comenzó a hacer algo con la pierna herida. El leproso gimió en voz baja, pero Diana no dijo nada de lo que dicen en esos casos los médicos para calmar a los pacientes.

—¿Te ayudo? —preguntó Víktor. Ella no respondió.

—Espera, no te vayas —masculló Diana sin levantar la cabeza cuando Víktor se incorporó.

—No me voy —replicó Víktor, mientras contemplaba cómo ella colocaba hábilmente una tablilla.

—Me harás falta.

—No me voy —repitió Víktor.

—Es mejor que subas, ve y come algo mientras aún hay tiempo, pero regresa enseguida.

—No, no quiero.

Después, tras la cortina de lluvia se oyó el bramido de un motor y aparecieron unos faros. Víktor vio un todoterreno que entraba con cuidado por el portón. El vehículo se acercó al porche y de él salió trabajosamente Yul Gólem, enfundado en su aparatoso impermeable. Subió los escalones de la entrada, se inclinó sobre el leproso y le tomó la mano.

—No me inyecte —dijo el herido sordamente.

—Está bien —dijo Gólem y miró a Víktor—. Levántelo.

Víktor alzó en brazos al leproso y lo llevó hasta el todoterreno. Gólem se le adelantó, abrió la puerta y entró en el vehículo.

—Colóquelo aquí —dijo, desde la oscuridad—. No, con las piernas por delante… No tema… Sosténgalo por los hombros…

Resoplaba dentro del coche y se agitaba. El leproso gimió nuevamente y Gólem le dijo algo incomprensible, o quizá dijo una palabrota, fue algo así como «Seis inyecciones en el pescuezo…». Después, salió nuevamente, cerró la

portezuela y volvió a entrar, para acomodarse tras el volante.

—¿Fue usted quién los llamó? —le preguntó a Diana.

—No —respondió Diana—. ¿Debo llamarlos?

—Ya no vale la pena, podrían echarlo todo a perder —replicó Gólem—. Hasta la vista.

El todoterreno comenzó a moverse, rodeó los arbustos y siguió adelante por el caminito.

—Vámonos.

—Será nadando —replicó Víktor.

Ahora, cuando todo había terminado, lo único que sentía era irritación.

En el vestíbulo, Diana lo tomó del brazo.

—No pasa nada. Ahora te cambias de ropa, bebes unas copas de vodka y todo estará bien.

—Parezco un perro mojado —Víktor, molesto, se quejó—. Además, ¿tendrías la bondad de explicarme qué ha ocurrido aquí?

—Pues no ha ocurrido nada de particular. —Diana suspiró, cansada—. No debiste olvidarte de tu linterna.

—¿Y los cepos en los caminos, es algo habitual aquí?

—Los pone el burgomaestre, el muy canalla…

Subieron al segundo piso y echaron a andar por el pasillo.

—¿Está loco? Eso es un delito. ¿Está verdaderamente mal de la cabeza?

—No. Simplemente es un canalla y odia a los gafudos. Como todos en la ciudad.

—Me he dado cuenta de eso. Nosotros tampoco los queremos, pero poner cepos… ¿Y qué les han hecho los gafudos?

—Hay que odiar a alguien —explicó Diana—. En unos sitios odian a los hebreos, en otros a los negros, y aquí a los gafudos.

Se detuvieron ante la puerta. Diana hizo girar la llave, entró y encendió la luz.

—Espera —dijo Víktor, mientras examinaba el recinto—. ¿Adonde me has traído?

—A un laboratorio —respondió Diana—. Espera un momento…

Víktor se quedó en la puerta, mirando cómo ella caminaba por la enorme habitación, cerrando las ventanas bajo las cuales se veían charcos.

—¿Y qué hacía aquí esta noche? —preguntó Víktor de repente.

—¿Dónde? —inquirió Diana, sin volver la cabeza.

—En el sendero… Tú sabías que él estaba ahí, ¿verdad?

—Se trata de que en la leprosería no alcanzan las medicinas. A veces vienen aquí a pedir…

Cerró la última ventana, recorrió el laboratorio, revisó las mesas, cubiertas de equipo y objetos de cristal para investigación química.

—Todo esto me da asco —insistió Víktor—. Qué país éste. Por doquier hay mierda… Vamos, que estoy helado.

—Enseguida.

Tomó de una mesa una pieza de ropa de color oscuro y la sacudió. Era un frac. Lo colgó con cuidado en el armario donde dejaban las batas de trabajo.

«¿Qué hace ese frac aquí? —pensó Víktor—. Para colmo, parece conocido…»

—Es todo —dijo Diana—. No sé tú, pero yo voy a meterme en una bañera con agua caliente.

—Escucha, Diana —dijo Víktor, con suspicacia—. Aquel tipo… el de la nariz grande… de piel amarillenta… El tipo con el que bailabas…

Diana lo tomó de la mano. Calló un instante.

—Pues ése es mi marido —respondió finalmente—. Mi ex marido.

TRES
Félix Sorokin. Una aventura.

Por la noche no tomé los comprimidos, y no porque me olvidara de hacerlo, sino porque de repente se me ocurrió que no podía pasarlos con licor. Y por eso, desde que me levanté me sentía decaído, apático, y todo el tiempo me obligaba a hacer las cosas: me aseé a la fuerza, me vestí sin deseos, arreglé la casa, desayuné... Quedaba más de la mitad del coñac y seguramente había gaseosa suficiente en el vaso; estuve dudando si bebía algo para quitarme la borrachera, pero en ese momento recordé, muy a mi pesar, que el signo fundamental del alcoholismo, según los médicos de ahora, consiste en beber por la mañana después de una borrachera, y por esa razón renuncié a hacerlo.

«Dios mío —pensé—, qué bien que Klara no está aquí, cuidándome, ¡qué bien que estoy solo!»

Y, por supuesto, en ese mismo momento llamó Katia, preocupada por supuesto, y preguntó, con cierta ironía venenosa en la voz: «¿Qué, andabas de nuevo dilatándote los vasos sanguíneos?». Y, por supuesto, de nuevo tuve que mentir y justificarme, y además por el hecho de que no había realizado la menor gestión para que le cosieran un abrigo de pieles en nuestra sastrería. Pero Katia no había llamado para hablar del abrigo de pieles: tenía la intención de pasar a visitarme ese día o al siguiente por la noche y traer mi pedido de alimentos. Era sólo eso. Terminamos la conversación, y de la alegría me bebí un dedito de coñac y comencé a sentirme mejor.

Al otro lado de la ventana hacía un día maravilloso. La tormenta de nieve del día anterior había desaparecido; brillaba el sol, que no había vuelto a aparecer desde el mismísimo día de Año Nuevo; el montón de nieve que ocupaba el balcón emitía alegres destellos de hielo, seguramente por el hecho de que tras cada auto que pasaba por la carretera se extendía una cola de vapor blanquecino. La presión atmosférica era alta y no se preveía ninguna causa que me impidiera dedicarme a escribir el guión.

A propósito, había telefoneado tres veces a la sastrería, y en ninguna de esas ocasiones había conseguido nada. Debo decir que esas llamadas tenían un carácter puramente ritual: si una persona quiere que a su hija le cosan un abrigo de piel, debe ir personalmente a la sastrería, realizar muchísimos movimientos corporales alegóricos y pronunciar muchísimas frases alegóricas, arriesgándose todo el tiempo a tropezar con una grosería descarada o con el escaqueo más canallesco.

A continuación ocupé mi lugar ante la máquina de escribir y comencé directamente con la frase que había inventado el día anterior, pero no había utilizado pues la guardaba especialmente para hoy, para el desayuno:

No es contra ellos, sino contra sus camaradas de la derecha...

Y al principio todo me salió bien, alegre, con ánimo y decisión, pero una hora y minutos más tarde me di cuenta de que estaba como desmayado sobre el asiento, leyendo por enésima vez el último párrafo sin entender nada:

Y el Comisario seguía contemplando el tanque que ardía. Caían lágrimas de debajo de sus gafas, pero él no las secaba, su rostro continuaba sereno e inmóvil.

Me daba cuenta de que estaba trabado, totalmente trabado, para largo rato y sin norte. Y el problema no consistía en que me resultara imposible imaginar cómo seguirían desarrollándose los hechos de ahí en adelante: había meditado todo lo que acontecía en las siguientes veinticinco páginas. No, se trataba de algo peor: sentía algo parecido a una nausea cerebral.

Veía claramente ante mí el rostro del comisario, la trinchera semiderruida y el tanque alemán que ardía. Pero todo aquello era como de papel maché. De cartón y tablitas pintadas. Como en el escenario de una casa de cultura venida a menos.

Y pensé con triste satisfacción, quién sabe por cuál vez, que se debe escribir sobre lo que uno conoce muy bien, o sobre lo que nadie conoce. La mayor parte de nosotros opina que eso no importa. Pero Katia, mi hija, había señalado correctamente que uno debía quedar siempre en minoría.

Me molestan mucho esos derrapes en el trabajo, me enferman. Y en ese momento decidí que no dejaría que la tristeza me acogotara. A fin de cuentas, tenía muchas otras cosas que hacer, no había razón para quedarme allí sentado maldiciendo. Me esperaban en la calle Bánnaia.

Doblando con prisa las páginas, metí el borrador del guión en una funda plástica especial para él y comencé a vestirme. «El molinero debe vivir en movimiento...», balbuceé, mientras me ponía los zapatos con cierto trabajo. «¡El agua nos sirve de ejemplo!», canté a toda voz, metiendo en la carpeta *Los Koriaguin,* una magnífica pieza dramática. Estaba espantando el miedo. «¡En última instancia, devolveré el adelanto!», dije en voz alta, mientras me ponía *aparka.* Pero no se trataba del adelanto. En los últimos tiempos había tenido semejantes derrapes con mucha frecuencia. Honestamente, eran ataques de repulsión hacia el trabajo que me daba de comer.

De pie en el rellano de la escalera, me puse a pensar, quizá para despejar la mente, que durante los últimos tres días no me había ocurrido nada absurdo ni tonto; al parecer, el que maneja los hilos de mi destino está totalmente exhausto y no es capaz ni siquiera de un milagrito estúpido... Mientras, los ascensores no subían, ni el grande, ni el pequeño, y yo golpeaba las puertas de ambos y después escuchaba con atención. De abajo llegaba el sonido retumbante de unas voces indescifrables. Entonces solté un taco y comencé a bajar por las escaleras.

En el rellano del décimo piso vi que la puerta del apartamento del poeta Kostia Kudínov estaba abierta de par en par, y allí asomaba una espalda enorme, enfundada en una bata blanca.

«Vaya, otra vez», pensé al instante. Y no me había equivocado. A Kostia Kudínov lo sacaban sobre una camilla, y el ascensor grande estaba abierto, esperando. Kostia estaba tan pálido que parecía verdoso, sus ojos turbios se movían en desorden y bizqueaban, la boca manchada parecía un colgajo.

Al principio me pareció que Kostia estaba inconsciente, y no puedo decir que aquel espectáculo me acongojara, aunque me entristecía un poco. Él y yo apenas nos conocíamos, éramos vecinos del mismo edificio y miembros de la misma organización de escritores, que contaba con varios miles de afiliados. De alguna manera, unos diez años atrás, durante alguna campaña, él se había pronunciado públicamente en mi contra, con osadía y de manera bastante cáustica. Es verdad que después se había retractado, diciendo que me había confundido con otro

Sorokin, con el Sorokin de la sección de literatura infantil, por lo que desde ese momento, cuando nos tropezábamos, nos saludábamos, intercambiábamos rumores y nos quejábamos de que no había forma de reunimos para tomar unas copas. Pero, por lo demás no era nadie para mí, y además, al verlo, estuve a punto de llegar a la conclusión de que él simplemente había bebido más de lo habitual. En una palabra, si la indiferente naturaleza hubiera tenido la última palabra, al poeta Kostia Kudínov se lo deberían haber llevado en ese momento en el ascensor, las puertas se habrían cerrado, ocultándolo ante mis ojos, le habría preguntado al médico qué le había ocurrido y por la noche le habría contado aquel suceso a alguien en el club.

Pero el que maneja los hilos de mi destino aún se sentía rebosante de fuerzas.

—¡Félix! —pronunció Kostia, en un tono de tal desesperación que los camilleros se detuvieron al instante, esperando a ver qué más iba a decir—. Dios te ha enviado a mí. Félix...

En ese momento sus ojos quedaron en blanco y calló. Pero apenas los camilleros echaron a andar sin esperar la continuación, volvió a hablar. Lo hacía a tirones, enredándose, susurrando con un ronquido y exigiendo todo el tiempo que yo tomara nota; y por supuesto, obediente, abrí la carpeta, tomé el bolígrafo y comencé a escribir en uno de los márgenes: «Estación de metro Sokólniki, carretera Bogoródskoie, núm. 239, Instituto, Iván Davídovich Martinsón, matusalina». O sea, yo debía correr ahora al extremo más lejano de Moscú, buscar en la carretera Bogoródskoie un instituto desconocido, en ese instituto encontrar un tal Martinsón, a quien debía pedirle, para Kostia, eso denominado matusalina. («Aunque sea dos o tres gotas... Sé que no me corresponde, pero de todos modos, pídele que me lo dé... De otra manera, moriré...») A continuación, las puertas del ascensor se cerraron y quedé solo en el rellano.

Seré totalmente honesto. Yo no sentía la menor lástima, y mucho menos deseaba llevar a cabo esas complejas evoluciones en el espacio y con mi tiempo. ¿A santo de qué? ¿Quién creía que era para mí? ¡Un poeta casi desconocido, medio alcohólico! Además, se había manifestado contra mí; sí, por error, pero contra mí, y no a mi favor. Por supuesto, ya no iría a ninguna parte, ni siquiera a la calle Bánnaia, todo aquello me había irritado y molestado bastante. Pero en ese momento, otro hombre que vestía una bata blanca salió del piso de Kostia y se detuvo junto a mí, ante la puerta del ascensor. A juzgar por el fonendoscopio y las gafas con montura de asta, se trataba del médico, que llevaba en los labios un emboquillado sin encender. Y le pregunté qué le ocurría a Kostia. Me respondió que sospechaban que Kostia sufría de botulismo, una gravísima intoxicación producida por las conservas. Me asusté. Una vez en Kamchatka me había intoxicado con conservas; estuve a punto de diñarla.

Las puertas del ascensor se abrieron, el médico y yo entramos y le pregunté, siguiendo las notas hechas en la carpeta, si la matusalina ayudaría a Kostia. El médico me miró sin comprender y leí, silabeando: «Ma-tu-sa-li-na». Pero el médico no sabía nada sobre la matusalina, y llegué a la conclusión de que se trataba de una medicina nueva, novísima incluso.

Nos separamos junto a la ambulancia. Al pobre Kostia se lo llevaron a Biriuliovo, al hospital nuevo, y yo me encaminé hacia el metro.

Seguía igual que antes, sin el menor deseo de ir a ninguna parte. Para mis adentros reconocía, como una revelación, que Kostia nunca me había resultado simpático: una persona totalmente ajena, idiota y sin talento. Era verdad que su botulismo generaba cierta compasión, pero eso iba unido a cierta irritación, y con

cada minuto la irritación se hacía más fuerte que la compasión. Por qué demonios yo, un hombre de cierta edad, no muy saludable, debía atravesar toda la ciudad en busca de un instituto desconocido, en busca de un tal Martinsón, de una cosa llamada matusalina, sobre la cual ni siquiera el médico sabía nada... Caminar, preguntar, buscar y después rogar, si hasta el propio Kostia había dicho que no le correspondía... y finalmente resultaría que no existía semejante instituto, y si existía, allí no trabajaba nadie llamado Martinsón... que todo era un delirio de Kostia, visiones febriles, estaba intoxicado y gravemente...

Metiéndome en la nieve que los conserjes no habían recogido aún, patinando a veces en charcos de hielo invisibles, llegué a la estación del metro mientras me inventaba nuevas justificaciones, aunque ya sabía firmemente que mientras más justificaciones me inventara, más seguro era que mi trayectoria me llevara a través de todo Moscú, más allá de Sokólniki, en busca de Iván Davídovich Martinsón, para regresar después, con tres gotas de la valiosa matusalina, al hospital de Biriuliovo para salvar al poeta Kostia Kudínov, persona que me resultaba totalmente innecesaria y antipática.

Por suerte, para ir desde nuestra estación a Sokólniki no había que cambiar de línea, a esta hora (casi las dos de la tarde) no había mucha gente, me senté en un rincón y cerré los ojos. Mis pensamientos fluyeron en otra dirección, más profesional, si es posible definirla así.

Por enésima vez pensaba que la literatura, hasta la más realista, sólo correspondía a la realidad de manera aproximada cuando trataba sobre el mundo interior de las personas. Intentaba recordar una obra literaria en la que el protagonista estuviera en mi situación o en una parecida, y lograra expresar de una forma más o menos clara la falta de ganas de ir a determinado lugar. El lector no se lo perdonaría nunca. Y no importa que el protagonista fuera de todos modos, sobreponiéndose a miles de obstáculos, que realizara heroicos milagros, pues de cualquier manera su imagen quedaría feamente manchada ante los ojos del lector, y por supuesto, del editor.

En general, al héroe se le permite tener muchos defectos en nuestra época tan liberal. Incluso se le deja ser un borrachín, y hasta hurtar algo mal puesto (claro, siempre por razones altruistas). Puede ser un mal padre de familia, un manirroto, un inadaptado, puede ser una persona totalmente superficial que se comporta con ligereza. Lo único que se le prohíbe a nuestro héroe es la misantropía práctica. Pasará antes un camello por el ojo de una aguja, que no un personaje positivo con indiferencia ante un pajarillo con un ala rota. Así resulta que yo, Félix Alexándrovich Sorokin, soy por lo menos un inválido moral según las normas literarias, tanto nacionales como extranjeras.

Esa deducción me divirtió y me puso de buen humor. En primer lugar, ahora podía dejar de ir a la calle Bánnaia bajo un pretexto no sólo totalmente correcto, sino además muy humano. En segundo lugar... En segundo lugar, bastaba con el primer pretexto. Para regresar, tomaría un taxi, por suerte tenía dinero. Iría a Biriuliovo, entregaría la maldita matusalina, y en el mismo taxi me largaría al club...

Me puse a dormitar, y entre sueños pensé que ese nuevo medicamento tenía un nombre bastante raro. Matusalina. Generaba recuerdos asociativos. Turquía. El Oriente Medio, quién sabe por qué. Matusalén. ¿La Biblia?

Encontré el instituto sin problemas. El autobús se detuvo delante de la entrada, desde la cual se extendía, a lo largo de toda la calle, una valla muy alta e infinita. No había ningún letrero allí, y en el camino de entrada estaba de pie un hombre con las manos en los bolsillos, sin abrigo, con un gorro de orejeras. Me

echó una mirada torcida, pero no dijo nada y entró a la caseta caliente. Seguramente, debí haber echado a andar directamente por el caminito, sin mirar a derecha ni a izquierda, pero soy incapaz de hacer eso. Me incliné ante la ventanilla.

—¿Cómo puedo ver a Iván Davídovich Martinsón?

En la cabina, un anciano de chaqueta grasienta bebía té de un platillo y mordía un caramelo. Sin prisa, dejó el platillo humeante sobre la mesa, sacó de debajo de la mesa una gorra también grasienta y se la colocó cuidadosamente sobre la calva.

—El pase —dijo.

Le respondí que no tenía pase. Ese reconocimiento ratificó el peor de sus temores. Como si le hubieran advertido a primera hora que un tipo sin pase intentaría entrar y que no podía dejarlo pasar de ninguna manera. Se levantó, salió al pasillo de entrada y se paró delante del torniquete. Me puse a rogar y a convencerlo. A medida que mis ruegos se volvían más lastimeros, la resolución del cruel vejete se hacía más fuerte, y todo aquello duró hasta el momento en que comprendí que me encontraba ante un obstáculo insuperable, razón por la cual podía largarme de allí sin remordimientos, ir directamente a la calle Bánnaia y después al club. Con gran placer le dije al vejete que era una momia podrida, y satisfecho me di la vuelta y me marché.

¡Pero de eso, nada!

—No permite pasar —dijo con firmeza el hombre del gorro de orejeras.

—Vieja momia putrefacta —respondí.

Y entonces aquel hombre, a quien yo no le había preguntado nada, me contó con gran placer que ahora nadie entraba por aquel acceso pues no dejaban pasar a nadie, ahora todos cruzaban la valla, había un hueco a cien pasos; todos pasaban por allí, pues nadie quería dar un enorme rodeo para llegar a la carretera Bogoródskoie, y pasando a través de la valla, atravesando el territorio del instituto y cruzando otra valla se llegaba enseguida a una venta de vino.

¿Qué otra cosa podía hacer yo? Le di las gracias a aquel buen hombre y seguí sus instrucciones con exactitud. Desde el agujero en la valla, un caminito abierto por las pisadas de mucha gente atravesaba el enorme territorio del instituto, cubierto de nieve. A la derecha del caminito había una construcción a medio hacer, y a la izquierda un edificio de cinco pisos, de ladrillo blanco con enormes ventanas escolares. Al parecer se trataba del instituto. Del caminito partía un sendero hacia el edificio, al parecer también muy transitado.

Ante la entrada del instituto (un enorme porche con puertas de vidrio bajo una amplia visera de hormigón), tres hombres abrían un contenedor, cubierto de letreros en lenguas extranjeras. También iban sin abrigo y llevaban gorros de orejeras. Pasé junto a ellos, subí unos escalones y entré en el vestíbulo.

Se trataba de un local amplio, iluminado por lámparas de mercurio, lleno de personas que, en mi opinión, no se dedicaban a nada, que estaban allí, en grupos, fumando. Tomando en cuenta la amarga experiencia anterior, no le pregunté nada a nadie y me dirigí hacia el guardarropa, donde dejé el abrigo, manteniendo en la cara una expresión sombría, de preocupación, mientras ponía en primer plano mi carpeta.

Después, me peiné ante el espejo y subí por las escaleras hasta el segundo piso. Por qué precisamente hasta el segundo piso, no hubiera podido explicarlo, y tampoco nadie me preguntó nada al respecto. Allí el suelo también era de baldosas, también había brillantes lámparas de mercurio y se veían grupos de personas que fumaban. Me dirigí a un hombre joven, que estaba solo. Su

expresión también era sombría y preocupada, y pensé que no se pondría a averiguar quién era yo, por qué estaba allí y si tenía derecho a estar.

No me equivoqué. Distraído, sin mirarme siguiera, me explicó que Martinsón seguramente estaba ahora en los baños, en el tercer piso a la derecha, inmediatamente detrás de los esqueletos, el número de la puerta era el treinta y siete.

No encontré ningún esqueleto en el tercer piso, no sé de qué estaría hablando aquel joven que se expresaba tan bien, pero el baño con el número treinta y siete en la puerta resultó ser una habitación enorme, muy iluminada. Había allí mucho vidrio, muchas luces que parpadeaban, en varias pantallas aparecían curvas verdosas, olía a vida artificial y máquinas inteligentes, y en el centro del recinto, de espaldas a mí, estaba sentado un hombre que hablaba por teléfono en voz alta.

—¡Olvida eso! —gritaba—. ¿Qué ley? ¡Sigue presionando! ¡Olvídalo! Lomonósov no tiene nada que ver con esto, Lavoisier tampoco. ¡Lo que tienes que hacer es meter más presión! —Colgó el teléfono y se volvió hacia mí—. ¡En el comité de empresa, en el comité de empresa!

Dije que quería ver a Iván Davídovich. El rostro se le congestionó. Era enorme, de hombros anchos, con un cuello de toro y cabellos castaños erizados.

—¡He dicho que en el comité de empresa! —gritó—. ¡De tres a cinco! Aquí no vamos a hablar de nada, ¿está claro?

—Vengo de parte de Kostia Kudínov —articulé finalmente.

—¿De parte de Kostia? —El hombre pareció tropezar—. ¿Qué ocurre?

Se lo conté. Mientras le narraba lo sucedido, él se levantó, caminó hacia la puerta y la cerró.

—¿Y usted quién es? —preguntó, con el rostro repentinamente pálido y sin mirarme a los ojos.

—Soy su vecino.

—Eso está claro —repuso, impaciente—, lo que le pregunto es quién es usted…

Me presenté.

—Ese nombre no me dice nada —dijo y clavó sus ojos en mi entrecejo, unos ojos negros, muy juntos, parecidos a los cañones de una escopeta.

Me enfurecí. ¡Qué demonios! ¡De nuevo me obligaban a justificarme!

—Por cierto, a mí su nombre tampoco me dice nada —le respondí—. Sin embargo, he atravesado todo Moscú en su busca…

—¿Tiene algún documento? —me interrumpió—. Lo que sea…

Yo no tenía ningún documento. Nunca los llevo conmigo. Él quedó pensativo un momento.

—Está bien, ahora me ocupo de eso. ¿En qué hospital se encuentra? —Se lo dije—. Vaya, adonde lo… —masculló—. De verás, está al otro lado de Moscú… Está bien, puede irse. Yo me ocuparé.

Hirviendo por dentro de cólera, me di la vuelta para marcharme, y estaba abriendo la puerta cuando él, de repente, decidió averiguar.

—¡Peeer-dón! —rugió—. ¿Y cómo ha podido entrar aquí? ¡Sin pase! ¡Ni siquiera tiene documentos!

—¡Por un hueco! —dije, en tono cáustico.

—¿Qué hueco?

—En la valla —fue mi respuesta vengativa, y me largué, blanco de rabia.

Mientras bajaba las escaleras se me ocurrió una idea horrible: de repente, el salvaje de Martinsón llamaba por teléfono y los guardias saldrían corriendo en

busca de todos los huecos en la valla, acompañados por carpinteros, y yo quedaría atrapado en un bolsón como un Von Paulus cualquiera derrotado...[4] No pude contenerme y eché a correr, maldiciendo una y otra vez a Kostia Kudínov con su botulismo y su destino truncado. Sólo al ver que la gente me miraba logré serenarme, y comparecí ante el encargado del guardarropa como corresponde a una persona diligente, sombría y preocupada, con bolsillos rebosantes de pases y documentos.

Al bajar del porche, se me ocurrió mirar atrás. No sé qué me impulsó a ello. Esto fue lo que vi: tras la puerta de vidrio, con las manos enormes apoyadas en el cristal, con el rostro muy pálido, Iván Davídovich Martinsón me seguía con la vista. Como un vampiro que mira a la víctima que se le ha escapado.

Me da vergüenza reconocerlo, pero eché a correr nuevamente. A pesar de mis problemas circulatorios. A pesar de mi panza. A pesar de mi cojera intermitente. Sólo cuando atravesé el hueco y salí a la carretera Bogoródskoie, mi amor propio volvió a vencer y me puse a caminar, mientras me abrochaba la *parka* y me ponía correctamente el gorro de piel. No me había gustado nada aquella aventura, y en particular no me había gustado Iván Davídovich Martinsón, y volví a maldecir a Kostia una y otra vez por su botulismo, y me juré a mí mismo que en el futuro, nunca más, nadie más y por ninguna razón...

Después de todos aquellos líos, ni hablar de ir a la calle Bánnaia. Únicamente al club. ¡Sólo al club! ¡A nuestro restaurante, con paredes forradas de cedro! ¡A aquella atmósfera de olores cautivantes! ¡A sentarme a mi mesa, cubierta por un mantel almidonado! Bajo el ala de Sáshenka... aunque no, hoy era día impar. ¡O sea, bajo el ala de Alió-nushka! Exacto, y pagarle enseguida lo que le debía, y pedir una ración de arenque, reluciente bajo el aceite, las lonchas gruesas cubiertas de cebollino picado muy fino, además de tres o cuatro patatas hervidas, bien calientes, con un trozo de mantequilla sacado directamente del agua helada, y una botellita panzuda (sin eso no es posible, además hoy me lo he ganado)... además de setas marinadas en su jugo, con aros de cebolla, y un poco de agua mineral... ¿o de cerveza? No, agua mineral... Y después de acallar el primer ataque de hambre y de sentir auténtico apetito, pediremos una *solianka* de carne, la que preparan en el club, por suerte todavía no se les ha olvidado la buena cocina, la traerán en una sopera metálica de color mate, con todas esas carnes delicadas ocultas bajo el caldo ambarino, con sus aceitunas negras brillantes... ¡Dios mío, se me olvidaba lo principal! ¡Un bollo! Nuestro famoso bollo que hornean en el club, esponjoso, suave, dorado... debería llevarme un par de ellos a casa. El segundo plato...

Pero no pude deleitarme imaginándome el segundo plato, porque de repente sentí cierta incomodidad, una molestia indefinible, y al volver a la realidad me di cuenta de que viajaba en el metro, embutido entre dos tipos altos que llevaban mochilas deportivas, y por el espacio que quedaba libre entre ellos, me miraban fijamente unos ojos claros a través del vidrio de unas gafas. Sólo vi aquellos ojos durante un segundo, así como una barba noruega, rojiza, y una bufanda de seda blanca que salía del cuello de un abrigo a cuadros, pero el tren comenzó a frenar, los dos tipos altos se juntaron y el observador desapareció de mi vista.

Me pareció que me había mirado con una atención indecente, como si algo en mi vestimenta estuviera fuera de lugar o tuviera el rostro enfangado. Por si acaso, comprobé que llevaba el gorro puesto correctamente. Por cierto, cuando un

[4] Se refiere al mariscal Friedrich von Paulus, jefe del Sexto Ejército alemán, copado y aniquilado en Stalingrado a finales de enero de 1943. *(N. del T.)*

minuto después los dos tipos altos se separaron, mi observador dormitaba pacíficamente, con las manos cruzadas sobre el vientre. Era un hombre de mediana edad, con gafas de montura metálica, y llevaba un abrigo a cuadros, de esos que estuvieron de moda unos años atrás. Recuerdo que aquellos abrigos me impresionaban porque también se podían llevar del revés: por un lado eran, digamos, de cuadros negros y grises, y por el otro de cuadros grises y negros.

Aquel episodio momentáneo me apartó de mis visiones gastronómicas y por alguna razón recordé una vez que estuve un mes entero en el hospital, donde me daban una comida monstruosamente insípida, hecha puré a propósito, y aquello me causaba tal angustia que finalmente los médicos le permitieron a Katia traerme una ración fría de pollo a la caucasiana. Daba miedo pensar lo que le esperaba a Kostia en ese sentido. Y no tenía tiempo para meditar sobre tales asuntos, pues el tren se detuvo en la estación Kropótkinskaia y me dirigí a la salida.

La portera del club, una mujer medio ciega, me exigía que le presentara el carné de escritor, y por enésima vez yo intentaba meterle en la cabeza que llevaba un cuarto de siglo escribiendo y que al menos los últimos cinco años entraba al club pasando por delante de ella. No creyó ni una de mis palabras, pero en ese momento el tío Kolia rugió desde las profundidades del guardarropa: «¡Es de los nuestros, María Trofimovna!», y ella me dejó pasar.

Me quité el abrigo lentamente mientras conversaba con el tío Kolia sobre el tiempo reinante, agarré un ejemplar del periódico del club y dejé una moneda en su lugar, me arreglé el cabello y los bigotes, saludando las imágenes de gente conocida que aparecía en lo profundo del espejo, y a continuación, mientras seguía saludando, me fue invadiendo una cálida sensación de comodidad que me apartaba de todo lo incómodo y peligroso. Entré en el restaurante caminando alegremente.

De ahí en adelante, todo fue según el programa. Lo único que falló fueron las setas marinadas. Cuando terminaba de tomar la *solianka,* los amigos de siempre comenzaron a acudir a mi mesa. El primero fue Garik Aganián, que una hora después comenzaba un seminario. Por esa razón no bebió y pidió una tontería. No tuvimos tiempo ni de intercambiar dos palabras cuando Zhora Naúmov se acercó, cojeando. Llevaba en una mano un botellín medio lleno, y en la otra un cuenco con restos de ensalada capitalina. Resulta que esa misma mañana había decidido pasar por Moscú, mientras viajaba de Krasnodar a Tallinn. La cosecha en el sur tenía buen aspecto, y lo demás, como siempre, quedaba en manos de Dios. Y en ese momento apareció en el horizonte Valia Démchenko, que llevaba bajo el brazo un bastón nuevo, cuya empuñadura tenía la forma de la garra de un león.

Discutimos sobre aquel bastón, hablamos de la cosecha de otoño y de la plaga de filoxera del año anterior; Garik nos explicó, dibujando con el tenedor en el mantel, cómo había que entender el artículo publicado en la prensa central, titulado «Un hueco en el universo», y después conté mis desgracias de ese día con Kostia Kudínov.

Mi relato dio lugar a una reacción apática, inesperada para mí.

—Nada, saldrá a flote, la mierda no se hunde —masculló Garik, despectivo.

Valia citó un chiste sobre Kostia que él mismo se había inventado.

—Ayer, el ayudante del presidente de la Comisión Extranjera, camarada Kudínov, recibió en el Salón Blanco a un grupo de escritores de Paraguay, a quienes tomó por escritores de Uruguay…

Y Zhora Naúmov, que examinaba el mundo a través de su copa de vodka,

narró la intervención de Kostia Kudínov, estudiante del Instituto Literario, en aquella época un tipo rubicundo, audaz y sobrio, ante la asamblea general de su curso en el memorable año de 1949. Cuando Zhora terminó, todos quedaron en silencio.

—Y tú, ¿qué dijiste entonces? —preguntó Valia con interés.

—Yo, ¿qué? —replicó Zhora, agresivo—. Tenía ganas de romperle la cara, pero en aquella época él era levantador de pesas, un fortachón, ¿entiendes?, y yo tenía heridas de bala en ambas piernas y andaba sacudiéndome con dos muletas, como las vergüenzas de un anciano...

—Pero más tarde, cuando ya no llevabas muletas —intervino Garik—, en el bendito año cincuenta y nueve... ¿no se disculpó ante ti?

—¡Por supuesto! Hasta me dedicó unos versos. En la *Gaceta Literaria.* Al estilo de Pushkin, hablando de la amistad estudiantil...

—¿Algo así como que seas tu propio tártaro[5]? —preguntó Valia con sarcasmo.

Nos echamos a reír pero sin mucha alegría, después nos pusimos a hablar de poesía y, sin darnos cuenta, la conversación derivó a la calle Bánnaia.

Resultó que, menos yo, todos habían visitado la Bánnaia.

Garik, disciplinado, había ido allí en octubre. Nada de interés. Un ordenador bastante miserable, quizá un ES 10-20, o hasta un Minsk, más sencillo. Un holgazán de bata negra te quitaba el manuscrito y lo metía por una ranura, hoja a hoja. En una pantalla aparecían unos números, y después podías irte tranquilo a casa.

Zhora, que había pasado por allí después de Año Nuevo, dijo que no encontró ningún ordenador, sino unos armarios grises; el holgazán llevaba entonces una bata blanca y olía a patatas asadas. En general, un embuste, un engaño a los trabajadores.

—Si quieren saber mi opinión —dijo Zhora Naúmov, conocido también como Girsh Naúmovich—, todo es muy sencillo: algún judío de la Academia ha engañado a nuestro Teodor Mijéich, y escribe ahora su tesis de doctorado a costa de nuestro sudor de currantes.

En respuesta a aquel bulo antisemita, Valia Démchenko objetó que aquello era una insignificancia, que la verdadera desgracia (y esto lo dijo con aire misterioso) consistía en el hecho de que llevaban varios años desarrollando un redactor cibernético. Un regalo de los científicos para los escritores. Para ayudarlos. El robot redactor ya había sido creado, y lo estaban entrenando con nuestros manuscritos. Y cuando aquella máquina comenzara a funcionar sería el fin de todos nosotros, porque no sólo corregiría los errores gramaticales y el estilo, sino que detectaría a dos metros de distancia el contenido entre líneas. Colegas, ellos sabrían de inmediato quién es quién y por qué.

Miré con respeto a Valia al percibir en su inspirada charlatanería el aroma de cierta noble locura que no me era ajena. Garik se reía abiertamente, y Zhora, un hombre más llano, preguntó molesto de dónde sacaba Valia todo aquello.

—¡A los ojos! —pronunció Valia con emoción—. A la gente hay que mirarla a los ojos. ¡No importa de qué color sea su bata, blanca o negra! ¡Lo comprendí todo cuando lo miré a los ojos! —Garik le sirvió cerveza y Valia continuó su relato. El robot redactor era sólo el primer paso hacia una nueva era. Se trataba de una máquina voluminosa, estática, cara—. Pero, amigos —siguió diciendo Valia—, si

[5] Alude a unos versos tempranos de Alexandr Serguéievich Pushkin (1799-1837). *(N. del T.)*

queréis saberlo, estamos a punto de recibir máquinas de escribir especiales, electrónicas, por el momento sólo para nosotros, los prosistas. En estas máquinas han instalado limitadores electrónicos que censuran. ¿Os lo imagináis? Tecleas con dos dedos «culo» y en el papel aparece «mulo», «bulo», «trasero», o en el peor de los casos, «c» con tres puntitos.

Y en ese momento apareció entre nosotros Petia Skorobogátov, conocido como Trepa Nacional. No estaba, y de repente se materializó entre Garik y Valia, y comenzó a servirse vodka de mi botellín. Sus ojos, como siempre, estaban inflamados y se le cruzaban, y como siempre estaba cubierto de manchas rojas y escamas de piel muerta.

Como siempre, rebosaba de novedades y rumores, que al inicio parecían importantes y auténticos, pero cuando salían a la atmósfera se echaban enseguida a perder y se convertían en mentiras y jactancias. Era imposible conversar y sólo nos dedicamos a escuchar.

Para comenzar, nos contó que sobre la calle Bánnaia había algunos rumores que venían directamente de «allí». (El grueso dedo índice apuntaba hacia el techo.) Valia tenía razón: ahora todo lo harían las máquinas, pues la corrupción alcanza a todo el mundo y no se puede confiar en nadie. Ya habían puesto en marcha una máquina de recursos humanos, que había dado la orden de cesar a todos los directores de editoriales y a todos los redactores jefe en Moscú. Por esa razón él, Petia Skorobogátov no se apresuraba a firmar dos contratos que le habían enviado recientemente. ¿Por qué? Porque no tenía sentido. De todos modos, designarían directores nuevos y redactores jefe nuevos, y los contratos serían revisados…

—No me interrumpáis, porque mañana me marcho a Zambia; todavía tengo que vacunarme, y vosotros me estáis interrumpiendo a cada momento… quiero explicaros algo sobre la Bánnaia. La máquina que hay allí es especial. Mide el talento. En unidades absolutas. ¿Sabéis la que armó Sashka Tolokónnikov? ¡En lugar de su galimatías, metió en la máquina cinco páginas de *El Don apacible*! La mierda de máquina se atragantó, nadie la había calculado para semejante nivel, y ahora van a sancionar a Sashka. Por realizar un acto indigno de un escritor soviético… ¡Pero lo de Sashka fue una tontería! La mismísima Iraida se levantó un día y llevó allí sus borradores. Pensaba que la máquina le cantaría alabanzas, pero de repente, ahí tienes, cero enteros con cero décimas. ¡La que armó a golpes de paraguas! ¡A todos! Estáis sentados aquí y no sabéis nada, pero ayer metí la nariz por allí… había una barrera, milicianos a caballo… Mijéich temblaba, su invento no le ha traído alegría alguna, también tiene que presentar sus manuscritos… Le digo: «Oye, ¿qué temes? ¿Quieres que te preste mis borradores?».

Pues así mismo es nuestro Petia Skorobogátov, nuestro Trepa Nacional. Tomé una copita de vodka y me puse a pensar que en este mundo era imposible inventar algo. Todo estaba ya inventado. Recordé cómo hace quince años, el difunto Anatoli Efímovich se sinceró una vez conmigo y me contó la trama de su nueva comedia. Todo ocurría en una casa de creación literaria, y un inventor lleva hasta allí su fantástico aparato… ¿Qué nombre le puso? ¡Sí! ¡Metales! Medidor del Talento del Escritor. Al principio los escritores, los muy idiotas, se alegran, finalmente todos sabrán que Ivanov es una mierda y yo soy un genio. Pero después, cuando la máquina comenzó a anunciar la verdad objetiva… Finalmente, hicieron polvo la máquina y escribieron una denuncia contra el inventor, con todas las consecuencias que de ello dimanan… Y cuan afligido quedó Anatoli Efímovich cuando, después de pedirle perdón y justificarme, le di a

leer *La mensura de Zoila,* de Akutagawa, un relato escrito en el año dieciséis y publicado en ruso a mediados de los años treinta. No es posible inventar nada. Todo lo que se pueda inventar, o bien lo inventaron antes, o bien existe en la realidad.

—¡Desde el momento en que se inventó aquella cosa —anuncié para todo el salón mirando directamente a los ojos de cerdo de Petia Skorobogátov, después de dar un puñetazo en la mesa—, les llegó su última hora a todos los escritores y pintores que venden carne de perro y la quieren hacer pasar por cordero!

Después de lo cual fui al baño. Ya había bebido suficiente. Me daba cuenta de ello porque mis mejillas estaban entumecidas y constantemente tenía ganas de sacar la quijada. Era el momento de regresar a casa, además podía llegar Katia con el pedido, y en casa quedaba menos de media botella de coñac. Y en casa había algo que debía hacer. Pero ¿qué era exactamente?

En el camino de vuelta me acordé. Debía telefonear y saber qué tal andaba Kostia Kudínov, el poeta, si no se habría muerto. Yo andaba bebiendo vodka con Petia Skorobogátov, mientras Kostia quizá estaba estirando la pata. Qué injusticia.

La mujer de Kostia respondió al teléfono. Parecía bastante animada.

—¿Qué tal está Kostia? —pregunté después de presentarme.

—¡Ay, qué bien que haya llamado, Félix Alexándrovich! Acabo de regresar del hospital, ahora mismo he llegado a casa... Él le ruega que pase a verlo.

—Sin falta —dije—. Y, en general, ¿cómo está?

—Gracias a Dios, todo se ha resuelto. Entonces, ¿irá a verlo?

—Quizá... —balbuceé, sin convicción—. Es posible que mañana, a esta misma hora.

—¡No! No, Félix Alexándrovich, él ha pedido que fuera a verlo hoy, sin falta. Eso es lo que me ha dicho: «¡Llama a Félix Alexándrovich y dile que venga a verme hoy sin-fal-ta! Es algo muy urgente, muy importante...».

—Está bien —le dije, y nos despedimos.

«No se pueden hacer buenas acciones —pensé mientras regresaba al restaurante—. Uno hace la primera y eso no tiene fin. Además, prestad atención, ni una palabra de agradecimiento. Llevo todo el día recorriendo Moscú por culpa de este farsante, cuánto miedo he pasado, y al caer la noche, ahí tenéis, a empezar todo de nuevo, vete quién sabe adonde, como un camello en el desierto, y ni una palabra de agradecimiento...»

Garik ya se había ido, se había marchado a su seminario; en su lugar estaba un amigo de Petia. Lo conocía, me lo habían presentado en varias ocasiones pero no recordaba su nombre ni sabía qué relación tenía con la literatura. Creo que pasaba todo el día en la sala de billar del club y ahí terminaba toda su relación con la literatura soviética.

Además, mientras estuve fuera, en la mesa apareció una enorme botella de vodka de trigo, y antes había aparecido mi buen amigo del portal de al lado, Slava Krutoiarski, escuálido, cetrino, de pelo largo, cubierto de un brillo artificial y proclive a teorizar.

—¿Qué es la crítica? —le preguntaba a Zhora Naúmov, que se había quitado su chaqueta lanuda y la había colgado del respaldo de la silla—. Además, no estoy hablando de la crítica que tenemos ahora, ¿me entiendes?

Cada dos frases, Slava preguntaba a su interlocutor si lo entendía.

Zhora asintió solemnemente, asegurando que sí, entendía; también lo hizo Valia Démchenko, con aire pensativo; y yo también asentí, mientras me sentaba; lo mismo hicieron Petia y su amigo, con tanta energía que el vodka de sus copas

salpicó la mesa.

—La crítica es una ciencia —prosiguió Slava, mirando fijamente a Zhora—. Se trata de vincular, de correlacionar la histeria del creador con las necesidades de la sociedad, ¿me entiendes? Esclarecer la relación entre los terribles sufrimientos del creador y la vida cotidiana del *socium,* en eso consiste la tarea de la crítica. ¿Me has entendido?

Aquella idea le pareció tan saludable e interesante al *socium* que todos se pusieron a pedirse mutuamente lápiz y papel. Para escribirla. Pero nadie tenía lápiz ni papel; llamaron a Aliónushka, le mendigaron un trocito de lápiz y una hoja de su cuaderno de notas, y Petia exigió que Slava repitiera su formulación, cosa que éste intentó con toda honestidad, pero no le salió. Zhora Naúmov tampoco logró repetirla, lo confundió todo, le introdujo una tal quintaesencia y, mientras todos gritaban interrumpiéndose, pensé que no importa cómo se definiera la crítica, no aportaba utilidad alguna y no había manera de evitar el daño que causaba. Nuestra crítica no se dedicaba en absoluto a la quintaesencia de la histeria del creador, sino a nivelar la literatura para que resultara más fácil saldar las cuentas personales y estéticas con los escritores. Así mismo.

Bebí y comí un trocito de filete frío. Mientras tanto, el debate terminológico sobre la crítica se convirtió, de modo natural, en una discusión sobre la política de pago de honorarios.

Mi visión sobre la política de pago de honorarios es simple: mientras más paguen, mejor; todos los debates de los escritores sobre la estimulación material no valen un comino. Gentes como Trepa Nacional gritan constantemente que si les pagaran como a Pedro, ellos escribirían como León. Miente el muy chapuzas. No importa cuánto le paguen, siempre escribirá como una mierda. Págale quinientos por página, setecientos, de todos modos escribirá la misma idiotez: niños, estudiar bien es muy bueno, estudiar mal es feo, feo, eso no está bien y no se debe ofender a los más pequeños. Y lo seguirán publicando, porque en todas las redacciones de literatura infantil han reservado, digamos, el treinta por ciento del volumen editorial para la literatura sobre los escolares, pero habría que discutir si hay suficientes buenos escritores para cubrir ese treinta por ciento. Se supone que sí. Pero a Valia Démchenko le puedes pagar doscientos, cien solamente, de todos modos va a escribir bien, no va a escribir peor porque le paguen peor, aunque no tiene ningún espacio reservado para su urbanismo crítico, y los reseñistas se lanzan sobre él como perros rabiosos.

En ese momento me tocaron el hombro y, al volverme, vi a Lidia Nikoláievna, la gerente de turno. Con sequedad me informó que llevaba una hora entera buscándome, que Konstantín Ilich Kudínov había telefoneado desde el hospital y pedía que fuera a verlo de inmediato. No sé qué historia le habría contado aquel farsante, pero ella habló en tono de extrema hostilidad. Seguramente pensaría que yo había prometido visitar al amigo enfermo, pero me había ido de copas, traicionando mi palabra y a mi amigo. De nuevo culpable. ¿De qué?

Le di dinero a Slava para que pagara mi parte, y eché a andar con decisión por la alfombra del pasillo hacia el vestíbulo.

El salón, bien iluminado, estaba totalmente lleno, ya no quedaba ni un lugar libre; varios grupos numerosos habían unido varias mesas, el humo del tabaco flotaba en capas sobre las cabezas de los comensales; en las copas que se alzaban para los brindis, los líquidos transparentes emitían destellos cambiantes; se oían los múltiples golpes del metal sobre el vidrio y la porcelana, se gritaban juramentos de amistad; incluso en uno de los rincones más lejanos, un tipo con canas en las sienes, que vestía un mono de lujo, declamaba unos versos con voz

de diácono, mientras que en otro rincón un grupo de miembros de la guardia imperial, de pie en posición de firmes, levantaba sus copas al nivel del pecho, en un brindis que expresaba las más firmes esperanzas, lamentando seguramente el hecho de que no sería posible, como se hacía con el director anterior del club, lanzar las copas por encima del hombro al terminar de beber y pisotear los fragmentos con los tacones. Y ya se movía de mesa en mesa, saludando con una sonrisa, Shura Peklevani, amado por casi todos aunque poco conocido por los lectores; palmeaba las espaldas de los que estaban sentados, se inclinaba a besar las manos de las damas y rechazaba continuamente las invitaciones a compartir mesa, ya que se dirigía hacia una claramente definida. Shura siempre sabía, con toda exactitud, a qué mesa debía sentarse cada día. Ya avanzaba, bajando del entresuelo por la escalera de madera y hablando ruidosamente, una manada de críticos e investigadores literarios que acababan de poner punto final a una reunión: fluía entre las mesas, saludaba, se detenía, se sentaba con conocidos, se despedía; y en medio de todo aquel torbellino, en el centro del salón, una pandilla de jovencitos rendía fervoroso homenaje al redactor jefe de una revista de la periferia, un hombre de aspecto oriental, cuadrado, casi cúbico, que llevaba una *tiubeteika*[6] *y* una chaqueta corriente, en cuyas solapas brillaban insignias incomprensibles... La buena vida fluía como agua de manantial y yo tenía de nuevo que largarme a los confines de la ciudad. Pensé con tristeza qué cosas podría inventar aún el que movía los hilos de mi destino...

Tuve suerte: conseguí enseguida un taxi y media hora después, el conductor y yo buscábamos el hospital en el suburbio de Biriuliovo. Cuando entré en la sala, Kostia estaba sentado sobre la cama con las piernas cruzadas a la manera turca, rebañando con asco los restos de papilla de sémola del plato. Vestía ropa de hospital, con todas las etiquetas y sellos posibles, pero por lo demás tenía buen aspecto. Por supuesto, no diría que estaba rozagante, tenía el rostro demasiado pálido, pero tampoco quedaba en él nada de angustia, aunque tenía la quijada embarrada de papilla.

La sala contaba con seis camas, junto a la ventana le pasaban un suero a alguien, pero todos los demás se habían ido a ver el hockey por la televisión.

Al verme, Kolia se levantó de un salto y corrió hacia mí con tanta emoción que estuve a punto de asustarme: acaso querría abrazarme. Pero se limitó a apretar y sacudir cordialmente mi mano. Continuó apretándome y sacudiéndome la mano mientras hablaba como si le hubieran dado cuerda, sin dejar de mirar por encima del hombro al paciente con el suero. No me dejaba meter ni una sola palabra. Me contó cómo al principio vomitó, después se desmayó, cómo primero le lavaron el estómago y después los intestinos, cómo le pusieron inyecciones, cómo le dieron masajes y le pusieron oxígeno. Y mientras tanto, no dejaba de mirar por encima del hombro y de empujarme hacia la puerta, dándome pisotones.

—¿Qué locura te traes? —dije, cuando finalmente salimos al pasillo.

—Vamos a sentarnos. Allí, en el banquito bajo la palma.

Nos sentamos. El pasillo estaba totalmente vacío, sólo se veía a lo lejos a la enfermera de guardia, que colocaba en silencio unos frascos. Kostia continuaba hablando, aunque su excitación era mucho menor. Consideré que su febril alegría al verme había sido causada por la euforia de un sentimiento exagerado de agradecimiento, y creo que pensé: «¡Vaya, es una bestia, pero está vivo!». Y aprovechando su primera pausa, traté de saber cómo había ido todo.

---

[6] Gorro tradicional uzbeko. *(N. del T.)*

—Entonces, ¿eso te ayudó?

—¿El qué? —preguntó rápidamente.

—Eso... la matusa...

—¡Sí! —exclamó, con voz de entusiasmo, y me agarró el brazo—. ¡Sí! De no ser por eso... Imagínate, aquí me hicieron un lavado de estómago a presión. ¡Me hicieron un lavado terrible! Sólo hoy he comprendido qué tortura más terrible la de la Inquisición, cuando le bombeaban agua a la gente por el trasero... ¡Los ojos se me salían de las órbitas, creo que voy a tener que ir al oculista!

Y comenzó a contarlo todo por segunda vez: cómo había vomitado, cómo se había desmayado, etcétera. Además, hacía chistes, a veces buenos, en general trataba de pintarlo todo con tintes de humor, pero tras aquel humor se percibía una tensión malsana, y de repente pensé que no había euforia alguna, sino que en aquel momento el horror de la muerte que lo había embargado bullía dentro de él y amenazaba con salir al exterior, y estaba yo a punto de palmearle la rodilla para tranquilizarlo, cuando de repente dejó de hablar.

—¿Por qué me miras así? —susurró.

—¿Cómo? —pregunté, confuso—. ¿Cómo te miro?

Sus ojos recorrieron mi cara en zigzag y huyeron a algún lugar entre las sombras, más allá de la palma.

—No, nada... —Eludió la respuesta, y al instante volvió a clavarme la mirada—. Veo que vas cargadito hoy, ¿eh? ¿Has bebido?

—Un poco —respondí, y añadí, a mi pesar—: De no ser por ti, estaría allí ahora, divirtiéndome...

—¡Pues nada! —pronunció, haciendo un gesto irreflexivo—. Mañana o pasado me echan de aquí, y nos iremos a beber. Ni te imaginas qué coñac te daré a beber. Me lo han enviado desde el Cáucaso...

Y se puso a contarme qué coñac le habían enviado desde el Cáucaso. Hablar del coñac es algo tan carente de sentido y antinatural como describir con palabras la belleza de la música. No le presté atención. De repente sentí náuseas. Esas paredes blancas, ese olor, no sé si de fenol o de muerte, la bata blanca de la enfermera que ondeaba a lo lejos, los frascos de suero vacíos que reposaban junto a la puerta de la sala... el hospital, la angustia, aquel lugar ajeno, alienado... ¿Por qué demonios estaba yo allí? ¡A fin de cuentas, no era yo el que se había intoxicado!

—Oye —dije, con decisión—. Perdona, pero mi hija debe venir a verme hoy...

—¡Sí, sí, claro! ¡Márchate! Gracias por haber venido...

Se levantó. Yo también me levanté, totalmente confuso. Estuvimos en silencio unos segundos, mirándonos a los ojos. No sabía qué hacer porque no podía comprender por qué había insistido tanto, llamando a su esposa, a la administración, exigiendo que fuera a verlo solamente para contarme dos veces, con todos los detalles, cómo le habían lavado el estómago y los intestinos. Me parecía que Kostia también era presa del desasosiego. Lo veía en sus ojos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en un susurro de repente.

De nuevo, una pregunta totalmente incomprensible.

—Pues nada —respondí, con precaución—. Ahora me marcho.

—Ve, ve —balbuceó—. Gracias por venir.

Su balbuceo era también muy precavido, inseguro, como si esperara algo de mí.

—¿No quieres decirme nada más?

—¿Sobre qué? —la pregunta de Kostia era casi inaudible.

—Pues no sé sobre qué —dije, incapaz de seguir conteniendo mi irritación—.

No sé para qué me has sacado del club. Me han dicho que era algo urgente, que sin falta debía venir hoy mismo, enseguida... ¿De qué se trata? ¿Qué es lo que necesitas?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Kostia, y sus ojos comenzaron de nuevo a moverse febrilmente.

—Me lo ha dicho tu mujer... me lo ha dicho Lidia Nikoláievna...

Y entonces quedó claro que lo habían entendido mal. Tanto su mujer como Lidia Nikoláievna habían entendido otra cosa, él nunca había pedido que yo fuera a verlo ese mismo día, de inmediato, y no le había dicho a nadie que fuera algo urgente. Era obvio que mentía, se veía a simple vista. Pero no podía entender por qué mentía y qué era lo que ocurría de verdad.

—Está bien. —Hice un ademán—. Si no te han entendido, qué se le va a hacer. Que te mejores. Yo me largo.

Eché a andar hacia la salida y él se puso a caminar a mi lado, agarrando mi brazo, apretándome el hombro, dándome las gracias y disculpándose todo el tiempo, mientras no dejaba de mirarme a los ojos, pero en el rellano de la escalera, junto al teléfono de pago, ocurrió algo inaudito. De repente, Kostia cortó sus incoherencias y me agarró por el pecho del jersey.

—No te olvides, Sorokin —siseó salpicándome con su saliva—. No ha ocurrido nada, ¿entiendes?

Fue tan inesperado, tan terrible, que sentí por un momento un ataque de pánico, como en el momento en que huía de aquel vampiro, de Iván Davídovich Martinsón.

—Espera, ¿qué me estás diciendo? —mascullé, tratando de liberarme de sus manos, que de repente se habían vuelto duras, como osificadas—. Vete al demonio, ¿te has vuelto loco o qué? —grité, levantando la voz, mientras apartaba de mí aquella araña pálida; lo mantuve a distancia a duras penas y le grité—: ¡Vuelve en ti, espantapájaros! ¿Qué locura te traes ahora?

Yo era mucho más fuerte que él y me daba cuenta de que podía retenerlo allí, y si ocurría algo, podía inmovilizarlo, de manera que el primer ataque de pánico cedió, dejando paso a un temor mezclado con asco, que no se debía a ningún miedo por mi pellejo, sino a la repulsión de lo incómodo, al temor de estar en una situación absurda. No quiera Dios que nadie vea cómo nos empujábamos, resoplándonos mutuamente en la cara.

Kostia siguió salpicando saliva y estremeciéndose unos segundos, mientras repetía: «No ha ocurrido nada, ¿entiendes? ¡Nada!...». De repente, su cuerpo se aflojó y se puso a explicarme, entre sollozos, que se había metido en un lío, que aquel instituto era secreto, que ni él ni yo debíamos conocer su existencia, que era algo fuera de nuestra incumbencia, que eso podía traernos grandes problemas, que ya se lo habían advertido, y que si yo, en alguna parte, hacía la menor insinuación sobre lo ocurrido, entonces...

Lo solté. Con la cara torcida, se puso a frotarse las muñecas enrojecidas, mientras continuaba repitiendo lo mismo entre lágrimas, y quedaba claro que estaba totalmente desmoralizado, que seguía mintiendo, desde la primera hasta la última palabra. De nuevo, yo no comprendía por qué mentía y qué había ocurrido en realidad. Sólo comprendía que algo inconveniente había ocurrido: allí, junto al ascensor, presa del terror de la muerte, Kostia me había comunicado algo que yo no debía saber... Aunque, ¿de qué manera podía enterarse de algo secreto aquel Kudínov, pobre creador de ripios, especialista en cuartetas laudatorias y aniversarios notables? ¿Será que aquel temible Martinsón preparaba narcóticos en su cueva tras los esqueletos y Kostia los vendía en secreto? Ahora sólo sentía

asco hacia él y un profundo deseo de alejarme lo más posible.

—Está bien —dije, lo más sereno que pude—. Tranquilízate. No tengo que ver en absoluto con eso, piénsalo tú mismo... Si no ha ocurrido nada, no ha ocurrido nada. ¿Te lo he discutido acaso?

Comenzó a explicarme las cosas por tercera vez, pero lo eché a un lado sin la menor lástima y bajé las escaleras lo más rápido posible. Me temblaban las piernas, la rodilla derecha comenzó a dolerme y sentía deseos constantes de escupir. Y ni siquiera me volví cuando llegó a mí un grito desde arriba.

—¡Piensa en ti, Sorokin! ¡Te lo digo en serio!

Dejando a un lado el tono, era un consejo totalmente válido. Vaya, si aquel cerdo de Lionia Jerbo no me hubiera telefoneado, nada de esto habría ocurrido... Sí, el que mueve los hilos de mi destino había trabajado hoy con esmero, ni qué decir... ¡Bien, chicos, a casa, al hogar, a mi coñac, de vuelta a la Carpeta Azul!

En el guardarropa, mientras cerraba la cremallera de mi *parka,* descubrí algo conocido en la profundidad del espejo. Directamente detrás de mí, se encontraba sentado un abrigo negro de cuadros grises. Me di vuelta y, sin dejar de abrocharme, lo miré atentamente. Era el mismo hombre del metro: la barba roja, las gafas de armadura metálica y el abrigo reversible a cuadros. Estaba allí solo, sentado en un banco blanco y largo, en el vestíbulo del hospital de Biriuliovo, ahora casi totalmente desierto, y leía un libro.

CUATRO
Bánev. Los niños prodigio.

—Hace tiempo que no lo veo en la ciudad —dijo Pavor con la voz tomada.

—No tanto —replicó Bánev—. Apenas dos días.

—¿Puedo sentarme con ustedes, o quieren estar solos? —preguntó Pavor.

—Siéntese —dijo Diana con cortesía.

—¡Camarero, un coñac doble! —gritó Pavor después de sentarse frente a ella. Se hacía de noche y el portero bajaba las cortinas de las ventanas. Víktor encendió la lámpara de la mesa—. Es usted asombrosa —Pavor se dirigió a Diana—. Vivir en este clima y conservar ese maravilloso color en el rostro... —Estornudó—. Perdón. Estas lluvias están acabando conmigo... ¿Cómo va el trabajo? —le preguntó a Víktor.

—Mal. No puedo trabajar cuando está nublado, quiero beber constantemente.

—¿Qué escándalo fue ese que le armó al jefe de policía? —preguntó Pavor.

—Ah, una tontería. Buscaba justicia.

—¿Qué ocurrió?

—El cerdo del burgomaestre andaba cazando mohosos con trampas para osos. Uno cayó y se lesionó la pierna. Cogí la trampa, fui a la policía y exigí una investigación.

—¿Y qué más?

—En esta ciudad hay leyes extrañas. Como la víctima no denunció nada, se considera que no hubo delito sino sólo un accidente, del que solamente la víctima tiene la culpa. Le dije al jefe de policía que tomaba nota de aquello, y él me dijo que lo estaba amenazando, y ahí terminó la conversación.

—¿Y dónde ocurrió todo eso?

—Cerca del sanatorio.

—¿Cerca del sanatorio? ¿Qué andaba buscando el mohoso cerca del

sanatorio?

—Creo que eso no le incumbe a nadie —intervino Diana con brusquedad.

—Por supuesto —Pavor asintió—. Simplemente, me sorprendió... —Frunció el ceño, cerró los ojos y estornudó ruidosamente—. Diablos. Pido perdón.

Metió la mano en el bolsillo y sacó de allí un gran pañuelo. Algo cayó al piso con un golpe seco. Víktor se inclinó. Era un puño americano. Víktor lo recogió y se lo tendió a Pavor.

—¿Para qué lleva eso? —preguntó.

Pavor, con el rostro cubierto a medias por el pañuelo, miró el puño americano con ojos enrojecidos.

—Por su culpa —dijo, a media voz, y se sonó la nariz—. Fue usted quien me asustó con sus relatos... Además, dicen que por aquí actúa una banda local. No sé si son bandidos o gamberros. Y a mí no me gusta que me peguen.

—¿Le pegan con frecuencia? —inquirió Diana.

Víktor la miró. Ella se había acomodado en el butacón, con las piernas cruzadas, y fumaba con los ojos entrecerrados.

«Pobre Pavor —pensó Víktor—. Ahora te darán tu merecido...» Extendió la mano y cubrió las rodillas de Diana con la falda.

—¿A mí? —repuso Pavor—. ¿Tengo el aspecto de alguien a quien le pegan con frecuencia? Eso habría que arreglarlo. ¡Camarero, otro coñac doble!... Pues, un día después, fui a un taller de mecánica y allí me hicieron esto en dos segundos. —Miró el puño americano con aire satisfecho—. Es bueno, hasta a Gólem le gustó.

—¿No le permitieron entrar finalmente a la leprosería? —preguntó Víktor.

—No. No me dejaron entrar, y seguramente no lo harán. Estoy convencido de ello. He enviado quejas a tres departamentos y ahora estoy escribiendo un informe. El precio de los calzones que la leprosería ha recibido este año. En dos categorías, para hombre y para mujer. Es muy divertido.

—Informe de que no tienen suficientes medicamentos —aconsejó Víktor.

Pavor, asombrado, levantó las cejas.

—Deje de escribir, mejor tómese un vaso de vino caliente y métase en la cama —dijo Diana, sin convicción.

—Lo he pescado al vuelo —dijo Pavor, suspirando—. Entonces, me marcho... ¿Sabe cuál es mi habitación? —le preguntó a Víktor—. Podría pasar alguna vez a visitarme.

—La doscientos veintitrés. Pasaré sin falta.

—Hasta la vista —se despidió Pavor—. Que pasen una buena velada.

Lo miraron acercarse al mostrador, coger una botella de vino tinto y dirigirse a la salida.

—Tienes una lengua muy larga —dijo Diana.

—Sí. Es verdad. Compréndelo, no sé por qué me cae bien.

—Pero a mí, no.

—Y al doctor R. Kvadriga tampoco. Quisiera saber por qué.

—Tiene jeta de canalla. La bestia rubia. Conozco bien a ésos. Hombres auténticos. Sin honor, sin conciencia, señores de los tontos.

—Vaya —se asombró Víktor—, y yo pensaba que esos hombres deberían gustarte.

—Ahora no hay hombres —replicó Diana—. Ahora sólo hay fascistas o mujerzuelas.

—¿Y yo? —preguntó Víktor con interés.

—¿Tú? Te gustan demasiado los pulpos marinados. Y al mismo tiempo, la

justicia.

—Correcto, yo opino que eso está bien.

—No está mal. Pero si tuvieras que escoger, optarías por los pulpos, eso es lo que está mal. Tienes suerte de tener talento.

—¿Por qué estás hoy tan rabiosa?

—En general, soy así. Tú tienes talento, yo tengo rabia. Si te quitan el talento y a mí la rabia, queda solamente una pareja de ceros que copulan.

—Pero no todos los ceros son iguales —precisó Víktor—. De ti saldría un precioso cero, esbelto, con un cuerpo maravilloso. Además, si te quitan la rabia, serías bondadosa, cosa que en general no es mala...

—Si me quitan la rabia, me convierto en una medusa. Para que me vuelva bondadosa, hay que sustituir la rabia por la bondad.

—Qué divertido. Por lo general, a las mujeres no les gusta razonar. Pero cuando se ponen a ello, son asombrosamente categóricas. Tú misma, ¿de dónde has sacado que solamente tienes rabia y ninguna bondad? Eso nunca es así. También hay bondad en ti, pero no se percibe a causa de la rabia. En cada persona hay un poquito de todo, y la vida hace que sólo una cosa salga a la superficie...

Un grupo de jóvenes entró al salón, que enseguida se llenó de ruido. Se comportaban con soltura: se metieron con el camarero, lo mandaron a buscar cerveza, ellos mismos se acomodaron en una mesa, en el rincón más alejado, y se pusieron a conversar en voz alta, a reírse a todo pulmón. Un fortachón grandote, de mejillas sonrosadas, chasqueaba los dedos mientras se dirigía, bailando, al mostrador. Teddy le sirvió algo, el tipo tomó la copa con dos dedos, levantando el meñique, se volvió de espaldas al mostrador, se apoyó en él con los codos, cruzó las piernas y, con aire de vencedor, examinó el salón casi vacío.

—¡Hola, Diana! ¿Cómo va la vida? —gritó.

Diana le sonrió con indiferencia.

—¿Quién es ese personaje? —preguntó Víktor.

—Un tal Flamin Yuventa. Sobrino del jefe de policía.

—Lo he visto antes en alguna parte.

—Al diablo con él —repuso Diana con impaciencia—. Todas las personas son medusas y no hay ninguna mezcla dentro de ellas. De vez en cuando aparecen personas auténticas, que tienen algo suyo: bondad, talento, rabia... quítales eso y no quedará nada, se convertirán en medusas, como todos. Creo que has imaginado que me gustas por tu pasión hacia el pulpo y la justicia, ¿no? ¡Tonterías! Tienes talento, has escrito libros, eres famoso, pero por lo restante, eres igual de remolón que los demás.

—Eso que estás diciendo es tan incorrecto que ni siquiera me ofendo. Pero continúa, cuando hablas tu rostro cambia de una manera impresionante. —Encendió un cigarrillo y le tendió otro—. Continúa.

—Medusas —dijo ella, con amargura—. Medusas tontas, babosas. Se agitan, se arrastran, no saben qué quieren, no son capaces de hacer nada, no aman nada verdaderamente... como gusanos en una letrina.

—Eso es una grosería. Una imagen epatante, pero nada apetitosa. Diana, querida mía, no eres una pensadora. El siglo pasado, y en provincias, quién sabe cómo hubiera sonado eso... al menos la sociedad hubiera recibido una dulce sacudida, y tendrías una multitud de jóvenes pálidos, de ojos ardientes, arrastrándose detrás de ti. Pero hoy todo eso es obvio. Hoy, todos saben qué es el ser humano. La pregunta es: qué hacer con el ser humano. Y hay que reconocer que ya aburre preguntarse eso.

—¿Y qué hacen con las medusas?

—¿Quién? ¿Las medusas?

—Nosotros.

—Por lo que sé, nada. Creo que preparan conservas con ellas.

—Está bien —dijo Diana—. Durante todo este tiempo, ¿has trabajado en algo?

—¡Claro que sí! He escrito una carta terriblemente tierna a mi amigo Rots-Tusov. Si después de esta carta no enchufa a Irma en un internado, eso querrá decir que no sirvo para nada.

—¿Y eso es todo?

—Sí. El resto lo he tirado.

—¡Dios mío! Y yo te cuidaba, trataba de no molestarte, espantaba a Roscheper…

—Me bañabas en la bañera —le recordó Víktor.

—Te bañaba en la bañera, te preparaba café…

—Aguarda. Yo también te bañaba en la bañera…

—Da igual.

—¿Cómo que da igual? ¿Crees que es fácil trabajar después de bañarte en la bañera? Escribí seis variantes para describir ese proceso, y ninguna sirve para nada.

—Déjame leerlas.

—Son sólo para hombres. Además, las tiré, ya te lo he dicho. En general, ahí había poco patriotismo y conciencia nacional, por lo que, de todos modos, no se lo podía mostrar a nadie.

—Dime entonces: ¿tú primero escribes, y después introduces la conciencia nacional?

—No —respondió Víktor—. Primero, me impregno de la conciencia nacional hasta lo más profundo del alma: leo los discursos del señor Presidente, me aprendo de memoria las sagas de los titanes, visito las asambleas patrióticas… Después, cuando eso me hace vomitar, no cuando me da náuseas, sino cuando vomito, me pongo a escribir… Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, de lo que vamos a hacer mañana.

—Mañana tienes un encuentro con los estudiantes del gimnasio.

—Eso termina rápido. ¿Y después?

Diana no respondió. Miró detrás de él. Víktor se volvió. Un leproso se acercaba a ellos, un leproso con todos sus atributos: negro, empapado, con una venda en la cara.

—Hola —le dijo a Diana—. ¿Gólem no ha vuelto?

A Víktor le asombró el cambio que había tenido lugar en el rostro de Diana. Como en un cuadro antiguo. No, un cuadro no, un icono. La extraña inmovilidad de los rasgos. Y uno se pregunta si eso era lo que quería el pintor o si fue por incapacidad del artesano. Ella no respondía. Callaba, y el leproso también la miraba sin decir nada, y en aquel silencio no había nada incómodo: ellos estaban juntos, mientras Víktor y todos los demás estaban en otra parte. A Víktor no le gustó aquello.

—Seguramente Gólem vendrá ahora —dijo él, en voz alta.

—Sí —dijo Diana—. Siéntese, espérelo.

La voz de ella era la de siempre y le sonreía al leproso con una expresión de indiferencia. Todo era como siempre, Víktor estaba con Diana, mientras el leproso y todos los demás estaban en otra parte.

—¡Por favor! —dijo Víktor con alegría, indicando el butacón del doctor R.

Kvadriga.

El leproso se sentó y puso sobre sus rodillas las manos, enfundadas en guantes negros. Víktor le sirvió coñac. El leproso, con un gesto descuidado y habitual, tomó la copa, la sacudió, como si la estuviera sopesando, y la volvió a poner sobre la mesa.

—Espero que no lo haya olvidado —le dijo a Diana.

—Claro. Por supuesto, ahora se lo traigo. Víktor, dame la llave de la habitación; vuelvo enseguida.

Tomó la llave y se dirigió con rapidez a la salida. Víktor encendió un cigarrillo. «¿Qué te está pasando, amigo? —se dijo—. Últimamente tienes demasiadas visiones. Te has vuelto sensible, demasiado... celoso. Y no vale la pena. Eso no tiene la menor relación contigo: todos esos antiguos maridos, todos esos conocidos extraños... Diana es Diana, y tú eres tú. ¿Que Roscheper es impotente? Pues es impotente. A ti, eso no te importa.» Sabía que todo aquello no era tan sencillo, que ya había recibido una dosis de veneno, pero se dijo: «ya basta», y ese día, en ese momento al menos, logró convencerse a sí mismo de que, verdaderamente, ya bastaba.

El leproso seguía sentado frente a él, inmóvil y terrible como un espantapájaros. Olía a humedad y a medicamentos. ¿Se me hubiera ocurrido pensar que alguna vez estaría sentado a la misma mesa con un mohoso en un restaurante? El progreso, chicos, avanza poco a poco. O será que nos hemos vuelto omnívoros: ¿acaso nos hemos convencido finalmente de que todos los hombres son hermanos? La humanidad, amigo mío, estoy orgulloso de ti... Y usted, caballero, ¿le entregaría su hija a un mohoso?

—Mi apellido es Bánev. —Víktor se presentó y decidió preguntar—: ¿Cómo está de salud vuestro... lesionado? Me refiero al que cayó en el cepo.

El leproso volvió rápidamente la cabeza hacia él. «Mira como desde una aspillera», pensó Víktor.

—Bien —respondió el leproso con sequedad.

—En su lugar, yo hubiera hecho una denuncia en la policía.

—No tiene sentido.

—¿Por qué? —insistió Víktor—. No está obligado a dirigirse a la comisaría local, puede ir a la regional...

—No tenemos necesidad de ello.

—Cada crimen impune genera un nuevo crimen —dijo Víktor encogiéndose de hombros.

—Sí. Pero eso no nos interesa.

Los dos callaron.

—Me llamo Zurzmansor —dijo el leproso al rato.

—Un apellido famoso —repuso Víktor con cortesía—. ¿No es usted pariente del sociólogo Pável Zurzmansor?

—Ni siquiera su tocayo —replicó el leproso entrecerrando los ojos—. Bánev, me han dicho que mañana va a hablar en el gimnasio...

Víktor no tuvo tiempo de responder. A sus espaldas alguien arrastró un butacón.

—¡Tú, asqueroso, lárgate de aquí! —se oyó una joven voz de barítono.

Víktor se volvió. Encima de él estaba la mole de Flamin Yuventa, o como quiera que se llamara, en una palabra, el sobrino. Víktor lo había visto durante un instante, pero ya sentía una irritación tremenda.

—¿Con quién está hablando, joven? —preguntó.

—Con su amigo —respondió gentilmente Flamin Yuventa, y de nuevo rugió—

: ¡Es contigo, pellejo sarnoso!

—Un momento —dijo Víktor, y se levantó.

Flamin Yuventa lo miraba desde su altura con una sonrisa burlona. Un joven Goliat con chaqueta deportiva, llena de insignias de todo tipo, nuestro *Sturmführer*[7] nacional del modelo más corriente, fiel puntal de la nación con una porra de goma en el bolsillo trasero, flagelo de la izquierda, la derecha y el centro. Víktor extendió la mano hacia la corbata del jovenzuelo, con aire preocupado y curioso.

—¿Qué es esto que tiene aquí? —preguntó.

Y cuando el joven Goliat bajó maquinalmente la cabeza para ver de qué se trataba, Víktor le agarró con fuerza la nariz entre el índice y el pulgar.

—¡Eh! —gritó asombrado el joven Goliat e intentó liberarse, pero Víktor no lo soltó y estuvo un rato dedicado a retorcer aquella nariz descarada, con un gélido placer y un profundo celo.

—Pórtate bien —dijo—, cachorro de hiena, sobrinito, esbirro asqueroso, hijo de perra, saco de mierda... —La posición era excepcionalmente cómoda: el joven Goliat se resistía desesperadamente, pero entre ellos estaba el butacón; sacudía el aire con sus puños, pero los brazos de Víktor eran más largos y podía seguir retorciendo, tironeando, arrancando y empujando hasta que una botella voló por encima de su cabeza. Entonces miró atrás: la banda completa, unos cinco, dos de los cuales eran muy corpulentos, avanzaba hacia él apartando mesas y tirando asientos. Durante un segundo todo quedó congelado, como en una foto: Zurzmansor, de negro, reclinado tranquilamente en el butacón; Teddy, en el aire mientras saltaba por encima del mostrador; Diana, con un envoltorio blanco en las manos, en el centro del salón; y en un plano posterior, junto a la puerta, el rostro enfurecido y bigotudo del portero; muy cerca de él, aquellas jetas rabiosas, de bocas abiertas. Al instante la foto terminó y comenzó el cine.

Víktor logró golpear al primer gorila en la mejilla y lo tiró al suelo, dejándolo fuera de combate durante cierto tiempo. Pero otro de los gorilas logró golpear a Víktor en la oreja. Alguien le pegó con el canto de la mano en el mentón; el golpe iba dirigido claramente a la garganta, pero había fallado. Otro más (¿Sería Goliat, que se había liberado?) le saltó a la espalda. Todo aquello no era más que gamberrismo callejero, puro y duro, de aquellos puntales de la nación. Sólo uno de ellos sabía boxear, los demás no tenían verdaderos deseos de pelea, lo que querían era destrozar: sacar un ojo, rasgar una boca, patear un bajo vientre. Si Víktor hubiera estado solo, lo habrían dejado inválido, pero Teddy llegó en su ayuda por la retaguardia. Teddy seguía invariablemente un principio, la regla de oro de todos los encargados de cantinas: terminar toda pelea tan pronto empezaba; por el flanco apareció Diana, Diana Enfurecida, transformada por el odio, muy distinta a la de siempre, sin el envoltorio blanco y con una enorme botella forrada de paja en la mano; también llegaba el portero, un hombre de cierta edad, pero que a juzgar por su actitud había sido soldado: trabajaba con un atado de llaves, como si fuera un cinturón con una pesada hebilla. Así que cuando llegaron corriendo dos camareros desde la cocina no tuvieron nada que hacer. El sobrinito había escapado, olvidando su transistor sobre la mesa. Uno de los gorilas yacía bajo la mesa, el que Diana había derribado de un botellazo; Víktor y Teddy, animándose mutuamente con gritos de combate, sacaron a los otros cuatro del salón a puñetazos, los hicieron correr por el vestíbulo y los echaron a patadas a través de la puerta giratoria. Por inercia, ellos también

[7] Grado de oficial de las SS nazis. *(N. del T.)*

salieron fuera y sólo allí, bajo la lluvia, se dieron cuenta de que su victoria era total y se tranquilizaron un poco.

—Mocosos de mierda —dijo Teddy, encendiendo a la vez dos cigarrillos, uno para él y otro para Víktor—. Han cogido la costumbre de armar lío todos los jueves. La semana pasada no los espanté y rompieron dos butacones. ¿Y quién tiene que pagar eso? ¡Yo!

—El sobrinito se ha ido —dijo Víktor, lamentándolo, mientras se palpaba la oreja inflamada—. No he podido echarle mano como quería.

—Eso es bueno —dijo Teddy, diligente—. Es mejor no tener nada que ver con ese cerdo. Sabes quién es su tío, y además... es uno de los pilares de La Patria y el Orden, o como se llamen ésos... Y tú, señor escritor, has aprendido a pelear. Recuerdo que eras un alfeñique, que cuando te pegaban, te metías bajo la mesa. Eres un tipo duro.

—Cosas de la profesión —suspiró Víktor—. Un producto de la lucha por la subsistencia. Ya sabes cómo es en nuestro país: todos para uno. Y el señor Presidente para todos.

—¿De verdad llegan hasta las manos? —se sorprendió Teddy.

—¿Y qué creías? Escriben un artículo alabándote, diciendo que estás imbuido de conciencia nacional, vas a buscar al crítico y él está con sus amigos, todos jóvenes, groseros, fortachones, hijos del Presidente...

—No me digas... ¿Y qué ocurre?

—Cualquier cosa. A veces es como ahora, a veces de otra manera.

Un todoterreno se detuvo ante la entrada, se abrió la portezuela y un hombre joven, cubierto solamente con un chubasquero, salió bajo la lluvia. Llevaba gafas y un portafolio. Iba acompañado por un hombre alto. Gólem salió de detrás del volante. El larguirucho miró atentamente, con interés profesional, cómo el portero sacaba a patadas por la puerta giratoria al último de los gamberros, que todavía no había vuelto en sí del todo.

—Lástima que ése no estaba —susurró Teddy, indicando con los ojos en dirección al larguirucho—. ¡Ése sí que es un maestro! Nada parecido a ti, un profesional, ¿entiendes?

—Entiendo —respondió Víktor, también en un susurro.

El joven del portafolio y el larguirucho pasaron raudos por delante de ellos y desaparecieron por la puerta. Gólem comenzó a seguirlos, sonriéndole a Víktor, pero el señor Zurzmansor, con el envoltorio blanco bajo el brazo, le cortó el camino. Dijo algo en voz baja, Gólem dejó de sonreír y volvió a montar en el vehículo. Zurzmansor se sentó en el asiento trasero y el todoterreno echó a andar.

—¡Vaya! No le pegamos al que se lo merecía, señor Bánev. La gente vierte sangre por él, y mira cómo se monta en un coche ajeno y se larga.

—No tienes razón —replicó Víktor—. Es una persona infeliz, un enfermo. Hoy van contra él, mañana contra nosotros. Ahora, tú y yo nos vamos a beber, a él se lo llevan a la leprosería.

—¡Ya sabemos adonde lo llevan! —dijo Teddy, belicoso—. No entiendes nada de nuestra vida, escritor.

—¿Me he distanciado de la nación?

—No sé si de la nación, pero no conoces la vida. Pasa un tiempo con nosotros: lleva lloviendo varios años, en los campos todo se ha podrido, los chicos ya no respetan a nadie... En la ciudad no queda ni un gato, no hay salvación de los ratones. ¡Eh! —dijo, haciendo un ademán de desesperación—. Vámonos.

Regresaron al vestíbulo.

—¿Qué, han roto muchas cosas? —preguntó Teddy al portero, que había

vuelto a su puesto.

—Pues no. Esta vez no ha sido nada. Han destrozado una lámpara de mesa y ensuciado la pared, pero le he quitado el dinero al último; aquí lo tienes.

Teddy siguió hacia el restaurante, contando el dinero por el camino. Víktor fue detrás de él. El salón estaba en calma nuevamente. El hombre joven y el larguirucho comían melancólicamente el plato del día, con una botella de agua mineral. Diana seguía sentada en el mismo lugar, muy animada, muy hermosa, incluso le sonreía al doctor R. Kvadriga, que había ocupado su lugar y a quien habitualmente no soportaba. Kvadriga tenía delante una botella de ron, pero todavía estaba sobrio y por eso su aspecto era inusitado.

—¡Por la victoria! —saludó lúgubremente a Víktor—. Lamento no haber estado presente, aunque fuera como espectador. —Víktor se dejó caer en su asiento—. Menuda oreja —siguió diciendo Kvadriga—. ¿Dónde la has conseguido? Parece la cresta de un gallo.

—¡Coñac! —pidió Víktor y Diana le sirvió una copa—. A ella, y sólo a ella le debo mi victoria —dijo, señalando hacia Diana—. ¿Has pagado la botella?

—No se ha roto —dijo Diana—. ¿Por quién me tomas? ¡Dios mío, cómo ha caído! ¡Qué bien! Si todos cayeran así...

—Comencemos —dijo R. Kvadriga con el mismo aire sombrío, y se sirvió un vaso entero de ron.

—Ha caído como un maniquí. Como un bolo. Víktor, ¿estás bien? He visto cómo te pateaban.

—Lo esencial está bien. Lo he protegido especialmente.

El doctor R. Kvadriga, con un sorbetón, apuró las últimas gotas de ron que quedaban en el vaso, chupando de la misma manera que el desagüe del fregadero se traga los restos de agua tras la fregada. Sus ojos se animaron de inmediato.

—Nos conocemos —se apresuró a decir Víktor—. Eres el doctor Rem Kvadriga, yo soy el escritor Bánev...

—Olvida eso —dijo R. Kvadriga—. Estoy totalmente sobrio. Pero me emborracharé. Es lo único de lo que estoy seguro. Tú ni siquiera te lo puedes imaginar, pero cuando llegué aquí hace seis meses, no bebía absolutamente nada. Tengo el hígado enfermo, dispepsia intestinal y algo anda mal en el estómago. Tengo absolutamente prohibido beber, y ahora me emborracho todos los días... No le hago falta a nadie. Eso no me ha ocurrido nunca en toda mi vida. Ni siquiera recibo cartas, pues mis antiguos amigos están presos, no tienen derecho a correspondencia, y los nuevos son analfabetos...

—No me cuentes secretos de estado —advirtió Víktor—. No soy de fiar.

R. Kvadriga volvió a llenar el vaso y se dedicó a sorber el ron como si fuera té frío.

—Así sabe mejor. Pruébalo, Bánev. Lo disfrutarás... ¡Y deje de mirarme! —le dijo repentinamente a Diana, rabioso—. ¡Le ruego que oculte sus sentimientos! Y si no le gusta...

—Tranquilo, tranquilo —intervino Víktor, y R. Kvadriga puso una expresión agria.

—No entienden nada de mí —se quejó—. Nadie. Tú eres el único que entiendes algo. Tú me has entendido siempre. Pero eres demasiado grosero, Bánev, y siempre me has hecho daño. Me siento muy herido... Ahora temen insultarme, solamente me alaban. Cada vez que me alaba un canalla es una nueva herida. Otro canalla me alaba, otra herida. Pero ahora, todo eso queda atrás. Ellos todavía no saben... ¡Oye, Bánev! Qué mujer más maravillosa tienes... Te lo ruego... Pídele que venga a mi estudio... ¡No, imbécil! ¡De modelo! No

entiendes nada, llevo buscando una modelo así diez años...

—Un cuadro alegórico —le explicó Víktor a Diana—: *El Presidente y la nación eternamente joven...*

—Idiota —dijo, con tristeza, el doctor R. Kvadriga—. Siguen pensando que me vendo... ¡Es verdad, ocurrió una vez! Pero ya no hago retratos de presidentes... ¡Es un autorretrato! ¿Entiendes?

—No —replicó Víktor—. No lo entiendo. ¿Quieres hacer tu autorretrato, tomando a Diana como modelo?

—Idiota. Será el rostro del artista...

—Mi trasero —explicó Diana a Víktor.

—¡El rostro del artista! —repitió R. Kvadriga—. Tú también eres un artista... Y todos los que están presos sin derecho a correspondencia... y todos los que están muertos sin derecho a correspondencia... y todos los que viven en mi edificio... quiero decir, los que no viven... ¿Sabes?, Bánev, tengo miedo. Te lo pedí: ven a vivir a mi casa aunque sea por poco tiempo. Tengo una villa, una fuente... Pero el jardinero huyó. Cobarde. Yo mismo no puedo vivir allí, es mejor en el hotel... ¿Crees que bebo porque me he vendido? Tonterías, eso sólo ocurre en las novelas de moda. Si vives un tiempo en mi casa lo entenderás. Quizá hasta puedas reconocerlos. Quizá no sean conocidos míos, sino tuyos. Entonces, quizá yo podría entender por qué no me reconocen... Andan descalzos, se ríen... —De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Señores, qué suerte que ese Pavor no está ahora con nosotros! A su salud.

—Salud —dijo Víktor, intercambiando una mirada con Diana que, a su vez, miró a R. Kvadriga con alarma y asco—. Aquí nadie quiere a Pavor. Sólo yo, porque soy un monstruo.

—Agua clara —pronunció R. Kvadriga—. Y una rana saltarina. Charlatán. Siempre está callado.

—Ya está totalmente borracho —le explicó Víktor a Diana—. No hay nada que temer.

—¡Señores! —dijo el doctor R. Kvadriga—. ¡Señorita! ¡Considero mi deber presentarme! Rem Kvadriga, doctor honoris causa.

Víktor llegó al gimnasio media hora antes de lo convenido, pero Bol-Kunats ya lo esperaba. A propósito, era un chico con mucho tacto. Le informó de que el encuentro tendría lugar en la sala de actos, y al momento se marchó, alegando asuntos urgentes. Víktor quedó solo y se dedicó a caminar por los pasillos, metiendo la cabeza en las aulas vacías, respirando los aromas olvidados de la tinta, la tiza, el polvo que nunca se asentaba, el olor de las peleas a primera sangre, de los agotadores interrogatorios de pie ante la pizarra, los olores de la cárcel, de la ausencia de derechos, de la mentira... elevados a principios. Todo el tiempo tenía la esperanza de despertar en su memoria dulces recuerdos de la niñez y la adolescencia: la caballerosidad, la camaradería, el primer amor puro; pero no lograba nada por mucho que se esforzara, por mucho que estuviera preparado para enternecerse a la primera oportunidad. Aquí todo seguía como antes: las aulas claras, silenciosas; los pupitres, con iniciales talladas y entintadas, e inscripciones apócrifas sobre la esposa y la mano derecha; y las paredes cuartelarias, pintadas hasta media altura de un alegre color verde, y el revoque, roto en los ángulos; todo seguía siendo como antes, odioso, asqueroso, alimentando la rabia y la ignorancia.

Tardó un rato, pero encontró su aula; encontró su puesto, junto a la ventana, aunque el pupitre era diferente, lo único que seguía igual era el

emblema de la Legión de la Libertad, tallado profundamente en el antepecho de la ventana, y recordó vivamente el embriagador entusiasmo de aquellos tiempos, los brazaletes blancos y rojos, las huchas de lata para el fondo de la Legión, las peleas con los rojos, feroces y sangrientas, y los retratos en todos los diarios, en todos los libros de texto, en todas las paredes, aquel rostro que entonces parecía importante, maravilloso, y que en este momento era marchito, brutal, parecido al hocico de un jabalí, con su enorme boca babeante de grandes colmillos. Eran tan jóvenes, tan grises, tan idénticos... Y tontos, y uno no se alegra de reconocer esta tontería, por saber que es ahora más inteligente, sólo siente una vergüenza ardiente por lo que era entonces, un polluelo gris, diligente, que imaginaba ser brillante, insustituible y muy especial... Hubo otros penosos recuerdos infantiles, el agobiante miedo frente a la chica de la que tanto te habías jactado y ante la cual no podías retroceder; y al otro día, la ira aplastante del padre, las orejas ardientes de vergüenza. A todo eso se le daba el nombre de «época feliz»: un tiempo gris, salpicado de entusiasmo y concupiscencia...

«Mal andan las cosas —pensó—. ¿Y si de repente, dentro de quince años, me doy cuenta de que ahora soy tan gris y carente de libertad como entonces, o peor todavía, me doy cuenta de que me considero adulto, conocedor de muchas cosas, con la suficiente experiencia para estar satisfecho conmigo mismo y para juzgar a los demás?»

Humildad, sólo una humildad que llegue a la autonegación... y sólo la verdad, nunca mientas, al menos nunca te mientas a ti mismo, aunque eso es terrible, autonegarte cuando en torno a ti hay tantos idiotas, pervertidos, mentirosos rapaces, cuando hasta los mejores están llenos de manchas, como si tuvieran lepra... ¿Quieres volver a ser adolescente? No. ¿Y quieres vivir otros quince años? Sí. Porque vivir es bueno. Hasta cuando te golpean. Lo único que necesitas es la oportunidad de devolver el golpe... Basta, es suficiente. Detengámonos en el hecho de que la vida actual es una forma de existencia que permite devolver los golpes. Y ahora, vamos a ver cómo son...

En el salón había una multitud de estudiantes y reinaba el escándalo acostumbrado, que cesó cuando Bol-Kunats llevó a Víktor al estrado y lo sentó bajo el enorme retrato del Presidente (regalo del doctor R. Kvadriga) tras una mesa, cubierta con un mantel rojiblanco. Después, Bol-Kunats avanzó hasta el borde del estrado.

—Hoy va a conversar con nosotros el famoso escritor Víktor Bánev, nacido en nuestra ciudad —dijo, y se volvió hacia Víktor—: ¿Qué prefiere, señor Bánev, que formulen las preguntas en voz alta o por escrito?

—Me da igual —respondió Víktor sin pensar—. Sólo quiero que haya muchas preguntas.

—Entonces, le doy la palabra.

Bol-Kunats saltó del estrado y se sentó en primera fila. Víktor se rascó una ceja mientras recorría el salón con la vista. Había unas cincuenta personas, chicas y chicos, con edades entre diez y catorce años, que lo miraban con serena expectación. Le pasó por la mente la idea de que todos fueran niños prodigio. En la segunda fila, a la derecha, vio a Irma y le dedicó una sonrisa. Ella le respondió con otra.

—Yo estudié en este mismo gimnasio —comenzó Víktor—, y una vez, en este mismo estrado, tuve que hacer el papel de Ozrik. No me lo sabía y tuve que inventarlo sobre la marcha. Eso fue lo primero que inventé en mi vida sin la amenaza de una mala calificación. Dicen que en estos tiempos es más difícil estudiar que en mi época. Dicen que vosotros estudiáis asignaturas nuevas, y que

lo que nosotros estudiábamos en tres años, vosotros lo estudiáis en uno. Pero, seguramente, vosotros no os dais cuenta de que ahora es más difícil. Los científicos suponen que el cerebro humano es capaz de asimilar muchos más datos de lo que parece a primera vista, Únicamente hay que tener la capacidad de compactar esos datos...

«Aja —pensó—, ahora les hablaré de la hipnopedia.» Pero, en ese momento, Bol-Kunats le entregó una notita:

No es necesario hablar de los logros de la ciencia.
Converse con nosotros como con sus iguales.
Valeriance, 6° grado.

—Bien. Aquí, un tal Valeriance, de sexto grado, me propone que converse con vosotros como con mis iguales, y me sugiere que no hable de los logros de la ciencia... Debo decirte, Valeriance, que tenía la intención de hablar ahora sobre los logros de la hipnopedia. Pero me olvidaré gustoso de mis intenciones, aunque considero mi deber informarte del hecho de que la mayoría de los adultos que son mis iguales no tienen la menor idea sobre la hipnopedia. —Le resultaba incómodo hablar sentado, se levantó y comenzó a andar por el estrado—. Chicos, debo reconocer que no me gustan los encuentros con los lectores. Como regla, es totalmente imposible conocer de qué tipo de lectores se trata, qué quieren de ti y qué es lo que verdaderamente les interesa. Por eso intento convertir cada aparición mía en un encuentro de preguntas y respuestas. A veces resulta muy entretenido. Hagámoslo así: comenzaré a preguntar yo. Entonces... ¿Todos habéis leído mis obras?

—Sí —respondieron voces infantiles—. Las hemos leído... Todas...

—Magnífico —replicó Víktor, confuso—. Me siento halagado, y también asombrado. Está bien, seguimos... ¿Deseáis que os cuente la historia de cómo escribí alguna de mis novelas?

Se hizo un corto silencio, y a continuación un chico flaco, con la cara llena de granos, se levantó en el centro del salón.

—No —dijo, y al momento se sentó.

—Excelente. Eso es todavía mejor porque, a pesar de opiniones muy difundidas, no hay nada interesante en los asuntos relacionados con la escritura. Prosigamos... ¿Desea el respetado público conocer mis planes creativos?

—Verá, señor Bánev —dijo cortésmente Bol-Kunats, que se había puesto de pie—, los temas directamente relacionados con su técnica de creación sería mejor dejarlos para el final del encuentro, cuando quede claro el cuadro general.

Se sentó. Víktor se metió las manos en los bolsillos y volvió a pasearse por el estrado. Aquello se ponía interesante; al menos era inusitado.

—¿O será que os interesan las anécdotas literarias? —dijo, insinuante—. Cómo anduve de caza con Hemingway. Cómo Ehrenburg me regaló un samovar ruso. O lo que me dijo Zurzmansor cuando nos tropezamos en un tranvía...

—¿De veras se tropezó con Zurzmansor? —preguntaron desde el salón.

—No, estoy bromeando. Entonces, ¿qué, queréis anécdotas literarias?

—¿Puedo preguntar algo? —dijo el chico con la cara llena de granos, incorporándose.

—Claro.

—¿Cómo quisiera usted vernos en el futuro?

«Sin granos en la cara», fue lo primero que se le ocurrió a Víktor, pero espantó aquella idea, porque comprendió que aquello comenzaba a caldearse. La

pregunta había sido dura. «Quisiera que alguien me dijera cómo quiero verme en el presente», pensó. Pero debía responder.

—Inteligentes —comenzó, a voleo—. Honestos. Bondadosos... Quisiera que amarais vuestro trabajo... y que trabajarais sólo por el bien de las personas. —Qué tonterías digo. ¿Y cómo no decirlas?—. Más o menos así...

El salón se llenó de ruidos de voces quedas.

—¿Es verdad que usted considera que un soldado es más importante que un físico? —preguntó alguien, sin ponerse de pie.

—¿Yo? —Víktor se indignó.

—Eso fue lo que entendí del relato *La tragedia llega de noche.*

Era un bichejo rubio, de unos diez años. Víktor soltó un «hummm». *La tragedia* podía ser un mal libro o un buen libro, pero bajo ningún concepto era un libro infantil. Hasta tal punto no lo era que ninguno de los críticos logró entenderlo: todos lo consideraron algo pornográfico, que conspiraba contra la moral y la conciencia nacional. Y lo más terrible, aquel bichejo rubio tenía fundamentos para suponer que su autor consideraba a un soldado más importante que un físico, al menos en ciertas circunstancias.

—El problema es —comenzó Víktor, con emoción—, que... cómo decirte... Ocurren muchas cosas diferentes.

—No me estoy refiriendo a la fisiología —repuso el bichejo rubio—. Hablo de la concepción general del libro. Quizá la expresión «más importante» no es la más adecuada...

—Yo tampoco me refiero a la fisiología —dijo Víktor—. Quiero decir que hay situaciones en las que el nivel de conocimiento no tiene importancia.

Bol-Kunats recibió dos notitas del público y se las entregó: «¿Es posible considerar honrada y buena a una persona que trabaja para la guerra?» y «¿Qué es una persona inteligente?». Víktor comenzó con la segunda pregunta, era más sencilla.

—Una persona inteligente es la que reconoce la imperfección y parcialidad de sus conocimientos, intenta completarlos y tiene éxito en ello... ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—No —dijo una chica guapa, mientras se ponía de pie.

—¿Por qué?

—Su definición no es funcional. Con esa definición, cualquier idiota puede considerarse inteligente. Sobre todo, si quienes lo rodean apoyan esa opinión.

«Sí», pensó Víktor. Cierto pánico comenzaba a apoderarse de él. Vaya, aquello no era un debate con sus colegas escritores.

—Tiene usted razón en cierta medida —dijo, pasando inesperadamente a tratarla de usted—. Pero se trata, en general, de que los conceptos de «idiota» e «inteligente» son conceptos históricos y más bien subjetivos.

—Entonces, ¿usted no se atrevería a distinguir a un idiota de un inteligente? —preguntó, desde las filas traseras, un estudiante moreno, de ojos bíblicos y cabeza totalmente afeitada.

—Sí me atrevo —dijo Víktor—. Claro. Pero no estoy seguro de que ustedes siempre estarán de acuerdo conmigo. Hay un antiguo aforismo: el idiota es sólo uno que piensa diferente... —Por lo general, aquella frase causaba la risa en el público, pero ahora todo el salón esperaba en silencio a que él continuara—. O uno que siente diferente —añadió.

Percibió claramente la insatisfacción del público, pero no sabía qué más decir. No lograba establecer contacto. Por regla general, el público adopta con facilidad los puntos de vista del orador, acepta sus juicios y a todos les queda

claro quiénes son los idiotas, teniendo en cuenta también que se daba por hecho que nadie era idiota en aquel salón. En el peor de los casos, el público no está de acuerdo y se vuelve hostil, pero ese caso tampoco presenta dificultad, pues siempre queda la posibilidad del sarcasmo y la ironía, y no es complicado que uno discuta con muchos, ya que entre todos esos siempre se puede detectar al más escandaloso y al más tonto, a los que se puede pisotear para satisfacción general.

—No lo entiendo del todo —dijo la chica guapa—. Usted quiere que seamos inteligentes, o sea, de acuerdo a su aforismo, que pensemos y sintamos igual que usted. Pero yo he leído todos sus libros y solamente he encontrado en ellos la negación. Por otra parte, usted quisiera que trabajáramos por el bien de las personas. O sea, por el bien de esos tipos sucios y desagradables que pueblan las páginas de sus libros. ¿Y no es verdad que usted refleja la realidad?

Finalmente, a Víktor le pareció que tocaba el fondo bajo los pies.

—Miren, cuando hablo de trabajar por el bien de las personas, quiero decir por la transformación de las personas en limpias y agradables. Y este deseo mío no tiene ninguna relación con mi trabajo creador. En los libros intento reflejarlo todo como es, y no trato de enseñar ni mostrar lo que hay que hacer. En el mejor de los casos, muestro el objeto al que hay que aplicar la fuerza, atraigo la atención hacia aquello contra lo que hay que combatir. No sé cómo cambiar a la gente, si lo supiera no sería un escritor de moda, sino un gran pedagogo o un famoso sociólogo. En general, a la literatura le está contraindicado educar o informar, proponer caminos concretos o crear una metodología concreta. Eso se puede ver en el ejemplo de los escritores más importantes. Me inclino ante León Tolstoi, pero sólo mientras sigue siendo un espejo de la realidad, un espejo particular y único por su talento reflector. Pero tan pronto comienza a enseñarme a andar descalzo o a poner la otra mejilla, soy presa de la angustia y la lástima... El escritor es un instrumento que muestra el estado de la sociedad, y sólo es una herramienta para cambiar la sociedad en un grado mínimo. La historia muestra que la literatura no cambia la sociedad, sino las reformas o las ametralladoras, y ahora también la ciencia. En el mejor de los casos, la literatura muestra contra quién hay que disparar, o qué debe ser cambiado...

Hizo una pausa, recordando que también existían Dostoievski y Faulkner. Pero mientras meditaba cómo volver al papel de la literatura en el estudio a fondo del individuo, se escuchó una voz en el salón.

—Perdone, pero todo eso es bastante trivial. Ésa no es la esencia del problema. El hecho consiste en que los objetos representados por usted no tienen ningún deseo de que los cambien. Y además, son tan desagradables, se han abandonado tanto, que nadie quiere cambiarlos. Entiéndalo, no valen la pena. Que acaben de pudrirse, no desempeñan ningún papel. En su opinión, ¿por el bien de quién deberíamos trabajar?

—¡Ah, se trata de eso! —dijo Víktor lentamente.

Una idea se abrió paso repentinamente: Dios mío, estos mocosos realmente piensan que yo escribo sólo sobre la chusma, que considero a todos canallas, pero no han entendido nada, y cómo van a entenderlo si son niños, niños extraños, niños de una inteligencia enfermiza, pero solamente niños con una experiencia de vida infantil y con un conocimiento infantil de las personas, un montón de libros leídos, idealismo infantil y la aspiración pueril a clasificarlo todo con etiquetas de «bueno» y «malo». Exactamente igual que mis hermanos escritores...

—Me ha confundido el hecho de que ustedes hablan como adultos. Llegué a

olvidar que ustedes no son adultos. Entiendo que no es pedagógico hablar así, pero tengo que hacerlo, de otra manera nunca saldríamos de este lío. Todo consiste en que, al parecer, ustedes no entienden cómo un hombre eternamente borracho, histérico, sin afeitar, puede ser una magnífica persona a la que es imposible no querer, ante quien uno inclina la cabeza y se siente honrado al apretar su mano, porque ha atravesado un infierno tal que da miedo sólo imaginarlo, y ha seguido siendo un ser humano. Ustedes consideran que todos los personajes de mis libros son unos miserables asquerosos, pero eso es sólo la mitad del problema. Consideran que los veo de la misma forma que ustedes. Ése es el problema. Es el problema en el sentido de que así, nunca nos entenderemos.

Vaya a saber qué reacción esperaba ante su prédica benevolente. Que comenzaran a mirarse unos a otros, perplejos, o que sus rostros reflejaran que habían comprendido, o que un suspiro de alivio recorriera el salón como señal de que aquella incomprensión había desaparecido finalmente y ahora era posible comenzar todo desde el inicio, sobre un fundamento nuevo, más realista... En todo caso, no ocurrió nada de ello. En las filas traseras volvió a levantarse el chico de los ojos bíblicos.

—¿No nos podría decir qué es el progreso? —preguntó.

Víktor se sintió ofendido. «Claro que sí —pensó—. Y después preguntarán si una máquina puede pensar, y si hay vida en Marte. Las aguas vuelven a su cauce.»

—El progreso —explicó— es el movimiento de la sociedad hacia un estado tal en el que las personas no se asesinan, no se pisotean ni se torturan unas a otras.

—¿Y a qué se dedican? —preguntó un chico gordo, a la derecha.

—A beber y comer *kvantum satis* —balbuceó alguien a la izquierda.

—¿Y por qué no? —dijo Víktor—. La historia de la humanidad conoce muy pocos intervalos de tiempo en los que la gente podía beber y comer *kvantum satis.* Para mí, el progreso es el avance hacia un estado en el que no pisotean y no asesinan. Y en mi opinión, no es tan esencial a qué van a dedicarse. Si lo quieren así, para mí son importantes las condiciones indispensables del progreso, y las suficientes es algo que la vida lo dirá...

—Perdóneme —intervino Bol-Kunats—. Analicemos el siguiente esquema: la automatización sigue desarrollándose al mismo ritmo que ahora. Entonces, dentro de varias décadas, la mayoría absoluta de la población activa de la Tierra queda expulsada de los procesos productivos y de la esfera de servicios, pues pasarán a ser innecesarios. Todo será magnífico: la gente estará satisfecha, no habrá por qué matarse unos a otros, nadie molestará a nadie... y nadie necesitará a nadie. Por supuesto, habrá varios cientos de miles de seres humanos que aseguren el trabajo ininterrumpido de las viejas máquinas y la creación de máquinas nuevas, pero los miles de millones restantes simplemente no serán necesarios. ¿Eso está bien?

—No sé —dijo Víktor—. En general, no creo que esté bien del todo... Da pena... Pero debo decirles que, de todos modos, eso es mejor que lo que ahora vemos. Así que es obvio que habrá cierto progreso.

—¿Y usted querría vivir en semejante mundo?

—No logro imaginarme bien ese mundo —contestó Víktor tras pensarlo un instante—, pero si hablo con sinceridad, no estaría mal probar.

—¿Y puede imaginarse a personas que no sientan el menor deseo de vivir en un mundo semejante?

—¡Claro que sí! Hay gente, los conozco, que se morirían de aburrimiento allí. Un lugar que no necesita gobierno, que no hay nadie a quien darle órdenes, que

no hay por qué pisotear a nadie. Es verdad que difícilmente renunciarían a hacerlo, tendrían ante sí la rarísima oportunidad de transformar el paraíso en una pocilga... o en un cuartel. Con gusto destruirían un mundo semejante. Bien, quizá no puedo imaginarme a esa gente.

—¿Y sus personajes, esos que tanto ama, a ellos les gustaría un futuro semejante?

—Por supuesto. Allí alcanzarían finalmente la paz que merecen.

Bol-Kunats se sentó, pero enseguida se levantó el chico de la cara llena de granos, moviendo la cabeza con un gesto de amargura.

—Ésa es la esencia de la cuestión. No se trata de si entendemos o no la vida real, la esencia del problema consiste en que ese futuro sea totalmente aceptable para usted o para sus personajes, y para nosotros sería un cementerio. El fin de la esperanza. El final de la humanidad. Un callejón sin salida. Por eso decimos que no queremos gastar fuerzas para trabajar por el bienestar de esos tipos suyos, sucios hasta las orejas y sedientos de paz. Ya no es posible insuflarles energía para una vida verdadera. Y dirá lo que diga, señor Bánev, pero nos ha mostrado en sus libros, libros interesantes, que yo aplaudo sinceramente, que en la humanidad no existen ya los objetos para aplicar las fuerzas, al menos en su generación... Como dice su canción: «Verdad y mentira no son tan diferentes, la verdad de ayer se vuelve mentira, la mentira de ayer se volverá mañana la verdad más sincera, la verdad más común...». Así vagan ustedes, de mentira en mentira. Simplemente, no pueden creer que son ya cadáveres, que crearon con sus manos un mundo que se ha convertido en su lápida. Se pudrieron en las trincheras, estallaron bajo los tanques, ¿y quién mejoró a causa de ello? Denostaron al gobierno, al sistema, como si no supieran que su generación simplemente no merece un gobierno mejor, un sistema mejor. Les daban bofetadas, usted perdone, por favor, y seguían repitiendo que el hombre es, por naturaleza, bueno... o peor todavía, que decir «hombre» es enorgullecerse. ¡Y han llamado hombre a cualquier cosa!

El orador de los granos en la cara hizo un ademán y se sentó. Se hizo el silencio. Al momento, se levantó de nuevo.

—Cuando decía «ustedes» no me refería personalmente a usted, señor Bánev.

—Se lo agradezco —dijo Víktor, molesto.

Sentía una profunda irritación: aquel mocoso lleno de granos no tenía derecho a hablar tan categóricamente, eso era un descaro, un atrevimiento... merecía una colleja y que lo sacaran del salón por una oreja. Se sentía incómodo. Mucho de lo que habían dicho era verdad, él mismo pensaba así, y ahora había caído en la situación de la persona obligada a defender lo que odiaba. Se sentía confuso, no tenía idea de cómo comportarse, cómo seguir la conversación y si valía la pena hacerlo... Miró el salón y vio que esperaban su respuesta, que Irma esperaba su respuesta, que todos aquellos monstruos rozagantes, de orejas grandes, pensaban de la misma manera, y que el atrevido de los granos se había limitado a comunicar la opinión general y la había expresado sinceramente, con profunda convicción, y no porque el día anterior hubiera leído un folleto prohibido, que en realidad no sentían el menor agradecimiento, ni aunque fuera el respeto más elemental hacia él, Bánev, por haber ido de voluntario con los húsares, por haber combatido a caballo contra los tanques, por haber estado a punto de morir de disentería en el cerco, por haber matado a los centinelas enemigos con un cortaplumas y después, en la paz, por haberle dado una bofetada a un oficial operativo que le había propuesto escribir una denuncia, por haber estado sin trabajo, con un agujero en los pulmones, especulando con

frutas frescas, aunque le prometían elevados cargos... Y, en realidad, ¿cuál es la razón para que me respeten por todo eso? ¿Por haberme lanzado contra los tanques con un sable? Hay que ser un idiota para tener un gobierno que lleva a su ejército a semejante situación... En ese momento se estremeció, imaginando el enorme razonamiento que deberían haber hecho aquellos pichones para llegar a unas conclusiones a las que los adultos llegan solamente arrancándose toda la piel, destrozando su alma, revolviendo su vida y muchas vidas vecinas... y ni siquiera todos, solamente algunos, pues la mayoría sigue considerando que todo fue correcto y magnífico, y que si es necesario, estarían dispuestos a comenzar todo otra vez por el principio. ¿Habrían llegado de verdad los tiempos nuevos? Miró la sala casi con terror. Al parecer, el futuro había logrado introducir sus tentáculos en el mismo corazón del presente, y ese futuro era frío, implacable, le daban igual todos los méritos del pasado, auténticos o imaginarios.

—Chicos —dijo Víktor—, seguramente no os dais cuenta de ello, pero sois crueles. Vuestros motivos para ser crueles son los mejores, pero la crueldad siempre es idéntica. Y no puede traer nada que no sea más dolor, más lágrimas y más canalladas. Tened eso en cuenta. Y no os imaginéis que estáis diciendo algo especialmente nuevo. Destruir el mundo viejo, y sobre sus restos construir el mundo nuevo es una idea muy vieja. Y hasta ahora, nunca ha dado los resultados deseados. Eso que en el mundo viejo origina el deseo de destruir sin piedad se acomoda con particular facilidad al proceso de destrucción, a la crueldad, a la inflexibilidad, se convierte en algo indispensable en este proceso y se preserva sin falta, se convierte en amo del mundo nuevo y, finalmente, mata a los audaces destructores. Perro no come perro, la crueldad no se aniquila con crueldad. ¡Ironía y lástima, chicos! ¡Ironía y lástima!

De repente, todo el público se puso de pie. Fue algo totalmente inesperado, y por la cabeza de Víktor pasó la loca idea de que finalmente había logrado decir algo estremecedor para la imaginación de sus oyentes. Pero vio que había entrado un leproso al salón, que avanzaba ligero, delgado, casi inmaterial, como una sombra, y los niños lo miraban, no, no sólo lo miraban, se estiraban hacia él. El leproso hizo una leve reverencia de saludo a Víktor, balbuceó una disculpa y se sentó en un extremo, junto a Irma. Todos los niños se sentaron, Víktor miró a Irma y vio que estaba feliz, que intentaba no demostrarlo, pero la alegría y la satisfacción brotaban de ella como de un manantial. Y antes de que él pudiera retomar su discurso, Bol-Kunats comenzó a hablar.

—Temo que nos ha entendido mal, señor Bánev. No somos crueles en absoluto, y si lo somos desde su punto de vista es únicamente en teoría. Nosotros no tenemos la menor intención de destruir su viejo mundo. Nos disponemos a construir el nuevo. Ustedes son crueles: no se imaginan la construcción de lo nuevo sin la destrucción de lo viejo. Pero nosotros nos lo imaginamos muy bien. Incluso ayudaremos a su generación a crear ese paraíso; beban y coman hasta hartarse. Construir, señor Bánev, solamente construir. No destruir nada, sólo construir.

Finalmente, Víktor logró apartar su mirada de Irma y concentrarse en sus pensamientos.

—Sí. Por supuesto —dijo—. Id. Construid. Estoy totalmente con vosotros. Hoy me habéis anonadado, pero de todos modos estoy con vosotros... Si es necesario, renunciaré también a la bebida y las tapas. Sólo os pido no olvidar que hubo que destruir los mundos viejos precisamente porque interferían... interferían con la construcción de lo nuevo, no querían lo nuevo, lo presionaban...

—El viejo mundo actual no interferirá —dijo Bol-Kunats en tono críptico—.

Me alegro de que usted pueda orientarse tan correctamente.

Chicos y chicas magníficos. Raros, pero magníficos. Lo que me da lástima de ellos... es que crecerán, unos copularán con otros, se multiplicarán y comenzarán a trabajar por el pan nuestro de cada día... «No —pensó desesperado—. Quizá lo logren...» Recogió las notas que había sobre la mesa. Eran bastantes: «¿Qué es un hecho? ¿Es posible considerar honrada y buena a una persona que trabaja para la guerra? ¿Por qué bebe usted tanto? ¿Qué opina sobre Spengler?».

—Aquí tengo unas preguntas. No sé si ahora valdría la pena... —dijo.

—Mire, señor Bánev —dijo el nihilista con la cara llena de granos levantándose—, no sé de qué preguntas se trata, pero lo que pasa es que, en general, no tienen importancia. Simplemente queríamos conocer a un escritor contemporáneo famoso. Cada escritor famoso expresa la ideología de la sociedad o de una parte de la sociedad, y necesitamos conocer a los ideólogos de la sociedad contemporánea. Ahora sabemos más que antes del encuentro con usted. Gracias.

Los chicos se agitaron en el salón y se oyeron voces: «Gracias, gracias, señor Bánev», se levantaron y echaron a andar hacia la salida. Víktor seguía de pie, con el montón de papeles arrugados en una mano, sintiéndose tonto; se daba cuenta de que se había ruborizado, de que su aspecto era de turbación y desamparo, pero decidió controlarse, se metió las notas en el bolsillo y bajó del estrado.

Lo más difícil era que no había podido comprender cómo debía considerar a aquellos niños. Eran irreales, eran imposibles; sus puntos de vista, su enfoque de lo que él había escrito y de lo que él decía, no tenía puntos de contacto con aquellas trencitas, con aquellas cabezas despeinadas, con los cuellos mal lavados, con las manos flacas y arañadas, con el rumor de chillidos que reinaba por doquier. Era como si una fuerza desconocida, por divertirse, hubiera reunido en el espacio un jardín de la infancia y una disputa científica. Hubiera compatibilizado lo incompatible. Seguramente, así se habría sentido aquella gata de laboratorio si después de darle un trocito de pescado y rascarle detrás de la oreja, le hubieran aplicado corriente eléctrica, le hubieran hecho estallar una carga de pólvora bajo las narices y la hubieran cegado con potentes lámparas...

«Sí —le dijo Víktor a la gata con simpatía—, conocía perfectamente ese estado. Nuestra psique no está preparada para semejantes choques, podemos hasta morir a causa de ellos...»

Entonces se dio cuenta de que estaba rodeado de chicos que no lo dejaban avanzar. Por un instante, sintió pánico. No le hubiera asombrado que, en ese momento, lo derribaran y, con diligencia, se pusieran a hacerle la vivisección a fin de estudiar la ideología. Pero ellos no querían abrirlo en canal. Le tendían libritos abiertos, cuadernos de notas, hojitas de papel. Susurraban: «¡Un autógrafo, por favor!». Chillaban: «Firme aquí, por favor». Le rogaban, con voces roncas: «¡Tenga la bondad, señor Bánev!».

Sacó la pluma estilográfica, y mientras desenroscaba la tapa se dedicó a prestar atención, con el interés de un observador ajeno, a sus propias percepciones, y no se sorprendió al descubrir orgullo. Eran los fantasmas del futuro, y le agradaba ser popular entre ellos.

Cuando llegó a su habitación corrió hacia el bar, se sirvió ginebra y la bebió de un trago, como si fuera un medicamento. Se había olvidado de ponerse la capucha, y de su cabello le caía agua, mojándole el rostro y el vientre. Los pantalones estaban empapados hasta la rodilla y se le pegaban a las piernas; seguramente había andado sin seguir camino alguno, atravesando charcos. Tenía

unas ganas feroces de fumar, al parecer no lo había hecho en casi dos horas y media...

«La aceleración del crecimiento», repetía para sus adentros mientras dejaba caer al piso el impermeable empapado, se cambiaba de ropa y se frotaba la cabeza con una toalla. «Es solamente la aceleración», decía para tranquilizarse, mientras encendía un cigarrillo y le daba las primeras chupadas ansiosas. «Ahí está, la aceleración en acción», pensaba con horror, recordando las voces firmes de los chicos, que le aseguraban todo tipo de cosas. Dios, protege a los adultos; Dios, salva a sus padres, ilumínalos, hazlos más inteligentes, ahora es el momento preciso... En aras de ti mismo, te lo pido, señor, o te construirán una torre de Babel como monumento funerario a todos los imbéciles que has dejado sueltos sobre esta tierra para que se multiplicaran, sin meditar suficientemente sobre las consecuencias de la aceleración... Eres un ingenuo, hermano...

Víktor escupió la colilla sobre la alfombra y encendió otro cigarrillo. «¿Por qué me he puesto tan nervioso? —pensó—. La fantasía me ha jugado una mala pasada... Son niños, debido a la aceleración del crecimiento están demasiado desarrollados para su edad. ¿Qué, acaso no he visto niños demasiado desarrollados para su edad? ¿De dónde he sacado que todo eso lo han inventado ellos mismos? Han visto demasiada porquería en la ciudad, han leído demasiados libros, lo han simplificado todo y han llegado, naturalmente, a la conclusión de que hay que construir un mundo nuevo. Pero allí no todos son así. Entre ellos hay líderes, gritones: Bol-Kunats, el chico de los granos en la cara... y la chica guapa. Son los que marcan el paso. Los demás son niños como todos, estaban allí sentados, oyendo y aburriéndose... —Él sabía que eso no era verdad—. Bueno, digamos que no se aburrían, escuchaban con interés; a fin de cuentas es la provincia, tenían delante a un escritor conocido... Por nada del mundo, a su edad, hubiera yo comenzado a leer mis libros. Por nada del mundo, a su edad, hubiera yo ido a alguna otra parte que no fuera al cine, a ver películas de tiros, o a un circo de paso en la ciudad para mirar las piernas de las trapecistas. Me habría importado un comino el viejo mundo y el nuevo mundo, no habría tenido la menor idea de eso. Fútbol, hasta el agotamiento, o robar una bombilla de alguna parte y lanzarla contra una pared, o emboscar a algún alborotador y llenarle la cara de fango...» Víktor se reclinó en el butacón y estiró las piernas. Siempre recordamos los hechos de la infancia feliz con ternura y estamos seguros de que así fue, es y será desde los tiempos de Tom Sawyer. Así debe ser.

Y si no es así, eso quiere decir que el niño es anormal, concita cierta lástima de lejos, y cuando hay un choque directo, da lugar a la indignación pedagógica. Pero el niño lo mira a uno sin chistar y piensa: «Claro, eres adulto, corpulento, me puedes pegar, pero en tu infancia eras un cretino y así te has quedado, y morirás siendo un cretino, pero eso no te basta, también quieres hacer de mí un cretino...».

Víktor se sirvió un poco más de ginebra y se dedicó a recordar cómo había sido todo, y tuvo que darse un trago deprisa para no aullar de vergüenza. Cómo se había hinchado ante aquellos niños, mirándolos desde arriba, satisfecho y suficiente, el estúpido de moda, cómo desde el inicio había hablado de vulgaridades, tonterías vacuas y sonsonetes seudovalientes, y cómo se le habían enfrentado, pero él no se había calmado y había seguido demostrando su aguda incapacidad intelectual, cómo habían intentado orientarlo hacia el camino de la verdad, con toda sinceridad, advirtiéndole de que seguía hablando de cosas banales y triviales, pero él había seguido pontificando, pensando que se saldría con la suya, y cuando finalmente, la paciencia perdida, le dieron una bofetada,

comenzó a llorar con temor y se puso a quejarse de que lo trataban mal... y qué vergonzoso había sido su júbilo cuando los niños, por lástima, comenzaron a pedirle autógrafos... Víktor mugió al darse cuenta de que, a pesar de su honradez forzada, nunca se atrevería a contarle a nadie lo ocurrido aquel día, y que apenas media hora después, partiendo de consideraciones sobre cómo conservar el equilibrio espiritual, volvería todo aquello del revés, como si el soplamocos que le propinaran ese día hubiera sido el triunfo más grande de su vida, o al menos un encuentro bastante corriente y no demasiado interesante con niños prodigio de provincias que, a fin de cuentas, son niños y por eso no es mucho lo que entienden de la vida ni de la literatura... «Deberían hacerme jefe del departamento de educación —pensó con odio—. Ahí siempre ha hecho falta gente así... Menudo consuelo —pensó—. Por ahora, estos niños son muy pocos, y si la aceleración sigue al ritmo actual, cuando sean muchos yo tendré la suerte de estar muerto. ¡Qué maravilla: morir a tiempo!»

Llamaron a la puerta.

—¡Sí! —gritó Víktor. Y entró Pavor, abatido, con la nariz hinchada y vistiendo una imitación de albornoz del Turquestán.

—Por fin —dijo, con la voz muy tomada.

Se sentó frente a Víktor, sacó del bolsillo un enorme pañuelo mojado y se puso a sonarse la nariz y a estornudar. Era un espectáculo lastimero; del Pavor de siempre no quedaba nada.

—Por fin, ¿qué? —preguntó Víktor—. ¿Quiere ginebra?

—Ay, no sé —respondió Pavor, sorbiéndose los mocos y soltando un sollozo—. Esta ciudad va a acabar conmigo. *¡Aaaachísssss!* Ay...

—Salud.

—¿Dónde se mete? —preguntó Pavor, en tono caprichoso, mirándolo con ojos lacrimosos—. Hace tres horas que lo busco, quería que me prestara algo para leer. Me muero aquí, mi única tarea es estornudar y sonarme... no hay nadie en el hotel, me dirigí al portero y el muy idiota me propuso un directorio telefónico antiguo y folletos viejos... «Visite nuestra soleada ciudad.» ¿Tiene algo para leer?

—No lo creo —respondió Víktor.

—¡Qué clase de escritor es usted! Vaya, entiendo, no lee lo escrito por otros, pero seguramente hojea sus propias obras de vez en cuando. Por ahí, lo único que se dice es Bánev, Bánev... ¿Cómo se llama ese libro suyo? *¿Muerte después del mediodía? ¿Medianoche tras la muerte?* No me acuerdo...

—*La desgracia llega a medianoche.*

—Ese mismo. Déjeme leerlo.

—No. De eso, nada —dijo Víktor con decisión—. Y si lo tuviera, no se lo daría de todos modos. Me lo llenaría de mocos. Y no entendería nada.

—¿Cómo que no entendería nada? —repuso Pavor, indignado—. Dicen que ahí habla usted de la vida de los homosexuales. ¿Qué hay que entender?

—Váyase usted a... Mejor, bebamos ginebra. ¿Con agua o sola?

Pavor estornudó, gruñó, examinó la habitación con rostro desesperado, echó atrás la cabeza y estornudó de nuevo.

—Me duele la cabeza —se quejó—. Aquí... ¿Y dónde estuvo usted? Dicen que en un encuentro con lectores. ¿Con los homosexuales de la ciudad?

—Peor —dijo Víktor—. Me reuní con los niños prodigio locales. ¿Sabe qué es la aceleración del crecimiento?

—¿La aceleración? ¿No es algo relacionado con la maduración antes de tiempo? He oído algo, hubo cierto alboroto sobre ese tema, pero después crearon una comisión en nuestro departamento, que demostró que la aceleración es el

resultado de la atención personal del señor Presidente a la generación más joven de leones y soñadores, de manera que todo volvió a su lugar. Pero sé de qué habla usted, he visto a los niños prodigio locales. Que Dios nos libre de semejantes leones, su lugar está en un museo de horrores.

—¿Y no será que usted y yo deberíamos estar en esa cámara de horrores? —objetó Víktor.

—Es posible —asintió Pavor—. Pero la aceleración no tiene nada que ver con eso. La aceleración del crecimiento es un hecho biológico y fisiológico. Aumenta el peso de los recién nacidos, después se estiran, como jirafas hasta los dos metros, y a los doce años están listos para reproducirse. Aquí se trata de niños de lo más corriente, pero sus maestros...

—Sus maestros, ¿qué?

—Sus maestros no son nada corrientes —explicó Pavor, con voz nasal, después de estornudar.

—¿Qué tienen de poco corriente los maestros de aquí? —preguntó Víktor acordándose del director del gimnasio—. ¿Se les olvida cerrarse la bragueta?

—¿Qué bragueta? —preguntó Pavor, clavando los ojos intrigados en Víktor—. Creo que no tienen bragueta.

—¿Y qué más?

—¿En qué sentido?

—¿Qué más tienen de poco corriente?

Pavor estuvo largo rato sonándose la nariz. Víktor sorbía ginebra y lo miraba con lástima.

—Veo que usted no sabe nada —dijo Pavor, mirando el pañuelo mocoso—. Como señala justamente el señor Presidente, la habilidad fundamental de nuestros escritores es el desconocimiento crónico de la vida y el alejamiento de los intereses de la nación... Usted lleva aquí más de una semana. ¿Ha estado en alguna otra parte que no sea la taberna o el sanatorio? ¿Ha conversado con alguien que no sea el cerdo borracho de Kvadriga? Sabrá Dios por qué le pagan...

—Basta. Ya tengo suficiente con los periódicos. Mira al crítico mocoso, al maestro sin bragueta...

—Ah, ¿no le gusta? —repuso Pavor, satisfecho—. Está bien, no sigo. Cuénteme cómo fue su encuentro con los niños prodigio.

—No hay gran cosa que contar. Son como cualesquiera niños prodigio...

—Entonces, ¿qué?

—Pues llegué, me hicieron unas cuantas preguntas. Temas interesantes, de adultos... —Víktor calló un momento—. En general, a decir verdad, me dieron con todo.

—¿Qué preguntas? —insistió Pavor, que miraba a Víktor con auténtico interés, y al parecer con simpatía.

—No se trataba de las preguntas —suspiró Víktor—. Sinceramente, lo que más me sorprendió es que son como adultos, pero no como cualquier adulto, sino como adultos del más alto nivel. Una incompatibilidad infernal... —Pavor, comprensivo, hizo un gesto de asentimiento—. En una palabra, lo pasé mal allí. No quiero ni acordarme.

—Está claro. No es usted el primero ni el último. Debo decirle que los padres de un niño de doce años son seres que inspiran lástima, pues llevan sobre sus hombros innumerables preocupaciones. Pero los padres de aquí son algo especial. Me recuerdan la retaguardia de un ejército de ocupación en zonas de fuerte actividad guerrillera... De todos modos, ¿qué le preguntaron?

—Pues me preguntaron qué es el progreso.

—Aja. Y en opinión de ellos, ¿qué es el progreso?

—Pues algo muy sencillo. Encerrarnos a todos en una reserva, para que no molestemos, mientras ellos, en libertad, estudian a Spengler y a Zurzmansor. Al menos, ésa fue la impresión que saqué.

—Pues sí, puede ser así —dijo Pavor—. Según es el cura, así son los creyentes. Usted habla de la aceleración, de Zurzmansor... ¿Y sabe qué opinión tiene la nación sobre eso?

—¿Quién, quién?

—¡La nación! Dice que todas las desgracias vienen de los mohosos. Los niños han perdido el juicio a causa de los mohosos...

—Eso es porque no tenemos judíos en la ciudad —señaló Víktor; después recordó al leproso que había entrado en el salón, y cómo los niños se habían puesto de pie, y el rostro de Irma—. ¿Lo dice en serio?

—No lo digo yo —explicó Pavor—. Es la voz de la nación. *Vox populi*. Los gatos han huido de la ciudad y los niños adoran a los mohosos, los visitan en la leprosería, pasan allí el día y la noche, andan sin control, no obedecen a nadie. Les roban dinero a sus padres y compran libros... Dicen que, al principio, los padres estaban muy contentos porque los niños no rompían los pantalones trepando vallas, sino que permanecían calladitos en casa, leyendo libritos. Sobre todo, con este tiempo tan malo. Pero ahora todos ya saben adonde ha llevado todo eso y quién lo armó. Ahora nadie se alegra. Sin embargo, siguen teniendo miedo de los mohosos y únicamente gruñen cuando los ven pasar...

«La voz de la nación —pensó Víktor—. La voz de Lola y del señor burgomaestre. Conocemos esa voz. Gatos, lluvias, televisores. Sangre de recién nacidos cristianos...»

—No entiendo —dijo—. ¿Habla en serio o bromea?

—¡No lo digo yo! —repitió Pavor, con sentimiento—. Lo dicen en la ciudad.

—Sé lo que dicen en la ciudad. ¿Qué piensa usted de todo eso?

—El flujo de la vida —dijo Pavor, misterioso, encogiéndose de hombros—. Rumores mezclados con verdades. —Miró a Víktor por encima del pañuelo—. No me considere un idiota. Mejor acuérdese de los niños: ¿dónde ha visto niños así? O, al menos, tantos niños semejantes.

«Sí —pensó Víktor—, niños semejantes... Los gatos son una cosa, pero aquel leproso en el salón no era un gato en la lluvia. Hay una expresión que habla de un rostro, iluminado desde dentro. Irma tenía exactamente esa cara, y cuando habla conmigo, su rostro sólo se ilumina por fuera. Y con la madre apenas habla, se limita a escupir entre dientes una mezcla de repulsión y condescendencia... Pero si todo esto es así, si es verdad y no un asqueroso rumor, parece algo muy sucio. ¿Qué quieren de los niños? Ellos son enfermos, gente condenada... y, en general, qué desvergüenza es ésa, azuzar a los niños contra sus padres, aunque sean padres como Lola y como yo. Basta ya, señor Presidente: la nación está por encima de los lazos filiales, la Legión de la Libertad es vuestro padre y vuestra madre, y el chiquillo va al puesto de mando más cercano e informa de que el padre ha dicho que el señor Presidente es un tipo raro, y de que la madre ha dicho que las marchas de la Legión son un gasto absurdo de dinero. Y, para colmo, ahora aparece un señor de negro, mohoso, y sin preámbulo proclama que tu padre es un cerdo borracho descerebrado, y tu madre una imbécil, una zorra. Supongamos que todo esto es verdad, pero de todos modos es una desvergüenza. Eso no se hace así, eso no les incumbe para nada, no son ellos los responsables de todo eso y nadie les pide que se dediquen a ese tipo de educación... Es algo patológico... Y ni siquiera es educativo. ¿Y si es algo peor? Un niño comienza a

balbucear algo sobre el progreso, con sus labios rosados, se pone a decir cosas crueles, terribles, sin darse cuenta de qué está diciendo, pero desde su más tierna edad se acostumbra a la crueldad intelectual, a la más terrible de las crueldades que se pueda pensar, y ellos, con sus trapos negros atados sobre la cara que se les cae a pedazos, están detrás de ellos, tirando de los hilos… lo que quiere decir es que no existe una nueva generación, que es el mismo juego sucio y antiguo con marionetas, y yo fui dos veces estúpido cuando me sentía morir hoy en el estrado… Cuan vil es todo esto que llamamos nuestra civilización…»

—Quien tiene ojos, ve —decía Pavor—. No nos dejan entrar en la leprosería. Alambradas, soldados… Pero aquí, en la ciudad, se puede ver algo. He visto a los mohosos conversando con los niños, y cómo se comportan esos niños en ese momento, cómo se convierten en ángeles, pero pregúntales cómo llegar a la estación de trenes y te mirarán de la cabeza a los pies, con tal desprecio…

«No nos dejan entrar en la leprosería —pensó Víktor—. Hay alambradas, pero los mohosos se pasean libremente por la ciudad. Aunque no fue Gólem el que inventó esto… Canalla, ha sido el padre de la nación. Miserable. Quiere decir que eso también es idea suya… El mejor amigo de los niños… Sí, puede ser, se parece a las cosas que hace. Y sabe usted, señor Presidente, en su lugar yo trataría de variar mis métodos. Resulta demasiado fácil descubrir su cola entre muchas otras colas. Alambradas, soldados, pases: eso quiere decir el señor Presidente; significa, sin duda alguna, otra canallada…»

—¿Para qué demonios está esa alambrada? —preguntó Víktor.

—¿Y qué sé yo? Antes no había alambradas en ese lugar.

—Eso quiere decir que ya ha estado allí.

—¿Por qué lo dice? Todavía no he estado. Pero no soy el único inspector sanitario… y el problema no es la alambrada, como si no hubiera alambradas por todo el mundo. Dejan pasar a los niños sin problemas, dejan salir a los mohosos sin problemas, pero a nosotros no nos dejan entrar, eso es lo sorprendente.

«No, no se trata del Presidente —pensó Víktor—. El Presidente y las obras de Zurzmansor, y para colmo, Bánev, eso no es compatible. Y esa ideología destructiva… Si yo escribiera semejante cosa, me crucificarían. No lo entiendo, no lo entiendo… Es algo diabólico. Le preguntaré a Irma. Simplemente le preguntaré y veré qué hace… A propósito, Diana también debe saber algo.»

—No me está oyendo —dijo Pavor.

—Perdón, estaba pensando.

—Digo que no me asombraría que la ciudad tomara medidas. Además, crueles como corresponde a la ciudad.

—Yo tampoco me asombraría —masculló Víktor—. Si hasta a mí me dieron ganas de tomar ciertas medidas.

Pavor se levantó y fue hacia la ventana.

—Qué tiempo —dijo, angustiado—. Me largaría de aquí al instante… ¿Me va a dar un libro o no?

—No tengo libros —dijo Víktor—. Todo lo que traje conmigo está en el sanatorio… Oiga, ¿y para qué necesitan los mohosos a nuestros chicos?

—Son enfermos. ¿Cómo vamos a saberlo? Nosotros estamos sanos.

Llamaron a la puerta y Gólem entró, corpulento, empapado.

—Preguntémosle a Gólem —dijo Pavor—. Gólem, ¿para qué necesitan los mohosos a nuestros chicos?

—¿A vuestros chicos? —dijo Gólem, mientras leía la etiqueta de la botella de ginebra—. ¿Tiene hijos, Pavor?

—Pavor asegura que sus mohosos *azuzan a* los niños de la ciudad contra

sus padres. ¿Qué sabe de eso, Gólem?

—Hummm... ¿Tiene vasos limpios? Aja... ¿Los mohosos *azuzan* a los niños? Pues, ¿qué vamos a hacer?... No son ellos los primeros y no serán los últimos. —Sin quitarse el impermeable, se dejó caer sobre el diván y se puso a olisquear la ginebra servida en el vaso—. Y por qué, en nuestros tiempos, no se debe *azuzar a* los niños contra los padres, si *azuzan a* los blancos contra los negros, a los amarillos contra los blancos, a los tontos contra los listos... ¿Qué es lo que les sorprende?

—Pavor asegura que esos enfermos suyos vagan por la ciudad y le enseñan cosas extrañas a los niños —repitió Víktor—. Yo también me he dado cuenta de algo parecido, aunque por ahora no aseguro nada. Así que no me asombro y le pregunto: ¿es verdad eso o no?

—Por lo que sé —dijo Gólem, mientras sorbía ginebra del vaso—, desde hace siglos los leprosos tienen libertad total para andar por la ciudad. No sé de qué está hablando cuando dice que enseñan cosas extrañas, pero permítame preguntarle a usted, nativo del lugar, si conoce un juguete llamado «peonza rabiosa».

—Por supuesto —respondió Víktor.

—¿Tuvo usted un juguete parecido?

—Yo, no, por supuesto, pero había chavales que lo tenían... —Víktor calló un momento—. Sí, es verdad, los chavales decían que ese juguete se lo había regalado un leproso. ¿Es eso?

—Sí, precisamente. Y el «marcador del tiempo», y la «mano de madera»...

—Perdón —intervino Pavor—. ¿Sería posible que yo, recién llegado de la capital, supiera de qué hablan los aborígenes?

—No —repuso Gólem—. Eso no es de su competencia.

—¿Cómo sabe lo que entra o no en mi competencia? —preguntó Pavor con expresión ofendida.

—Pues lo sé. Me lo imagino, porque quiero imaginarlo... Y deje de mentir, usted le compró a Teddy un «marcador del tiempo» y sabe perfectamente de qué se trata.

—Váyase al infierno —dijo Pavor, caprichoso—. No estoy hablando del «marcador del tiempo»...

—Espere, Pavor —dijo Víktor con impaciencia—. Gólem, no ha respondido a mi pregunta.

—¿De veras? Pues yo creía que sí... Mire, Víktor, los leprosos son gente muy enferma, sin esperanzas. Se trata de algo terrible, de una enfermedad genética. Pero conservan la bondad y la inteligencia, así que no hay razón para ofenderlos.

—¿Quién los ofende?

—¿Acaso usted no los ofende?

—Por ahora, no. Por ahora, es al revés.

—Bien, entonces todo está en orden —dijo Gólem y se levantó—. Vámonos.

—¿Adonde? —preguntó Víktor, mirándolo atentamente.

—Al sanatorio. Yo voy al sanatorio, veo que usted también se dispone a hacerlo, y usted, Pavor, métase en la cama. Deje de propagar la gripe.

—¿No es demasiado temprano? —Víktor miró su reloj.

—Como le plazca. Pero tenga en cuenta que han cancelado el autobús desde hoy. Por no ser rentable.

—¿Y no sería mejor si comemos antes?

—Como quiera —repitió Gólem—. Yo nunca como. Y no se lo recomiendo.

Víktor se palpó la panza.

—Sí —dijo, y miró a Pavor—. Mejor me marcho.

—Y yo, ¿qué? —dijo Pavor, con aire ofendido—. Tráigame algunos libros.

—Sin falta —prometió Víktor y comenzó a vestirse.

Cuando entraron en el coche y se sentaron bajo la húmeda lona embreada, en la cabina apestosa a tabaco, gasolina y medicamentos, Gólem se volvió hacia Víktor.

—¿Capta las alusiones?

—A veces —respondió Víktor—. Cuando sé que se trata de alusiones. ¿Qué ocurre?

—Pues preste atención: es una alusión. Deje de hacer el charlatán.

—Hummm —gruñó Víktor—. ¿Y cómo quiere que lo entienda?

—Como una alusión. Deje de darle a la lengua.

—Encantado —repuso Víktor; calló y se puso a meditar.

Atravesaron la ciudad, dejaron atrás la fábrica de conservas, pasaron a un lado del desierto parque urbano, abandonado, marchito, lleno de plantas podridas por la humedad, cruzaron frente al estadio, donde los Hermanos de Raciocinio, enfangados hasta la nariz, pateaban tercamente balones hinchados con botas hinchadas, y salieron a la carretera que llevaba al sanatorio. En torno a ellos, tras la cortina de la lluvia, se extendía la estepa mojada, plana como una mesa, que alguna vez fue seca, quemada por el sol, espinosa, y ahora se convertía lentamente en una ciénaga.

—Su alusión me ha recordado una conversación —dijo Víktor—, con un consejero del señor Presidente, el que se dedica a temas de ideología estatal. Su excelencia me convocó a su modesto despacho, de treinta por veinte metros, y me preguntó: «Víktor, ¿quiere seguir teniendo un pedazo de pan con mantequilla?». Naturalmente, mi respuesta fue afirmativa. «¡Entonces, deje de armar ruido!», gritó su excelencia, y me echó con un gesto de la mano.

—¿Y qué ruido era el que armaba? —Gólem sonrió, burlón.

—Su excelencia aludía a mis ejercicios con la mandolina en clubes juveniles.

—¿Por qué está tan seguro de que yo no soy un provocador? —preguntó Gólem, inclinándose hacia él con ojos entrecerrados.

—Pues no estoy seguro de eso —objetó Víktor—. Simplemente, me da lo mismo. Además, ahora no se dice «provocador». Es un arcaísmo. Ahora, todas las personas cultas dicen «trompeta».

—No percibo la diferencia.

—Prácticamente, yo tampoco. Entonces, no le demos a la lengua. ¿Se ha restablecido su paciente?

—Mis pacientes nunca se restablecen.

—¡Tiene usted una reputación excelente! Pero yo le pregunto por aquel pobre hombre que cayó en un cepo. ¿Cómo tiene la pierna?

—¿De cuál de ellos me habla? —preguntó Gólem tras un corto silencio.

—No entiendo. Por supuesto, del que cayó en un cepo.

—Fueron cuatro —dijo Gólem, con la vista clavada en el camino, cubierto por la lluvia—. Uno cayó en un cepo, al otro lo trajo usted cargado, al tercero me lo llevé en el coche, y por el cuarto, hace poco armó usted una pelea en el restaurante.

Víktor, anonadado, quedó en silencio. Gólem también callaba. Conducía con mucha destreza, eludiendo los numerosos baches del viejo pavimento.

—Bueno, no se ponga tan tenso —dijo, finalmente—. Era una broma. Fue uno solo. La pierna se le curó esa misma noche.

—¿Eso también es una broma? —preguntó Víktor—. Ja, ja, ja. Ahora

entiendo por qué sus enfermos nunca se restablecen.

—Mis enfermos nunca se restablecen por dos razones. Primero, como todo médico decente, no sé cómo curar enfermedades genéticas. Y segundo, no quieren restablecerse.

—Es curioso —masculló Víktor—. He oído tantas cosas de esos leprosos que ahora le juro por Dios que estoy preparado para creer cualquier cosa: en la lluvia, en los gatos, en que un hueso fragmentado puede soldarse en una noche.

—¿En los gatos? —preguntó Gólem.

—Sí. ¿Por qué no quedan gatos en la ciudad? Los mohosos tienen la culpa. Teddy se está arruinando a causa de los ratones... Usted debería aconsejarles a los mohosos que se llevaran también los ratones de la ciudad.

—¿Como el flautista de Hamelin? —preguntó Gólem.

—Exactamente. Así mismo —respondió Víktor con ligereza, pero al momento recordó cómo terminaba la historia del flautista—. Esto es muy serio. Hoy he tenido un encuentro en el gimnasio con los niños. Y he visto cómo recibían a un mohoso. Ahora no me asombraré si un día aparece un mohoso con un acordeón en la plaza de la ciudad y se lleva a los niños al diablo.

—No se asombrará. ¿Y qué más hará?

—No sé. Podría quitarle el acordeón.

—¿Y tocar usted mismo?

—Sí —Víktor suspiró—. Seguramente. No tengo nada que atraiga a esos niños, eso lo he comprendido. Sería interesante saber cómo los atraen. ¿Usted lo sabe, Gólem?

—Víktor, deje de armar ruido.

—Como quiera. Usted se esfuerza por eludir mis preguntas y lo hace muy bien, eso lo he notado. Qué tontería. De todos modos, me enteraré y usted perderá la posibilidad de darle a esta información el tinte emocional que desee.

—¡Secreto médico! —pronunció Gólem—. Además, yo no sé nada. Solamente puedo tratar de adivinar.

Pisó el freno. Delante de ellos, tras el telón de la lluvia, aparecieron unas figuras que se encontraban de pie en el camino. Tres figuras grises, y una señal gris, con un indicador: leprosería, 6 km, y sanatorio manantiales cálidos, 2,5 km. Las figuras bajaron al arcén: eran un hombre adulto y dos niños.

—Deténgase —dijo Víktor, que se había vuelto ronco de repente.

—¿Qué pasa? —Gólem frenó.

Víktor no respondió. Miraba a la gente de pie junto a la señal: al corpulento leproso de negro, que vestía un chándal empapado; al chico que iba también sin impermeable, con un trajecito del que chorreaba agua y unas sandalias, y a la pequeña, descalza, con el vestido pegado al cuerpo. La lluvia y el viento le golpearon el rostro, tragó agua incluso, pero no se dio cuenta. Sintió que era presa de una rabia incontenible, de un violento deseo de destrozarlo todo, comprendió que estaba a punto de cometer una tontería, pero esa comprensión sólo lo alegraba. Caminando con rigidez se acercó al leproso.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo, masticando las palabras, y al momento se volvió hacia la niña que lo miraba asombrada—: Irma, monta inmediatamente en el coche. —Miró de nuevo al leproso—: ¿Qué está haciendo, demonios? —Nuevamente, se dirigió a Irma—. Vamos, al coche, no te lo voy a repetir.

Irma no se movía del sitio. Los tres seguían allí parados, como antes. Los ojos del leproso parpadeaban serenamente por encima de la venda negra.

—Es mi padre —explicó Irma después, con una entonación indefinida.

Y de repente, Víktor se dio cuenta, comprendió con claridad absoluta que allí

no podía gritar ni golpear a nadie, que no podía amenazar, agarrar por el cuello del impermeable ni arrastrar a nadie… en general, no podía perder el control.

—Irma, ve al coche, estás toda mojada —dijo, muy sereno—. Bol-Kunats, en tu lugar yo también montaría en el coche.

Estaba seguro de que Irma obedecería, y eso fue lo que hizo. Pero no como él hubiera querido. No, no se trataba de que ella hubiera intercambiado una mirada con el leproso, pidiéndole permiso para irse, pero a Víktor le quedó una leve impresión como si hubiera ocurrido cierto intercambio de opiniones, cierta consulta instantánea, cuyo resultado fue que la cuestión se decidiera a su favor. Irma levantó la nariz y fue hacia el coche.

—Se lo agradezco, señor Bánev —dijo Bol-Kunats con cortesía—, pero creo que es mejor que me quede.

—Como quieras.

Bol-Kunats le preocupaba poco. Ahora tenía que decirle algo de despedida a aquel leproso. Víktor sabía por anticipado que sería totalmente idiota, pero qué podía hacer, le resultaba imposible irse sin decir nada. Era algo que tenía que ver con su amor propio.

—A usted, señor mío —dijo, con soberbia—, no lo invito. Es obvio que usted se siente aquí como pez en el agua.

A continuación se dio la vuelta, y dejando caer un guante imaginario, se alejó.

«Tras pronunciar estas palabras —pensó, con repulsión—, el conde se alejó dignamente…»

Irma se había acomodado en el asiento delantero y exprimía sus trencitas. Víktor pasó al asiento posterior, mugiendo de vergüenza.

—Tras pronunciar estas palabras —dijo, cuando Gólem puso en marcha el coche—, el conde se alejó… Estira las piernas para acá, Irma, te las voy a frotar.

—¿Para qué? —preguntó la niña con curiosidad.

—¿Quieres pescar una pulmonía? ¡Las piernas!

—Por favor —dijo Irma, se puso de lado en el asiento y extendió una pierna hacia atrás.

Presintiendo que ahora finalmente haría algo natural y útil, Víktor tomó entre las dos manos aquella pierna delgada de su hija, mojada y enternecedora, y se dispuso a frotarla hasta que estuviera toda roja por el contacto de sus fuertes manos paternas, aquellas piernas heladas y huesudas de su hijita, eternamente enferma de gripe, catarro y pulmonía doble, cuando se dio cuenta de que sus manos estaban más frías que las piernas de Irma. Por inercia hizo varios frotamientos, y después, con cuidado, soltó la pierna.

«Lo sabía —pensó de repente—, claro que lo sabía, cuando estaba allí parado delante de él sabía que aquí había alguna jugarreta, que nada amenazaba a los niños, ningún catarro, ninguna pulmonía, sólo a mí se me ocurría eso, sólo yo quería salvar, arrancar de sus manos, sentir la justa ira, cumplir el deber, y de nuevo se han burlado de mí, de nuevo soy el más tonto de los tontos, por segunda vez el mismo día…»

—Recoge la pierna —le dijo a Irma.

—¿A dónde vamos, al sanatorio? —preguntó Irma después de sentarse correctamente.

—Sí.

Víktor miró a Gólem: ¿no habría sido testigo de su vergüenza? Gólem, impasible, seguía mirando el camino, despachurrado en el asiento del conductor, canoso, despeinado, encorvado y omnisciente.

—¿Y para qué? —preguntó Irma.

—Para que te pongas ropa seca y te metas en la cama.

—¡Vaya! ¿Qué invento es ése?

—Está bien, está bien —balbuceó Víktor—. Te daré libros para que leas.

«Es verdad, ¿para qué demonios la llevo allí? —pensó—. Diana... Bien, ya veremos. No beberé, nada de eso, pero ¿cómo la llevo de vuelta? Ah, diablos, tomaré el primer coche que encuentre y la llevaré... Qué ganas de beber algo ahora mismo.»

—Gólem... —comenzó a decir, pero se cortó: no debía, sería violento.

—¿Sí? —dijo Gólem, sin volver la cabeza.

—Nada, nada. —Víktor suspiró y clavó los ojos en el cuello de la cantimplora, que sobresalía del bolsillo del impermeable de Gólem—. Irma, ¿qué hacíais en ese cruce?

—Pensábamos niebla —respondió Irma.

—¿Qué?

—Pensábamos niebla —repitió Irma.

—En la niebla —la corrigió Víktor— o sobre la niebla.

—¿Y para qué eso, sobre la niebla?

—Pensar es un verbo intransitivo —explicó Víktor—. Exige una preposición. ¿Ya habéis estudiado los verbos intransitivos?

—Pues eso depende —replicó Irma—. Pensar niebla es una cosa, y pensar sobre la niebla es otra... y no sé quién necesitará eso, pensar sobre la niebla; no me lo imagino.

—Espera —dijo Víktor mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía—. No se dice pensar niebla, es incorrecto. Hay verbos intransitivos: pensar, correr, andar. Siempre requieren una preposición. Andar por la calle. Pensar sobre... cualquier cosa...

—Pensar tonterías —dijo Gólem.

—Ésa es una excepción —dijo Víktor, algo confundido.

—Andar rápido.

—Rápido no es un sustantivo —repuso Víktor, molesto—. No confunda a la niña, Gólem.

—Papá, ¿podrías apagar el cigarrillo? —preguntó Irma.

Gólem pareció emitir algún sonido, o quizá fuera el motor, que gimió en una subida. Víktor apagó el cigarrillo aplastándolo con el tacón. Ascendían hacia el sanatorio, y a un lado, desde la estepa, una densa pared blanca avanzaba al encuentro de la lluvia.

—Ahí tienes la niebla —dijo Víktor—. Puedes pensarla. Así como olería, correrla y andarla.

Irma intentó decir algo, pero Gólem la interrumpió.

—A propósito —dijo—, el verbo «pensar» funciona como transitivo con oraciones subordinadas. Por ejemplo, yo pienso que... etcétera.

—Eso es diferente —objetó Víktor.

Estaba harto. Le apetecía mucho fumar y beber. Miró con ansiedad la tapa de la cantimplora.

—¿No tienes frío, Irma? —preguntó, con una oscura esperanza.

—No. ¿Y tú?

—Un poquito.

—Hace falta un poco de ginebra —apuntó Gólem.

—No vendría mal... ¿Tiene?

—Sí —dijo Gólem—, pero casi hemos llegado.

El todoterreno entró por el portón y en ese momento comenzó algo en lo que Víktor no había pensado. Los primeros jirones de niebla empezaban apenas a filtrarse a través de la valla y la visibilidad era magnífica. Sobre el camino de entrada yacía un cuerpo enfundado en un pijama empapado. Yacía allí, y parecía que llevaba muchos días y noches en aquel lugar. Gólem lo rodeó con cuidado, dejó atrás el florero de yeso, adornado con dibujos complicados y las correspondientes inscripciones, y se detuvo junto al grupo de coches que estaban aparcados ante el portal del ala derecha. Irma abrió la portezuela, y al momento una jeta de borracho asomó por la ventana del coche vecino, e hizo una mueca: «Niña, ¿quieres que me entregue a ti?». Víktor, mareado, salió del todoterreno. Irma miró a su alrededor con curiosidad. Su padre la tomó de la mano y la condujo al portal. En los escalones, bajo la lluvia, había dos chicas en ropa interior sentadas, abrazándose y cantando con voces groseras una tonada sobre el cruel boticario que no despachaba heroína. Al ver a Víktor callaron, pero cuando pasó al lado de ellas, una intentó agarrar su pantalón. Víktor empujó a Irma dentro del vestíbulo. Estaba oscuro, las ventanas tenían cortinas, olía a humo de tabaco y a algo ácido, chirriaba el aparato de proyección, y en la pared saltaban imágenes pornográficas. Apretando los dientes, Víktor echó a andar por encima de las piernas de alguien, arrastrando detrás de sí a Irma, que tropezaba constantemente. Su paso fue acompañado por unos cuantos improperios. Salieron del vestíbulo y Víktor comenzó a subir las escaleras alfombradas, saltando los escalones de tres en tres. Irma se mantenía en silencio y él no quería correr el riesgo de mirarla.

En el rellano de la escalera lo esperaba con los brazos abiertos el diputado Roscheper Nant, azul e hinchado.

—¡Víktor! ¡Amigo! —dijo; descubrió a Irma y se sintió encantado—. ¡Víktor! ¡Tú también! ¡Te gustan las niñas, las pequeñitas!

Víktor frunció el ceño, le pisó con fuerza un pie y le dio un empujón en el pecho. Roscheper cayó de espaldas, volcando una papelera. Cubierto de sudor, Víktor siguió andando por el pasillo. Irma lo seguía a saltitos, sin hacer ruido. Empujó la puerta de Diana, pero estaba cerrada y no tenía la llave. Golpeó con furia y Diana respondió de inmediato.

—¡Vete a la mierda! ¡Impotente asqueroso! ¡Guarro, gilipollas!

—¡Diana! —gritó Víktor—. ¡Abre!

Diana calló y la puerta se abrió de repente. Tenía en las manos una sombrilla japonesa, lista para golpear. Víktor la echó a un lado, empujó a Irma dentro de la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

—Ah, eres tú —dijo Diana—. Creí que sería Roscheper otra vez. —El aliento le olía a alcohol—. Dios mío, ¿a quién has traído?

—Es mi hija —dijo Víktor con dificultad—. Se llama Irma. Irma, ésta es Diana.

Víktor miró fijamente a Diana, con angustia y esperanza. «Gracias a Dios, parece que no está borracha. O se le ha pasado de inmediato.»

—Te has vuelto loco —pronunció ella en voz baja.

—Está empapada —balbuceó Víktor—. Dale ropa seca, llévala a la cama…

—No iré a la cama —proclamó Irma.

—Irma, haz el favor de obedecer, estoy a punto de darle una tunda a alguien…

—No estaría mal darle una tunda a alguien aquí —dijo Diana, desesperada.

—Diana, te lo ruego.

—Está bien. Vete a tu cuarto. Lo aclararemos todo.

Víktor salió sintiéndose muy aliviado. Se dirigió a su habitación, pero allí tampoco había tranquilidad. Tuvo que echar al pasillo a una parejita de desconocidos que hacían el amor, junto con la ropa de cama manchada. Después cerró la puerta y se dejó caer sobre el colchón desnudo, encendió un cigarrillo medio húmedo y comenzó a pensar en la que había armado.

CINCO
Félix Sorokin. «¡...Y la zootecnia!»

Dormí mal, me asfixiaban pesadillas, como si estuviera leyendo un texto en japonés y todas las palabras me resultaran conocidas pero juntas no tuvieran sentido, y eso era torturante porque era necesario, verdaderamente indispensable, demostrar que no había olvidado mi especialidad, y por momentos me despertaba a medias y me daba cuenta, aliviado, de que se trataba de un sueño; entonces intentaba descifrar aquel sueño, medio dormido, y de nuevo caía en la angustia y la desesperación de la impotencia...

Tras despertarme del todo no sentí ningún alivio. Yacía en el dormitorio oscuro, mirando al techo, al cuadrado de luz producido por un proyector callejero que iluminaba el aparcamiento de pago allá abajo. Escuchaba el ruido de vehículos tempranos que circulaban por la ciudad y pensaba, con angustia, que esas tristes y largas pesadillas me perseguían desde hacía poco, sólo dos o tres años, y que antes soñaba sobre todo con tías. Al parecer, la auténtica vejez me alcanzaba, no eran ataques temporales de apatía; sino un nuevo estado permanente del que ya no podría salir.

La rodilla derecha me dolía, me ardía el estómago, el hombro izquierdo me molestaba, todo me molestaba y por eso sentía aún más lástima de mí mismo. Durante esos ataques de decaimiento previos al amanecer, que me ocurrían cada vez con mayor frecuencia, fue inevitable que comenzara a pensar sobre mi falta de perspectivas: no tenía nada más por delante, en los años que me quedaban no tenía nada en aras de lo cual tuviera sentido sobreponerme a mí mismo y levantarme, arrastrarme hasta el baño y luchar con la cisterna rota, meterme después en la ducha y, sin ninguna esperanza, lograr aunque fuera algo parecido a mi animación anterior, y después ponerme a desayunar... Y no importa que me diera asco pensar en la comida: antes, me esperaba un cigarrillo después de cada comida, comenzaba a pensar en él apenas me frotaba los ojos, pero ahora ni siquiera contaba con eso...

Ahora no tenía nada. Bien, escribiré ese guión, lo aceptarán, y en mi vida aparecerá un realizador joven, enérgico e ineludiblemente tonto, que enseguida se pondrá a decirme que el cine tiene su lenguaje, que lo fundamental son las imágenes y no las palabras, y sin falta comenzará a soltar aforismos tópicos, tales como «Sirve como concepción del mundo», o «La tierra natal no se deja filmar»... Y qué me importará él o sus míseros afanes de trepador, cuando de antemano sé que la película será una basura y que en la exhibición interna, en los estudios, me torturará el deseo de levantarme de mi asiento y pedir que quiten mi nombre de los créditos...

Y soy tonto por dedicarme a esto; hace tiempo que sé que no debería hacerlo, pero está claro que desde el principio no he sido más que un vendedor de carne de perro y lo sigo siendo, y ahora ya no me convertiré en otro diferente aunque escriba cien *Cuentos infantiles modernos,* porque me resulta imposible saber si la Carpeta Azul, mi orgullo callado, mi incomprensible esperanza, no será ternera,

sino la misma carne de perro, sólo que de otro matadero...

Bien, supongamos que se trata de ternera, de solomillo de ternera. ¿Y qué? Mientras yo viva nunca la publicarán, porque no veo en mi horizonte ni un editor al que le pueda meter en la cabeza que mis visiones tienen valor aunque sea para diez personas en el mundo, además de mí mismo. Pero después de mi muerte...

Sí, después de la muerte del autor es habitual que aquí publiquen obras suyas bastante extrañas, como si la muerte las limpiara de ambigüedades trémulas, de alusiones innecesarias y entrelineas malévolas. Como si las asociaciones arbitrarias murieran con el autor. Quizá, quizá. ¿Y a mí qué me importa todo eso? Hace tiempo que dejé de ser un joven ardiente, la época en que pensaba que cada obra mía haría feliz a la humanidad, o por lo menos la haría más ilustrada. Hace mucho tiempo que dejé de entender para qué escribo. Me basta con la fama que ya tengo, no importa cuan dudosa sea, es mi fama. Es más fácil ganar dinero con chapuzas que con la honesta labor del escritor. Y eso que denominan alegría creativa, nunca la he percibido en la vida. ¿Qué queda después de todo esto? El lector. Pero yo no sé nada de él. Se trata, sencillamente, de muchísimas personas desconocidas que me son ajenas. ¿Por qué debe preocuparme lo que crean de mí personas desconocidas y ajenas? Sé perfectamente que, si desapareciera en este instante, ninguno de ellos lo notaría. Peor aún, si yo no existiera o si hubiera seguido siendo un traductor de estado mayor, nada, nada en absoluto cambiaría en sus vidas, para mejor ni para peor.

¿Y quién es ese tal Sorokin, F.A.? Ya es de mañana. ¿Quién, entre los diez millones de habitantes de Moscú, ha pensado al despertar en Tolstoi, L.N.? A no ser algún escolar que no preparó su tarea sobre *Guerra y paz.* Estremecedor de almas. Caudillo de talentos. Espejo de la revolución rusa. Quizá huyó de Yásnaia Poliana precisamente porque le vino a la cabeza una idea semejante, tan sencilla y tan asesina.

Pero era creyente, pensé. Le resultaba más fácil, mucho más fácil. Una cosa sabemos con seguridad: no hay nada antes y no hay nada después. La angustia habitual se apoderó de mí. Entre dos nadas salta una chispa mínima, eso es nuestra existencia. Y no habrá recompensa ni retribución en el futuro. Nada, y no hay la menor esperanza de que esa chispa vuelva a saltar alguna vez y en alguna parte. Y, desesperados, inventamos un sentido para esa chispita, nos convencemos unos a otros de que cada chispita es diferente, que es verdad que unos desaparecen sin dejar huella y otros encienden hogueras gigantescas de ideas y hechos, que los primeros, por supuesto, merecen sólo lástima y desprecio, y los segundos son ejemplos a imitar si se quiere que la vida tenga sentido.

Y es tan grande y potente la euforia de la juventud que esa simple carnada funciona perfectamente con cada adolescente, en caso de que medite sobre tales temas, y solamente cuando uno deja atrás ciertas cumbres, cuando desciende por una ladera, el hombre comienza a comprender que todo esto no es más que palabrería, palabras sin sentido, justificaciones y consuelos con los que se intenta ayudar al vecino, al que la tierra se le escapa bajo los pies. Y en realidad, no importa si has construido un estado o una choza con materiales robados, ya que solamente está la nada antes y la nada después, y la vida tiene sentido solamente hasta el instante en que uno entiende esto con todas sus implicaciones...

Tengo la tendencia a esas elucubraciones lúgubres desde hace relativamente poco. Y, en mi opinión, es un aviso de la demencia senil, o al menos de la impotencia senil. En el sentido amplio de la palabra, por supuesto. Al principio, esos ataques me asustaban: me apresuraba a apelar al remedio probado contra

todo luto físico o espiritual, bebía un vaso de licor y a los pocos minutos, la imagen habitual de la chispa que enciende la llama (aunque sea una pequeña, de importancia local) volvía a ganar ante mis ojos la convicción de un postulado social. A continuación, cuando esos descensos a las profundidades de la angustia universal se hicieron habituales, dejé de asustarme, y fue correcto, ya que como después se aclaró, las profundidades de la angustia tenían fondo: yo tomaba impulso en él y siempre volvía a la superficie.

Todo consistía en que la lógica lúgubre de las profundidades servía sólo para el mundo abstracto de los actos de la humanidad, mientras que cada vida concreta no consistía en actos, los únicos a los que se puede aplicar el concepto de sentido, sino en amarguras y alegrías, grandes y pequeñas, momentáneas y prolongadas, puramente personales o vinculadas a cataclismos sociales. Y no importa cuántas amarguras cayeran a la vez sobre una persona, siempre le quedaba algo en su reserva para calentar el alma.

Siempre quedan los nietos, los gemelos, esos peleones traviesos de Petka y Sashka, y la incomparable satisfacción de alegrarlos. Quedará la hija, Katia la Fracasada, ante la que uno siempre se sentirá culpable, aunque no sepa por qué: seguramente por el hecho de que es de uno, carne de su carne, con su mismo carácter y su mismo destino. Y quedará el vodka con setas marinadas en el club... Es banal, lo entiendo, el vodka, ¡banal como todas las alegrías! ¿Y la charlatanería irresponsable de borrachos en el club, acaso no es banal? ¿Y ese placer inexplicable que sientes cuando en verano sales en calzoncillos a la terraza, el cielo es azul, la carretera está aún vacía, las paredes de las casas de enfrente son rosadas y unas sombras largas, azuladas, se extienden por el terreno baldío, y los gorriones arman ruido en los arbustos de un verde exuberante? También es banal, pero nunca aburre...

Claro que existen tipos para quienes todas las alegrías y amarguras se materializan sólo en actos. Lo único que anhelan es inventar la pólvora, recorrer los montes Valdai a marchas forzadas o llevar a cabo algún otro derramamiento de sangre. Al diablo con ellos. Pero nosotros somos personas sin importancia. Nos basta con los gorriones por la mañana. Y recuerda: hay que comprar hoy una caja de bombones para los nietos. O juguetes...

Sintiéndome ya en la superficie, hice algunos ejercicios de gimnasia sin levantarme, casi para nada más que quedar bien conmigo mismo, me levanté con dificultad y busqué las pantuflas con los pies. El procedimiento a seguir era el siguiente: hacer la cama, abrir de par en par las puertas que daban a la terraza y comenzar el aseo matutino. Pero el orden fue cambiado desde el principio. Tan pronto tiré la almohada al butacón, comenzó a sonar el teléfono. Miré el reloj para determinar quién llamaba. Eran las siete y treinta y cuatro, eso significaba que era Lionia Jerbo el que llamaba.

—Salud —pronunció, con su voz de bajo, propia de un conspirador clandestino—. ¿Cómo van las cosas?

—*Ojalo* —respondí—. *Botsubotsu-sa. Arigato.*

—¿Y puedes decirlo en cristiano?

—Claro. *Everything is okay.*

—Hubieras empezado por ahí. —Calló un momento—. ¿Y qué tal te fue ayer?

—¿De qué hablas? —pregunté, poniéndome en guardia, porque sin venir al caso me acordé del tipo del día anterior, el de la chaqueta reversible a cuadros.

—Esos líos tuyos... ¿Adonde fuiste ayer?

Finalmente, me di cuenta de que sólo me preguntaba sobre mi visita a la calle Bánnaia.

—Ra-aayos —dije—. ¡Otra vez he olvidado la carpeta en alguna parte!

Febrilmente traté de recordar dónde había podido olvidar la carpeta con la pieza inmortal sobre los Koriaguin, pero él seguía hablando. Contaba que corría el rumor de que a los escritores que se habían casado más de tres veces los retirarían de la cola para recibir piso en el nuevo edificio de los literatos y les propondrían únicamente los pisos que fueran quedando libres. A Lionia Jerbo eso le incumbía, porque ya se había casado cuatro veces.

—¡La olvidé en el restaurante! —murmuré, con alivio.

—¿A quién?

—A mi carpeta.

—¿Cuál?

—Una corriente, de oficina. Con tiritas.

—Y dentro ¿qué? —insistía Jerbo.

—Oye, déjame en paz. Acabo de levantarme, ni siquiera he hecho la cama.

—Yo tampoco. ¿Qué tal te fue en la calle Bánnaia?

—No estuve en la Bánnaia. ¡No estuve!

—¿Y entonces, dónde estuviste?

La sola idea de contarle a Jerbo mis andanzas del día anterior me daba miedo. Y no sólo porque de repente se clavaron en mí los ojos, como cañones de escopeta, de Iván Davídovich, y volví a oír el siseo serpentino de Kostia Kudínov, el poeta, que me prevenía; y ni siquiera se trataba de que percibía en todo esto algo indigno, una canallada cualquiera. ¡Todo era más sencillo! A Jerbo nunca le interesa el qué. A él siempre le interesa el por qué. Me sacará las tripas sin anestesia, exigiendo explicaciones, y después me las volverá a meter dentro de cualquier manera, elaborará sus versiones de plomo, cada una de las cuales explicará, como a propósito, solamente un hecho y negará todos los demás…

—Lionia —dije, con decisión—. Perdona, están llamando a la puerta. Se trata del fontanero.

Y le colgué, sin prestar atención a sus protestas.

En general, quiero a Lionia Bárinov. Incluso lo respeto. Y le puse ese apodo no por su esencia, sino por su aspecto. Es un jerbo, pequeño, renegrido, siempre asustado por algo. Escribe con mucho esfuerzo, unas pocas palabras por día, porque siempre duda de sí mismo y cree honestamente en esa idea de manual de literatura que habla de la existencia de una palabra única, más exacta que las demás, que expresa una idea dada, y todo consiste en esforzarse, ponerse en tensión, pujar, sudar, y encontrar esa palabra única, y sólo de esa manera puedes crear por fin algo digno.

Y qué hacer: tiene un gusto literario excelente, percibe al momento las flaquezas de cualquier obra, tiene un raro talento para el análisis de textos, no conozco críticos tan buenos ni entre nuestros profesionales. Y ese talento para el análisis se convierte fatalmente en su incapacidad para la síntesis, porque la fuerza del escritor, en mi opinión, no consiste en ser capaz de hallar esa única palabra correcta para rechazar todas las que sabemos incorrectas. Pero Lionia, pobrecillo, está todo el día sentado, pensando hasta que le duele el cerebro, y sopesando en su balanza interior para saber si es mejor decir «ella tocó apenas su mano» o «ella rozó la mano de él»… Y, desesperado, llama a Valentín en busca de consejo, y el cruel de Valentín Démchenko, sin perder un segundo, le responde con una conocida cita de Avérchenko: «Ella le agarró la mano y le preguntó repetidas veces dónde había metido el dinero…». Y entonces él, angustiado, me llama; yo tampoco soy muy bueno que digamos, y lo único que le queda es reprocharme mi grosería con voz de abatimiento.

¡Pero entre nosotros hay algo que nos une! Estoy seguro de que si le leyera fragmentos de mi Carpeta Azul, él me entendería quizá como nadie, lo asimilaría y lo aceptaría. Pero no puedo leerle nada de la Carpeta Azul. Es un charlatán, un balde agujereado, no puede callar nada. Su mayor diversión consiste en reunir datos y, a continuación, contárselos al primero que aparece en el lugar que sea, y además con comentarios. Con su excelente memoria y su imaginación tenebrosa... No, sólo pensar en leerle algo de la Carpeta Azul me da terror.

Pero él me leyó fragmentos de su novela corta, de esa en la que lleva más de un año trabajando, donde habla de un velocista, deportista genial y hombre desgraciado. Su protagonista destroza todas las marcas en distancias hasta de un kilómetro, todos lo admiran, todos lo envidian, pero nadie sabe por qué bate esas marcas. Todo consiste en que cuando se encuentra sobre la pista de tartán, se despiertan en él los ciegos temores primitivos del animal que es perseguido. En cada ocasión se lanza hacia la meta olvidándose de todo lo razonable, de todo lo humano que hay en él, con un único fin: salvar la vida a toda costa, huir y librarse de la manada de fieras que lo persigue para capturarlo, derribarlo y devorarlo vivo. Y recibe premios, fama mundial, honores, todo eso por su cobardía patológica, atávica, aunque es un hombre honesto, a quien ama una chica excelente...

Me encantan esos giros. A los redactores no les gustan, pero a mí sí. No se trata de un tórrido romance entre un director general casado y una tecnóloga, también casada, sobre un fondo de metal fundido e incumplimiento del plan de fundición.

Me senté a desayunar mientras meditaba sobre literatura, tramas y Jerbo Bárinov. El ejemplo del romance tórrido que acababa de inventar ocupó de repente mi imaginación. Transcurren las décadas, se llenan de garabatos miles y miles de páginas, pero la literatura de ese tipo no nos demuestra nada, a no ser pura chapuza o, en el mejor de los casos, tierna indefensión.

Lo asombroso es que ese tema existe en la realidad. Es verdad que se funde el metal, que los planes no se cumplen, y sobre el fondo de todo ello, incluso debido a todo ello, el director general, un hombre casado, se reúne con una tecnóloga también casada, y entre ellos comienza un conflicto que pasa a convertirse en un tórrido romance, y surgen situaciones de miedo, se crean serios problemas morales y organizativos que maduran y estallan, hasta llegar a la comisión de control...

Todo ello tiene lugar realmente en la vida, incluso con bastante frecuencia, y seguramente todo ello es digno de ser reflejado, no menos que el tórrido romance de un noble holgazán con una señorita de provincias, que termina en un duelo. Pero resulta algo excesivo.

Y siempre fue excesivo, a propósito, no sólo para los escritores soviéticos. Por ejemplo, Hemingway se burla de un pobre chapucero que escribe una novela sobre una huelga en una fábrica textil e intenta combinar los problemas del trabajo sindical con la pasión hacia una agitadora judía. Tecnóloga casada, agitadora judía... el lenguaje humano protesta contra semejantes combinaciones cuando se habla de las relaciones entre un hombre y una mujer. «La joven transeúnte corrió al cruzar el puente...»

En *Camaradas oficiales,* el amor transcurre sobre el fondo del trabajo de educación política entre el cuerpo de oficiales de un regimiento de tanques y artillería ligera. Y esto es terrible. A causa de ello, temo su reedición. Es que se necesita un lector especial para leer semejantes libros. Y contamos con ese lector. Quizá lo forjamos con nuestras obras, o él mismo se forjó, en todo caso los libros

no duran en los mostradores de las librerías.

Bebía mi yogur líquido de pie ante la ventana. Aclaraba y hacía mucho frío. Los árboles y arbustos estaban totalmente blancos. En el edificio de enfrente se apagaban las luces; por estrechos senderos entre montones de nieve, hombrecitos negros corrían hacia la parada de autobuses. Los vehículos pasaban a gran velocidad, algunos ya llevaban apagadas las luces de posición.

«Por eso en nuestros tiempos no hay amor —pensé de repente—. Hay romances, pero no hay amor. En nuestros tiempos no hay momentos para amar: los autobuses van repletos, hay colas en las tiendas, las guarderías están al otro lado de la ciudad, hay que ser muy joven y despreocupado para ser capaz de enamorarse. Ahora únicamente aman las parejas de ancianos que han podido mantenerse juntos un cuarto de siglo y no se ahogaron resolviendo problemas de área de vivienda, no se embrutecieron a causa de la miríada de pequeñas incomodidades, han dividido amorosamente el poder y las obligaciones. Por ejemplo, Valentín Démchenko con su Sonia. Pero entre nosotros no se considera adecuado entonar canciones a semejante amor. Y gracias a Dios. En general, no habría que cantarle a nada. Que cante Kostia Kudínov. O Trepa Nacional…»

—Pero todo esto no es más que filosofía, ¿no será hora de ponerse a trabajar? —dije en voz alta.

Y me puse a lavar los platos. No resisto que en el fregadero haya ni siquiera un plato sucio. Para trabajar correctamente necesito que mi fregadero esté limpio y vacío. Sobre todo cuando se trata de trabajar en un guión o en un artículo. Me gusta escribir guiones. De todos los trabajos literarios serviles, los que más me gustan son las traducciones y los guiones. Quizá porque en ninguno de esos casos tengo que asumir totalmente la responsabilidad.

De todos modos, me encanta reconocer que, a fin de cuentas, quien responde por la película futura es el realizador, una persona habitualmente joven, enérgica, que entiende perfectamente el hecho de que el cine tiene su lenguaje propio, y que lo fundamental en el cine no son las palabras que yo creo, sino las imágenes que él inventa. Y si algo no es correcto, hará un ademán y, sin preocuparse mucho, dirá: «Sirve como concepción del mundo». Y con respecto a otro de sus aforismos, «La tierra natal no se deja filmar», ¡que intente filmar cuadros de una ofensiva de tanques en los Campos Elíseos! Y finalmente tendrá una película lograda. Claro que no será una obra de Eisenstein ni Tarkovski, pero irán a verla, yo mismo la veré con cierto interés, porque será realmente interesante saber qué tal le saldrán mis tanques a la ofensiva.

(Soy una persona sencilla, me encanta que en el cine —¡pero sólo en el cine!— haya un par de *Sturmbahnführers* de las SS, que hagan fuego, en lo posible con todo tipo de armas, y que tenga lugar una buena batalla de tanques, sobre todo si hay muchos… Mis gustos cinematográficos son de lo más primitivos; Valentín Démchenko los llama militarismo infantil.)

Me senté ante la máquina de escribir y estuve escribiendo, casi sin interrupción, dos horas y algo más, hasta que volvió a sonar el timbre del teléfono.

El sol llevaba ya un rato en la habitación, tenía calor y sudaba, y por eso no respondí al teléfono hablando, sino con un rugido. Mas resultó ser nuestro Fiódor Mijéich, y yo, como estudioso del Japón que observa rígidamente los principios del confucianismo, tuve que bajar el tono de inmediato.

Gracias a Dios que no hablamos de la calle Bánnaia. Mijéich quería saber si me había enterado del conflicto entre Oleg Oreshin y Semión Kolesnichenko. Necesité varios segundos para cambiar la sintonía, y a continuación le dije que sí,

que conocía aquel conflicto, que el mes pasado habíamos tenido un agrio debate en la comisión de admisión. Entonces, Mijéich me contó que Oreshin había presentado en el secretariado una queja contra Kolesnichenko, y que él, Mijéich, quería conocer mi opinión sobre ese conflicto.

—Ese Oreshin es un idiota y un buscapleitos —solté, incapaz de contenerme y olvidando por enésima vez mi decisión definitiva de no meterme nunca en esos líos, no interferir ni defender a nadie.

Mijéich me respondió severamente que eso no era una respuesta, que lo que se esperaba de mí no era un insulto sino una opinión objetiva sobre un hecho concreto.

Pero, ¿qué opinión objetiva podía tener yo sobre aquel asunto? En la reunión anterior de la comisión de admisión, aquel Oleg Oreshin, un hombre de aspecto bien cuidado, de unos cincuenta años, que vestía un traje de corte impecable y llevaba gemelos de oro, un grueso anillo de oro y un diente de oro, pidió de repente la palabra y expuso una queja contra el prosista Semión Kolesnichenko, que había cometido un plagio malintencionado. ¿A quién había plagiado? Pues a él, a Oleg Oreshin, poeta que escribía fábulas, miembro de la comisión de admisión, laureado con el premio especial de la revista *Constructor de Máquinas Herramientas.* Él, Oleg Oreshin, había publicado dos años antes en esa revista la fábula satírica *Los afanes del oso.* Y cuál fue su asombro cuando hacía pocos días, en el número de diciembre de la revista *Heimland,* había leído la novela corta *El tren de la esperanza,* traducida del hebreo, que repetía exactamente la situación, la trama y todo el desarrollo de los personajes de su fábula *Los afanes del oso.* Asombrado, llevó a cabo una investigación y estableció que el mencionado S. Kolesnichenko, una vez realizado el plagio, había escrito la novela corta en ruso y después la había presentado en la redacción de la revista como si se tratara de una traducción del hebreo. S. Kolesnichenko había engañado a la redacción al decir que la traducción de esa novela, escrita por un autor israelí progresista, la había llevado a cabo un amigo suyo, enfermo de cuidado. Y él, Oleg Oreshin exigía que sus compañeros de la comisión de admisión lo ayudaran, etcétera.

Lo más fantástico en aquella historia delirante era el hecho de que al menos la tercera parte de los miembros de la comisión de admisión aceptó apasionadamente aquella queja de O. Oreshin y al momento se dedicaron a proponer diversas medidas, cada cual más rigurosa que la anterior. Sin embargo, las fuerzas de la razón lograron vencer. Nuestro presidente, que al instante se había dado cuenta de que tendría que ser él personalmente quien cargara con aquel lío sobre sus espaldas, se manifestó con todo rigor: entendía personalmente la indignación del camarada Oreshin, pero eso no entraba de ninguna manera en las competencias de la comisión de admisión, y por tanto la comisión no podía dedicarse a ello.

Tonto de mí, pensé que así terminaría todo aquello. Pero no, al parecer la estupidez humana carece de límites. El asunto no terminó. Por cierto, Mijéich tenía razón: aquí uno no se libraba con insultos, tacos ni con sabios razonamientos sobre los límites de la estupidez. Cambié de tono y, midiendo cuidadosamente las palabras, expresé mi opinión de que los argumentos de Oleg Oreshin no me resultaban convincentes. La transformación de una fábula en una novela corta, incluso si aquello había tenido lugar, se encontraba más allá del concepto de plagio. Por otra parte, a mí, como traductor experimentado, me resultaba muy interesante conocer cómo Kolesnichenko había logrado hacer pasar su obra como una traducción. En mi opinión, era algo totalmente

imposible.

Eso no era ya el discurso de un niño, sino el de un hombre. Mijéich lo escuchó sin interrumpir, dio las gracias y colgó. Y no se dijo ni una palabra sobre la calle Bánnaia.

Me levanté, abrí la puerta de la terraza y estuve un rato de pie en el umbral, bajo los rayos del sol. Me sentía vacío, agotado y sereno. De una u otra manera, la lección del día se había cumplido, incluso con un excedente. Ahora podía, con la conciencia limpia, esconder el guión en el cajón, cerrar la máquina y bajar a buscar los diarios. Y eso fue lo que hice.

Además de los diarios, había recibido dos cartas. Una oficial, del club, donde me invitaban al concierto de un bardo desconocido, y pensé que debía darle esa invitación a Katia; quizá aquello le interesaría.

El segundo sobre era artesanal, hecho de un papel marrón grueso, cerrado con celo. Bajo la dirección decía: personal, entregar en mano, escrito con tinta negra, pero sin dirección del remitente.

No soporto las cartas sin remitente. No son habituales, pero cada una de ellas contiene alguna porquería, algo desagradable, o es fuente de líos y preocupaciones adicionales. Compungido, me puse a buscar las tijeras en el escritorio, pero en ese momento volvió a sonar el teléfono.

Esta vez llamaba Zinaida Filíppovna, que en tono sumiso me recordó la próxima reunión ordinaria de la comisión de admisión, a celebrarse dentro de diez días, y que yo aún no había recogido los materiales para la reunión. Le pregunté si tendríamos que discutir sobre muchas personas. Se trataba de dos prosistas, dos dramaturgos, tres críticos y ensayistas y un poeta de pequeño formato, en total ocho. Le pregunté qué era un poeta de pequeño formato, y me contestó que nadie sabía qué era, pero se esperaba que aquel poeta diera lugar a un escándalo. Le prometí que pasaría a verla en uno o dos días.

Otro escándalo. Pensé que habría que escribir sobre eso. Una reunión típica de la comisión de admisión. Al inicio, para avanzar rápido, se discute el caso de algún pobre autor de la sección científico-popular. El que presenta el informe pronuncia un discurso indignado en contra, confundiendo constantemente la «batisfera» con la estratósfera, y el batiscafo con el piróscafo. La comisión lo escucha en silencio, horrorizada, algunos se santiguan subrepticiamente, se oyen exclamaciones como «¡Qué cosas más absurdas!». Con patetismo, el orador pregunta: «¿Dónde está aquí la literatura?». El segundo orador habla poco y es honesto: no pudo terminar ni uno solo de los libros del aspirante, no entendió nada, había cosas como infusorios y leproserías, el aspirante es doctor en ciencias y no sabe para qué necesita ingresar en la Unión... Habla el presidente: el cosmos, el siglo de la revolución «cienciotecnológica» (quiere decir científico-tecnológica), no podemos olvidar la autoridad de nuestra organización... la gran literatura... Antón Pávlovich Chéjov... León Tolstoi... Alexandr Serguéievich... Inodor Inodórovich... El primer aspirante es rechazado en votación secreta, con sólo un voto a favor.

El segundo aspirante es médico, cirujano, proctólogo, pero está enamorado de nuestra institución. El primer orador, con ojos enrojecidos por la falta de sueño, se admira en voz alta de ese amor y cuenta dos tramas brillantes escritas por el aspirante. Un *mujik* va en carro por el bosque y de repente aparece un tigre (en la región de Riazansk, aldea Miasnoie). El *mujik* echa a correr, el tigre lo sigue. El *mujik* se mete hasta el cuello en un agujero en el hielo, el tigre se sienta al borde y toda la noche le ronca junto al oído. Finalmente, resulta que el tigre ha huido del parque zoológico, pero no puede vivir sin la gente, por eso sigue al

mujik... Asombro general, risa bonachona, voces de aprobación de los de la guardia imperial. Sigue la segunda trama: un tipo va al médico, quejándose de una molestia interior, y el médico le pide que le lleve unos análisis. El tío decide que le están exigiendo un soborno y escribe a la fiscalía. Pero resulta ser un cáncer, el médico lo opera con éxito, el tipo salva la vida, pero entregan la notificación de la fiscalía directamente en el quirófano... De nuevo, voces de admiración y aprobación, uno de los guardias imperiales llora de risa con el rostro clavado en mi hombro. El segundo orador, con voz emocionada, lee la descripción de una zona rural escrita por el aspirante; la admiración y la aprobación se convierten en voces estentóreas, en cataratas de sollozos, después de lo cual el aspirante también es rechazado, pero con tres votos a favor. Todos están confusos. El guardia imperial me dice: «Pues no sé. Yo estaba a favor, así que voté a favor...».

Después, se ocupan del ex ministro de economía comunal de una república meridional, que acaba de publicar un lujoso tomo en encuadernación de lujo, algo que lleva un título como *Desarrollo de las lavanderías desde la zarina Támara hasta nuestros días.*

Aquí, mis meditaciones fueron nuevamente interrumpidas por el timbre del teléfono.

—Perdona, Félix Alexándrovich —dijo Fiódor Mijéich con preocupación—, perdona que te vuelva a molestar... ¿Estuviste ayer en la calle Bánnaia?

—Sí —respondí—, claro que estuve... Lo llevé todo, lo mejor que pude.

—Pues gracias. Es todo.

Fiódor Mijéich colgó y yo me levanté del butacón y fui directamente al vestíbulo, a ponerme las botas. Y sólo cuando me hube puesto el abrigo, la bufanda y el gorro de piel, cuando había metido las manos en los guantes y agarraba el tirador de la puerta, me acordé, gracias a Dios, de que el manuscrito que debía entregar para el experimento se me había quedado ayer en el club... y si entonces pasaba por allí a recogerlo...

Regresé a la habitación, busqué al buen tuntún otra carpeta, una más delgada, del pequeño archivo que tengo bajo el escritorio (borradores de traducciones, segundos ejemplares de notas sobre patentes japonesas, borradores de reseñas y otras porquerías), la até con un cordelito, metí de alguna manera el sobre marrón sin dirección del remitente en el bolsillo de mi abrigo (para leerlo por el camino) y salí.

La casa de la calle Bánnaia resultó ser un edificio gris de hormigón, de cinco pisos. Su ala izquierda estaba tapada por andamios, y los andamios mismos estaban vacíos y cubiertos de nieve. La parte central de la fachada tenía un aspecto bastante fresco, y el ala derecha estaba pidiendo ya una nueva reparación. La entrada se encontraba en el centro de la fachada. Las puertas eran amplias, y según el proyecto de los arquitectos, debían permitir la entrada y salida simultáneas de seis grupos de personas, pero como es la costumbre, de las seis entradas solamente funcionaba una, las otras estaban cerradas a cal y canto, incluso una de ellas había sido clausurada con tablones que habían sido pintados con coquetería por algún artista chapucero. Y como era habitual, a ambos lados de las enormes puertas se veían letreros de vidrio de distintos tamaños con los nombres de las instituciones allí ubicadas. Por eso me costó cierto tiempo encontrar una modesta placa con letras plateadas:

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS
DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS.

Después de atravesar con dificultad la única puerta que funcionaba, estuve vagando unos minutos entre cortinajes oscuros, formando parte de una multitud de gente confusa igual que yo. El vestíbulo era lúgubre, daba miedo y había tanta nieve en el piso que nos agarrábamos unos de otros para no caer.

Tras salir finalmente a un espacio libre, me encontré frente a unas anchísimas escaleras por las que subí a un enorme salón, cuya altura era de cinco pisos, los que tenía el edificio. El centro de aquel salón estaba dividido en muchas celdillas de madera. Desde arriba, a través de un techo de vidrio bastante sucio, llegaba una luz diurna grisácea; a mi izquierda, en un quiosco de madera, se vendían productos artísticos, y a la derecha se ofrecían empanadillas y galletitas con mermelada.

No podía imaginar adonde debía dirigirme, y cuando intentaba preguntarle a las personas con las que habíamos atravesado juntos los cortinajes, resultaba que todos habían ido allí a comprar galletas con mermelada, menos un anciano al que habían mandado a por empanadillas.

La anciana del quiosco dijo que nada más llevaba dos días trabajando allí. Y sólo una damita muy maquillada, que no llevaba abrigo y tenía bajo el brazo un libro de cuentas, me indicó que debía ir a la derecha y arriba; y allí, en el primer descansillo de las escaleras, descubrí un indicador.

Tenía que subir al tercer piso y comencé a ascender una escalera metálica de caracol, que también era oscura y peligrosa, los zapatos resbalaban en escalones de diferentes tamaños, alguien bajaba resoplando, amenazando con tirarme de la escalera, o se oía un resbalón, tropezones en los escalones y un chillido femenino. Y detrás de mí, algo me empujaba la espalda, algo duro, inanimado, de madera a juzgar por el tacto, algo que soltaba tacos constantemente.

Pero todo tiene final. Resoplando, llegué al descansillo del tercer piso; dudaba si debía tomar un comprimido de nitroglicerina, y una voz desconocida preguntó: «¿Qué, por qué te detienes, te han clavado al suelo?». Y por mi lado pasó una larguísima escalera de tijera, tan larga que mis ojos no me dejaban creer que aquello lo habían subido por una escalera de caracol.

Coloqué la cápsula de nitroglicerina bajo la lengua y miré a mi alrededor. En el rellano, como en un cuento infantil, había tres puertas: a la izquierda, a la derecha y al frente. Según el letrero, debía ir a la derecha, y allí fui. Tras la puerta había una mesita, sobre la mesita una lámpara, y tras la lámpara había una anciana con su labor. Me miró con ojos de bondadosa interrogación, y nos pusimos a conversar.

La anciana estaba bien informada de todo. Los escritores debían acudir a la habitación número tal, al otro lado de la sala de conferencias, y a esa sala se iba por este pasillo que no torcía hacia ninguna parte, además aquí no había ya hacia donde torcer, quizá sólo hacia la cafetería, pero ya estaba cerrada. Le di las gracias y eché a andar, pero la anciana me advirtió: «Lo que pasa es que hay una asamblea allí». Aunque no la entendí bien, me volví y le di las gracias con un gesto de cabeza.

Un pasillo. No es frecuente encontrar un pasillo así. Este pasillo era estrecho, sin ventanas, con misteriosos respiraderos enrejados junto al techo, con sordas puertas metálicas que aparecían a la derecha o a la izquierda; el suelo estaba cubierto de tablones desiguales, chirriantes, que cedían al pisarlos. Y no era recto, no, avanzaba según la regla clásica de las fortificaciones, en zigzag, y cada segmento del zigzag no superaba los veinte metros. Aquí todo estaba calculado para el caso de que la infantería acorazada del enemigo lograra romper

nuestra resistencia en la escalera de caracol, y después de derribar a la anciana con su mesita, esa infantería irrumpiera aquí, sin sospechar la terrible emboscada que la aguardaba: de los respiraderos junto al techo caerían sobre el enemigo chorros de aceite hirviendo; las puertas de hierro se erizarían de lanzas con puntas dentadas, del ancho de una mano; los tablones del suelo se partirían, y de cada rincón del zigzag dispararían flechas implacables a quemarropa... Cuando llegué al final del pasillo estaba bañado en sudor.

Como había previsto la honesta anciana, el pasillo me condujo a la sala de conferencias. Pero sólo al llegar allí comprendí el sentido de sus últimas palabras. En la sala de conferencias tenía lugar una reunión, seguramente una asamblea general porque no quedaba un espacio libre entre tanta gente sentada y de pie. Tuve que permanecer en la puerta. No había modo de seguir adelante.

Al principio, no creí que aquella asamblea fuera un obstáculo para mis intenciones. Era una asamblea como cualquier otra, una mesa larga cubierta con un paño verde, con un botellín de agua; alguien hablaba desde un estrado ante al menos trescientos espectadores y espectadoras allí presentes (en lugar de estar dedicados a impulsar el progreso científico-tecnológico). Me puse de puntillas para mirar por encima del mar de cabezas, hasta que logré descubrir, en el rincón más lejano de la sala, una puerta casi indistinguible, sobre la cual, en una tela blanca, estaba escrito con letras negras: «Escritores, aquí». Sólo entonces comencé a comprender las dimensiones de la desgracia que me ocurría.

Ni hablar de atravesar la sala para llegar a aquella puerta, no podía caminar sobre las cabezas y los hombros de aquella gente allí reunida, no sé hacerlo ni me gusta. Tampoco podía pensar en retirarme con orgullo, pues había llegado demasiado lejos. La lógica me decía que lo único posible era esperar, sabiendo que ninguna asamblea duraba eternamente.

Al llegar a esa conclusión, me vino a la mente la idea de la cafetería. En alguna parte detrás de mí, tras una de aquellas horribles puertas de hierro, vendían bollos, pinchos de jamón, Pepsi y quizá hasta cerveza. Miré mi reloj. Marcaba las tres menos diez, y si la cafetería abría hoy, seguramente lo haría dentro de diez minutos. Se podía aguantar diez minutos. Transferí el peso del cuerpo al otro pie, recosté el hombro al marco de la puerta y me dediqué a escuchar.

Al poco tiempo me di cuenta de que estaba presenciando un juicio popular. El acusado, un tal Zhujovitski, se dedicaba a hacer infelices a las jóvenes trabajadoras de su departamento. Al principio no tenía consecuencias, pero tras el cuarto o quinto caso la paciencia social estalló, los crímenes clamaban al cielo y las víctimas clamaban en el comité laboral. El acusado, un hombre descaradamente apuesto, enfundado en una chaquetilla brillante, estaba sentado con aire irritado en una silla separada de la presidencia, a la izquierda, y su cara mostraba terquedad y ausencia de arrepentimiento, aunque también prometía someterse al destino.

En general, el asunto me pareció una tontería. Estaba claro que cuando terminara su cháchara el miembro del comité laboral, la tribuna sería ocupada por el jefe del departamento, que clavaría al acusado en la cruz del rechazo social y al momento, sin transición, pediría clemencia al tribunal, ya que en su departamento todas eran chicas y cada trabajador varón valía su peso en oro; después, el que presidía haría el resumen en un discurso corto y enérgico, y todos saldrían corriendo hacia la cafetería.

Aguardando aquel desarrollo de los acontecimientos, que me parecía inevitable, me dediqué a revisar los rostros, mi entretenimiento preferido en

asambleas, reuniones y seminarios. Y un minuto después, para mi asombro, descubrí en la quinta fila, directamente delante de la mesa presidencial, el rostro escamoso de mi querido Trepa Nacional, Petia Skorobogátov, y el triste perfil de su amigo, el jugador de billar. Ambos tenían el aspecto de estar allí sentados desde el inicio, y de que tenían derecho a estarlo. El jugador de billar no se movía, sólo clavaba los ojos en la mesa: obviamente, el paño verde del mantel le hacía evocar gratas asociaciones. Pero Trepa Nacional estaba muy agitado. Constantemente se volvía hacia su vecina de la derecha, le decía algo con insistencia, sacudiendo su grueso dedo índice; después inclinaba todo el cuerpo hacia delante, su cabeza asomaba entre las cabezas de sus vecinos del frente, les decía algo con insistencia mientras su gordo trasero llevaba a cabo complejas evoluciones; a continuación, como si estuviera totalmente satisfecho de la capacidad de comprensión de sus interlocutores, se recostaba en el respaldo de su asiento, cruzaba los brazos sobre el pecho y, volviendo la oreja hacia el vecino de atrás, escuchaba atentamente lo que éste le decía.

—...y en días como éstos, cuando cada uno de nosotros debe entregar todas sus fuerzas para el desarrollo de investigaciones lingüísticas concretas —tronaba el orador desde la tribuna—, para el desarrollo y profundización de nuestros vínculos con áreas multidisciplinarias, en estos días es particularmente importante que seamos capaces de fortalecer y elevar la disciplina laboral de todos y cada uno, el nivel moral de todos y cada uno, la pureza espiritual, la honestidad personal...

—¡Y la zootecnia! —gritó repentinamente Petia Skorobogátov, en tono exigente, levantando su mano extendida con el dedo índice apuntando al techo.

Un murmullo incomprensible recorrió la sala. El orador se turbó.

—Por supuesto... claro que sí... y también la zootecnia... Pero con relación al camarada Zhujovitski, no debemos olvidar que es nuestro compañero...

¡Ay, nuestro Trepa Nacional! Decid lo que queráis, pero en él hay algo humano, algo que se escribe con mayúsculas. A pesar de sus ojos de cerdo, siempre enrojecidos. A pesar de su hedor a licor rancio, que forma algo así como una atmósfera propia. A pesar de la falta de talento y la chapucería incomparables de sus obras para escolares. A pesar de su hábito de sentarse a mesas ajenas y servirse licor sin preguntar... (A propósito, en esto no tengo razón. Por supuesto, Trepa siempre anda sin dinero porque siempre está reponiéndose de una borrachera. ¡Pero cuando tiene dinero...! Puedes comer y beber hasta hartarte, y llevarte un paquete a casa.) Es un fantasioso, eso es lo que lo excusa. Materializa en la práctica las fantasías más inverosímiles, cosas que ocurren sólo en los chistes.

Una vez, en la casa de creación de Murashí, el tonto de Rogozhin regañó públicamente al Trepa por aparecer en el comedor totalmente ebrio, y para más inri le soltó una moraleja sobre el perfil moral del hombre soviético. Trepa lo escuchó todo con sospechosa sumisión, y por la mañana, en un enorme montón de nieve directamente delante del portal de la casa, había un letrero: ¡Rogozhin, lo amo! El letrero había sido hecho con un chorro amarillo que salpicaba, bastante caliente a juzgar por lo profundo que había penetrado en el montón de nieve.

Ahora, imaginaos la siguiente escena: la mitad masculina de los habitantes de Murashí se retorcía de risa. Trepa, con expresión sombría, caminaba entre ellos y repetía: «Señores, esto es amoral. Se dicen escritores, y ved cómo actúan...». La mitad femenina hacía muecas de disgusto y exigía palear aquella porquería y cubrirla de nieve. Rogozhin caminaba de un lado a otro a lo largo del letrero, como un depredador en el parque zoológico, y no dejaba que nadie se

acercara hasta que llegara la milicia. La milicia no manifestaba la menor prisa y, mientras tanto, alguien le hacía un favor a Rogozhin (y a sí mismo, por supuesto) tomando diversas fotos: el letrero, Rogozhin con el letrero de fondo, simplemente Rogozhin y de nuevo el letrero. Rogozhin le quita la película y se va corriendo a Moscú. Una tontería, cuarenta y cinco minutos en tren eléctrico.

Con el rollo fotográfico en un bolsillo y una larga queja contra Petia en el otro, Rogozhin corre al secretariado, para incoar una acusación personal por difamación. En el laboratorio fotográfico del club le preparan una docena de fotos en un dos por tres, y él, indignado, las tira sobre el escritorio de Fiódor Mijéich. El despacho de Fiódor Mijéich, está lleno en ese momento, como a propósito, de miembros de la junta directiva, que se han reunido con motivo de alguna fiesta jubilar. Muchos ya saben de qué se trata. Hay risitas. Polina Zlatopolskij, entornando soñadora los ojos, dice: «¡Pero qué chorro!».

Fiódor Mijéich proclama, con expresión pétrea, que no ve difamación alguna en el letrero. Rogozhin queda perplejo por un segundo. La difamación se encierra en el método mediante el cual se hizo el letrero, alega. Fiódor Mijéich, con expresión pétrea, declara que no ve sobre qué base se acusa específicamente a Piotr Skorobogátov. En respuesta, Rogozhin exige un peritaje grafológico. Fiódor Mijéich, con expresión pétrea, manifiesta sus dudas sobre la viabilidad de un peritaje grafológico en ese caso concreto. Rogozhin, airado, se remite a los principios de las ciencias criminológicas, que postulan al parecer que las propiedades ideomotoras son tales que las características de la persona son inmutables, no importa con qué escriba. Intenta demostrar este hecho tomando entre los dientes un bolígrafo para firmar unos papeles en presencia de Fiódor Mijéich, amenaza con dirigirse al Comité Central y se comporta en general de modo reprobable.

Finalmente, Fiódor Mijéich se ve obligado a ceder, y una comisión se dirige al lugar del suceso. Petia Skorobogátov, arrinconado y algo asustado por la envergadura que toman los acontecimientos, reconoce que fue él quien hizo el letrero. «¡Pero no como lo estáis imaginando, guarros! ¡No hay fuerza humana que pueda hacer eso!» Ya es tarde. Es de noche. La comisión completa está de pie en el portal. El montón de nieve fue paleado por el día y está totalmente limpio. Petia Skorobogátov camina lentamente a lo largo del montón de nieve, maneja con cuidado una tetera panzona y escribe: «¡Rogozhin, usted me resulta indiferente!». La comisión, satisfecha, se marcha. El letrero queda.

¡Qué tío ése, mi Trepa Nacional!

El grito estentóreo de «¡Y la zootecnia!» me hizo volver al presente. El juicio continuaba. El grito lo emitió el jugador de billar, que repentinamente se ha despertado con mucha energía. Mientras yo estaba inmerso en los recuerdos, algo ha cambiado. En la tribuna hablaban de un abrigo de pieles. Un abrigo de pieles caro. Un abrigo de pieles de importación. Habían robado el abrigo. Lo habían robado de manera descarada, retadora. Al parecer, hacían un llamamiento a la asamblea, no roben abrigos de pieles. Desde la tribuna no hablaban ya de las víctimas de la inmoralidad y las bajas pasiones, la historia con el abrigo de pieles había rehabilitado al acusado de alguna misteriosa manera. Ya no estaba allí sentado, con aspecto de someterse al destino, se había erguido, apoyaba las manos en sus rodillas separadas y miraba hacia la mesa presidencial con expresión retadora, acusadora. Los miembros de la presidencia volvían el rostro para no mirarlo, y uno de ellos estaba más ruborizado que los demás.

Miré el reloj. Eran las tres pasadas. Tenía sentido buscar la cafetería, pero en aquel momento pasaron junto a mí dos jovenzuelos pálidos de ojos brillantes,

salieron al pasillo y encendieron sendos cigarrillos, aspirando el humo ansiosamente. Lo que me sorprendía era lo excitados que estaban, presa de una animación y una prisa poco naturales. No se veían cansados ni aburridos; al contrario, era obvio que trataban de recibir su dosis de nicotina lo más rápido posible para retornar a la sala. En mi vida había visto gente tan absorta en una asamblea.

Les pregunté cuánto tiempo, en su opinión, duraría aquella marea oratoria. Vi que esa definición les había extrañado. Me explicaron con sequedad que la asamblea estaba ahora en su momento culminante y difícilmente terminaría antes de acabar la jornada laboral.

—Usted es escritor, ¿verdad? —preguntó después uno de ellos.

—Sí —reconocí.

—¿Su apellido? —preguntó otro con la espontaneidad propia de los jóvenes.

—Yesenin —dije, y me marché a casa.

Por el camino maldije todas las asambleas con las peores maldiciones. Fui a la tienda de juguetes de la calle Petrovka, compré un coche para cada uno de los gemelos bandidos y regresé a mi piso sintiéndome bien. Katia trajinaba en la cocina. Mi nariz hambrienta se sintió encantada y transmitió el encanto a todo mi organismo: en la cocina se preparaba un estofado de carne al vino.

Mientras me quitaba el abrigo, Katia salió corriendo de la cocina, me presentó su mejilla cálida para que la besara, y mientras mantenía las manos en alto, como un cirujano antes de una operación, comenzó a contarme algo de sus líos en el trabajo.

Al principio, la escuchaba a medias, porque de nuevo me causaba asombro el hecho de que siendo tan bella, siendo una chica joven muy coqueta, muy divertida, tuviera tantos fracasos. ¿Cómo era posible? Qué absurdo. Yo siempre había considerado que una mujer con ese toque sólo cosechaba éxitos, y ahí la tienes... Treinta años. Dos hijos. El primer marido se esfumó. El segundo es una basura, un moco pegajoso. Tiene problemas en el trabajo. Tiene su tesis doctoral terminada desde hace tres años pero no puede presentarla. Es algo que no funciona, algo inexplicable...

La seguí maquinalmente a la cocina y de repente me di cuenta de que Katia decía cosas extrañas que me atañían directamente.

Al parecer ese día, tras el intermedio para comer, la había citado el jefe de personal y la había sometido a un interrogatorio formal. La mayor parte de las preguntas eran las habituales, sobre su filiación personal, pero entre ellas, subrepticiamente, colaba preguntas inexplicables. Katia, muy sensible, las descubrió enseguida y sin demostrarlo las memorizó y ahora me las contaba, una tras otra... ¿Desde qué edad se acordaba de su padre, o sea de mí? ¿Conocía a alguno de los amigos de preguerra de su padre? ¿Había estado alguna vez en la ciudad natal de su padre, o sea en Leningrado? En tal caso, ¿se había reunido el padre con alguno de esos amigos? ¿Le había contado algo su padre del destino del edificio en Leningrado donde había crecido y vivido antes de la guerra?

Después de soltar todo esto, calló y me miró, expectante. Yo también callé, mientras me daba cuenta con horror de que mi rostro enrojecía cada vez más y mis ojos bizqueaban de la manera más sospechosa. Me sentía un imbécil total.

—Papá, ¿no habrás armado algún otro lío? —preguntó, bajando la voz.

Estaba asustada, y mi reacción ante su relato la asustó más todavía. En respuesta, yo sólo suspiraba. Miles de palabras pugnaban por escapar de mi boca, pero como a propósito, todas eran dramáticas, falsas y presuponían gestos tales como extender la mano, apartar los ojos de la desgracia y otras cosas

propias de Schiller. A continuación, una idea, repentina y horrible, me estremeció: ¿y si me han vuelto a publicar en el extranjero sin el permiso de la Oficina de Derechos de Autor? ¡Pero qué canallas! Entonces, estallé.

—¡Basura y nada más! —grité—. ¡No hubo nada, nada de nada! ¿Por qué me miras así? Seguramente, alguna maruja escribió una denuncia... Vete a saber... ¿Y para qué te había citado? ¿Te dijo para qué te había citado?

—Para conversar —dijo Katia—. Es posible que me marche a Ganda.

—¿A Ganda? ¿A África? ¿Y dónde dejarás a los bandidos?

Pero resulta que ella lo tenía todo bien planeado. Klara se llevaría a los bandidos, le alquilaría el piso a los Schukin, yo le compraría las obras completas. Nada de eso me gustó ni un poquito. Si los bandidos vivían con Klara, ¿cómo podría ir a verlos? No quiero tropezarme con Klara ni con su general. No quiero comprar unas obras completas... Y además, ¿qué haría con Albert? ¿También se lo llevaría Klara? Ah, de todos modos trasladan al marido a Sizran. ¡Excelente! ¡Enhorabuena! Como siempre, sigues tras las huellas de tu madre. Pero todo eso es asunto tuyo. Y no te olvides que ahora se combate en Ganda.

Ella sabe cómo tratarme. Mientras yo hervía y me evaporaba, ella me servía un buen plato de estofado de carne con setas en vino tinto, me servía dos dedos de coñac y me acomodaba a la mesa. Yo me senté, bebí, me ablandé, le eché una última mirada llena de reproche paternal y agarré el tenedor.

—Y tú, ¿qué? —Como siempre, me di cuenta cuando tenía la boca llena.

—Yo ya he comido —respondió ella como de costumbre, se puso de rodillas en la silla y sacando su redondo trasero, apoyó los codos en la mesa y con gesto de complacencia se puso a mirar cómo yo comía.

—Pues si te vas a Ganda —dije entre bocados—, no te metas en líos. Sencillamente, el de personal ya no sabe qué va a preguntar. ¿Te preguntó sobre tu madre?

—Sí.

—¿Ves? Dame un pedazo de pan.

—Preguntó sobre mamá, por qué se divorció de ti —respondió Katia mientras cortaba la barra de pan.

Me contuve a duras penas para no tirar el cuchillo y el tenedor contra la mesa. Qué cochinada, ¿qué demonios le importaba eso? Pero después pensé: que se vayan todos a la mierda, ¿qué me importan? Y si no envían a Katia a Ganda, donde se combate y bandas numerosas de negros se atacan mutuamente con napalm...

—Todas las preguntas eran extrañas —pronunció Katia en voz baja—. Poco habituales. Papá, ¿está todo en orden? ¿No me ocultas nada?

Ésa es la razón por la que nunca le daré a mi hija, única y muy querida, ni una sola paginita de la Carpeta Azul para que la lea. El terror la dejó escaldada tras aquel artículo de Brizheikin sobre los *Cuentos infantiles modernos,* cuando me llevaron al hospital tras mi primer ataque de estenocardia; hasta hoy ha quedado como dañada. Y ahora sonríe, hace chistes, su coleta oscila de un lado a otro, pero en los ojos continúa el mismo terror. Recuerdo esos ojos, cuando permanecía sentada junto a mi lecho en el hospital...

La tranquilicé como pude y nos pusimos a beber té. Katia me hablaba de los gemelos bandidos, yo le hablaba de Petia Skorobogátov, de la asamblea, nos sentíamos muy cómodos y era molesto pensar que dentro de un cuarto de hora Katia recogería sus cosas y se marcharía. Después me acordé y le di los coches para los bandidos y la invitación para el concierto del bardo. Le encantó la invitación y se puso a hablarme de aquel cantante, de lo famoso que era en ese

momento; y yo la escuchaba y pensaba cómo decirle, de la manera más delicada, que no me había olvidado de la sastrería y el abrigo de pieles (¡otra vez un abrigo de pieles!), que me acordaba de eso, aunque Katia nunca me lo recordaba, sencillamente tenía que hacer acopio de voluntad para ir allí... De pronto asomó la cabeza la esperanza de que, debido al viaje de servicios a Ganda, la cuestión del abrigo de pieles se olvidaría. En verdad, ¿qué falta le hacía un abrigo de pieles en Ganda?

Ella se estaba poniendo el abrigo cuando sonó el teléfono. Hubo que despedirse precipitadamente. Levanté el teléfono. *¡Kirye eleison!* ¡Señor, ten piedad de nosotros! Llamaba O. Oreshin.

Me llamaba para que yo, en ese momento y de manera unívoca, le manifestara mi posición favorable a su lucha, la de Oreshin, contra el descarado plagiario Semión Kolesnichenko. Armado con mi posición favorable, y no ocultaba que yo no era la primera persona a la que llamaba en busca de ayuda, otros miembros destacados del secretariado ya le habían prometido su apoyo total en el combate implacable contra los plagiarios, sin el cual, por supuesto, era inconcebible la menor esperanza de éxito en el desenmascaramiento de la mafia de plagiarios...

Yo esperaba, con curiosidad enfermiza, ver cómo Oreshin podía salir de aquella espiral sintáctica, estaba dispuesto a apostar que ya se le había olvidado dónde comenzaba aquella interminable oración subordinada, pero el tío era más duro de lo que yo creía.

Así que, armado con mi posición a su favor, él, Oreshin, podría plantear en la próxima reunión del secretariado la cuestión relativa a la mafia de plagiarios con la claridad y agudeza que siempre nos falta cada vez que hablamos de personas que formalmente parecen ser colegas nuestros, mientras que moral y éticamente...

Coloqué cuidadosamente el auricular sobre la mesa. Me serví un vaso de agua y tomé mis pastillas. Oleg Oreshin seguía zumbando. Intenté una vez más comprender su psicología. Honestamente, un mes atrás, en el momento en que se había armado todo aquel lío, lo había clasificado como un antisemita zoológico común y corriente, algo así como uno de los guardias imperiales. Pero ahora me daba cuenta de que estaba equivocado. No era un antisemita. Peor aún, ni siquiera era un demagogo político. Al parecer, estaba trastornado por el hecho de que había parido con dolor, quizá en un momento de inspiración divina, una situación ético-moral, clavando al poste del escarnio a unos osos feroces, groseros y codiciosos, así como a unas liebres, picaras y taimadas, y de repente, ¡helo aquí!, aparecía un tal Kolesnichenko, un tipo astuto, un parásito literario por vocación, que no sabía qué era crear ni sentir la inspiración, que simplemente tenía una visión muy aguda y unos brazos que le permitían rebañar todo lo que estaba mal puesto, meterlo en el zurrón con presteza y salirse con la suya. Y para que nadie pudiera encontrar la pista de sus nefastos hechos, presentaba su papelucho como una traducción de una lengua exótica, confiando en el hecho de que, de todas maneras, nadie podría leer el supuesto original.

El tal Oreshin era tonto. Y no simplemente tonto en el sentido habitual de la palabra, sino un representante de una tipología psicológica particular. Se encontraba entre nosotros como un extraterrestre: con un sistema de valores totalmente ajeno, una psicología extraña y desconocida, con otros objetivos para su existencia, y lo que nosotros, mirándolo desde arriba, considerábamos un complejo de inferioridad terminal, una desviación enfermiza de la normalidad psicológica, era en realidad el núcleo saludable de su visión del mundo.

—...y en caso contrario, ninguno de nosotros, los escritores honestos, que somos mayoría, a propósito, los Kolesnichenko solamente sobresalen, pero la mayoría está compuesta por personas como nosotros, para quienes lo fundamental es el trabajo honesto, el estudio detallado de los materiales, el nivel artístico-ideológico...

—¡Y la zootecnia! —grité, instintivamente.

El teléfono quedó callado un segundo entero, quizá dos. A continuación se oyó de nuevo la voz de Oreshin, ahora indeciso.

—¿La zootecnia? Sí... la zootecnia. Sin duda alguna... Pero entienda usted, Félix Alexándrovich, cuál es la situación más importante para mí en este caso...

Y comenzó a repetirlo todo desde el principio.

En general, acordamos que yo trataría de conocer aquel asunto con más profundidad: leería la fábula, leería la novela corta, conversaría con Kolesnichenko y después nos llamaríamos para continuar aquella interesante y provechosa conversación.

¡Puf! Dejé caer el teléfono, me senté en el diván con las piernas bajo el trasero y me dediqué a rascarme con furia los sobacos y a hacer muecas horribles. En la cabeza me daba vueltas un pensamiento: no hay salvación. No tienen salvación, repetía, mientras continuaba moviéndome y rascándome. No hay ni habrá salvación para nosotros, ni ahora ni por los siglos de los siglos, ¡amén! Comencé a sofocarme, me eché de espaldas sobre el diván y abrí los brazos en cruz.

Sólo entonces me di cuenta de que la habitación estaba totalmente a oscuras. Era de noche aunque temprano aún, y pensé, no sin tristeza, que pocos años atrás, a esta hora, yo aún tenía la costumbre de sentarme ante la máquina de escribir y teclear dos o tres paginitas más, pero ahora nada de eso, camarada Sorokin, a esta hora seguro que no se le va a ocurrir nada que valga la pena, lo único que va a hacer es enfadarse...

De nuevo sonó el teléfono. Me levanté con dificultad para responder. Apenas había tenido tiempo de alegrarme con la esperanza de que se tratara de Rita, cuando oí una voz masculina.

—Por favor, con Félix Alexándrovich —pronunció quedamente.

—Soy yo.

—Perdone, Félix Alexándrovich —preguntó la voz tras una corta pausa—, ¿ha recibido nuestra carta?

—¿Qué carta?

—Ah... Seguramente no le habrá llegado todavía... Perdone, Félix Alexándrovich... Lo volveremos a llamar dentro de un par de días. Perdone. Hasta la vista.

Y colgó.

Qué demonios... Me puse a revisar en mi memoria las cartas de los últimos días y de repente recordé el sobre marrón sin remitente. ¿Dónde lo había metido? Ah, en el bolsillo del abrigo, y lo había olvidado allí... Un presentimiento incomprensible y angustioso, como el que había tenido al detectar que el sobre no tenía remitente, se apoderó nuevamente de mí.

Encendí la luz, fui al vestíbulo a buscar el sobre, me senté tras el escritorio y me puse a descifrar el matasellos. No había nada de particular allí. Moscú, G-69, ¿dónde era eso? El papel era muy denso, no se transparentaba, pero al tacto no había en el sobre otra cosa que no fuera una carta. Tomé las tijeras y abrí el sobre, cortando con cuidado al borde mismo. Dentro había un segundo sobre, también cerrado con cuidado, pero era uno habitual, con una ilustración. No

tenía dirección, sólo estaba escrito: «Para Félix Alexándrovich Sorokin, personal. No abrir por otra persona».

Me sorprendí allí sentado, sacando el labio inferior, en total indecisión. La llamada por teléfono... «Le llamaremos...» El jefe de personal de Katia. La perspectiva de llevar aquel sobre al lugar adecuado, dar las explicaciones pertinentes, incluso por escrito, todo aquello me aplastó el alma. Y, en realidad... «Sí, llegó una carta. Una cosa de locos, no me acuerdo bien. Sepa usted que recibo muchas cartas, es imposible recordarlas todas...»

Con decisión, abrí el segundo sobre.

Allí había una hoja de papel de carta con una franja azul. Sin encabezamiento, con una caligrafía precisa, bella incluso, con tinta negra, habían escrito lo siguiente:

Hace tiempo, nos dimos cuenta de quién era usted. Pero no se preocupe, su destino nos es tan querido y comprensible que, por nuestra parte, no haremos nunca nada para desenmascararlo. Por el contrario, estamos dispuestos a hacer todos los esfuerzos necesarios para disipar los rumores que comienzan a difundirse con respecto a usted y a las causas por las cuales usted se encuentra entre nosotros. Si no le resulta posible abandonar nuestro planeta (o nuestro tiempo) por causas técnicas, sepa que nuestras posibilidades no son grandes, pero se encuentran plenamente a su disposición. Lo llamaremos. Trabaje tranquilo.

Que el diablo os lleve a todos, descerebrados.

SEIS
Bánev. Instigación a la acción.

Víktor despertó tarde, a la hora de comer. Le dolía un poco la cabeza, pero su estado de ánimo era inesperadamente bueno.

El día anterior por la noche, bajó tras terminarse el paquete de cigarrillos, logró abrir un coche con ayuda de una horquilla para el cabello, sacó a Irma por la puerta de servicio y la llevó con su madre. Al principio iban en silencio. Él se retorcía interiormente, invadido por sentimientos desagradables, pero Irma estaba sentada a su lado, limpia, vestida correctamente, peinada según la última moda, sin trencitas, incluso con los labios pintados. El tenía muchos deseos de iniciar un diálogo, pero debía comenzar reconociendo su total estupidez y eso no le parecía nada pedagógico. Todo terminó en que Irma, sin venir al caso, le dio repentinamente permiso para fumar (siempre que todas las ventanillas estuvieran abiertas), y se dedicó a contarle cuan interesante le había resultado todo, cómo se parecía a lo que había leído antes y que nunca había creído, qué bien que él le había organizado aquella aventura, inesperada y altamente educativa, que en general él era bueno, no era aburrido ni decía tonterías, que Diana era «casi de los nuestros», odiaba a todos, pero era una lástima que tuviera pocos conocimientos, que le gustaba demasiado beber, y tú les caíste muy bien a los chavales, porque hablaste con honestidad, no te hiciste pasar por el guardián de una sabiduría superior, y hasta Bol-Kunats dijo que eras la única persona de valía en la ciudad aparte del doctor Gólem, por supuesto, pero en realidad Gólem no tiene el menor vínculo con la ciudad, además él no es escritor, no irradia

ideología, y qué piensas, la ideología es necesaria, o es mejor vivir sin ella, ahora muchos suponen que el futuro está por la «desideologización»...

El diálogo era maravilloso, los interlocutores se respetaban mutuamente, y al regresar al hotel (metió el coche en un patio lleno de basura), Víktor consideraba ya que ser padre no era una tarea tan ingrata, sobre todo si entiendes algo de la vida y sabes utilizar hasta sus aspectos oscuros con fines educativos. Por ese motivo bebió con Teddy, que también era padre y estaba interesado en la educación, ya que su primogénito tenía catorce años, una edad difícil, de transición, verás cuánto te hará sufrir todavía la tuya... o sea, que quien tenía catorce años era su primer nieto, y él no se había ocupado de educar a su hijo, ya que el hijo había pasado toda su infancia en un campo de concentración alemán.

«No se les puede pegar a los niños —aseguraba Teddy—. Sin tu intervención, todo el que sienta deseos de hacerlo les va a pegar a lo largo de toda su vida, y si tienes ganas de pegarles, mejor pégate tú mismo en la jeta, eso será más provechoso.»

Sin embargo, tras la enésima copa, Víktor recordó que Irma no había dicho una palabra sobre su salvaje comportamiento en el cruce, y llegó a la conclusión de que la niña era bastante pícara y que apelar a la ayuda de tu amante cada vez que no sabes cómo salir de una situación difícil en la que tú mismo te has metido es por lo menos deshonesto. Esas ideas lo entristecieron, pero en ese momento llegó el doctor R. Kvadriga y pidió su habitual botella de ron. Se la bebieron, después de lo cual Víktor comenzó de nuevo a verlo todo con los colores del arco iris, ya que descubrió que Irma simplemente no quería molestarlo, y eso significaba que ella respetaba a su padre, quizá hasta lo amaba... A continuación, llegó alguien más y pidió otra cosa. Después, lo más probable es que Víktor se fuera a dormir... Lo más probable... Hay que suponer que a dormir... La verdad es que conservaba un recuerdo más: un piso de mosaico, totalmente cubierto de agua, pero no podía recordar de qué piso se trataba, ni qué agua era aquélla. Y no era necesario.

Después de acicalarse, Víktor bajó, pidió en la recepción los periódicos del día y conversó con el empleado sobre el estado del tiempo.

—¿Qué tal me porté ayer? —preguntó, como de pasada—. ¿Bien?

—En general, bien —respondió el recepcionista con cortesía—. Teddy le dará la cuenta.

—Aja —dijo Víktor, que había decidido no averiguar nada.

Fue al restaurante. Le pareció que la cantidad de lámparas de pie en la sala había disminuido. «Diablos», pensó asustado, Teddy aún no había llegado. Víktor saludó con la cabeza al hombre joven y a su acompañante, buscó su mesa, se sentó y abrió el diario. En el mundo todo seguía como siempre. Un país retenía los barcos mercantes de otro, y este otro país había manifestado su decidida protesta. Los países que eran del gusto del señor Presidente libraban guerras justas en nombre de sus naciones y de la democracia. Los países que, por alguna razón, no eran del gusto del señor Presidente, llevaban a cabo guerras de conquista, e incluso, hablando con propiedad, no hacían la guerra, sino que realizaban ataques criminales, actos de vandalismo. El propio señor Presidente había pronunciado un discurso de dos horas sobre la necesidad de poner fin de una vez por todas a la corrupción, y pasó con éxito una operación de amígdalas. Un crítico famoso, un canalla de los peores, alababa el nuevo libro de Rots-Tusov, y eso era enigmático, ya que el libro era bueno de veras.

Se acercó un camarero nuevo, desconocido, en tono amistoso le recomendó probar las ostras, tomó el pedido, sacudió la mesa con su servilleta y desapareció.

Víktor apartó el diario, encendió un cigarrillo y, después de acomodarse bien en el asiento, comenzó a pensar en el trabajo. Qué bueno sería escribir un relato optimista, alegre... Sobre la vida de un hombre al que le gusta su trabajo, un tipo inteligente que quiere a sus amigos y sus amigos lo valoran, sobre lo bien que le va todo, un tipo excelente, original, ingenioso... Sin trama. Y como no hay trama, será aburrido. Y, en general, si escribía semejante relato habría que analizar por qué todo le iba bien a ese buen hombre, e inevitablemente se llegaba a la conclusión de que le iba bien únicamente porque hacía el trabajo que más le gustaba y el resto le importaba un comino. Entonces, ¿qué clase de buena persona era, si fuera de su trabajo, lo demás le importaba un comino? Por supuesto, se puede escribir sobre una persona cuya vida tiene sentido sólo en el amor al prójimo, por eso le va bien, porque ama al prójimo y le gusta su trabajo, pero hace dos mil años Lucas, Mateo, Juan y alguien más escribieron sobre un hombre así, en total eran cuatro. En general, eran muchos más, pero sólo esos cuatro escribieron lo ocurrido, los demás carecían de algo, unos de conciencia nacional y otros de derecho a correspondencia... y el hombre sobre el cual escribieron, por desgracia era un retrasado mental. Y sería interesante escribir cómo Cristo volvía hoy a la Tierra, pero no como lo hacía Dostoievski, sino como escribieron el tal Lucas y compañía... Cristo llega a un estado mayor general y les propone: «Vamos a amar al prójimo». Y allí, seguramente, habría algún antisemita...

—¿Me permite, señor Bánev? —cloqueó sobre él una agradable voz masculina.

Se trataba del burgomaestre en persona. No de aquel cerdo con el rostro morado por la inminente apoplejía, que gruñía de asqueroso placer en la amplia habitación de Roscheper, sino de un hombre elegante y grueso, perfectamente afeitado y vestido de manera impecable, que llevaba en el ojal la cinta de una condecoración y el escudo de la Legión de la Libertad en el hombro izquierdo.

—Tenga la bondad —dijo Víktor sin la menor alegría.

El señor burgomaestre se sentó, miró a su alrededor y cruzó las manos sobre la mesa.

—Intentaré no molestarlo mucho con mi presencia, señor Bánev, y no echarle a perder la comida. La cuestión que intento poner en su conocimiento basta para que todos nosotros, los grandes y los pequeños, los que valoramos el honor y el bienestar de nuestra ciudad, estemos dispuestos a apartarnos de nuestras tareas para lograr su más rápida y efectiva solución.

—Lo escucho —dijo Víktor.

—Nos hemos encontrado aquí, señor Bánev, en un ambiente más bien no oficial, ya que tomando en cuenta sus múltiples ocupaciones no me atreví a molestarlo en horas laborales, sobre todo atendiendo a lo específico de su labor. Sin embargo, ahora me dirijo a usted como funcionario oficial, tanto en mi nombre como en nombre de la municipalidad...

El camarero trajo las ostras y una botella de vino blanco. El burgomaestre lo detuvo con un gesto del dedo.

—Amigo mío, tráigame media ración de esturión de Kitchingan y una copa de licor de menta. El esturión, sin salsa... —Se volvió hacia Víktor—. Como iba diciendo, temo que nuestra conversación no pueda ser considerada como de sobremesa, ya que hablaremos de asuntos y circunstancias no sólo lamentables; yo diría que además son poco apetitosos. Tenía la intención de conversar con usted sobre los gafudos, ese maldito tumor canceroso que lleva varios años minando nuestra infeliz región.

—Sí, sí —dijo Víktor, el asunto comenzaba a interesarle.

El burgomaestre pronunció un discurso nada altisonante, bien meditado y estilísticamente perfecto. Contó cómo veinte años atrás, tras la ocupación, se creó una leprosería en la cañada del Caballo, un campo de cuarentena para personas que sufrían la enfermedad llamada lepra amarilla, o mal de los gafudos. Hablando con propiedad, aquella enfermedad había aparecido en el país en tiempos inmemoriales, como bien sabía el señor Bánev, y como indicaban las investigaciones especializadas, por alguna razón desconocida atacaba con particular frecuencia a los residentes de nuestra región. Sin embargo, sólo gracias a los esfuerzos del señor Presidente se le prestó seria atención a la enfermedad, y sólo por sus indicaciones personales esos infelices, carentes de atención médica, dispersos por todo el país, sometidos con frecuencia a injustas persecuciones por parte de otros sectores de la población, y hasta a la eliminación directa por parte de los ocupantes, esos infelices fueron finalmente reunidos en un lugar y obtuvieron la posibilidad de una existencia tolerable, que adecentaba su situación. Nada de esto da lugar a la menor objeción, y las medidas antes mencionadas sólo pueden ser alabadas. Sin embargo, como ocurre con frecuencia entre nosotros, las mejores y más nobles iniciativas se han vuelto contra nosotros. No vamos a buscar culpables ahora. No nos vamos a dedicar a investigar las actividades del señor Gólem, una actividad probablemente abnegada, pero como se ha aclarado recientemente, preñada de consecuencias harto desagradables. Tampoco nos vamos a dedicar a hacer críticas prematuras, aunque la posición de algunas instancias bastante altas, que tercamente se niegan a prestar atención a nuestras protestas, nos parece incomprensible. Pasemos a los hechos. El burgomaestre bebió una copa de licor de menta, tomó un trocito de esturión y su voz se hizo más aterciopelada todavía, resultaba del todo imposible imaginar que ponía cepos para cazar personas. Con fervorosa elocuencia expresó el deseo de no ocupar demasiado tiempo la atención del señor Bánev con los rumores que circulaban por la ciudad, rumores que debía reconocer eran el resultado de la realización imprecisa y nada unánime, por todos los niveles de la administración, de las orientaciones del señor Presidente: hablamos de la opinión, ampliamente difundida, del papel fatal de los denominados gafudos en el abrupto cambio del clima, de su responsabilidad por el incremento del número de abortos espontáneos y el índice de matrimonios estériles, de la desaparición total en la ciudad de varias especies de animales domésticos y de la aparición de una variedad especial de chinches domésticas, exactamente la chinche alada...

—Señor burgomaestre —dijo Víktor, con un suspiro—. Debo reconocer que me resulta muy difícil seguir sus larguísimos párrafos. Es mejor hablar de manera llana, como buenos hijos de la misma nación. Es mejor no hablar de lo que no vamos a hablar, y hablar de lo que vamos a hablar.

El burgomaestre le lanzó una mirada rápida, calculó algo mentalmente, comparó algo; quién sabe qué estaría comparando, pero seguramente todo valía: el hecho de que Víktor se emborrachaba con Roscheper, que las borracheras eran conocidas en todo el país, que Irma era una niña prodigio, que existía una tal Diana, y muchísimas otras cosas, tantas que el burgomaestre comenzó a marchitarse visiblemente y, con un grito, pidió que le sirvieran una copa de coñac. Víktor también pidió una copa a gritos. El burgomaestre soltó una carcajada, contempló la sala que ya se había vaciado de clientes, y dio un leve puñetazo sobre la mesa.

—Está bien, con usted no hay que andarse por las ramas —dijo—. Se ha

vuelto imposible vivir en la ciudad, dele las gracias a su amigo Gólem. A propósito, ¿sabe que Gólem es un criptocomunista? Sí, se lo aseguro, existen informes... Está pendiente de un hilo, ese Gólem suyo... Lo que le digo es que están pervirtiendo a los niños ante nuestros ojos. Esa carroña se ha colado en las escuelas y ha echado a perder totalmente a los niños... Los electores están molestos, algunos abandonan la ciudad, hay mar de fondo, temo que en cualquier momento empiecen los linchamientos, la administración regional no mueve un dedo: ésa es la situación que tenemos. —Vació la copa—. Debo decirle cuánto odio a esa chusma, los mataría a dentelladas, pero me dan náuseas. No me creerá, señor Bánev, pero los odio hasta tal punto que les pongo cepos. Pervertir a los niños es lo de menos. Los niños son niños, los puedes pervertir cuanto quieras, siempre les parecerá poco. Pero póngase en mi situación. Estas lluvias son asunto de ellos, no sé cómo lo hacen, pero es así. Construimos un sanatorio, un balneario de aguas medicinales, el clima era un lujo, el dinero llegaba a paletadas, venían incluso desde la capital, ¿y en qué ha terminado todo? Lluvia, niebla, clientes con congestión nasal... A continuación todo empeora, viene de visita un físico famoso... he olvidado su nombre, seguramente usted lo conoce... estuvo dos semanas y listo: pescó el mal de los gafudos y a la leprosería. ¡Excelente publicidad para el sanatorio! Después, otro caso, y otro, y otro, los clientes desaparecieron del todo. El restaurante se consume, el sanatorio agoniza, gracias a Dios que apareció un entrenador idiota, entrena un equipo para torneos en países lluviosos... Y el señor Roscheper colabora, en cierto sentido... ¿Me entiende usted? Intenté ponerme de acuerdo con ese tal Gólem, pero fue como hablar con una pared: terco como una muía. Me dirigí a las altas instancias, sin resultado. Más arriba, y nada. Más arriba todavía, y me responden que acusan recibo y han emitido las orientaciones correspondientes a las instancias inferiores... Los odio, pero me sobrepuse a mí mismo y fui a visitarlos a la leprosería. Me dejaron entrar. Les estuve rogando, traté de convencerlos... ¡Qué tipos más miserables! Miran a uno con esos ojos despellejados como si uno fuera un gorrión, como si no estuviera ahí... —Se inclinó hacia Víktor y le dijo en un susurro—: Temo que haya un motín. ¿Usted me entiende?

—Sí —dijo Víktor—. ¿Y qué pinto yo en todo esto?

El burgomaestre se reclinó en el asiento, sacó un habano a medio fumar de un estuche de aluminio y lo encendió.

—En mi situación sólo me queda llamar a todas las puertas. Se necesita transparencia. El municipio ha dirigido una petición al departamento de sanidad, el señor Roscheper la firmará y espero que usted también, pero no creo que tenga mucho efecto. ¡Hace falta transparencia! Se necesita un buen artículo en un diario de la capital, firmado por alguien famoso. Por usted, señor Bánev. El material es de gran actualidad, precisamente para un tribuno como usted. Se lo ruego. En mi nombre y en el de la municipalidad, y en el de los infelices padres... Hay que conseguir, aunque sea, que se lleven de aquí la leprosería al quinto infierno. A cualquier parte, pero que no quede aquí ni el olor de los gafudos, de esa carroña. Eso es lo que quería decirle.

—Sí, entiendo —pronunció Víktor lentamente—. Lo entiendo perfectamente.

«Aunque seas una bestia —pensó—, aunque seas un cerdo cebado, puedo entenderte. ¿Qué es lo que ha ocurrido con los leprosos? Eran callados, jorobados, caminaban apartándose de todos, no se decía de ellos nada semejante, y si de algo había quejas era de que apestaban como si fueran infecciosos, que fabricaban juguetes excelentes, objetos de madera... La madre de Fred decía, lo recuerdo, que echaban el mal de ojo, que la leche se cortaba por culpa de ellos,

que nos traerían la guerra, la peste y el hambre... Y ahora están allí, tras su cerca de alambre espino, ¿y qué es lo que hacen? Uf, hacen muchísimas cosas. Cambian el estado del tiempo, atraen a los niños (¿para qué?) y han espantado a los gatos (otra vez, ¿para qué?) y a sus chinches les han salido alas.»

—Seguramente usted piensa que estamos sentados en nuestros despachos, mano sobre mano —dijo el burgomaestre—. De eso, nada. Pero, ¿qué podemos hacer? Estoy preparando un proceso contra Gólem. El señor inspector sanitario Pavor Summan ha aceptado asesorarme. Haremos hincapié en el hecho de que aún no se ha dado una opinión unívoca sobre el carácter infeccioso de la enfermedad, y Gólem se aprovecha de ello, en su calidad de criptocomunista. Eso, en primer lugar. En segundo, trataremos de responder al terror con el terror. La Legión Urbana, nuestro orgullo, chicos magníficos, águilas... pero eso quizá no sea lo que haga falta. No recibimos orientaciones desde arriba. La policía está en una situación ambigua... y en general... Así que ponemos obstáculos como podemos. Retenemos las mercancías que van destinadas a ellos, los envíos personales, por supuesto, nunca la comida ni la ropa de cama, sino los libros de todo tipo, compran muchísimos... Hoy hemos detenido un camión y siento cierto alivio. Pero todas esas tonterías son para calmar la angustia, lo que habría que hacer es algo radical...

—Así que águilas —dijo Víktor—, chicos magníficos... ¿Cómo se llama ése? ¿Flamenda? Ése, el sobrino...

—Flamin Yuventa —dijo el burgomaestre—, ¡mi sustituto para asuntos de la Legión! ¡Un águila! ¿Usted lo conoce?

—Más o menos. ¿Y para qué retienen los libros?

—Cómo que para qué... Por supuesto, es una tontería, pero somos seres humanos, es que estamos hartos. Y, además —siguió diciendo el burgomaestre con una sonrisa, como si estuviera avergonzado—, es una tontería, por supuesto, pero corre el rumor de que ellos, sin libros, no pueden... de la misma manera que la gente normal no puede vivir sin alimentos.

Se hizo el silencio. Víktor pinchaba la carne con el tenedor, ahora sin apetito. «Sé muy poco de los mohosos, y lo que sé no me hace sentir la menor simpatía hacia ellos. Quizá todo sea porque no me han gustado desde mi niñez. Pero conozco bien al burgomaestre y su banda, la grasa y el tocino de la nación, los lacayos presidenciales, sus centurias negras. Por lo tanto, si estáis en contra de los leprosos, eso significa que en ellos hay algo... Por otra parte, se puede escribir el artículo más feroz, de todos modos nadie se arriesgaría a publicarme, pero el burgomaestre estaría satisfecho, yo podría cobrarle el favor, podría vivir bien aquí. ¿Quién de los verdaderos escritores puede jactarse de que vive bien? Podría instalarme aquí, obtener una sinecura, una plaza, por ejemplo, de inspector municipal de playas urbanas, y dedicarme a escribir sobre lo bien que vive una buena persona que se dedica a aquello que ama, y hablar sobre este tema ante los niños prodigio. Ah, el problema consiste en aprender a secarse. Te escupen a la cara y te secas. Primero, con vergüenza, después con perplejidad, y quién sabe si después te secarás con dignidad, mientras sientes, incluso, cierto placer.»

—Por supuesto, no queremos meterle prisa —dijo el burgomaestre—. Usted es una persona ocupada, etcétera. ¿Dentro de una semana, eh? Le daremos todos los materiales, podemos proporcionarle incluso un esquema, un modelo según el cual sería deseable que... Y cuando su experimentada mano se ponga a trabajar, todo comenzará a funcionar. Y bajo ese artículo aparecería la firma de tres hijos excelsos de nuestra ciudad: el diputado Roscheper Nant, el famoso escritor Bánev y el doctor Rem Kvadriga, laureado con el premio estatal.

«Trabaja bien —pensó Víktor—. No recuerdo semejante insistencia entre nosotros, la gente de izquierda. Haríamos insinuaciones, le daríamos la vuelta para no ofender a la persona, no presionarla más de lo estrictamente necesario para que, Dios nos libre, no vayan a sospechar una intención interesada... ¡Hijos excelsos!... Pero este canalla está absolutamente seguro de que escribiré el artículo, y lo firmaré, de que no tengo dónde meterme y de que a Bánev, inmerso en tantos líos, lo único que le queda es rendirse, manos arriba, y ganarse con el sudor de su frente la existencia tranquila en su ciudad natal... Y soltó lo del esquemita... ya sabemos de qué esquema se trata, cómo debe ser ese esquema para que publiquen a Bánev, a quien ha salpicado la saliva del presidente. Sí, señor Bánev... te gusta el coñac, te gustan las chicas, te gusta el pulpo marinado con cebolla, así que aprende a empujar el carro...»

—Meditaré su propuesta —dijo, sonriendo—. El proyecto me parece bastante interesante, pero su realización exige forzar la conciencia en cierto grado. —Hizo un guiño salaz al burgomaestre.

El funcionario se echó a reír.

—¡Claro que sí! «La conciencia de la nación, un espejo preciso», etcétera. Claro que me acuerdo... —Se inclinó de nuevo hacia Víktor, con cara de conspirador, y le susurró—: Le ruego que pase mañana por mi oficina. Sólo habrá allí gente de confianza. Pero sin esposas, ¿eh?

—Con respecto a eso, me veo obligado a rechazar decididamente su invitación —dijo Víktor mientras se ponía de pie, y volvió a hacer un guiño salaz—. Tengo cosas pendientes. En el sanatorio.

Se despidieron casi amigos. El escritor Bánev fue inscrito en la élite de la ciudad, y para calmar los nervios, excitados por semejante honor, tuvo que beber una copa de coñac tan pronto la espalda del burgomaestre desapareció por la puerta.

«Por supuesto, podría irme de aquí al infierno —pensó Víktor—. No me permitirán marcharme al extranjero ni yo quiero irme; no tengo nada que hacer allí, en todas partes es lo mismo. Pero en nuestro país hay unos cuantos sitios donde puedo esconderme y dejar pasar el tiempo.» Imaginaba un lugar soleado, bosques de hayas, aire embriagador, granjeros silenciosos, olores a leche y miel... y a boñiga, y mosquitos... y el hedor de la letrina, el aburrimiento... y los televisores antiguos, y la intelectualidad local: un cura pícaro y mujeriego, un maestro bebedor de aguardiente casero... Aunque, en general, había sitios adonde huir. Pero eso es lo que están esperando, que me vaya, que los pierda de vista, que me meta en mi madriguera, que lo haga yo mismo sin que me obliguen, porque mandarme al destierro es demasiado trabajoso, se armaría un escándalo, correrían rumores... En eso estriba toda la desgracia: les daría una gran alegría. Se largó, cerró la boca, lo han olvidado, ha dejado de rezongar...

Víktor pagó la cuenta, subió a su habitación, se puso el impermeable y salió bajo la lluvia. De repente sintió muchos deseos de ver nuevamente a Irma, de conversar con ella sobre el progreso, de averiguar por qué bebía tanto (en realidad, ¿por qué bebo tanto?), y quizá Bol-Kunats esté allí, y seguramente Lola no estará... Las calles estaban mojadas, grises, desiertas, los manzanos morían lentamente de humedad en los jardines. Por primera vez Víktor se dio cuenta de que algunas casas tenían las puertas claveteadas. La ciudad había cambiado mucho: los vallados estaban a punto de caer, bajo las cornisas crecía un musgo blanquecino, las paredes se habían desteñido y la lluvia continuaba reinando en la calle.

La lluvia simplemente caía, salpicaba un fino polvo húmedo desde los techos,

la lluvia se concentraba en las corrientes de aire formando remolinos que iban de una pared a otra, la lluvia se precipitaba rugiendo por los oxidados tubos de desagüe, se vertía por el pavimento y corría por cauces abiertos entre los adoquines. Nubes de un color gris negruzco se arrastraban sobre los tejados. En las calles, el ser humano era un huésped no deseado y la lluvia no tenía piedad de él.

Víktor llegó a la plaza de la ciudad y vio gente. Estaban bajo un toldo, a la entrada de la jefatura de policía: dos agentes, vistiendo sus impermeables de reglamento, y un chico desaseado, con un mono de trabajo lleno de manchas de aceite. Delante del toldo, había un enorme camión con cubierta de lona embreada, con los neumáticos del lado izquierdo sobre la acera. Uno de los dos policías era el jefe. Miraba a un lado, con su poderosa quijada muy tensa, mientras el chico gesticulaba con desesperación e intentaba demostrarle algo con voz plañidera. El otro policía fumaba y también se mantenía en silencio, con expresión de disgusto. Víktor caminó hacia ellos y a unos veinte pasos de la entrada oyó lo que decía el chico.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —gritaba—. ¿He infringido el código de circulación? No he infringido nada. ¿Están en orden mis documentos? Están en orden. La carga está bien, aquí está el albarán. ¿Qué, acaso es la primera vez que vengo a la ciudad?

El jefe de policía vio a Víktor y su rostro se torció en un gesto de desagrado extremo. Le dio la espalda y, como si no viera al chico, se dirigió al otro agente.

—Entonces, te quedas aquí. Vigila que todo esté en orden. Y no montes en la cabina, porque se lo robarán todo. No dejes que nadie se acerque al furgón. ¿Está claro?

—Está claro —dijo el policía, con expresión irritada.

El jefe de policía abandonó la entrada, montó en su coche y partió.

—Oiga, usted —gritó el chico airado, dirigiéndose a Víktor después de escupir—, ¿qué cree, soy culpable o no? —Víktor se detuvo y el chico se sintió animado por ello—. Viajo con normalidad. Estoy transportando libros a la zona especial. Lo he hecho mil veces. Ahora, me detienen y me ordenan dirigirme a la jefatura de policía. ¿Por qué? ¿He infringido el código de circulación? No he infringido nada. ¿Están en orden mis documentos? En orden, aquí tengo el albarán. Me han retirado el carné para que no pueda huir. ¿Y adonde voy a huir?

—No grites más —le dijo el policía.

—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó el chico volviéndose hacia él de inmediato—. ¿He rebasado el límite de velocidad? No lo he hecho. Me van a descontar el retraso. Y me han retirado el carné…

—Se aclarará —dijo el policía—. ¿Por qué te preocupas tanto? Vete a la taberna, es un asunto sin importancia.

—¡Ay, jefecillos de mierda! —gritó el chico, poniéndose sobre la marcha la gorra en su erizada cabeza—. ¡No hay justicia en ninguna parte! Giras a la izquierda, te detienen; vas a la derecha, te vuelven a detener. —Estaba a punto de bajar a la calle, pero se detuvo e, implorante, le dijo al policía—: ¿Quiere que le pague una multa o algo así?

—Lárgate, lárgate —masculló el policía.

—¡Me prometieron una bonificación por entrega anticipada! He pasado toda la noche conduciendo…

—¡Te digo que te largues!

El chico volvió a escupir, se acercó al furgón, pateó dos veces el neumático delantero, después se encorvó de repente y echó a andar por la plaza con las

manos metidas en los bolsillos.

El agente miró a Víktor, miró el camión, miró al cielo, el cigarrillo se le apagó; entonces escupió la colilla y echó a caminar hacia la jefatura, quitándose el capuchón sobre la marcha.

Víktor estuvo cierto tiempo parado allí, y a continuación caminó a lo largo del camión. El furgón era enorme, potente, parecido a los transportes de infantería motorizada. Víktor miró a su alrededor. Unos metros delante del camión, con el neumático delantero ladeado, se empapaba bajo la lluvia una Harley de la policía, pero no había otros vehículos en las cercanías.

«Podrán alcanzarme —pensó Víktor—, pero no me detendrán, una mierda.» Se sintió alegre. «Y qué demonios —pensó—: el famoso escritor Bánev, tras emborracharse una vez más, se llevó un vehículo ajeno para divertirse; por suerte, todo concluyó sin víctimas...» Se dio cuenta de que aquello no sería nada sencillo, que no sería el primero que regalaba a las autoridades un pretexto plausible para meter en el calabozo a un ciudadano inquieto, pero no quería cambiar de idea, quería someterse a su impulso. «En última instancia, escribiré el artículo que me pide ese canalla», pensó.

Abrió la portezuela de la cabina y se sentó al volante. No tenía llave, tuvo que arrancar los cables del encendido y hacer un cortocircuito. Cuando el motor se puso en marcha, antes de cerrar la portezuela Víktor miró hacia atrás, a la entrada de la jefatura. Allí estaba el policía, con la misma expresión de irritación en el rostro y un cigarrillo entre los labios. Era obvio que no se había dado cuenta de nada. Víktor cerró la portezuela, bajó a la calle con cuidado, cambió la marcha y salió disparado hacia la bocacalle más próxima.

Era divertidísimo correr por las calles que sabía desiertas, metiendo las ruedas en charcos profundos para convertirlos en fuentes, girar el pesado volante ayudándose con todo el cuerpo, dejando atrás la fábrica de conservas, el parque, el estadio donde los Hermanos de Raciocinio seguían pateando sus balones como máquinas empapadas. Siguió adelante por la carretera, por los baches, dando saltos en el asiento y oyendo a sus espaldas cómo, con cada sacudida, caía pesadamente la carga mal colocada. Por el retrovisor no se veía a ningún perseguidor, y era difícil distinguir algo con semejante lluvia. Víktor se sintió muy joven, muy necesario quién sabe a quién, e incluso ebrio. Desde el techo de la cabina le sonreían hermosas mujeres, recortadas de revistas, en la guantera encontró un par de cigarrillos y se sintió tan bien que estuvo a punto de pasarse el cruce de caminos, pero frenó a tiempo y giró, siguiendo la flecha, que indicaba: leprosería, 6 km. Allí se sentía como un descubridor, porque nunca había recorrido aquel camino, ni a pie, ni en un vehículo. El camino era bueno, mucho mejor que la carretera municipal: al principio el asfalto era muy parejo, bien cuidado, y después pasó a ser de hormigón. Cuando vio el pavimento de hormigón se acordó del alambre espino y los soldados, y cinco minutos después pudo ver todo aquello.

Una valla sencilla de alambre se extendía a ambos lados del camino de hormigón y desaparecía en la lluvia. El camino estaba cortado por un portón alto con una caseta de guardia, la puerta de la caseta estaba abierta y en el umbral estaba de pie un soldado con su casco, sus botas y su impermeable, bajo el cual asomaba el cañón de un fusil automático. Otro soldado, sin casco, vigilaba por un ventanuco.

«Nunca he estado en un campo de prisioneros —entonó Víktor—, pero no le des todavía gracias a Dios...» Quitó el pie del acelerador y se detuvo delante del portón. El soldado salió de la caseta y se le acercó. Era un soldadito muy joven,

pecoso, de unos dieciocho años.

—Hola —saludó—. ¿Por qué se ha retrasado?

—Nada, las circunstancias —dijo Víktor, asombrándose de aquel trato llano.

—Muéstreme sus documentos —ordenó con sequedad después de mirarlo atentamente y cuadrarse de pronto.

—No tengo documentos —dijo Víktor, divertido—. Ya le he dicho que fueron las circunstancias.

—¿Qué es lo que ha traído? —preguntó el soldado después de morderse los labios.

—Libros —explicó Víktor.

—¿Y tiene pase?

—Claro que no.

—Aja —dijo el soldado y se le iluminó el rostro—. He visto que no era el de siempre… Espere un momento. Va a tener que esperar.

—Tenga en cuenta que pueden estar persiguiéndome —dijo Víktor, levantando el dedo índice.

—No se preocupe, será rápido —dijo el soldado y, apretando el fusil contra el pecho, regresó a la caseta.

Víktor bajó de la cabina del camión, quedó de pie en el estribo y miró hacia atrás. La lluvia no dejaba ver nada. Entonces, retornó a su asiento y encendió un cigarrillo. Era muy divertido. Delante, tras la cerca de alambre, más allá del portón, también llovía, se distinguían apenas unas estructuras oscuras, quizá edificios, quizá torres, pero era imposible distinguir nítidamente algo.

«¿Será posible que no me inviten a pasar? —pensó Víktor—. Sería una grosería. Por supuesto, podría pedir que viniera Gólem; ahora está aquí, en alguna parte. Eso es lo que haré. No he jugado a ser héroe por gusto.»

El soldadito volvió a salir de la caseta, y tras él apareció el chaval nihilista del rostro lleno de granos, que sólo llevaba pantalón, con una expresión de alegría y sin la menor huella de angustia universal. Rodeó al soldado, subió al estribo de un salto, echó una mirada dentro de la cabina, reconoció a Víktor con un grito de admiración y se echó a reír.

—¡Hola, señor Bánev! ¿Es usted? Qué bien… ¿Usted ha traído los libros? Llevamos tiempo esperando.

—¿Qué, está todo en orden? —preguntó el soldadito, que se había aproximado.

—Sí, es nuestro camión.

—Entonces, lléveselo —dijo el soldadito—. Usted, señor, tendrá que salir y esperar aquí.

—Yo quisiera ver al doctor Gólem —dijo Víktor.

—Le podemos pedir que venga —propuso el soldadito.

—Hummm —dijo Víktor y miró demostrativamente al chaval; éste, con aire culpable, abrió los brazos en un ademán.

—No tiene pase —explicó—. Y ellos no dejan entrar a nadie sin pase. A nosotros nos encantaría, pero…

No se podía hacer nada, tuvo que salir de la cabina bajo la lluvia. Saltó del camino, se puso el capuchón y contempló cómo abrían el portón y el camión, con una sacudida, pasaba al otro lado de la cerca. Después, el portón se cerró. Víktor escuchó durante unos segundos el ronroneo del motor y el chirrido de los frenos, pero después no se oyó nada más, sólo susurros y chapoteos. «Así son las cosas —pensó Víktor—. ¿Y yo?» Se sintió desilusionado. Sólo en ese momento comprendió que no había realizado su hazaña de manera desinteresada, que

tenía la esperanza de ver y entender muchas cosas... penetrar en el epicentro, por así decirlo. «Pues al diablo con vosotros», pensó. Recorrió el camino de hormigón con la vista. Había seis kilómetros hasta el cruce y otros veinte hasta la ciudad. Por supuesto, desde el cruce hasta el sanatorio había sólo dos kilómetros. Cerdos ingratos... Bajo la lluvia... En ese momento se dio cuenta de que llovía con menos intensidad.

«Gracias aunque sea por eso», pensó.

—Entonces, ¿llamamos al señor Gólem? —preguntó el soldado.

—¿A Gólem? —Víktor se animó, en general no estaría mal pasearse con aquel viejo gruñón bajo la lluvia, tomando en cuenta además que tenía un coche—. Sí, cómo no, llámelo.

—Eso sí podemos hacerlo. Lo llamaremos. Pero es difícil que venga, seguramente dirá que está ocupado.

—No importa —dijo Víktor—, dígale que lo solicita Bánev.

—¿Bánev? Se lo diré. Pero da igual, de todos modos no vendrá. Aunque eso no me cuesta trabajo. Así que Bánev...

El soldadito se marchó, un soldadito simpático, puras pecas bajo el casco.

Víktor encendió un cigarrillo, y en ese momento se escuchó el traqueteo del motor de una moto. De la cortina de lluvia salió una Harley con sidecar a gran velocidad, se dirigió al portón y se detuvo. Uno de los policías era aquel de la expresión molesta, y en el sidecar había otro, envuelto en una lona hasta los ojos.

«Ahora habrá lío», pensó Víktor, bajando más el capuchón. Pero eso no sirvió de nada. El policía de la cara molesta descendió de la moto y se aproximó a Víktor.

—¿Dónde está el camión? —vociferó.

—¿Qué camión? —dijo Víktor asombrado, para ganar tiempo.

—¡No se haga el despistado! —volvió a gritar el policía—. ¡Yo mismo lo vi! ¡Irá a los tribunales! ¡Ha robado un vehículo que había sido retenido!

—No me grite —replicó Víktor con dignidad—. ¡Qué descaro es éste! Me quejaré.

—¿Es él? —preguntó el segundo policía mientras se acercaba y se quitaba sobre la marcha su envoltorio de lona.

—¡El mismo! —dijo el policía de la cara molesta mientras sacaba unas esposas del bolsillo.

—¡Cuidado, cuidado! —pronunció Víktor, retrocediendo un paso—. ¡Esto es una arbitrariedad! ¿Cómo se atreve?

—No se resista, será peor —le aconsejó el segundo policía.

—No soy culpable de nada —proclamó Víktor con descaro, metiéndose las manos en los bolsillos—. Señores, ustedes me confunden con otro.

—Usted robó el camión —dijo el segundo policía.

—¿Qué camión? —gritó Víktor—. ¿De qué camión están hablando? He venido aquí de visita, a ver al señor Gólem, el médico jefe. Pregunten a los custodios. ¿De qué camión hablan?

—¿No nos estaremos equivocando? —La duda se apoderó del segundo policía.

—¡Pues claro que es él! —objetó el de la cara molesta, y se aproximó a Víktor con las esposas listas—: ¡Las manos!

En ese instante, la puerta de la caseta de vigilancia se abrió.

—¡Las aglomeraciones están prohibidas! —gritó una voz aguda.

Los policías y Víktor dieron un salto. En la puerta de la caseta estaba el soldadito pecoso y les apuntaba con el fusil automático.

—¡Apártense del portón! —gritó, con voz aguda.

—¡Tú, cállate! —replicó el policía de la cara molesta—. Somos la policía.

—¡Quedan prohibidas las aglomeraciones de más de una persona junto al portón de la zona especial! ¡Tras el tercer aviso, disparo! ¡Apártense del portón!

—Vamos, vamos, apártense —dijo Víktor preocupado, empujando levemente el pecho de los dos policías.

El de la cara molesta lo miró con perplejidad, le apartó la mano y comenzó a caminar hacia el soldado.

—Oye, chaval, ¿qué te pasa, te has vuelto loco? —dijo—. Este tipo se ha llevado un camión.

—¡No hay ningún camión! —El soldadito, simpático y cariñoso, soltó un largo grito con su voz aguda—. ¡Último aviso! ¡Los dos, apártense a cien metros del portón!

—Oye, Roch —dijo el segundo policía—, vamos a apartarnos, qué demonios; de todos modos, ése no puede ir a ninguna parte.

El policía de la cara molesta, rojo de ira, estaba a punto de abrir de nuevo la boca cuando en la puerta de la caseta apareció un sargento panzón con un bocadillo a medio comer en una mano y un vaso en la otra.

—Soldado Dzhura —dijo, mientras masticaba—. ¿Por qué no abre fuego?

Una expresión de ferocidad se apoderó del rostro pecoso bajo el casco. Los policías echaron a correr hacia su moto, montaron, giraron delante de Víktor, que había asumido una pose de guardia de tráfico, y se alejaron. El policía de cara morada le gritó algo que se perdió en el ruido del motor. Se detuvieron a unos cincuenta pasos.

—Demasiado cerca —dijo el sargento, con aire de desaprobación—. ¿Qué, no lo ves? Demasiado cerca.

—¡Más lejos! —gritó el soldadito, agitando el fusil.

Los policías se alejaron y se perdieron de vista.

—Conque ahora se les ocurre formar grupos ante el portón —dijo el sargento al soldadito mientras no apartaba su mirada de Víktor—. Está bien, sigue vigilando.

Regresó a la caseta. El soldadito pecoso dio varios paseítos por delante del portón hasta que se le pasó la excitación.

—¿Podría decirme si el doctor Gólem va a venir? —preguntó Víktor unos minutos después.

—No está —gruñó el soldadito.

—Qué lástima. Entonces, mejor me voy… —Miró la lluvia, la niebla tras la que se escondían los policías.

—¿Cómo que se va? —dijo el soldadito, preocupado.

—¿Qué, está prohibido? —preguntó Víktor, también con alarma.

—No, no está prohibido. Es por el camión. Si usted se va, ¿qué pasa con el camión? Nunca lo dejan junto al portón.

—¿Y qué pinto yo en todo eso? —Víktor estaba cada vez más alarmado.

—¿Cómo? Usted fue quien lo trajo, usted… Siempre se hace así, si no, ¿cómo?

«Diablos —pensó Víktor—. ¿Y dónde lo meto?» Desde unos cien metros llegaba el ronroneo del motor de la moto, que funcionaba en punto muerto.

—¿Es verdad que se llevó el camión? —preguntó el soldadito con curiosidad.

—¡Sí! La policía retuvo al chofer, y yo, tonto de mí, decidí ayudar…

—Va-a-aya —pronunció el soldadito con simpatía—. Pues no sé qué aconsejarle.

—¿Y si yo ahora, digamos, me largo? —preguntó Víktor con sigilo—. ¿Va a dispararme?

—No lo sé —reconoció el soldadito con sinceridad—. Creo que eso no está indicado. ¿Lo pregunto?

—Sí, por favor —dijo Víktor, calculando si tendría tiempo para perderse de vista o no.

En ese instante se escuchó un claxon al otro lado del portón, que se abrió, y el maldito camión salió lentamente de la zona especial. Se detuvo al lado de Víktor, la portezuela se abrió y Víktor vio tras el volante no al chaval que esperaba, sino a un leproso calvo y jorobado que lo miraba. Víktor no se movió de su sitio y entonces el leproso retiró del volante una mano enfundada en un guante negro y lo invitó a subir, palmeando el asiento a su lado.

«Vaya, han tenido la condescendencia de rebajarse a mi nivel», pensó Víktor con amargura.

—Mire qué bien, todo está resuelto —dijo el soldadito con alegría—, puede marcharse en paz.

A Víktor le pasó por la cabeza la idea de que si el propio leproso iba a llevar el camión a la ciudad o a alguna otra parte, en otras palabras, si él mismo iba a tratar con la policía, lo mejor sería despedirse allí mismo, perderse campo a través y dirigirse al sanatorio eludiendo la Harley emboscada en las cercanías.

—Ahí delante está la policía —le avisó al leproso.

—No importa, siéntese.

—El problema consiste en que robé este camión, que estaba retenido.

—Lo sé —dijo el leproso con paciencia—. Monte.

Había dejado pasar el momento. Víktor se despidió cordialmente del soldadito, ocupó el asiento y cerró la portezuela. El camión echó a andar y un minuto después vieron la Harley atravesada en el camino, con un policía a cada lado haciendo gestos de que aparcaran en el arcén. El leproso frenó, apagó el motor y sacó la cabeza por la ventanilla.

—Retiren la moto, están impidiendo la circulación —dijo.

—¡Al arcén! —ordenó el policía de la cara molesta—. A ver, sus documentos.

—Voy a la jefatura de policía —anunció el leproso—. ¿No sería mejor conversar allí?

El policía quedó perplejo por un instante y gruñó algo así como «ya lo conocemos, señor». El leproso esperaba tranquilamente.

—Está bien —asintió finalmente el policía—. Pero yo conduciré el camión y éste irá en la moto.

—Muy bien —aceptó el leproso—. Pero, si me lo permite, yo iré en la moto.

—Mejor aún —gruñó el policía de la cara molesta, que por un momento casi sonrió—: Baje.

Intercambiaron de sitio. El policía echó una mirada siniestra a Víktor, se acomodó en el asiento, estirándose y encogiéndose, se puso correctamente el impermeable, mientras Víktor lo miraba de reojo y a la vez contemplaba cómo el leproso, más jorobado y cojo que antes, semejante de espaldas a un enorme mono raquítico, iba hacia la moto y se metía en el sidecar. La lluvia se convirtió de nuevo en feroz aguacero y, en el camión, el policía puso a funcionar los limpiaparabrisas. La caravana echó a andar.

«Quisiera saber cómo terminará todo esto —pensó Víktor con cierto fastidio—. A propósito, la intención del leproso de comparecer en la jefatura de policía crea una esperanza indefinida. Qué descarado aquel leproso, ahora no se cortan por nada... Pero, sea como sea, me pondrán una multa, eso sin falta. Que la policía

deje pasar la ocasión de clavarle una multa a alguien, ja... Ah, que se vaya todo al diablo, de todos modos tendré que largarme de aquí. Pero está bien, al menos he podido hacer catarsis...» Sacó un paquete de cigarrillos y convidó al policía, que soltó un gruñido, pero de todas maneras tomó uno. Su mechero no funcionaba y tuvo que soltar otro gruñido cuando Víktor le prestó el suyo. En general, no era difícil entender a aquel agente nada joven, de unos cuarenta y cinco años, sin grados aún; seguramente había sido de los antiguos colaboracionistas: no había metido en la cárcel a los que debía, no había lamido el trasero más conveniente, y cómo iba a entender de traseros, éste sí y éste no... El policía fumaba y su aspecto era menos molesto: sus asuntos mejoraban.

«Ay, qué bien me vendría ahora una botella —pensó Víktor—. Lo convidaría, le contaría un par de chistes irlandeses, diría horrores de los jefes que siempre promueven a los trepas, me quejaría de los estudiantes, y el tipo seguramente se ablandaría.»

—Qué lluvia tan feroz la que está cayendo —dijo Víktor. El policía gruñó con bastante neutralidad, sin rabia—. Antes, había un clima magnífico —prosiguió Víktor, y entonces tuvo una ocurrencia—: Y fíjese usted, allí en la leprosería no llueve, pero cuando se aproxima alguien de la ciudad, empieza enseguida un aguacero.

—Sí, claro —replicó el policía—. Se lo han montado bien en la leprosería.

Se establecía el contacto. Conversaron sobre el clima, cómo era antes y cómo se había vuelto ahora, demonios. Descubrieron que tenían amigos comunes en la ciudad. Conversaron sobre la vida capitalina, las minifaldas, la lacra de la homosexualidad, el brandy de importación y los narcóticos de contrabando. De manera natural coincidieron en señalar que no había orden alguno, nada parecido a antes de la guerra o, digamos, inmediatamente después. Ser policía era tener un trabajo miserable, aunque en los periódicos escribieran que eran los bondadosos y severos guardianes del orden, engranajes indispensables del mecanismo estatal. Pero la edad de jubilación había aumentado, el monto de la pensión había disminuido, por una herida en el servicio daban una miseria, ahora les habían retirado las armas, y en tales condiciones, quién se iba a arriesgar... En resumen, se había creado una situación tal que, con un par de tragos, el policía le hubiera dicho: «Bien, chaval, vete con Dios. Yo no te he visto y tú a mí tampoco». Sin embargo, no había nada de beber, y el momento para pasarle un soborno no había madurado aún cuando el camión llegó ante la entrada de la jefatura de policía, el rostro del agente se ensombreció de nuevo y le indicó secamente a Víktor que lo siguiera deprisa.

El leproso se negó a explicarle nada al oficial de guardia y exigió que los condujeran de inmediato ante el jefe de policía. El oficial de guardia le respondió que seguramente el jefe lo recibiría a él personalmente, pero en lo relativo a este otro señor, está acusado de robar un vehículo, no tiene nada que hacer en la oficina del jefe, hay que interrogarlo y preparar el informe correspondiente.

—No —dijo el leproso con firmeza y serenidad—, eso no va a ocurrir, el señor Bánev no va a contestar a ninguna pregunta y tampoco va a firmar declaración alguna, pues para ello existen determinadas circunstancias relacionadas únicamente con el señor jefe de policía.

El oficial de guardia, a quien todo le daba lo mismo, se encogió de hombros y fue a informar a su superior. Mientras estaba ausente, apareció el chofercillo, aquel chico del mono de trabajo manchado de aceite, que no sabía nada y había bebido lo suyo, así que al momento se puso a gritar, a pedir justicia, a declarar su inocencia y otros asuntos trascendentes. El leproso, con cuidado, le quitó el

albarán que el chico agitaba en el aire, se acomodó ante un escritorio y lo firmó. Asombrado, el chofer calló, y en ese mismo momento les dijeron a Víktor y al leproso que el jefe los esperaba.

El jefe de policía los recibió con aire severo. Miró con desagrado al leproso, pero evitó que sus ojos se cruzaran con los de Víktor.

—¿Qué desean? —preguntó.

—¿Podemos sentarnos? —replicó el leproso.

—Sí, por supuesto —dijo el jefe de policía con cierto embarazo, tras una corta pausa.

Todos tomaron asiento.

—Señor jefe de policía —comenzó a decir el leproso—. Se me ha encomendado que le manifieste una protesta por la repetida retención ilegal de cargas destinadas a la leprosería.

—Sí, he oído algo de eso —respondió el jefe de policía—. El conductor estaba bebido, nos vimos obligados a retenerlo. Pienso que todo se aclarará en los próximos días.

—Ustedes no retuvieron al conductor, sino la carga —objetó el leproso—. Sin embargo, eso no es tan esencial. Gracias a la bondad del señor Bánev, la carga fue entregada con un pequeño retraso, y usted debe darle las gracias al señor Bánev aquí presente, ya que un retraso considerable de esa carga por culpa suya, señor jefe de policía, hubiera podido causarle grandes problemas.

—Qué curioso —dijo el jefe de policía—. No entiendo ni quiero entender de qué se trata, ya que como funcionario oficial no acepto amenazas. Con respecto al señor Bánev, en ese sentido existe un código de leyes donde se han previsto semejantes conductas.

Era obvio que no se atrevía a mirar a Víktor.

—Veo que, en realidad, usted no comprende en qué situación se encuentra. Pero se me ha encomendado informarle que en caso de una nueva retención de nuestras cargas, tendrá que vérselas con el general Pferd.

Se hizo el silencio. Víktor no sabía quién era el general Pferd, pero el jefe de policía conocía perfectamente aquel apellido.

—Creo que se trata de una amenaza —dijo, inseguro.

—Sí —aceptó el leproso—. Y una amenaza más que real.

El jefe de policía se puso en pie de un salto. Víktor y el leproso lo imitaron.

—Tomaré en consideración todo lo que he oído hoy. Su tono, caballero, deja mucho que desear; sin embargo, prometo a las personas que le han dado esta encomienda que estudiaré el caso y tan pronto aparezcan los culpables serán castigados. Eso también se aplica al señor Bánev.

—Señor Bánev —dijo el leproso—, si debido a este incidente tiene algún problema con la policía, comuníqueselo de inmediato al señor Gólem. Hasta la vista —le dijo al jefe de policía.

—Hasta la vista —respondió aquél.

A las ocho de la noche, Víktor bajó al restaurante, y se dirigía a su mesita, donde ya estaba reunido el grupo de siempre, cuando Teddy lo llamó.

—Hola, Teddy —dijo Víktor, recostándose en el mostrador—. ¿Cómo va todo? —Y, en ese momento, se acordó—: ¡Ah! ¡La cuenta! ¡Ayer me pasé bebiendo!

—La cuenta, bien —gruñó Teddy—. No es para tanto: rompiste el espejo y tiraste un lavamanos. ¿Te acuerdas del jefe de policía?

—¿Y qué pasó con él? —se asombró Víktor.

—Ya sabía que no te ibas a acordar. Tenías los ojos como los de un cerdito

asado. No te dabas cuenta de nada... Tú, tú mismo —insistió Teddy clavando el índice en el pecho de Víktor—, encerraste al pobrecillo en el servicio, aseguraste la puerta con una escoba y no lo dejaste salir. Nosotros no sabíamos quién estaba allí, creíamos que se trataba de Kvadriga. Bueno, que se quede ahí un rato, pensamos... Y después, tú mismo lo sacaste, y te pusiste a gritar: «¡Pobrecillo, si se ha embarrado todo!». Y le metías la cabeza en el lavamanos. El lavamanos se cayó y nos costó Dios y ayuda separarte de él.

—¿En serio? —dijo Víktor—. Vaya, vaya. Por eso hoy me mira mal. —Teddy asintió, comprensivo—. Demonios, qué feo —balbuceó Víktor—, tendría que disculparme... ¿Cómo me permitió hacerle eso? Es un tipo fuerte...

—Temo que te acusen de cualquier cosa —dijo Teddy—. Hoy por la mañana andaba por aquí un poli, tomando declaraciones... seguro te cae el artículo sesenta y tres: ofensas a la dignidad con agravantes. O pudiera ser algo peor. Un acto terrorista. ¿Te das cuenta de cómo puede terminar todo? Yo, en tu lugar...

Teddy sacudió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Víktor.

—Dicen que hoy ha venido a verte el burgomaestre.

—Sí.

—¿Y qué quería?

—Una tontería. Quiere que escriba un artículo. Contra los leprosos.

—¡Aja! —dijo Teddy y se animó—. En realidad, es una tontería. Escríbele ese artículo y todo se arreglará. Si el burgomaestre queda satisfecho, el jefe de policía no se atreverá a chistar, puedes meterle la cabeza en el inodoro todos los días. El burgomaestre lo tiene aquí... —Teddy mostró un enorme puño huesudo—. Así que todo se arreglará. Por este motivo, la casa te invita a un trago. ¿Bidestilada?

—Sí, la bidestilada va bien —dijo Víktor, pensativo.

Ahora veía la visita del burgomaestre desde un ángulo totalmente distinto.

«Mira cómo me han trincado —pensó Víktor—. Sí... O te largas, o haces lo que te decimos, o te metemos al calabozo. Por cierto, tampoco sería tan fácil largarse. Si es un acto terrorista, te encuentran. Ay, hermanito alcohólico, da asco verte. Y no te metiste con cualquiera, sino con el jefe de policía.» Sinceramente, la idea y la realización estuvieron bien. No recordaba nada, aparte del suelo de mosaico cubierto de agua, pero podía imaginarse bien toda la escena. «Sí, Víktor Bánev, la persona más querida, mi cerdito asado, oposicionista de café con leche, y ni siquiera de café con leche, de café aguado, favorito del señor Presidente... Sí, se ve que te ha llegado el momento de venderte, como se dice. Rots-Tusov es un tipo con experiencia, que en estos casos dice que hay que venderse sin dificultades y bien caro, mientras más honesta sea tu pluma, más deben pagar por ella los que tienen el poder, así al venderte, causas daños al adversario, y hay que esforzarse para que ese daño sea el máximo...» Víktor se bebió de un trago la copa de licor sin sentir el menor placer por ello.

—Bien, Teddy, gracias. Dame la cuenta. ¿Es mucho?

—Tu bolsillo lo resistirá. —Teddy sonrió, burlón, y sacó una hoja de papel de la caja registradora—. Debes: por un espejo de baño, setenta y siete, por un lavamanos grande de loza, sesenta y cuatro, en total, como habrás calculado, ciento cuarenta y uno. La lámpara la incluimos en la pelea anterior. Lo único que no entiendo —prosiguió, mientras miraba cómo Víktor contaba el dinero— es con qué rompiste el espejo. El vidrio era grueso, de tres dedos. ¿Le entraste de cabeza, o qué?

—¿La cabeza de quién? —preguntó Víktor, sombrío.

—Está bien, no te preocupes —dijo Teddy, mientras recibía el dinero—.

Escribes un articulillo, te rehabilitas, te pagan tus honorarios y todo se arreglará… ¿Te sirvo otra?

—No, gracias, después… Después de cenar, vengo por aquí —dijo Víktor y se marchó a su sitio.

En el restaurante todo era como siempre: a media luz, los olores, el sonido de la vajilla en la cocina; un joven con gafas y portafolio, su acompañante con una botella de agua mineral; el doctor R. Kvadriga, muy cargado de espaldas; Pavor, erguido y serio, a pesar del catarro; Gólem, despatarrado en el butacón, con su hinchada nariz de profeta borracho. El camarero.

—Pulpo. Una botella de cerveza. Y algo de carne —pidió Víktor.

—Se le ha terminado el juego —dijo Pavor en tono de reproche—. Le dije que no siguiera emborrachándose.

—¿Cuándo me dijo semejante cosa? No lo recuerdo.

—¿Y qué juego es ése que se te ha terminado? —quiso saber el doctor R. Kvadriga—. ¿Por fin has matado a alguien?

—¿Tú tampoco te acuerdas? —le preguntó Víktor.

—¿De qué, de lo de ayer?

—Sí, ayer… Me emborraché como un cerdo —contó Víktor, volviéndose hacia Gólem—, metí al ciudadano jefe de policía en el servicio…

—¡Bah! Todo eso es mentira —dijo R. Kvadriga—. Eso fue lo que le dije al instructor. Esta mañana ha venido a preguntarme. Imaginaos, tenía una acidez espantosa, la cabeza se me partía en pedazos, estaba aquí sentado, mirando por la ventana, y de pronto aparece ese imbécil y comienza a coser su muñeco.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Gólem—. ¿Coser?

—Sí, a coser —dijo R. Kvadriga, atravesando una tela imaginaria con una aguja imaginaria—. Pero no cose pantalones, sino un muñeco feo, una carpeta judicial… Le dije en su cara que todo era mentira, que ayer había estado toda la noche en el restaurante y todo había estado tranquilo, en orden, como siempre, ningún escándalo; en una palabra, un coñazo… No pasará nada —le dijo a Víktor, intentando animarlo—. Imagínate… ¿Y por qué lo hiciste? ¿No te cae bien?

—Es mejor que hablemos de otra cosa —propuso Víktor.

—Bien, ¿y de qué vamos a hablar? —preguntó R. Kvadriga, ofendido—. Esos dos discuten constantemente quién no deja entrar a quién en la leprosería. Al fin ocurre algo interesante, y entonces no quieres hablar de eso.

Víktor cortó la mitad del pulpo, se la llevó a la boca y bebió un trago de cerveza.

—¿Quién es el general Pferd? —preguntó.

—Caballo —respondió R. Kvadriga—. Potro. *Der Pferd.* ¿O será *das?*

—Pero, ¿alguien conoce a ese general? —insistió Víktor.

—Cuando yo servía en el ejército —dijo el doctor R. Kvadriga—, el comandante de nuestra división era su excelencia, general de infantería Arsmani.

—¿Y qué? —preguntó Víktor.

—Es un chiste. *«Ars»,* en alemán, quiere decir trasero —explicó Gólem, que hasta ese momento se había mantenido en silencio.

—¿Y dónde ha oído hablar del general Pferd? —preguntó Pavor.

—En el despacho del jefe de policía.

—¿Y qué?

—Nada. ¿Así que nadie lo conoce? Excelente. Sólo he preguntado si alguien lo conocía.

—Y el sargento mayor se llamaba Buttocks —insistió R. Kvadriga—. El sargento mayor Buttocks.

—¿También sabe inglés? —preguntó Gólem.

—Bueno, dentro de esos límites —respondió R. Kvadriga.

—Bebamos —propuso Víktor—. ¡Camarero, una botella de coñac!

—¿Una botella, para qué? —preguntó Pavor.

—Debe alcanzar para todos.

—De nuevo armará otro escándalo.

—Déjeme en paz, Pavor —dijo Víktor—. Vaya abstemio que me he buscado.

—Yo no soy abstemio —objetó Pavor—. Me gusta beber y nunca dejo pasar la ocasión para tomarme un trago, como un hombre de verdad. Pero no entiendo por qué hay que emborracharse. Y en mi opinión, es totalmente innecesario emborracharse cada noche.

—Aquí lo tenemos de nuevo —dijo R. Kvadriga con desesperación—. ¿Cuándo ha llegado?

—No nos vamos a emborrachar —dijo Víktor, mientras servía coñac a todos—. Simplemente, beberemos. Como lo hace en este momento la mitad de la nación. La otra mitad se emborracha, que se los lleve el diablo, nosotros simplemente beberemos.

—Ahí está el problema —repuso Pavor—. Cuando todo el país se dedica a emborracharse, y no sólo todo el país, sino el mundo entero, toda persona decente debe mantenerse sobria.

—¿Nos considera personas decentes? —preguntó Gólem.

—Al menos, cultos.

—En mi opinión —intervino Víktor—, la gente culta tiene muchas más razones para emborracharse que la gente ignorante.

—Es posible —asintió Pavor—. Sin embargo, la persona culta está obligada a comportarse dentro de ciertos marcos. La cultura obliga... Casi todas las noches nos sentamos aquí, conversamos, bebemos, jugamos a los dados. Y en todo ese tiempo, ¿ha dicho alguno de nosotros algo que sea por lo menos serio, aunque sea inteligente? Risitas, bromitas... nada más que risitas y bromitas.

—Algo serio, ¿por qué? —preguntó Gólem.

—Porque todo se está yendo al abismo mientras soltamos risitas y bromitas. El banquete en tiempos del cólera. Debería darnos vergüenza, señores.

—Bien, Pavor —dijo Víktor, conciliador—. Diga algo serio. No tiene que ser inteligente, que sea serio por lo menos.

—No quiero nada serio —proclamó R. Kvadriga—. Sanguijuelas. Hierbajos. ¡Puf!

—¡Chist! —lo regañó Víktor—. Sigue durmiendo. Es verdad, Gólem, hablemos aunque sea una vez de algo serio. Comience, Pavor, cuéntenos algo del abismo.

—¿Risitas de nuevo? —dijo Pavor con amargura.

—No, palabra de honor que no —respondió Víktor—. Quizá soy irónico. Pero eso es debido a que llevo toda la vida escuchando historias sobre abismos. Todos aseguran que la humanidad camina hacia el abismo, pero nadie puede demostrarlo. Y en la vida real resulta siempre que todo ese pesimismo filosófico es consecuencia de problemas familiares o carencia de dinero.

—No —dijo Pavor—, no... La humanidad camina hacia el abismo porque está en bancarrota.

—Carencia de dinero —masculló Gólem.

Pavor no le prestó atención. Se dirigió exclusivamente a Víktor, hablando con la cabeza inclinada y mirando de reojo.

—La humanidad está en bancarrota biológica: cae la natalidad, se extiende el cáncer, el retraso mental, las neurosis, las personas se convierten en adictos a los

narcóticos. Tragan cientos de toneladas de alcohol, de nicotina, de narcóticos, comenzaron con el hachís y la cocaína y han llegado al LSD. Sencillamente, estamos degenerando. Hemos aniquilado la naturaleza auténtica, y la artificial nos está aniquilando a nosotros. Sigo: estamos en bancarrota ideológica, hemos recorrido todos los sistemas filosóficos y los hemos desacreditado a todos, hemos probado todos los sistemas morales posibles, pero seguimos siendo las mismas bestias amorales que eran los trogloditas. Lo más terrible consiste en que toda esa masa humana gris de nuestros días sigue siendo la misma chusma que ha sido siempre. Está constantemente ávida de dioses, líderes y orden, y cada vez que obtiene dioses, líderes y orden queda insatisfecha, porque en realidad no necesita nada, ni dioses ni orden, lo que necesita es el caos, la anarquía, pan y circo. Ahora está atada por la férrea necesidad de recibir semanalmente un sobrecito con el salario, pero esa necesidad la asquea y huye todos los días de ella mediante el alcohol y los narcóticos. Que el diablo se lleve a ese montón de mierda pútrida, lleva apestando nueve mil años y para lo único que sirve es para apestar. Lo terrible es lo otro, la descomposición nos abarca a usted y a mí, a personas con mayúscula, a hombres con personalidad. Vemos esa descomposición y hacemos como si no nos tocara, pero sigue envenenándonos de la misma manera, mina nuestra voluntad, nos devora. Y además, está esa maldición, la educación democrática: igualdad, fraternidad, todos los hombres son hermanos, todos están hechos del mismo material... Nos identificamos constantemente con la canalla y nos reprochamos cuando nos damos cuenta de que somos más inteligentes que ella, que tenemos otras necesidades, otros objetivos en la vida. Es hora de entender todo esto y llegar a conclusiones: ha llegado el momento de salvarse.

—Ha llegado el momento de beber —dijo Víktor.

Lamentaba ya el haber aceptado hablar de algo serio con aquel inspector sanitario. Tenía ahora un aspecto desagradable. Se había alterado mucho, tanto que sus ojos bizqueaban. Eso echaba a perder su aspecto, y hablaba como todos los adeptos a los abismos, diciendo puras banalidades. Sintió deseos de decirle exactamente eso: deje de cubrirse de vergüenza, Pavor, vuélvase de perfil y búrlese con ironía.

—¿Eso es todo lo que me puede responder? —inquirió Pavor.

—También puedo darle un consejo. Más ironía, Pavor. No se altere tanto. De todas maneras, no puede hacer nada. Y si pudiera, no sabría qué.

—Yo sí lo sé —dijo Pavor con expresión burlona.

—¿Qué?

—Sólo hay una manera de detener la descomposición...

—Lo sabemos, lo sabemos —dijo Víktor sin pensar—, ponerles camisas doradas a todos los imbéciles y que marchen. Toda Europa está bajo nuestros pies. Eso ya ha ocurrido.

—No —dijo Pavor—. Eso fue sólo un aplazamiento. La solución es única: eliminar la masa.

—Hoy está usted de un humor excelente —replicó Víktor.

—Eliminar al noventa por ciento de la población —prosiguió Pavor—. Quizá al noventa y cinco. La masa ha cumplido su misión: sus entrañas han parido la flor y nata de la humanidad, los que han creado la civilización. Ahora está muerta, como una patata podrida que ha dado vida a una nueva planta. Y cuando el difunto comienza a pudrirse, es hora de enterrarlo.

—Dios mío. ¿Y todo eso porque tiene catarro y no lo dejan entrar en la leprosería? ¿O tiene problemas familiares?

—No se haga el tonto. ¿Por qué no quiere pensar en cosas que conoce perfectamente? ¿A causa de qué degeneran las ideas más luminosas? A causa de la estupidez de la masa gris. ¿Cuál es la causa de las guerras, del caos, de la maldad? La estupidez de la masa gris, que elige los gobiernos que se merece. ¿Cuál es la causa de que el siglo de oro siga estando desesperadamente tan lejos? La rutina y la ignorancia de la masa gris. En principio, Hitler tenía razón, una razón subconsciente, percibía que había demasiadas cosas sobrantes en la tierra. Pero era un producto de la masa gris y lo echó a perder todo. Era una estupidez organizar el aniquilamiento según criterios raciales. Además, él no contaba con medios auténticos de aniquilamiento.

—Y usted, ¿qué criterio utilizaría para el aniquilamiento?

—El criterio de la imperceptibilidad —respondió Pavor—. Si la persona es gris, imperceptible, eso significa que hay que aniquilarla.

—¿Y quién va a determinar si una persona es perceptible o no?

—Ésos son detalles. Yo le explico los principios, pero el quién y el cómo sólo son detalles.

—¿Y en aras de qué se relaciona usted con el burgomaestre? —preguntó Víktor, que ya estaba harto de Pavor.

—¿Qué quiere decir?

—¿Para qué demonios necesita ese proceso judicial? ¡Son minucias, Pavor! Con ustedes, los superhombres, siempre pasa lo mismo. Se disponen a rehacer el mundo, no aceptan menos de tres mil millones de cadáveres, y mientras tanto se preocupan de los ascensos, o se curan la gonorrea, o por un interés miserable ayudan a que gente dudosa cometa actos oscuros.

—Usted, tranquilícese —dijo Pavor, se veía que estaba bastante rabioso—, no es más que un borracho y un holgazán.

—En cualquier caso, no organizo procesos políticos inflados y no intento rehacer el mundo.

—Sí —dijo Pavor—, usted ni siquiera es capaz de eso, Bánev. No es más que un bohemio, o sea un canalla, un alborotador barato y una mierda. Ni siquiera sabe qué quiere, y hace sólo lo que le indican. Se somete a los deseos de otros canallas semejantes a usted, y por esa razón imagina ser uno de los que cambian los cimientos, un artista libre. Simplemente, es un escritor de versitos sucios, de esos que aparecen en los urinarios públicos.

—Todo eso es correcto —aceptó Víktor—. Es una lástima que no lo haya dicho antes. Fue necesario ofenderlo para que lo dijera. Resulta entonces, Pavor, que es usted una personita asquerosa. Simplemente, uno más entre todos. Y si emprenden el aniquilamiento, a usted también lo van a aniquilar. Siguiendo el principio de la imperceptibilidad. ¿Un inspector sanitario que hace filosofía? ¡Al crematorio!

«Sería interesante ver qué aspecto tenemos, vistos de lejos —pensó—. Pavor es repulsivo. ¡Vaya sonrisita! ¿Qué le ocurre hoy? Y Kvadriga duerme, qué le importa la masa gris, las disputas y toda esa filosofía... Y Gólem está despatarrado, como en el teatro, con la copa entre los dedos y el brazo tras el respaldo del butacón, espera a ver quién golpea a quién. Pavor lleva un rato en silencio... ¿Qué, busca argumentos?»

—Pues, bien —dijo Pavor finalmente—. Ya hemos conversado.

Su sonrisita desapareció y sus ojos volvieron a ser los de un *Sturmbahnführer*. Tiró sobre la mesa su tarjeta de crédito, terminó de beberse el coñac y se fue sin despedirse. Víktor sintió un agradable desencanto.

—De cualquier manera, para ser escritor usted no sabe calibrar a las

personas —dijo Gólem.

—Eso no es asunto mío —dijo Víktor de inmediato—. Que los psicólogos y el departamento de seguridad se ocupen de calibrar a la gente. Mi tarea es detectar las tendencias con la elevada percepción del artista... ¿Y por qué me dice esto? ¿Qué, de nuevo no me deja rezongar?

—Le avisé que no molestara a Pavor.

—¡Qué demonios! —dijo Víktor—. En primer lugar, yo no lo molesté. Fue él quien me molestó. Y en segundo, es un cerdo. ¿Sabe que él está ayudando al burgomaestre a llevarlo a usted ante los tribunales?

—Lo presiento.

—¿Y eso no le preocupa?

—No. Sus manos no llegan muy lejos. Me refiero a las manos del burgomaestre y del tribunal.

—¿Y las de Pavor?

—Las de Pavor son muy largas. Y por eso, deje de meterse con él. Ya ve que yo no rezongo en su presencia.

—Me interesa saber delante de quién rezonga usted —gruñó Víktor.

—A veces, delante de usted. Siento debilidad por usted. Sírvame coñac.

—Por favor. —Víktor le llenó la copa—. ¿Despertamos a Kvadriga? ¿Por qué no me defendió de Pavor?

—No, no lo despierte, vamos a conversar. ¿Para qué se mete en esos líos? ¿Quién le pidió que se llevara el camión?

—Me entraron ganas de hacerlo. Retener libros es una canallada. Además, el burgomaestre me echó a perder el día. Atentó contra mi libertad. Cada vez que alguien atenta contra mi libertad, cometo alguna gamberrada... Por cierto, Gólem, ¿el general Pferd podría defenderme ante el burgomaestre?

—Se limpia con usted y con el burgomaestre juntos. Tiene sus problemas, que son muchos.

—Usted dígale que me defienda. O escribiré un artículo denunciando su leprosería, contando cómo utilizan la sangre de bebitos cristianos para curar la enfermedad de los gafudos. ¿Cree que no sé para qué atraen los mohosos a los niños? En primer lugar, les chupan la sangre, y en segundo, los corrompen. Lo llenaré de vergüenza ante el mundo entero. Chupasangre y corruptor, disfrazado de médico. —Víktor chocó su copa con la de Gólem y bebió—. Por cierto, estoy hablando en serio. El burgomaestre intenta obligarme a escribir semejante artículo. Por supuesto, usted también lo sabe.

—No —respondió Gólem—. Pero eso no tiene importancia.

—Veo que, para usted, nada tiene importancia. Tiene a toda la ciudad en contra, y no tiene importancia. Lo van a llevar a los tribunales, y eso no tiene importancia. El inspector sanitario Pavor está molesto por su comportamiento, y no tiene importancia. ¿No será que el general Pferd es un seudónimo del señor Presidente? A propósito, ¿ese general todopoderoso sabe que usted es comunista?

—¿Y por qué está molesto el escritor Bánev? —preguntó Gólem con serenidad—. Y no grite de esa manera, que Teddy se asusta.

—Teddy es de los nuestros —objetó Víktor—. Él también está molesto: los ratones lo tienen loco. —Levantó las cejas y encendió un cigarrillo—. Aguarde, ¿qué me estaba preguntando? Ah, sí... Estoy molesto porque no me permitieron entrar en la leprosería. De todas formas, realicé una acción noble. Sería tonta, pero todas las acciones nobles son tontas. Y antes de eso, llevé a un mohoso sobre mis espaldas.

—Y peleó para defenderlo —añadió Gólem.

—Exactamente. Peleé.

—Contra los fascistas.

—Precisamente, contra los fascistas.

—¿Y tiene usted pase? —preguntó Gólem.

—Pase... A Pavor tampoco lo dejan entrar, y vea cómo se está convirtiendo en un demófobo.

—Sí, Pavor no tiene suerte aquí —dijo Gólem—. En general, es un funcionario capaz, pero aquí no logra resultados. Espero que comience a hacer tonterías. Creo que ya ha comenzado.

—Así, duro —dijo el doctor R. Kvadriga levantando la cabeza despeinada—. Me voy y después veremos. Que no quede ni su aliento. —Su cabeza cayó sobre la mesa, con un golpe sonoro.

—De todos modos, Gólem —dijo Víktor, bajando la voz—, ¿de veras es usted comunista?

—Recuerdo que el partido comunista está prohibido en nuestro país —anotó Gólem.

—Dios mío, ¿y qué partido está permitido aquí? Yo no le pregunto por el partido, sino por usted.

—Como puede ver, yo estoy permitido.

—Bueno, como quiera. A mí me da igual. Pero al burgomaestre... Por cierto, a usted no le importa el burgomaestre. Pero si el general Pferd llega a saberlo...

—Pero no se lo vamos a decir —le susurró Gólem en confianza—. ¿Para qué necesita un general semejantes minucias? Él sabe que existe la leprosería, que allí hay un tal Gólem, unos mohosos, y eso basta.

—Un general extraño —dijo Víktor pensativo—. Un general de la leprosería. Por cierto, seguramente chocará pronto con los mohosos. Eso lo detecto con la elevada percepción del artista. En nuestra ciudad, el mundo empieza y termina con los mohosos.

—Si fuera sólo en nuestra ciudad...

—¿Qué ocurre? Se trata solamente de personas enfermas, que ni siquiera son contagiosas.

—No se haga el listo, Víktor. Usted sabe perfectamente que no son sólo personas enfermas. Y ni siquiera el contagio es sencillo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que Teddy, por ejemplo, no puede contagiarse de ellos. Y el burgomaestre tampoco, y ni hablar del jefe de policía. Pero otro tipo de gente puede.

—Usted, por ejemplo.

—Yo tampoco puedo. Ya.

—¿Y yo?

—No lo sé. En general, es sólo una hipótesis mía. No me tome en serio.

—Y no lo tomo —dijo Víktor con tristeza—. ¿Qué otra cosa los distingue?

—¿Qué otra cosa los distingue...? —repitió Gólem—. Víktor, usted mismo ha podido notar que las personas se dividen en tres grandes grupos. Más exactamente, en dos grandes y uno pequeño. Hay gente que no puede vivir sin el pasado, están totalmente en un pasado más o menos lejano. Viven según las tradiciones, las costumbres, los legados, buscan en el pasado la alegría y el ejemplo. Digamos, el señor Presidente. ¿Qué haría si no tuviéramos nuestro glorioso pasado? ¿Adonde nos remitiría y, en general, de dónde habría salido él mismo? A continuación, hay gente que vive en el presente y no quieren conocer ni el pasado ni el futuro. Usted, por ejemplo. El señor Presidente le echó a perder

toda imagen del pasado, y no importa a qué pasado dirija la vista, ahí estará siempre la imagen del señor Presidente. Y sobre el futuro no tiene usted la menor idea, y en mi opinión, teme pensar en él... Finalmente, hay gente que vive en el futuro. Del pasado, con toda justicia no esperan nada bueno, y para ellos el presente es sólo el material para construir el futuro, la materia prima... Pero ellos, en realidad, ya viven en el futuro, en isletas del futuro que han surgido en torno a ellos en el presente... —Gólem sonreía de manera extraña y levantaba los ojos hacia el techo—. Son inteligentes. Tremendamente inteligentes —dijo, con ternura—, a diferencia del resto de las personas. Todos tienen talento, Víktor, como si los hubieran seleccionado. Tienen extraños deseos y carecen totalmente de deseos corrientes.

—Un deseo corriente, por ejemplo, son las mujeres...

—En cierto sentido, sí.

—¿El licor, el circo?

—Sin duda.

—Extraña enfermedad. No quiero... Y, de todos modos, no entiendo... No entiendo nada. Bueno, el hecho de que a las personas inteligentes las meten tras cercas de alambre espino, eso lo entiendo. Pero por qué a ellos los dejan salir y a nosotros no nos dejan entrar...

—Aunque puede ser que no sean ellos los que estén encerrados tras el alambre espino, sino usted.

—Aguarde —dijo Víktor, sonriendo irónicamente—. Eso no lo aclara todo. ¿Qué pinta Pavor en este lío? Está bien, a mí no me dejan entrar, yo soy ajeno a todo eso. Pero ¿no debe alguien inspeccionar el estado de la ropa de cama y los sanitarios? Quizá tengan problemas de sanidad allí.

—¿Y si lo que le interesa no son las condiciones sanitarias?

—¿Bromea usted de nuevo? —Víktor miraba a Gólem con perplejidad.

—De nuevo no bromeo —respondió Gólem.

—En su opinión, ¿qué es él, un espía?

—El concepto de espía abarca demasiadas cosas —repuso Gólem.

—Aguarde. Hablemos con sinceridad. ¿Quién tendió los alambres y dispuso la custodia?

—Vaya, ese alambre. —Gólem suspiró—. Cuántas prendas de vestir se enganchan ahí. Y esos soldados siempre están enfermos de diarrea. ¿Sabe cuál es el mejor remedio contra la diarrea? Tabaco con vino de oporto... Mejor dicho, vino de oporto con tabaco.

—Está bien —aceptó Víktor—. Tenemos al general Pferd. Aja... Y a ese jovencito con el portafolios. ¡Vaya, qué cosa! Resulta que simplemente se trata de un laboratorio militar. Está claro. Y significa que Pavor no es militar. Trabaja en otra institución. ¿Y no podría ser un espía extranjero?

—¡Dios nos libre! —dijo Gólem, horrorizado—. Faltaría más...

—Aja... ¿Y sabe él quién es ese joven con el portafolios?

—Creo que sí.

—¿Y ese joven sabe quién es Pavor?

—Creo que no —respondió Gólem.

—¿Usted no le ha contado nada?

—¿Y eso qué me importa a mí?

—¿Tampoco se lo ha contado al general Pferd?

—Ni se me ha ocurrido.

—Eso es injusto —pronunció Víktor—. Habría que decírselo.

—Oiga, Víktor —dijo Gólem—. Me he permitido hablar con usted sobre este

asunto únicamente para que se asuste y no se meta en líos ajenos. Eso no tiene la menor relación con usted. Ya destaca demasiado, lo pueden eliminar sin que tenga tiempo ni de chistar.

—No es difícil meterme miedo —dijo Víktor con un suspiro—. Estoy asustado desde que era niño. Pero, de todos modos, no puedo comprender qué quieren ellos de los mohosos.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Gólem, en un tono donde se mezclaba el cansancio y el reproche.

—Pavor. Pferd. El joven con el portafolios. Todos esos cocodrilos.

—Dios mío. En nuestro tiempo, ¿qué quieren los cocodrilos de la gente inteligente y de talento? Yo no entiendo qué quiere usted de ellos. ¿Por qué se mete en todos estos líos? ¿No le basta con sus problemas? ¿No le basta con el señor Presidente?

—Estoy harto de ellos —asintió Víktor—. Hasta el gaznate.

—Excelente. Vaya al sanatorio, llévese una resma de papel... Si quiere, le regalo una máquina de escribir.

—Yo escribo a la antigua —explicó Víktor—. Como Hemingway.

—Excelente. Le regalaré un montón de lápices. Trabaje, hágale el amor a Diana. ¿No quiere que le regale una trama? ¿O será que ya no puede escribir?

—Las tramas salen de los temas —dijo Víktor con solemnidad—. Yo estudio la vida.

—Por Dios. Estudie la vida cuanto quiera. Pero no se entrometa en sus procesos.

—Eso es imposible —objetó Víktor—. El instrumento influye inevitablemente en el experimento. ¿O se ha olvidado de la física? No observamos el mundo como tal, sino el mundo más la influencia del observador.

—Ya lo golpearon en una ocasión con un puño americano, la próxima podrían pegarle un tiro.

—En primer lugar, quizá no fue con un puño americano, sino con un ladrillo. En segundo, ¿qué importancia tiene el sitio donde me han sacudido la calavera? En cualquier momento pueden colgarme, así que no sé qué hacer ahora, ¿no salir de la habitación?

—Escúcheme, instrumento —dijo Gólem después de morderse el labio inferior. Sus dientes eran grandes y amarillentos, como los de un caballo—. En aquella ocasión intervino en el experimento de modo totalmente casual, y al momento recibió un golpe en la cabeza. Si ahora interviene conscientemente...

—Yo no intervine en ningún experimento —dijo Víktor—. Salí tranquilamente de casa de Lola y de repente vi...

—Idiota. Camina tranquilamente y ve. ¡Debería haber cruzado a la otra acera, urraca descerebrada!

—¿Y por qué debo cruzar a la otra acera?

—Pues porque uno de sus buenos conocidos se dedicaba a cumplir con sus obligaciones directas, y usted, como un carnero, se metió en medio.

—¿De qué buen conocido habla? —Víktor se irguió—. Allí no había ni un conocido.

—Ese conocido lo agredió por la espalda, con un puño americano. ¿Tiene conocidos que lleven puños americanos?

Víktor bebió su coñac de un trago. Recordó con toda claridad cómo Pavor, con la nariz roja por la gripe, sacaba del bolsillo un pañuelo y el puño americano caía estruendosamente al suelo, pesado, grueso, pavonado.

—Qué tonterías dice. —Víktor tosió un par de veces—. Pavor no pudo...

—No he mencionado ningún nombre —objetó Gólem.

—¿Y cuáles son esas obligaciones que él cumplía? —preguntó Víktor, que había puesto las manos sobre la mesa y se examinaba los puños muy apretados.

—Alguien necesitaba un leproso vivo. Un secuestro.

—¿Y yo interferí?

—Intentó interferir.

—¿Quiere decir que, de todos modos, lo atraparon?

—Y se lo llevaron. Dé las gracias de que no lo llevaron a usted también, para evitar filtraciones de información. A ellos no les interesa el destino de la literatura.

—Por lo tanto, Pavor… —comenzó a decir Víktor lentamente.

—No mencione nombres —le recordó Gólem con severidad.

—Hijo de puta. Bien, veremos… ¿Para qué les hacía falta un leproso?

—¿Cómo que para qué? Información… ¿De dónde pueden sacar información? Usted mismo lo ha visto: la cerca de alambre, los soldados, el general Pferd…

—¿Eso quiere decir que lo están interrogando ahora? —masculló Víktor.

—Murió —dijo Gólem después de un largo silencio.

—¿Lo mataron a golpes?

—No. Al contrario. —Gólem volvió a quedar en silencio durante unos minutos—. Son unos imbéciles. No le permitieron leer y murió de inanición.

Víktor lo miró en ese momento. Gólem sonreía con tristeza. O lloraba de pena. De repente, Víktor sintió horror y angustia, una angustia asfixiante. La luz de la lámpara de mesa se volvió opaca. Era algo parecido a un ataque al corazón. Víktor se ahogaba, y se desató con dificultad el nudo de la corbata.

«Dios mío —pensó—, qué porquería de persona, qué miserable, bandido, asesino a sangre fría… y después de esto, una hora después, se lavó las manos, se perfumó, calculó las alabanzas que recibiría de sus jefes y se sentó a mi lado, brindó conmigo, me sonrió y conversó conmigo como se conversa con un colega, y cuando yo me volvía se burlaba, tapándose la cara, seguramente se hacía guiños a sí mismo y después, con simpatía, me preguntó qué me había pasado en la cabeza…» Como a través de una niebla negra, Víktor veía cómo el doctor R. Kvadriga levantaba lentamente la cabeza, abría la boca reseca en un grito silencioso y comenzaba a buscar algo sobre el mantel con manos temblorosas, como un ciego, con los ojos como los de un ciego, volvía la cabeza a un lado y a otro y gritaba, gritaba, pero Víktor no oía nada… «Es correcto, yo también soy una mierda, una persona insignificante que nadie necesita, me pueden pisar la jeta con sus botas mientras me aguantan los brazos para que no pueda limpiarme, ¿para qué demonios podría necesitarme alguien? Debió pegarme más duro para que no me levantara, y yo me sentía como en un sueño, mis puños no causaban daño alguno. Dios mío, ¿por qué razón vivo, por qué razón vivimos todos? Es tan sencillo, aproximarse por la espalda y reventarme la cabeza con una barra de hierro, y nada cambiaría, nada cambiaría en el mundo, a mil kilómetros de aquí, en ese mismo segundo, nacerá otro anormal como yo…» El rostro grueso de Gólem se puso aún más fofo y se ennegreció a causa de la barba que le crecía, los ojos se le hundieron y quedó inmóvil en el butacón, como un odre de aceite rancio, sólo se movían sus dedos cuando agarraba lentamente una copa tras otra, arrancaba una pata sin hacer ruido, la dejaba caer y arrancaba otra, y otra más, y la dejaba caer… «Y no amo a nadie, no puedo amar a Diana, qué importa que duerma con ella, todos duermen con cualquiera, pero ¿acaso es posible amar a una mujer que no te ama? Y una mujer no puede amarte si tú no la amas, y todo da vueltas así en este maldito círculo de la vida, da vueltas como

una serpiente que persigue su cola, se acoplan y se separan como animales, pero los animales no inventan palabras ni componen versos, simplemente se acoplan y se separan...» Mientras, Teddy lloraba con los codos apoyados sobre el mostrador, con el mentón huesudo sobre sus puños huesudos, su frente calva brillaba con tonos azafranados bajo la lámpara, y por las mejillas hundidas le corrían las lágrimas una tras otra, y las lágrimas también brillaban bajo la luz de la lámpara... «Y todo eso porque soy una mierda, porque no soy un escritor, qué clase de escritor puedo ser si no soporto escribir, si escribir es un tormento, una tarea vergonzante, desagradable, algo parecido a un enfermizo envenenamiento fisiológico, a una diarrea, a apretar un grano para que salga el pus, lo odio, es terrible pensar que tendré que dedicarme a eso toda la vida, que ya estoy condenado y que ahora no me soltarán, sino que van a pedirme que siga, que siga, y yo seguiré, pero ahora no puedo, ni siquiera puedo pensar en ello, porque vomitaría...»

Bol-Kunats estaba de pie a espaldas de R. Kvadriga y miraba el reloj, delgadito, empapado, con el rostro mojado y fresco, con preciosos ojos negros, emitiendo un olor fresco que disipaba el aire denso, caliente y asfixiante, un olor a hierbas y a agua de manantial, olor a lilas, a sol, a libélulas que vuelan sobre el lago... Y el mundo regresó. Tras una esquina quedaba sólo un recuerdo impreciso, o una percepción, o el recuerdo de una percepción: un grito desesperado, que se interrumpía a la mitad, un chirrido incomprensible, un golpe, el crujido del vidrio... Víktor se lamió los labios y se estiró en busca de la botella.

—No necesito nada —balbuceaba el doctor R. Kvadriga, cuya cabeza yacía sobre el mantel—, ocúltenme. Que se vayan...

Gólem, preocupado, barría de la mesa los trozos de vidrio.

—Señor Gólem, perdone, por favor —dijo Bol-Kunats—, tengo una carta para usted. —Puso un sobre delante de Gólem y miró nuevamente el reloj—. Buenas noches, señor Bánev.

—Buenas noches —dijo Víktor, que se servía coñac.

Gólem leía la carta con atención. Tras el mostrador, Teddy se sonó la nariz ruidosamente en un pañuelo a cuadros.

—Oye, Bol-Kunats —dijo Víktor—, ¿tú viste quién me golpeó aquella vez?

—No —respondió Bol-Kunats, mirándolo a los ojos.

—¿Cómo que no? —Víktor frunció el entrecejo.

—Estaba de espaldas a mí —explicó el chico.

—Tú lo conoces. ¿Quién era?

Gólem emitió un sonido indefinido. Víktor se volvió rápidamente hacia él, pero el hombre, sin prestar atención a nadie, rompía la hoja de papel en trocitos muy pequeños que, después, se guardó en un bolsillo.

—Se equivoca —dijo Bol-Kunats—. Yo no lo conozco.

—Bánev —balbuceó R. Kvadriga—, te lo pido. No puedo seguir solo allí. Ven conmigo... Me da mucho miedo...

Gólem se levantó y buscó con un dedo en el bolsillo del chaleco.

—¡Teddy! Póngalo en mi cuenta —gritó finalmente—, y tome nota de que he roto cuatro copas... Me voy —dijo dirigiéndose a Víktor—. Medite y llegue a una decisión razonable. Quizá lo mejor para usted sería marcharse.

—Hasta la vista, señor Bánev —se despidió Bol-Kunats con educación.

A Víktor le pareció que el chico había hecho un gesto de negación de manera casi imperceptible.

—Hasta la vista, Bol-Kunats.

Se marcharon. Víktor, pensativo, terminó de beberse el coñac. Se acercó un camarero con el rostro hinchado, lleno de manchas rojas. Comenzó a recoger la mesa con movimientos inusitadamente torpes e inseguros.

—¿Lleva poco tiempo aquí? —preguntó Víktor.

—Sí, señor Bánev. Desde hoy por la mañana.

—¿Qué hay de Píter? ¿Está enfermo?

—No, señor Bánev. Se largó. No resistió. Seguramente, yo también me largaré…

—Llévelo después a su habitación —dijo Víktor mirando a R. Kvadriga.

—Sí, por supuesto, señor Bánev —respondió el camarero con voz vacilante.

Víktor pagó, se despidió de Teddy con un ademán y salió al vestíbulo. Subió al segundo piso, caminó hasta la puerta de Pavor, levantó la mano para llamar, permaneció allí inmóvil durante un rato y, sin golpear la puerta, bajó de nuevo. El conserje, sentado en la recepción, examinaba sus manos con asombro: las tenía mojadas, con mechones de cabellos pegados, y en su rostro, en las dos mejillas, tenía arañazos recientes. Miró a Víktor con ojos de enajenado. Pero ahora no podía prestar atención a todas aquellas rarezas, eso sería algo cruel y carente de tacto, y tampoco podía hablar de ello, era necesario hacer como si nada hubiera ocurrido, todo aquello debía aplazarse para después, para mañana, quizá para pasado mañana.

—¿Dónde vive ese… —preguntó Víktor—, sabe usted, ese joven de gafas que anda siempre con un portafolios?

El recepcionista vaciló. Como buscando una salida, miró la pizarra con las llaves de las habitaciones, y después, respondió de todos modos.

—En la trescientos doce, señor Bánev.

—Gracias —dijo Víktor, y puso una moneda sobre el mostrador.

—Pero a ellos no les gusta que los molesten —le advirtió el empleado con indecisión.

—Lo sé. No me propongo molestarlos. Sólo era una pregunta, me dije que si era un número par, todo iría bien.

El conserje sonrió a medias.

—¿Y qué problemas puede tener usted, señor Bánev? —dijo con respeto.

—De todo tipo —suspiró Víktor—. Grandes y pequeños. Buenas noches.

Subió al tercer piso moviéndose lentamente, con lentitud intencionada, como para tener tiempo de meditarlo todo, de sopesarlo, de predecir las posibles consecuencias y planificar tres movimientos por delante, pero en realidad sólo pensaba en que la alfombra que cubría las escaleras debería haberse sustituido hacía tiempo, estaba gastada y raída. Y sólo antes de llamar a la puerta de la trescientos doce (una suite: dos dormitorios y un salón, televisor, radio multifrecuencia, nevera y bar), estuvo a punto de decir en voz alta: «¿Sois cocodrilos, caballeros? Mucho gusto. Ahora os vais a devorar mutuamente».

Tuvo que llamar repetidas veces. Primero con delicadeza, sólo con los nudillos. Cuando no respondieron, golpeó con más decisión, con el puño, y cuando tampoco reaccionaron a ello, sólo chirrió el piso y alguien resopló junto a la cerradura, entonces se volvió de espaldas y pateó la puerta con el tacón, esta vez de manera totalmente grosera.

—¿Quién es? —preguntó finalmente una voz tras la puerta.

—Un vecino —respondió Víktor—. Abra un momento.

—¿Qué quiere?

—Tengo que decirle un par de cosas.

—Venga por la mañana —dijo la voz tras la puerta—. Estamos durmiendo.

—Váyase al demonio —pronunció Víktor, irritado—. ¿Quiere que me vean aquí? Abra, ¿qué es lo que teme?

Sonó la cerradura y la puerta se entreabrió. Por la ranura apareció el ojo empañado del profesional larguirucho. Víktor le mostró las manos extendidas.

—Dos palabras —dijo.

—Entre. Pero no haga tonterías.

Víktor entró en el recibidor, el larguirucho cerró la puerta a sus espaldas y encendió la luz. El recibidor era de dimensiones reducidas, apenas cabían los dos en la habitación.

—Bien, hable.

El larguirucho vestía un pijama, manchado de algo por delante. Asombrado, Víktor olfateó: el larguirucho olía a licor. Mantenía la mano derecha en el bolsillo, como era de recibo.

—¿Vamos a conversar aquí? —preguntó Víktor.

—Sí.

—Pues no. Aquí no digo nada.

—Como quiera —dijo el larguirucho.

—Como quiera —repitió Víktor—. Ya no estoy interesado.

Ambos callaron. El larguirucho, sin ocultarse, examinaba atentamente a Víktor con los ojos.

—¿Se apellida Bánev?

—Creo que sí.

—Aja —dijo el larguirucho, sombrío—. Usted no es nuestro vecino. Vive en el segundo piso.

—Vecino del hotel, no del piso —explicó Víktor.

—Aja. No entiendo qué es lo que quiere.

—Tengo que darle cierta información —dijo Víktor—. Pero creo que ya me estoy arrepintiendo.

—Está bien —cedió el larguirucho—. Vamos a las duchas.

—¿Sabe una cosa? Mejor me marcho.

—¿Y por qué no quiere ir a la ducha? ¿Qué caprichos son ésos?

—Mire, lo he pensado mejor. Creo que me marcho. A fin de cuentas, eso no es asunto mío —concluyó Víktor e hizo un movimiento.

El larguirucho crujía a causa de las contradicciones que lo sacudían.

—Creo que es usted escritor —dijo—, ¿o lo estaré confundiendo con alguien?

—Escritor, sí, escritor. Hasta la vista.

—No, no, aguarde. Haber empezado por ahí. Vamos, venga usted por aquí.

Entraron en el salón, lleno totalmente de cortinas; a la derecha, a la izquierda, delante, ante una enorme ventana, sólo cortinas. Un enorme televisor en un rincón deslumbraba con su pantalla en colores, aunque el sonido estaba desactivado. Desde otro rincón, miraba a Víktor el joven de gafas, también en pijama y pantuflas, sentado en un butacón mullido bajo una lámpara de pie. A su lado, sobre la mesita de las revistas, se erguía una botella rectangular y un sifón. El portafolios no se veía por ninguna parte.

—Buenas noches —saludó Víktor.

El joven inclinó la cabeza en silencio.

—Viene a verme —dijo el larguirucho—, no le prestes atención.

El joven volvió a hacer un gesto de asentimiento y se ocultó tras un periódico.

—Venga por aquí —dijo el larguirucho, entraron en el dormitorio de la derecha y el hombre se sentó en la cama—. Ahí tiene un butacón. Siéntese y

hable.

Víktor se sentó. El dormitorio olía intensamente a humo de tabaco y a agua de colonia del ejército. El larguirucho estaba sentado en la cama y miraba a Víktor sin sacar la mano del bolsillo. En el salón se oía crujir el periódico.

—Está bien —dijo Víktor; no se trataba de que hubiera logrado sobreponerse del todo a la repulsión, pero si había ido allí, tenía que hablar—. Me hago idea, más o menos, de quiénes son ustedes. Quizá me equivoque, y entonces todo está en orden. Pero si no me equivoco, les será útil saber que les están siguiendo e intentan ponerles obstáculos.

—Supongamos que sea así. ¿Quién nos sigue?

—Un hombre llamado Pavor Summan está muy interesado en ustedes.

—¿Qué? —se asombró el larguirucho—. ¿El inspector sanitario?

—No es inspector sanitario. En suma, eso es todo lo que quería decirles.

Víktor se levantó, pero el larguirucho ni se movió.

—Sigamos suponiendo. ¿Cómo sabe usted eso?

—¿Tiene importancia? —preguntó Víktor.

—Digamos que no la tiene —contestó el larguirucho tras meditar unos instantes.

—Lo suyo es comprobarlo —dijo Víktor—. Y yo no sé nada más. Hasta la vista.

—Aguarde, ¿qué prisas son ésas? —dijo el larguirucho; se inclinó hacia la mesita al lado de la cama, y sacó una botella y un vaso—. Primero, quería entrar, y ahora ya se va... ¿No le importa que bebamos del mismo vaso?

—Depende de lo que sea —dijo Víktor y se sentó otra vez.

—Escocés. ¿Vale?

—¿Escocés auténtico?

—El mejor *scotch.* Tenga. —Le tendió el vaso a Víktor.

—Qué bien vive alguna gente —dijo Víktor y bebió.

—Nunca como los escritores —dijo el larguirucho y bebió a su vez—. Cuéntemelo todo por orden...

—Deje eso. A usted le pagan por ello. Ya le dije el nombre, la dirección la saben, ocúpense entonces. Además, yo no sé nada más. Quizá sólo... —Víktor se detuvo e hizo como si lo hubiera recordado de repente.

—¿Qué? —preguntó el larguirucho. Había picado de inmediato—. ¿Qué?

—Sé que él secuestró a un leproso y que actuaba conjuntamente con los legionarios de la ciudad. Cómo se llama... Flamenta... Yuventa...

—Flamin Yuventa —corrigió el larguirucho.

—Exactamente.

—Lo del leproso... ¿es seguro?

—Sí. Yo intenté impedirlo, y el señor inspector sanitario me golpeó la cabeza con un puño americano. Y después, mientras yo yacía sin sentido, se lo llevaron en un coche.

—Vaya, vaya —pronunció el larguirucho—. Así que ése fue Summan... ¡Usted es un tipo duro, Bánev! ¿Quiere más whisky?

—Sí.

No importa qué se decía a sí mismo, qué argumentos enumeraba para justificarse: se sentía mal.

«Al diablo —pensó—. Debo agradecer, por lo menos, el hecho de que no sirvo como soplón. No me causa el menor placer ni siquiera el hecho de que ahora se van a devorar mutuamente. Gólem tenía razón: no tenía por qué meterme en este lío... ¿O Gólem es más pícaro de lo que creo?»

—Por favor —dijo el larguirucho, mientras le tendía un vaso lleno.

SIETE
Félix Sorokin. Metales.

Dormí bien aquella noche, sin pesadillas. Soñé con un nombre: Katia. Sólo el nombre, nada más.

Me desperté tarde y decidí desayunar en La Perla. En nuestro barrio residencial existe esa institución para bebedores, ubicada exactamente frente a la casa regional de los pioneros. El aspecto exterior de ese establecimiento es bastante extraño, más bien recuerda el famoso blocao finlandés Millonésimo, destruido por el impacto directo de una bomba de mil kilos: trozos de aburrido hormigón gris que sobresalen sin ton ni son, salpicados de fragmentos herrumbrosos de armazón de acero, que según el proyecto del arquitecto deberían representar algas marinas, y al nivel de la acera se extienden aspilleras-ventanas. Y dentro de aquel establecimiento, bastante acogedor, nada de finezas: una entrada con un guardarropa, a continuación un salón circular, bien iluminado, donde siempre hay cerveza y tapas frías; los platos calientes habituales son strogonof y carne en cazuela de barro, pero nunca he visto que sirvieran langostinos. De vez en cuando voy allí a desayunar, siempre que me siento aburrido de los huevos duros y el yogur de frutas.

Llegué exactamente en el momento en que abrían, me quité con prisa el abrigo y me senté en una mesa junto a la ventana. El dependiente, cuya espontaneidad combinaba de manera extraña con cierto aire de sombría somnolencia, me trajo una jarra de cerveza y tomó mi pedido de carne en cazuela de barro. Había gente que conversaba y fumaba. En ayunas.

Nadie se sentaba a mi mesa, aunque ante mí el asiento permanecía libre. Por una parte, aquello era excelente, por supuesto. No soporto conversar con desconocidos. Por otra parte, se me ocurrió de repente que eso me había ocurrido antes: en los trolebuses, o en el metro, en establecimientos de ese tipo, donde nadie me conoce, el lugar que queda libre al lado mío es ocupado en última instancia, cuando no quedan más sitios libres. En alguna parte había leído que hay personas cuyo aspecto es suficiente para inducir en los extraños timidez, repulsión o un deseo instintivo de mantenerse lejos. Y después de pensar en eso, mis ideas volaron enseguida hacia la carta recibida el día anterior. Vaya, otro pequeño hecho para ratificar, aunque sea oblicuamente, que aquella carta no era una broma estúpida, que alguien había percibido en mí algo ajeno, algo que le hacía tener ideas fantásticas. Pero, de todos modos, lo fundamental no estaba de ninguna manera en esas tonterías, sino en mis *Cuentos infantiles modernos.*

Dios mío, aquel libro era como un auténtico bebé: causaba más molestias y amarguras que alegrías y satisfacciones. Los redactores lo picaron en juliana, lo hicieron fideos, y a no ser por Mirón Mijáilovich, lo habrían convertido en algo monstruoso. Y cuando, a pesar de todo, se publicó, los críticos se lanzaron contra él.

En aquella época, la ciencia ficción apenas comenzaba a formarse, aún era torpe, indefensa, sufría las enfermedades genéticas de los años cuarenta, y los críticos la consideraban algo así como el muñeco de arcilla que se utiliza para practicar las cargas de caballería. Leía las reseñas de *Cuentos infantiles modernos,* me hervía la sangre en las venas, y ante mis ojos, como en una pantalla, se levantaba un apuesto jinete pálido enfundado en una ceñida

chaqueta circasiana, con la mirada muerta de un verdugo inclemente, terminaba de fumar su cigarrillo de tabaco negro, retiraba la colilla ensalivada de la boca con cuidado, utilizando dos dedos, miraba mi libro indefenso con ojos entrecerrados, sacaba lentamente el sable de la vaina, tomaba impulso con facilidad, se ponía de puntillas y alzaba sobre su cabeza la hoja de acero…

Escribían, diciendo que yo imitaba los peores modelos norteamericanos. (Ahora, esos modelos son considerados los mejores.) Escribían que yo ponía a la gente en un segundo plano y a las máquinas en primero. (En mi libro no había máquinas, quizá sólo autocares.) «¿Dónde ha visto el autor a semejantes héroes?», le preguntaban a alguien. «¿Qué puede enseñarle ese tipo de literatura a nuestro lector?», se preguntaban. «La publicación del escuálido libro de Sorokin ha sonado como una nota falsa en el trabajo de la editorial…»

Y después, como un trueno, apareció la crítica de Gagashkin y el artículo humorístico de Brizheikin en *El Informador Voluntario;* yo aterricé en el hospital, y sólo entonces mis benefactores de alto nivel se dieron cuenta de que estaban haciendo trizas a una buena persona delante de sus ojos, a una persona que quizá se había colocado en una posición absurda, pero buena de todos modos, y tomaron medidas. No me gusta recordar ese episodio.

En aquella época aún no había leído las *Crónicas marcianas,* ni siquiera sabía de la existencia de ese libro. Escribí mis *Cuentos infantiles modernos* sin tener la menor idea de que estaba creando unas *Crónicas marcianas* al revés: un ciclo de historias cómicas y tristes sobre cómo colonizaban nuestra Tierra los extraterrestres. Para mí, lo fundamental del libro era intentar echar una mirada a nosotros, a nuestra vida cotidiana, a nuestras pasiones y esperanzas, con ojos de extraños, y no de unos extraños malévolos, sino únicamente indiferentes, con pensamientos y percepciones diferentes. Creo que salió algo divertido, por Dios, pero hasta ahora hay críticos que me consideran un renegado de la gran literatura, y resulta que hay lectores que me toman por uno de los protagonistas de aquel libro…

El camarero me trajo la carne en cazuela de barro, pedí otra jarra de cerveza y me puse a comer.

—¿Me permite? —se oyó una voz queda, algo ronca.

Levanté los ojos y vi a mi lado, de pie, con la mano sobre el respaldo de la silla libre, a un jorobado corpulento que llevaba un jersey y unas bambas gastadas, de rostro pálido y estrecho, enmarcado en rizados cabellos dorados que le llegaban a los hombros. Asentí con un huraño movimiento de cabeza y el hombre se sentó de lado. Al parecer, la joroba le molestaba. Se acomodó, colocó ante sí una delgada carpeta negra, y se dedicó a tamborilear sobre ella con las uñas. El camarero trajo mi cerveza y miró interrogativamente al jorobado.

—Si es posible, me trae lo mismo —dijo.

Terminé de comer la carne, agarré la jarra de cerveza y entonces me di cuenta de que el jorobado me miraba atentamente, en sus grandes labios jugueteaba una sonrisa que yo hubiera clasificado como cortés, de no ser tan poco decidida. Me di cuenta de que se pondría a conversar conmigo, cosa que hizo.

—Se trata de que me han aconsejado hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Pues, sí. Precisamente con usted.

—Bien. ¿Y quién se lo ha aconsejado?

—Pues… —Se puso a examinar el entorno estirando mucho el cuello, como si quisiera ver por encima de las cabezas—. Qué raro, ahora mismo estaba sentado

allí... ¿Dónde está?

Lo miré. Iba algo guarro. De las mangas de su jersey, algo sucio, asomaban los puños ennegrecidos de su camisa, cuyo cuello también estaba sucio y grasiento; sus manos de dedos largos no se habían lavado en mucho tiempo, al igual que sus cabellos dorados o el rostro pálido, con una barba blanquecina de varios días en las mejillas y el mentón. Y olía a nido de pájaros, un olor ácido, levemente desagradable. Era un tipo raro: un aspecto demasiado respetable para ser un alcohólico, pero demasiado abandonado para ser lo que se llama una persona decente.

—Se ha ido —dijo, con voz culpable—. Al diablo con él... Mire, me dijo que usted podría entender, si no creer.

—Lo escucho —dije, suspirando abiertamente.

—¡Entonces... aquí está! —Empujó su carpeta hacia mí por encima de la mesa e hizo un gesto con la mano, invitándome a abrirla.

—Perdone —le dije con firmeza—, pero nunca leo manuscritos ajenos. Diríjase...

—No es un manuscrito —repuso con presteza—. Quiero decir, no es lo que usted piensa.

—Me da igual.

—No, por favor... ¡Esto le interesará! —Y al ver que yo no tenía intenciones de tocar la carpeta, él mismo la abrió delante de mí.

Se trataba de partituras.

—Oiga...

Pero no quería oír. Bajando la voz e, inclinándose hacia mí por encima de la mesa, se puso a contarme en qué consistía todo, realizando movimientos propios de un orador con la mano derecha y haciéndome llegar los complejos aromas de un nido de pájaros y un barril de cerveza.

El asunto que lo había llevado a mí era que quería venderme, sólo por cinco rublos, la auténtica y única partitura de las trompetas del juicio final. Él mismo había traducido el original a la notación musical contemporánea. ¿Dónde la había obtenido? Era una historia muy larga, que resultaba difícil de exponer en términos entendibles por todos. Él... cómo decirlo..., bueno, era un ángel caído. Estaba aquí abajo sin medios para la subsistencia, únicamente lo que tenía en los bolsillos. Era prácticamente imposible encontrar trabajo porque, claro está, no tenía documentos... soledad... inutilidad... falta de perspectivas. Sólo cinco rublos, ¿acaso era caro? Bien, digamos, que sean tres, aunque le habían ordenado no volver con menos de cinco...

Muchas veces había escuchado historias más o menos lagrimosas sobre billetes de tren perdidos, pasaportes robados, pisos que habían ardido hasta los cimientos. Esas historias habían dejado de despertar en mí no solo la compasión, sino ni siquiera el asco más elemental. En silencio, metía dos monedas en la mano tendida y me alejaba del lugar del encuentro con la mayor celeridad posible. Pero la historia que me había tratado de vender aquel jorobado de cabellos dorados me parecía asombrosa desde un punto de vista puramente profesional. ¡El guarro ángel caído tenía mucho talento! Aquella invención hubiera sido digna del propio H.G. Wells. El destino del billete de cinco rublos estaba decidido, por supuesto. Pero quería comprobar cuan sólida era aquella historia. Más bien, cuan compleja era.

Tomé la partitura y le eché un vistazo. Nunca había entendido absolutamente nada en aquellos garabatos y comas.

—Bien. Usted asegura que si se toca esta melodía, digamos, en el

cementerio…

—Sí, por supuesto. Pero no se debería hacer. Sería demasiado cruel…

—¿Para quién?

—¡Para los muertos, claro! Usted los condenaría a vagar miles y miles de años, sin un lugar de reposo, por todo el planeta. Además, piense en sí mismo. ¿Está dispuesto a ver semejante espectáculo?

—Entonces, ¿para qué podría servirme la partitura? —pregunté. Su razonamiento me había gustado.

Se asombró muchísimo. ¿Acaso no me interesaba tener semejante cosa a mi disposición? ¿No me gustaría tener el clavo con el que clavaron la mano de Cristo en la cruz? ¿O, por ejemplo, la losa de piedra en la que Satanás había dejado las huellas fundidas de sus cascos mientras estuvo en pie sobre el féretro del papa Gregorio VII Hildebrandt?

Me encantó aquel ejemplo con la losa de piedra. Eso sólo podía decirlo una persona que no tuviera la menor idea de lo que era un piso de reducidas dimensiones.

—Bien —le dije—, ¿y si tocamos esta melodía no en un cementerio, sino en otro lugar, digamos que en el Parque Gorki?

—Seguramente, eso no debe llevarse a cabo —dijo el ángel caído encogiéndose de hombros con indecisión—. ¿Cómo podemos saber qué hay en ese parque bajo el asfalto, a tres metros de profundidad?

—Derechos de autor —le dije, sacando cinco rublos y poniéndolos ante el jorobado—. Siga así. Tiene imaginación.

—Yo no tengo nada —respondió el jorobado con angustia en la voz.

Se guardó al descuido los cinco rublos en el bolsillo de los vaqueros, se levantó y, sin despedirse, echó a andar entre las sillas.

—¡Llévese las notas! —le grité.

Pero no se volvió.

Me quedé allí sentado, esperando al camarero para pagar, y mientras tanto me puse a revisar la partitura. Eran sólo cuatro hojitas, y en el reverso de la última descubrí una nota precipitada:

av. Granovski 19. La Perla, abr. cuadros.

Seguramente, en los últimos días mis nervios andaban disparados, los acontecimientos eran excesivos y aquel que controlaba mi destino se había excedido en su generosidad. Por eso, apenas leí las palabras «abr. cuadros», me levanté de un salto como si me hubieran clavado un punzón, y miré por la aspillera que servía de ventana, primero a la izquierda y luego a la derecha. Estuve a punto de perderme la escena: el tipo aquel del abrigo reversible a cuadros apretaba con fuerza el codo del jorobado de cabellos dorados que vestía una desaliñada capa de lona. Ambos desaparecieron de mi campo de visión.

Me dejé caer en la silla y me puse a beber.

Semejante final de aquella historia divertida, aunque no tan agradable, me causó tan mal efecto que sentí deseos de regresar inmediatamente a casa y no ir ese día a parte alguna. En mi imaginación giraban sospechas incoherentes, aparecían y desaparecían tramas repulsivas, pero finalmente triunfó la idea más saludable y realista: «¿Qué podré decirle a Fiódor Mijéich?».

Llegó el camarero y pagué sin chistar mi carne, mi cerveza y la cerveza que el ángel caído no había terminado de beber. A continuación, recogí mi carpeta, metí en ella la partitura, dejé sobre la mesa la carpeta del jorobado y fui al

guardarropa, a ponerme el abrigo.

Mientras iba a la calle Bánnaia, estuve vigilando sigilosamente a ver si aparecía la figura del abrigo reversible a cuadros, pero no la vi.

Esta vez, la sala de conferencias estaba vacía y sumida a medias en las tinieblas. Pasé entre las filas de asientos, llegué a la puerta con el letrero de «Escritores aquí» y llamé. Nadie me respondió, abrí con sigilo la puerta y entré en un recinto bien iluminado, parecido a un pasillo corto. Al final de aquel pasillo había otra puerta, sobre la cual se veía un pequeño semáforo, semejante a los cacharros de vidrio que se ponen habitualmente sobre la entrada a los gabinetes de rayos X. La mitad superior del pequeño semáforo estaba iluminada, mostrando un letrero: ¡no entrar! La mitad inferior estaba a oscuras, pero en ella se podía leer sin dificultad otro letrero: entrar. Había varias sillas colocadas a lo largo de la pared derecha del pasillo, y en una de ellas, hecho un auténtico nudo y apoyando las manos sobre un cartapacio que descansaba de canto sobre sus rodillas flacas, estaba el mismísimo Grano Purulento.

Al verlo, algo se agitó dentro de mí, en la boca del estómago, y como siempre pensé: «¡Mira eso, si está vivo! ¡Sigue vivo!».

Lo saludé. Él me respondió e hizo como una masticación con su mandíbula caída. Me senté a dos sillas de él y comencé a mirar la pared que tenía delante. No veía nada que no fuera aquella pared, bastante descascarillada, pintada chapuceramente de un aceitoso color verde amarillento, pero percibía físicamente cómo los ojos desteñidos de aquel anciano me palpaban de lado, atenta y detalladamente, cómo a un paso de mí se desarrollaba una ardua labor intelectual: a una velocidad de ordenador se revisaban las tarjetas en las que todo estaba escrito: fue o no fue, participó o no, todos los hechos, todos los rumores, todos los cotilleos y todas las interpretaciones posibles de los rumores, y los indispensables comentarios a los rumores, y se estructuraban esquemas, se obtenían ciertos resultados, se llegaba a conclusiones que, con toda probabilidad, se necesitarían más tarde.

Yo me daba cuenta de que todo aquello no era más que mi psicosis. Era difícil que aquel miserable anciano me conociera, pero si me conocía, nada de eso se hacía de esa forma, los tiempos habían cambiado, era un hombre anciano, que nadie necesitaba y no constituía un peligro para nadie. No pasa un año sin que corra el rumor de que ha estirado la pata; ahora era más un personaje de relatos históricos que una persona viva, una sombra infecta que se había arrastrado a través de los años hasta llegar a nuestro tiempo. Y, de todos modos, no podía tranquilizarme. Tenía miedo.

Entonces, el anciano habló. Su voz chirriaba, apenas se entendía, seguramente a causa de una prótesis dental de mala calidad. Pero pude entender que él consideraba que aquel invierno estaba nevando en exceso, y decía algo más sobre el estado del tiempo.

Había hablado conmigo por primera vez en mi vida. Sus palabras eran totalmente banales, cualquier persona habría podido pronunciarlas. Pero, como en un chiste, yo sentía el deseo de cruzar los brazos delante de mí para protegerme, y gritar: «¡Pero si habla...!».

Hace muchos años, cuando yo era relativamente joven, con una honestidad interior absoluta y una estupidez a toda prueba, se me ocurrió de repente (como si me hubieran echado encima un balde de agua helada) que todos aquellos protagonistas lúgubres y repulsivos de los rumores más horribles, los epigramas más sucios y las leyendas más sangrientas, no vivían en el espacio abstracto de los relatos, de eso nada. Vi a uno de ellos sentado a la mesa vecina, rozagante y

algo bebido, que soltaba tacos y pescaba una aceituna en la sopa. Y otro, cojeando de la pierna afectada por la artritis, bajaba a su encuentro por las escaleras de mármol blanco. Y aquél redondito, siempre sudado, que corría por los pasillos del soviet de Moscú, agitando listas de escritores que necesitaban una vivienda…

Y cuando todo aquello llegó hasta mi conciencia, surgió una pregunta dolorosa: ¿Cómo tratarlos? ¿Cómo tratar a aquellas personas que, según todas las reglas morales y éticas conocidas por mí, eran unos delincuentes sin remedio, unos verdugos, peor todavía, unos traidores? Los rumores decían que a veces les daban una bofetada, les echaban por encima un plato de sopa en un restaurante o les escupían al rostro públicamente. Según los rumores. Yo, en persona, nunca había visto nada de eso. Según los rumores no les daban la mano, volvían la cara al tropezárselos, les decían duras palabras en reuniones y asambleas. Sí, algo de eso había, pero no he sido testigo de ningún incidente semejante en cuya base no hubiera algo carente de nobleza: un viaje de vacaciones que le habían quitado a alguien, un adulterio banal, una reseña interna que se había filtrado al público.

Ellos se paseaban entre nosotros con los brazos manchados de sangre hasta los codos, con su memoria putrefacta llena de detalles inconcebibles, con la conciencia asfixiada o quizá ya muerta, herederos de pisos mostrencos, de manuscritos mostrencos, de puestos mostrencos. Y no sabíamos qué hacer con ellos. Éramos jóvenes, honestos y ardientes, deseábamos abofetearlos, pero se trataba de ancianos, y sus mejillas marchitas, fláccidas, estaban llenas de arrugas y no era decente pisotear a los caídos; queríamos clavarlos al poste del escarnio, pero parecía que ya los habían clavado y escarnecido, ya estaban en el basurero y nunca levantarían la cabeza. ¿Ejemplo edificante para las nuevas generaciones? Pero aquella pesadilla nunca se volvería a repetir, ¿acaso las nuevas generaciones necesitaban esos ejemplos edificantes? Y, en general, parecía que uno o dos años después, ellos desaparecerían en el abismo de la historia y no sería necesario preguntarse si al tropezárselos había que darles la mano o volver demostrativamente la cara…

Pero pasó un año, pasó otro más y de alguna manera imperceptible, todo cambió. En verdad, alguno que otro desapareció, pero la mayoría no tenía la menor intención de hundirse en ningún abismo. Como si nada, soltando tacos con aire bonachón, continuaban pescando aceitunas en la sopa, se apresuraban a bajar cojeando las escaleras de mármol para asistir a reuniones, corrían agitados por los pasillos de las altas instancias, mostrando listas hechas y ratificadas por ellos mismos. Los epigramas sucios y las leyendas sangrientas se hundieron en el abismo de la historia, pero sus protagonistas (que al verlos de cerca perdían su carácter de antihéroes de manual) volvieron a mezclarse con elementos semejantes, con el medio circundante, diferenciándose de nosotros quizá por la edad, por sus relaciones y por la nítida comprensión de que ahora lo oportuno era tener paciencia y esperar.

Y nos dedicábamos a solicitarles los viajes de vacaciones y las ayudas, nos quejábamos ante ellos de la arbitrariedad editorial, escribíamos reseñas condescendientes sobre sus obras, buscábamos su apoyo en todo tipo de comisiones y ya nos parecía algo idiota pensar si al encontrarnos con el camarada tal había que darle la mano o no. Ay, ¿que en tal año condenó a muerte a Ivanov, Petrov y a dos Rabinóvich? Oigan, de eso acusan a muchos. La mitad de nuestros ancianos acusa de semejantes pecados a la otra mitad, y lo más probable es que ambas mitades tengan razón. Basta ya. ¿Acaso los de ahora son mejores?

No juzgues y no serás juzgado. Nadie sabe nada hasta que no lo vive. No hay que echarle la culpa al espejo. Y lo más seguro: no escupas en el pozo y no mees contra el viento.

Porque da miedo. Y siempre ha dado miedo. Desde el principio.

Aquel vil anciano que estaba sentado a dos sillas de distancia podía hacer cualquier cosa contra mí. Escribir una denuncia. Dejar caer una insinuación. Expresar su incomprensión. O su convicción. Aquel bicho me parecía un rudimento de una época totalmente diferente. O de otro tipo de condiciones existenciales. Cruzas la calle con la luz roja, y el bicho te devora las piernas. Escribes una palabra inadecuada en tu manuscrito, y el bicho te devora las manos. Ganas dinero con bonos del estado, y el bicho te devora la cabeza. Estás totalmente indefenso ante él, pues no conoces y nunca conocerás las reglas según las cuales caza ni los objetivos de su existencia. Alguno de los escritores de ciencia ficción, no sé si sería Efrémov o Beliáev, describió una bestia monstruosa, llamada «guishu», devoradora de elefantes en la antigüedad, que había logrado sobrevivir hasta la época humana. El hombre no sabía cómo escapar de la bestia porque no entendía su comportamiento, y no lo entendía porque ese comportamiento había surgido en una época en la que el hombre no existía ni podía existir. Y el hombre sólo podía salvarse del guishu de una manera: uniéndose con sus semejantes y matando…

Hablamos del estado del tiempo. Después de callar un rato, volvimos a hablar del estado del tiempo. Después, él comenzó a quejarse de lo mal que estaba organizado aquello, un tercer piso sin ascensor, por una escalera de caracol. Preferí callar, ese tema me parecía resbaladizo.

En ese momento se abrió la puerta del semáforo y de allí salió Petia Skorobogátov.

—Dios mío, ¿qué te ocurre? —exclamé, levantándome a su encuentro.

Petia tenía la cabeza envuelta en vendas blancas, como un turbante. Su mano izquierda también estaba vendada y era gruesa como un tronco, la llevaba en cabestrillo. La mano derecha de Petia se apoyaba en un bastón.

«¿Qué le han hecho?», pensé con horror.

Al momento quedó claro que ellos no le habían hecho nada, que el día anterior, cuando regresaba de la asamblea, se distrajo discutiendo con el presidente del comité local y nuestro Trepa Nacional resbaló en los escalones y cayó por la escalera de caracol, desde el tercer piso hasta el primero. Hubo que llevar a tres personas al hospital; allí seguían todavía. Después de la trepanación. Pero él, Petia, estaba perfectamente.

—Pues caí dando vueltas por la escalera de caracol, del tercero al primero. Cabeza, pies, cabeza, pies. ¡Y, como ves, casi nada! Tuve suerte, me agarré al presidente, es un tipo gordito, mullido…

Se sentó a mi lado y estiró la pierna dañada. Él, como pato en el agua, nunca se mojaba con nada. Sin fijarse en tonterías tales como una oreja casi arrancada, un brazo dislocado, un esguince en el tobillo, comenzó a contarme una trola sobre cómo lo habían citado el día antes por la tarde al Comité Estatal de Editoriales y le habían propuesto publicar sus obras en dos tomos, en edición de lujo. Los libros serían ilustrados por los Kukriniksi[8] y serían impresos en una tipografía de Leipzig…

[8] Seudónimo colectivo utilizado por los famosos dibujantes y caricaturistas Mijaíl Kupriiánov, Porfiri Krilov y Nikolai Sokolov, que durante más de cuarenta años publicaron sus obras en el semanario satírico *Krokodil. (N. del T.)*

Al oír hablar de Leipzig, miré involuntariamente a mi derecha. Por suerte, el Grano Purulento no estaba.

—Y tú, ¿qué? —gritó Petia de repente, arrancándome la carpeta de las manos—. ¡Ah! ¿También te dedicas a la música? —preguntó al ver las partituras—. Deja eso, no te lo aconsejo. Es perder el tiempo. —Me devolvió la carpeta—. Ahora mismo, yo... Te juro que yo mismo me sorprendí. He recibido una calificación de locura. Simplemente, de locura. Ese tipo no me ha querido devolver los manuscritos. «No se los daré —me dice—, los utilizaré de baremo». Y yo le explico: «De qué baremo hablas, lo he escrito a la carrera, fue un pedido casual». Y él me responde: «Para usted será un pedido casual, para nosotros es un baremo». ¡No, Félix, no se puede engañar a la máquina, ni se te ocurra!

De nuevo se abrió la puerta del semáforo y el Grano Purulento regresó al pasillo. Cruzó el umbral, cerró bien la puerta a sus espaldas y se detuvo. Estuvo allí varios segundos, apoyando una mano en la pared mientras apretaba su cartapacio con la otra. Su rostro era verde, como el de un cadáver descompuesto, su boca estaba entreabierta y se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Cómo es posible? —siseó, esta vez con toda claridad—. ¿Cómo es eso posible? Yo mismo, con mis propios ojos…

Se tambaleó, Petia y yo corrimos hacia él, para sostenerlo. Pero nos rechazó con la mano en la que llevaba el cartapacio.

—Yo mismo, personalmente… —gritó, en un chillido, mirando al espacio entre nosotros—. Yo, personalmente… ¡Yo mismo!

—Tonterías —le dijo Petia, animoso, mientras le rodeaba la cintura con la mano donde llevaba el bastón—. No ha ocurrido nada de importancia. Eso ya pasó antes y pasará muchas veces, Mefodi Kirílich…

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? —le preguntó Mefodi Kirílich con cierta desesperación en la voz—. ¿No será que han sonado las trompetas del juicio final?

—¡No, no, no, no, no, no! —objetó Petia—. Eso se lo garantizo. Las únicas trompetas que sonarán serán las de la banda municipal. Sentémonos, Mefodi Kirílich, hay que tomar aliento…

—¡Yo, personalmente!… —gritó ronco el anciano, mientras se sentaba, obediente—. Y después, lo leyó…

—Usted, Mefodi Kirílich, leyó las líneas, y había que leer entre líneas —explicó Petia mientras me hacía un guiño descarado—. Seguramente, había un texto oculto que usted no captó. Por consiguiente, la máquina lo ha engañado.

—¿Qué texto oculto? ¿Qué máquina? Oiga, joven, ¿acaso entiende de qué estoy hablando?

Todo aquello me resultaba penoso y repulsivo, volví el rostro y vi que en el semáforo estaba ahora encendido el letrero de entre. Me levanté de mi asiento como un sonámbulo y acepté la invitación.

En alguna ocasión había visitado un centro de informática, por lo que los grandes armarios grises, los paneles llenos de lámparas parpadeantes, las pantallas y medidores no llamaron mi atención en aquel recinto grande y bien iluminado. Lo más extraño e interesante era el hombre que estaba sentado tras el escritorio, revisando carpetas y rollos de papel.

Tenía mi edad al parecer, era flaco, de cabellos castaño claro, ralos, de rasgos corrientes, en los que a la vez había detalles imperceptiblemente significativos. En aquel rostro algo causaba alarma, había algo en él que concitaba una necesidad interior de centrarse y hablar poco, hablar literariamente y sin la menor jactancia. Vestía una bata azul de laboratorio,

puesta por encima de un traje gris, una camisa de blancura nívea y una corbata pasada de moda, discreta, con un nudo también pasado de moda.

—Por favor, cierre bien la puerta —pronunció con una voz suave y agradable.

Miré a mis espaldas y vi que había dejado la puerta entreabierta, me disculpe y la cerré. A continuación me presenté. Algo cambió en el rostro del hombre y me di cuenta de que conocía mi nombre. Por cierto, él no dijo el suyo.

—Mucho gusto —se limitó a responder—. Si me permite, echemos un vistazo a lo que nos ha traído. Venga para acá, siéntese.

En estas palabras, tan simples y corrientes, me pareció oír cierta superioridad, tan clara que de repente sentí la necesidad de explicarme, de justificarme, de decirle que no estaba eludiendo nada, que así de complicadas habían sido mis circunstancias en los últimos tiempos, que en general yo había estado allí el día anterior, literalmente a veinte pasos de su puerta, de nuevo por causas que no dependían de mí.

Por cierto, aquel ataque agudo, casi fisiológico, de respeto culpable pasó enseguida y por supuesto, no le dije nada semejante, simplemente me acerqué a su escritorio, le puse delante mi carpeta y me senté en un cómodo butacón de respaldo bajo. De repente, sentí un impulso en dirección contraria, un deseo de repantigarme, de cruzar las piernas, de mirar distraído a mi alrededor y decir alguna banalidad frívola, como: «¡Qué bien viven los científicos, mira cómo se lo han montado!».

Mas, por supuesto, no dije nada así, no crucé las piernas, y estuve allí sentado en una postura adecuada, mirando cómo tomaba mi carpeta, abría con cuidado las cintas, sonreía con sus labios finos y, al parecer, me miraba por entre los cabellos que caían ahora delante de su cara, con curiosidad, con picardía, pero obviamente con benevolencia.

Abrió la carpeta y vio las partituras. Sus cejas se alzaron levemente. Balbuceando una disculpa, estiré la mano para recoger aquellas páginas, pero él, sin quitar la vista del pentagrama, me detuvo con un leve gesto de la mano. Indudablemente, sabía leer las notas y lo que había leído le había interesado, porque cuando finalmente me permitió retirar de la carpeta el manuscrito del ángel caído, me miró con ojos grises y serios.

—Hay que decir que aparecen papeles curiosos en las viejas carpetas de los escritores —pronunció.

No supe qué responder, y él tampoco esperaba mi respuesta. Ahora hojeaba con cuidado las copias de mis reseñas sobre manuscritos vulgares que ya se habían podrido en los archivos de las editoriales, las copias de los resúmenes de patentes japonesas, los manuscritos de mis traducciones de revistas técnicas japonesas y otros desperdicios, recuerdo de mis años duros, cuando me dejaron de publicar y se dedicaban a calumniarme…

Él lo revisaba todo, al parecer con la esperanza de hallar en aquel montón de basura algo que tuviera una mínima utilidad, y sentí una horrible vergüenza, me sentí como un cerdo, porque delante de mí estaba una persona seria y rigurosa, no un chapuzas cualquiera, no un oportunista, que al parecer había leído a Sorokin, que esperaba de Sorokin un material serio que pudiera servir de apoyo en el trabajo, que esperaba de Sorokin una decencia elemental, pero Sorokin le había entregado un saco de porquería, lo había vaciado sobre su escritorio, y ahí tienes, trágatelo.

Ésas eran las emociones que me estremecían cuando él cerró finalmente mi carpeta, puso sus manos pálidas sobre ella y me miró de nuevo.

—Veo, Félix Alexándrovich, que usted no siente el menor interés por el valor

objetivo de su obra.

No sé si en sus palabras o en su tono había un reproche, pero mi carácter plebeyo y contradictorio me hizo ponerme en guardia.

—¿Por qué piensa eso?

—¿Y cómo no pensarlo? —Golpeó la carpeta con la uña—. De este material que me ha traído, la única conclusión es que tiene usted una pésima letra y que en Japón han trabajado muchísimo sobre las celdas de combustible.

El malvado diablillo de la disputa se agitó dentro de mí, haciendo brotar justificaciones malignas y cobardes: «No quiero saber nada, me dijeron que trajera cualquier manuscrito, ahí tiene uno cualquiera, no saben qué necesitan y después se quejan...». Pero no dije nada por el estilo.

—Pues eso es... —dije, e inesperadamente para mí mismo, añadí—: No se enfade, por favor.

—Por supuesto —pronunció, y de repente sonrió con un gesto de tristeza y ternura—. ¿Cómo puedo enfadarme con usted, Félix Alexándrovich? En esencia, usted necesita esto más que nosotros.

Y en ese momento llegó a mi consciencia algo asombroso que él había dicho un minuto antes.

—Perdóneme —dije, bajando la voz—, ¿está bromeando? ¿En qué sentido dijo lo del valor objetivo?

—En el sentido más directo —respondió y dejó de sonreír.

—Pero ¿es posible eso? Entonces, ¿significa eso que usted ha inventado aquí la Mensura de Zoilo?

—¿Y por qué no? La Mensura y muchas otras cosas.

—¡Qué dice usted! ¡Eso no tiene sentido! ¿Cuál puede ser el valor objetivo de una obra?

—¿Y por qué no? —repitió él.

—Pues... Aunque sea porque... ¡Eso es una banalidad! Por ejemplo, a mí me gusta, y usted siente náuseas ante cada palabra. Hoy hace estremecerse a todo el mundo, mañana nadie se acuerda...

—Todo eso es verdad, Félix Alexándrovich, pero ¿qué relación tiene esto con el valor objetivo?

—Pues que una obra objetivamente valiosa —dije, cada vez más airado—, debe ser valiosa para usted, y valiosa para mí, y ayer debió ser valiosa, y mañana será valiosa, ¡pero eso nunca pasa, eso no puede pasar!

Sin embargo, argumentó que yo estaba confundiendo el valor objetivo con el valor eterno. En verdad, no existen valores eternos, no hay nada en la literatura y el arte que pueda ser apreciado por todos durante todo el tiempo. Pero quizá yo no me había dado cuenta de que muchas obras, después de sonar lo suyo, renacían de repente siglos después, volvían a vivir, a resonar, y viven con más ruido y energía que antes. ¿Y puede ser que para medir el valor objetivo de una obra haya que considerar esa capacidad de adquirir vida de nuevo? Además, eso es solamente uno de los posibles enfoques del problema del valor objetivo... Hay otros, más funcionales, más cómodos para ser llevados a un algoritmo.

Yo lo escuchaba y percibía físicamente cómo mi ardor desaparecía, como agua en la arena. Me encanta discutir, sobre todo de temas elevados, ajenos a la praxis. Pero mi concepción de los debates elevados presupone inevitablemente una atmósfera bien definida: euforia ligera, grupo de amigos, una botella, por supuesto, y otra botella en perspectiva, tan pronto surja la necesidad de ella. Pero aquí, entre los grandes armarios grises, bajo la luz mortecina de las lámparas de mercurio, entre rollos de papel y gráficos, no entre amigos, sino acompañado por

un hombre ante quien me sentía tímido... No, ciudadanos, en esas condiciones no soy buen polemista.

—Por cierto, Félix Alexándrovich —dijo como si me hubiera leído el pensamiento—, no tiene el menor sentido discutir esto. La máquina para la medición del valor objetivo de las obras artísticas, la Mensura de Zoilo, como usted la llama, existe. Y hace mucho tiempo. Y cuando la crearon, Félix Alexándrovich, surgió otra pregunta, mucho más trascendente: ¿acaso alguien necesita el valor objetivo de una obra? El destino del primer modelo en funcionamiento de esa máquina fue muy educativo, así como el de su inventor... Perdone, ¿lo estoy cansando?

Un presentimiento siniestro se apoderó de mí, y negué presuroso, dando a entender que no estaba nada cansado y esperaba la continuación del relato.

El presentimiento no me engañó. El hombre me contó cómo, hacía treinta años, un joven y entusiasta inventor llevó a la casa de creación de los escritores en Kukushkin, cargado sobre su moto, el primer modelo del Metales, el Medidor del Talento del Escritor, y cómo Zájar Kupidónich, sin autorización, metió en el aparato un manuscrito de Sídor Amenpodéspovich, y después, encantado, leyó en el comedor de la casa las conclusiones del Metales, que por cierto no asombraron a nadie; y le contó la horrible disputa que tuvo lugar, junto al indiferente aparato, entre Flavii Vespasiánovich y el descarado redactor de la editorial El Literato Moscovita; y cómo se echó a perder del todo el jubileo de Gaussiana Nikíforovna cuando se desperdiciaron sin sentido ciento siete porciones de esturión al espetón y de filete a la Suvórov, traídos del club en un coche estatal último modelo; y cómo Lukián Liubomúdrovich intentó sobornar al inventor para que éste arreglara algo en su maldito cacharro: primero le propuso una caja de vodka, después dinero, y finalmente un piso en uno de los nuevos edificios altos... En una palabra, me contó cómo durante ocho días reinó el infierno en la casa de creación de Kukushkin, y en la noche del octavo día destrozaron el aparato, y un día después Mefodii Kirílich puso fin a aquella historia según las reglas, por suerte no vigentes hoy, para la solución de conflictos.

—Entonces, ¿conocía usted a Anatoli Efímovich? —le pregunté tan pronto calló, tras relatarme aquella historia que yo había escuchado ansiosamente.

—¡Por supuesto! —respondió con cierto asombro—. ¿Y por qué se ha acordado ahora de él?

—¡Y cómo no! Todo eso que usted me acaba de narrar es la trama de la comedia que quería escribir el finado Anatoli Efímovich...

—Ah, claro —soltó, como si acabara de acordarse—. Pero sepa que él no sólo quiso escribirla. Él la escribió. Y era uno de los personajes, con otro nombre, por supuesto. Y todo esto ocurrió en Kukushkin, en marzo del cincuenta y dos...

Algo en esta última frase me hizo dar un salto, pero en mi opinión se trataba de otra incoherencia, a la que me agarré presuroso.

—¿Qué quiere decir eso de que la escribió? —objeté—. Anatoli Efímovich me contó todo esto un mes antes de su fallecimiento. Me lo contó precisamente como la trama de una comedia.

—No, Félix Alexándrovich. —El hombre soltó una risita burlona—. Cuando él se la contó, esa comedia llevaba escrita un cuarto de siglo. Y había sido redactada, corregida y preparada para su puesta en escena. Yacía en un cajón de su escritorio, en tres ejemplares. ¿Se acuerda de su escritorio? Enorme, antiquísimo, con muchísimos cajones. Pues en el último cajón de la izquierda, el de abajo, estaba esa comedia suya, que tenía el ambiguo título de *Metales*.

Dijo esto con tanta autoridad y a la vez con tanta tristeza, que no me quedó

más que callar. Estuvimos un rato en silencio, él abrió de nuevo mi carpeta y volvió a hojear los manuscritos.

Me sentí algo ofendido con Anatoli Efímovich por no haber confiado en mí, por no haberme mostrado aquel fragmento de su vida, y eso que me parecía que me tenía cariño y me distinguía. Aunque, por otra parte, no tenía por qué confiar en mí. Organizaba sus veladas en la cocina, tras una taza de té, allí recibía únicamente a las personas más cercanas, y gracias a eso...

Pero, junto con aquel leve agravio, también sentía cierta sorpresa. No me asombraba el hecho de que la Mensura de Zoilo, al parecer, había sido inventada y probada mucho tiempo atrás. Me sorprendía precisamente el hecho de no sentir sorpresa alguna por ello. De todas formas, la existencia real de semejante máquina echaba abajo muchas de mis concepciones sobre lo posible y lo imposible...

Seguramente, todo consistía en que la personalidad de mi interlocutor sobresalía en tal medida de los marcos de esas concepciones mías, que el resto me parecía extraño y sorprendente sólo porque era una consecuencia de ello. Tenía muchas ganas de preguntarle si no era él aquel joven inventor que había organizado una semana de horrores en Kukushkin, y que después aparecía en la comedia de Anatoli Efímovich. Ya había soltado una tosecita, ya abría la boca, cuando en ese momento él levantó hacia mí sus ojos grises y transparentes, y entonces comprendí que nunca me decidiría a formularle aquella pregunta.

—¿Qué tiene usted aquí, pues? —pregunté al tuntún—. ¿Todos esos armarios son el Metales? ¿Quiere decir que es correcto lo que dicen, que usted mide aquí nuestro talento?

—Por supuesto que no —contestó. Esta vez, ni siquiera sonrió—. Bueno, en cierto sentido, sí. Pero en general, nos ocupamos de problemas totalmente diferentes, muy particulares, más bien lingüísticos... o, más exactamente, sociolingüísticos.

Pregunté si sus palabras querían decir que aquellos armarios podían medir realmente el nivel de mi talento, pero que ahora estaban sintonizados para otra tarea. Me respondió que eso era verdad en cierta medida. Entonces, con una pizca de veneno, pregunté en qué unidades se medía aquí el talento: en una escala de cinco puntos, como en la escuela media, o de doce puntos, como los terremotos... Él objetó, replicó que era ingenuo presuponer, que un fenómeno sociopsicológico tan complejo como el talento pudiera valorarse mediante unidades tan primitivas. El talento es un fenómeno específico, y para medirlo exige unidades específicas...

—Por cierto, sería más fácil mostrarle cómo funciona la máquina. Los datos que ella entrega se vinculan con el talento de una manera bastante oblicua, pero de todos modos... Tenemos aquí, digamos, esta página, una reseña suya de un relato titulado *Nace una paloma...* Ya el título es suficiente para hacerse una idea de cómo es ese relato... Pero la máquina se enfrenta no con el relato, sino con su reseña, Félix Alexándrovich.

Con cierto trabajo retiró la grapa oxidada de las hojas, tomó la de arriba y la colocó en una cajita pequeña, del tamaño de una hoja de papel de mecanografía. A continuación, introdujo la cajita en una ranura, activó descuidadamente algunos contactos en el panel de control, y pulsó con el dedo índice una tecla roja con luz en su interior. La luz se apagó, pero a continuación comenzaron a encenderse muchas lucecitas en un panel vertical, y se encendieron dos grandes pantallas, a ambos lados del panel. Aparecieron unos gráficos y unas cifras, comenzaron a zumbar los klistrones, los kenotrones y otras partes de aquellas

entrañas electrónicas. Vaya, estábamos en plena revolución científico-tecnológica.

Todo aquello duró medio minuto. A continuación, el zumbido se detuvo, y reinó la paz y el orden en paneles y pantallas. Ahora sólo aparecían dos curvas continuas y una enorme cantidad de números.

—Es todo —dijo, extrajo la cajita y devolvió la hoja a la carpeta.

Yo no había tenido tiempo de abrir la boca cuando él ya me estaba explicando que todas aquellas cifras constituían la entropía de mi texto, y esas otras caracterizaban un parámetro que sería largo de explicar, y aquella curva era el coeficiente promediado de algo que yo no comprendí, y esta otra era la distribución de algo de lo que me parecía entender; estuve a punto de recordarlo, pero lo olvidé al momento.

—Preste atención a esta cifra —dijo, golpeando con el dedo un cuatro solitario, que se había acomodado como un huérfano en el ángulo inferior derecho de la pantalla digital—. Algunos de sus colegas opinan que ésta es la famosa calificación o índice de genialidad, como la llama ese hombre extraño, el de la cabeza vendada.

—Ah, Trepa Nacional —balbuceé, maquinalmente.

—Es posible. Por cierto, hoy me ha dado el nombre de Kozlujin, y ocurre que ha venido varias veces por aquí, en cada ocasión con un manuscrito diferente y con otro nombre. Él insiste en denominar esta cifra como índice de genialidad y considera que mientras mayor sea, más genial es el autor…

Y contó cómo, mientras intentaba convencer a Petia Skorobogátov, arrancó al azar de un periódico que tenía a mano un artículo humorístico sobre estafadores en los comercios y lo metió en la máquina, que mostró un número de siete cifras, y aunque a simple vista quedaba claro que el artículo estaba muy lejos de la genialidad, Petia no perdió sus convicciones, hizo un guiño pícaro y guardó con cuidado el fragmento de periódico en su hinchada libreta de notas.

—Entonces, ¿qué mostraba esa cifra de siete números? —pregunté, curioso.

—Perdone, Félix Alexándrovich, pero ha querido decir ese número de siete cifras. Las cifras tienen un solo valor, los números pueden tener varias cifras. El número que aparece en esta línea de la pantalla —dijo volviendo a golpear el cuatro con el dedo— es, hablando popularmente, la cantidad más probable de lectores del texto dado.

—Lectores del texto… —repetí, con vengativa timidez.

—Sí, si, un cultor del estilo probablemente consideraría lamentable esa frase, pero en este caso, «lector del texto» es un término que define a la persona que, aunque sea una vez, ha leído o leerá en el futuro el texto dado. Así que ese cuatro no es un índice mítico de su genialidad, Félix Alexándrovich, sino simplemente la cantidad más probable de lectores de su reseña, el índice CPLT, o simplemente LT…

—¿Y qué quiere decir CP? —pregunté, por no quedarme callado mientras la cabeza me daba vueltas.

—Quiere decir la cantidad más probable.

—Aja… —dije y estuve a punto de callar, pero en mi cabeza hubo claridad por un momento, y pregunté, con indignación—: Entonces, ¿qué relación guarda ese CPLT suyo con el talento, con la capacidad, en general con la calidad de eso que usted denomina «el texto dado»?

—Lo previne, Félix Alexándrovich, le dije que esta medición sólo tiene una relación indirecta…

—¡Nada de indirecta! —lo interrumpí, cada vez más irritado—. ¡La cantidad de lectores depende, ante todo, de la cantidad de ejemplares!

—¿Y la cantidad de ejemplares?

—No me venga con historias. Sabemos perfectamente de qué, y sobre todo, de quién depende la cantidad de ejemplares. Puedo mencionarle muchísimos casos de chapuzas que han sido publicadas con tiradas de medio millón de ejemplares…

—¡Por supuesto, por supuesto, Félix Alexándrovich! Ahora usted, igual que ese Kozlujin, el de la cabeza vendada, sigue estableciendo tercamente una relación directa entre el valor del CPLT y la calidad del texto.

—¡No soy yo quien establece esa relación, es usted! Yo considero que no existe ninguna relación, ni directa, ni indirecta.

—¿Cómo que no, Félix Alexándrovich? Tenemos un texto. —Levantó con dos dedos, por una esquina, la página que contenía mi maldita reseña—. Como ve, el índice CPLT es igual a cuatro. ¿Tiene alguna objeción contra esa valoración?

—Permítame… Por supuesto, se trata de una reseña, para colmo interna… La leerá el redactor… quizá el autor, si se la muestran…

—Bien. Entonces, no hay objeción.

De repente, como un mago, extrajo de mi carpeta un viejo cuaderno escolar, de forro amarillo descolorido, y me lo puso delante de la cara, con tanta celeridad que retrocedí.

—¿Qué vemos aquí?

Pues aquí veíamos un cuadro querido, que conocía desde mis años de infancia: un titán barbudo se despedía de su poderoso corcel de largas crines. Bajo el dibujo, había unos versos: «Cómo Oleg el astuto hoy se prepara…[9]».

—¿Qué pasa? —pregunté, en tono retador—. Por cierto, son unos versos bellísimos, excelentes… Ni las clases de literatura han podido aniquilarlos…

—Claro que sí, claro que sí. Pero no es eso lo que le estoy preguntando. ¿Qué pasa si ahora metemos esta hoja en la máquina?

—Pues… —Yo era presa de cierta agitación intelectual—. Debe dar una valoración alta… Cuántos escolares hay… ¿Diez, veinte millones?

—Más de mil millones —pronunció con dureza—. ¡Más de mil millones, Félix Alexándrovich!

—Sí, puede ser más de mil millones —asentí, obediente—. Digo que son muchos…

—Entonces tenemos una reseña trivial, con un CPLT igual a cuatro, y «unos versos bellísimos, excelentes», cuyo CPLT supera los mil millones. Y dice usted que no hay relación alguna.

—Pero… —Yo agitaba los brazos y chasqueaba los dedos—. El *Cantar de Oleg el astuto…* ¡Está publicado! ¡Muchísimas veces! ¡Hasta lo cantan!

—Lo cantan —asintió—. Y lo cantarán. Y lo publicarán una y otra vez.

—Exactamente. Pero mi reseña…

—Nadie va a cantar su reseña. Y nadie va a publicarla. Nunca. Por eso tiene un CPLT igual a cuatro. Para el pasado y para el futuro. Así desaparecerá, sin que nadie la lea.

En ese momento surgió en mí una sensación sorprendente. Era como si quisiera sugerirme una idea. Era como si estuviera llamando a una puerta de mi conciencia que ni yo mismo conocía: «¡Abre! ¡Déjame entrar!». Pero todas las palabras que habíamos pronunciado, todos los pensamientos que habíamos expresado eran banales, casi incoloros, y no encontraban resonancia alguna dentro de mí. Como si un almohadón de plumas golpeara contra la puerta de

[9] Del poema *Cantar de Oleg el astuto,* de A.S. Pushkin. *(N. del T.)*

acero de una caja fuerte.

—Es correcto —repuse, con indecisión—. Está bien. No tiene ningún valor artístico...

Mi interlocutor calló mientras se pellizcaba la piel de la frente.

—Ha sido una broma, Félix Alexándrovich —dijo, con aire casi culpable—. Por supuesto, usted tiene toda la razón.

Volvió a quedar en silencio. Yo también, mientras intentaba comprender en qué tenía razón, además toda la razón. Y también, cuál era la broma.

—Bueno... —dije, cuando el silencio se hizo incómodo, casi indecente—. Me voy.

—Sí, sí, claro, muchas gracias.

—¿Puedo llevarme la carpeta?

—Por supuesto, se lo ruego...

—¿Y no le hará falta?

—No, no, gracias. Ya la hemos exprimido todo lo posible.

—Entonces, ¿no tengo que regresar?

—Siempre estaré encantado de verlo, Félix Alexándrovich —dijo levantando hacia mí sus ojos serios—. Mañana no vendré por aquí. Si se decide, venga pasado mañana.

No sé qué era lo que quería decir, pero aquella invitación me sonó más bien como una orden. Y de nuevo, el diablillo de la disputa se agitó en mi alma, pero no lo dejé manifestarse. Me limité a encogerme de hombros y me puse a atar las tiras de la carpeta.

—Pero, por favor, no olvide las partituras, Félix Alexándrovich.

Había estado a punto de dejar aquellas partituras idiotas sobre la mesa. Mientras yo las guardaba en la carpeta y ataba las tiritas, él no dejaba de mirarme.

—Félix Alexándrovich —volvió a decirme cuando me dirigía a la salida—, yo no le aconsejaría ir por la calle con esas partituras. Quién sabe qué podría ocurrir...

Pero opté por no aclarar nada. Ya tenía bastante. Como si no hubiera escuchado nada, salí en silencio al pasillo y cerré cuidadosamente la puerta a mis espaldas. No había nadie allí.

Fui caminando a la estación del metro. Resbalaba al andar por las aceras heladas, atravesando grupos de provincianos, detenidos ante las puertas de las tiendas de moda, y cruzaba entre los coches, parados en las intersecciones, pero no percibía casi nada en torno a mí. Mis pensamientos regresaban todo el tiempo a la conversación con aquel extraño interlocutor. Por cierto, no me había dicho su nombre. ¿Cómo había logrado hacerlo? Qué raro, qué raro...

Por una parte, ¿qué tenía de particular todo aquello? Se habían reunido dos hombres cultos. Por un asunto importante. Se habían conocido. Bien, uno de ellos no se había presentado, pero el otro se acordó de eso después de la reunión. Pero aquello no era lo más terrible. Dos personas cultas, indudablemente simpáticas, habían intercambiado algunos conceptos bastante elevados sobre cuestiones totalmente banales: la genialidad, la creación, la literatura, los lectores, la cantidad de ejemplares, etcétera. Mas ¿por qué, después de aquella conversación, se me habían clavado algunas espinas en la consciencia? Era como si aquí, tras las orejas, algo estuviera provocando picor. Pero ¿qué era exactamente y por qué?

Ya en el metro, embutido entre dos cochecitos infantiles (en uno de ellos había un niño, en el otro unos neumáticos para un coche Moskvich), de repente

escuché con toda claridad, a pesar del estruendo de las ruedas, su voz suave: «Pero sepa que él no sólo quiso escribirla. Él la escribió. Y era uno de los personajes, con otro nombre, por supuesto. Y todo esto ocurrió en Kukushkin, en marzo del cincuenta y dos».

Eso. La primera espina. Primero lo escribió, y después ocurrió todo eso. Era absurdo, absurdo, seguramente había oído mal. O era un *lapsus linguae.* Lo fundamental: ¿qué relación había tenido con Anatoli Efímovich? ¿Y cuándo? A diferencia de la mayoría aplastante de mis colegas, Anatoli Efímovich había sido una persona muy reservada, yo diría que hasta huraño. Faltaba a las asambleas, incluso a las más importantes. No visitaba los salones, y no organizaba reuniones en su casa, gracias a Dios. Casi nunca aparecía por el club, no le gustaba el alcohol, prefería un buen té que él preparaba en su hogar. Apenas le quedaban amigos: unos habían muerto antes de la guerra, otros murieron durante la guerra, y los terceros, como dijo una vez, «Habían escogido los favores de la vida». En esencia estaba solo, yo siempre pensaba en eso cuando veía, en un rincón de su despacho, las montañas de paquetes postales sin abrir con las numerosas reediciones de su trilogía, esa misma que había obtenido todos los premios posibles, ni siquiera regalaba los ejemplares de autor, no tenía a quién regalarlos.

En realidad, además de a mí, recibía en su casa a otras siete personas. Yo las conocía a todas y estaba seguro de que ninguno de ellos había oído hablar sobre su obra *Metales.* Pero mi conocido reciente no sólo sabía de aquella comedia, sino que obviamente la había leído. Qué raro, qué raro... Quizá alguna vez, antes de que yo conociera a Anatoli Efímovich, habían sido amigos y después se habían distanciado, ¿sí? Pero ese hombre era aproximadamente de mi edad, podía ser hijo de Anatoli Efímovich, así que ¿cuándo habría podido conocerlo?

No se me ocurrió nada al respecto, y después todas aquellas ideas desaparecieron de mi cabeza cuando, casi al lado de mi casa, resbalé de verdad, hice una pirueta totalmente fantástica y caí de costado, derribando además a una dama que paseaba con un perrito.

Seis personas corrieron a levantarnos, hubo muchos esfuerzos, gemidos, sorbetones, frases de aliento y lamentaciones dudosas relativas a que nuestro derecho al trabajo no incluye el derecho a que se riegue arena sobre las aceras cubiertas de hielo. Quien más sufrió, a mi entender, fue el perrito, al que le pisaron una patita en el alboroto, pero yo también me había dado un golpe bastante fuerte. Estaba de pie, apretándome el costado con la mano, intentando respirar, y en torno a mí se hacían comentarios diciendo que este invierno, en Moscú, no había ocurrido nada semejante... qué desorden... el fin del mundo... el juicio final...

Tras tomar aliento, me costó trabajo pronunciar unas palabras de agradecimiento a mis salvadores, y unas palabras de disculpa ante la infeliz dama y su perrito. Nos separamos y llegué cojeando a mi portal de mosaico negro.

Las reminiscencias escatológicas que habían resonado en el coro de indignados críticos del trabajo de limpieza de calles impulsaron mis pensamientos por un cauce del todo diferente. Recordé al ángel caído y sus estúpidas partituras, y a continuación, por una asociación natural, recordé las últimas palabras de mi conocido de hoy: «Yo no le aconsejaría ir por la calle con esas partituras. Quién sabe lo que podría ocurrir...». ¿Y qué? ¿Qué partituras eran ésas, que me aconsejaban no pasear con ellas por la calle? *¿Dios, protege al*

Zar? ¿O *Horst Wessel*[10]*?* Pero tampoco se me ocurría nada al respecto, nada que no fuera la increíble suposición de que se trataba de veras de las notas de las trompetas del juicio final.

Pero sobre eso, al menos, sabía a quién podía preguntar. Antes de llegar a mi piso, me detuve en el sexto. Allí vivía y trabajaba el popular compositor de canciones Gueorgui Luarsábovich Chachua, buen colega, sibarita y trabajador incansable, con el que me tuteaba casi desde el mismo día en que me había mudado a este edificio.

Tras la puerta, recubierta de piel artificial, atronaba el piano y cantaba una maravillosa voz femenina. Al parecer, Chachua estaba trabajando. Dudé un instante. Tras la puerta se escuchó un estallido de risas, el piano calló, la voz también se interrumpió. No, al parecer Chachua no estaba trabajando. Pulsé el botón del timbre. En ese momento, el piano comenzó a sonar de nuevo, y varias gargantas masculinas gritaron algo en georgiano. Sí, parecía que Chachua no estaba trabajando. Volví a pulsar el timbre.

La puerta se abrió de par en par y allí estaba Chachua, vistiendo sus pantalones negros de concierto, con tirantes que deslumbraban sobre una camisa de blancura nívea, con el cuello desabotonado, el rostro encendido y preocupado, la enorme nariz cubierta de sudor... Demonios, estaba trabajando...

—Te ruego me perdones —dije, apretando la carpeta contra mi pecho.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él, con alarma y algo de irritación en la voz.

—No ha ocurrido nada —respondí, aplastando en mi interior las ganas de hablar con acento caucasiano—. He venido un instante porque tengo que hacerte...

—Oye —pronunció con cierta impaciencia, apoyándose alternativamente sobre uno u otro pie—, ¿puedes venir más tarde? Tengo gente aquí, estamos trabajando. ¿Dentro de un par de horas, está bien?

—Espera, es una tontería —le dije, mientras desataba las tiras de la carpeta—. Aquí tengo unas partituras. Échales un vistazo cuando tengas tiempo, por favor...

Tomó las hojas y las miró con expresión de perplejidad. Del piso salían voces masculinas que discutían. La discusión era sobre algo de música.

—Está bien... —pronunció lentamente, sin apartar la vista de las partituras—. Oye, ¿quién ha escrito esto, de dónde lo has sacado?

—Te lo cuento después —respondí, apartándome de la puerta.

—Sí, querido amigo —aceptó Chachua al instante—. Es mejor después. Yo mismo iré a verte. Tengo trabajo para una hora, después juega el Spartak, cuando termine paso por tu casa.

Me hizo un gesto con las hojas y cerró la puerta.

Al llegar a casa, me quité el abrigo y enseguida me metí en la ducha. Estaba totalmente empapado en sudor, el costado donde había recibido el golpe me dolía bastante y, en general, debía serenarme. Dando vueltas bajo la ducha, me hice un programa para la noche. Ante todo, la cena, que también sería la comida de este día. Tendría que prepararla. Había patatas. Crema de leche. Guisantes. ¡Bah! Si tenía una lata de ternera en conserva... ¡Al diablo con las sopas! Haría patatas hervidas y añadiría la lata de carne. Tenía cebollas y ajos tiernos marinados... Y coñac. ¿Acaso necesita un hombre tantas cosas? Sentí una alegría inmediata.

La razón por la que no me molesta pelar patatas es porque la cabeza queda totalmente libre. Por cierto, entre mis conocidos nadie puede pelar patatas tan

[10] Himno de la Hitlerjugend. la organización juvenil de la Alemania fascista. (*N. del T.)*

bien y tan rápido como yo. ¡El ejército, camaradas! ¡Quintales, toneladas, vagones enteros de patatas peladas! ¡Y qué patatas! Podridas, congeladas, verdosas, ennegrecidas del todo... Pero pelar esas patatas de tiempos de paz, compradas además en el mercado campesino, es una delicia. Y, Dios mío, ¡qué bien que no tenía que volver a la calle Bánnaia!

Lavé las patatas peladas en tres aguas, llené a medias la cazuela y corté las patatas en dos o tres trozos cada una. A continuación, puse la cazuela al fuego.

Decid lo que queráis, pero todo aquel invento con la definición del índice CPLT era una locura y un despilfarro de dinero público. Como la mayoría de los proyectos muy intelectuales, relacionados con la literatura y el arte en general. Vaya absurdo, poner cientos de armarios solamente para demostrar que si publican a un autor tendrá muchos lectores, aunque puede ser que no tantos; pero si, por el contrario, no lo publican, entonces ese canalla, ese escritor de pacotilla, no tendrá ningún lector. O peor todavía: si se publica, digamos, un tomito de Alexandr Serguéievich Pushkin, aunque sea de prosa, y a la vez se publica una novelita de Inodor Letrínovich Bidet sobre las pasiones en un horno de fundición, Pushkin contará con muchísimos más lectores. Eso era en esencia todo lo que aquel hombre había intentado meterme en la cabeza. Además, quizá, de la sencilla idea de que lo bueno es siempre bueno, pero lo malo no es siempre malo...

¿O había algo que no era así? ¿O algo que no comprendí, y que en este momento aún no podía comprender? Pues hizo demasiadas insinuaciones, debió haber dicho claramente lo que necesitaba, no pienso ir otra vez por allí, y las patatas ya estaban listas...

Ya lo tenía todo preparado en la mesa, una deliciosa mezcla de patatas y ternera humeaba en un plato hondo, la cocina estaba llena de los aromas de la carne, la cebolla, la hoja de laurel... Iba llenando una copa panzona de coñac, qué bueno era vivir, el horizonte se había despejado, se había llenado de buenos presentimientos. Más de la mitad del guión estaba listo, no había que ir a la sastrería a por la chaqueta de pieles, y no tenía ni la menor necesidad de ir nuevamente a la calle Bánnaia. Todas las deudas habían sido pagadas antes del crepúsculo, como decía el joven señor Cochrane.

Me tomé una copa, me llené la boca de patatas con carne y encendí la tele.

Alguien torturaba un violín en la primera cadena. Después de contemplar durante un rato el rostro angustiado del torturador, cambié de canal. En la segunda cadena, bailaban unos aficionados: volaban las faldas multicolores, golpeaban los tacones, abrían y cerraban los brazos y, de vez en cuando, soltaban gritos agudos. Me llené otra vez la boca de patatas y de nuevo cambié de canal. Allí, varios ancianos se encontraban sentados en torno a una mesa redonda y conversaban. Se hablaba de los límites alcanzados, de la decisión de apoyar algo en alguna parte, de los grandes trabajos para la reconstrucción de algo metálico...

Yo seguía masticando patatas que, de alguna manera, habían dejado de ser sabrosas, oía y soltaba tacos para mis adentros. ¡La televisión! ¡Gran maravilla del siglo veinte! Un auténtico concentrado de esfuerzos, talento e inventiva de decenas, cientos, miles de grandísimos intelectos de nuestra, de mi época. Sólo para que ahora, al regresar del trabajo, decenas de millones de personas cansadas cambiaran tenazmente de canal junto conmigo, incapaces de resolver una tarea verdaderamente irresoluble: ¿qué elegir? ¿Al inspirado torturador de violines? ¿O la salvaje multitud sudorosa de bailarines folclóricos aficionados? ¿O a esos tristes y elusivos especialistas en torno a la mesa redonda?

Al final, elegí al torturador. Me serví una segunda copa, la bebí y me puse a

escuchar. De repente pensé que se trataba de una alucinación. Desde niño me habían metido la música clásica por los oídos. Probablemente, alguien había dicho en alguna parte que si a una persona se le mete todos los días música clásica por los oídos, poco a poco se acostumbraría y después no podría vivir sin ella, y eso sería bueno. Y así comenzó. Queríamos jazz, el jazz nos volvía locos y nos asfixiaban con sinfonías. Nos encantaban las romanzas que retorcían el alma y las canciones carcelarias, y nos aplastaban bajo conciertos de violín. Corríamos a escuchar a bardos y trovadores, y nos envenenaban con oratorios. Si todos aquellos esfuerzos titánicos para introducir la cultura musical en nuestras conciencias tuvieran un rendimiento aunque fuera igual al de la máquina térmica de Denis Papin[11], viviría ahora rodeado de conocedores y amantes de la música clásica, y sin lugar a dudas, yo también sería amante y conocedor. Miles y miles de horas por radio, miles y miles de programas de televisión, millones de discos... ¿Y cuál era el resultado? Garik Aganián tenía un conocimiento casi profesional de la música pop, Zhora Naúmov seguía coleccionando canciones de bardos. Trepa Nacional era como yo: mientras menos música, mejor. Es verdad que también tenemos a Valentín Demchenko. Pero a él le gusta la música clásica desde su más tierna infancia, aquí no viene al caso la propaganda musical...

Mientras pensaba en estos temas, el violinista desapareció de la pantalla y en su lugar irrumpieron unos jugadores de hockey. Uno de ellos, nada más aparecer, golpeó con su palo a otro en la cabeza. El cámara, avergonzado, desplazó la imagen, no me mostraban lo más interesante y apagué el televisor. Estaba satisfecho, algo alegre, y lo único que me quedaba por hacer era lavar los platos.

Después, me fui al despacho y me puse a caminar lentamente a lo largo de la estantería llena de libros, pasando el índice por las puertas de vidrio.

Guerra y paz. Para hoy, no. Aún no han transcurrido ni seis meses.

Cartas de Chéjov. No estoy de humor.

Chukovski: *De Chéjov a nuestros días.* Volví a leerlo hace poco.

Pues sí. El propio Antón Pávlovich[12], en diez tomos. ¿Releer *Una historia aburrida?* No. La guardaremos para un día más lúgubre.

Mijaíl Bulgákov. Estuve un rato contemplando el lomo del libro, arrugado, desgastado en algunos lugares, con un trocito de encuadernación colgando por abajo... No, basta, no le prestaré este libro a nadie más. No cuidan nada, demonios. «Grande fue el año 1918 desde el nacimiento de Cristo, y terrible, el segundo desde el inicio de la revolución.»

—Pues no —dije en voz alta—. Ahora voy a leer *La novela teatral.* No hay nada mejor en el mundo que *La novela teatral,* me da igual lo que penséis o hagáis.

Y tomé de la balda el tomo de Bulgákov, acaricié la suave encuadernación con los dedos y con la mano, y por enésima vez pensé que no debía tratar a un libro como a una persona viva, que eso era pecado.

A mis espaldas sonó el teléfono y me estremecí, porque ya no estaba allí, sino en una mínima habitación sucia con un diván en el que asomaba un muelle, incómodo como un delirio de Kafka. El costado volvió a dolerme de repente, apreté el libro frío contra mis costillas, me aproximé a la mesa, me dejé caer en el butacón y descolgué el teléfono.

---

[11] Físico francés. 1647-1714

[12] Se refiere a Chéjov *(N. del T.)*

Se trataba de Valentín Demchenko. Se me había olvidado completamente que el sábado era el cumpleaños de Sónechka y me invitaban a festejarlo. Me alegré. Me alegré, primero, porque el cumpleaños de Sónechka no se celebra todos los años, y si se celebra eso quiere decir que todo anda bien entre ellos, que están dentro de la franja del bienestar económico, que todos están saludables, que el capitán de corbeta Demchenko, tras emerger de abismos salados, ha enviado una carta alentadora desde la ciudad de Murmansk, y que en general, todo es maravilloso. Y en segundo lugar, me alegré porque al cumpleaños de Sónechka no invitan a cualquiera.

Nos pusimos a conversar. Le pregunté cómo andaba la cosa con la última novela corta de Valentín, titulada *El viejo idiota.* Me respondió que, después de los recientes incidentes, en el *Vigilante Trimestral* no quisieron ni leerla, la trataron como si tuviera viruelas, pero en el *Heraldo de la Gubernia* la habían leído. Mas por el momento callaban, esperaban el regreso del redactor principal. El redactor estaba ahora en Suecia, o quizás en Suiza, o es posible que en Suimbrecia. Por eso, en el *Heraldo de la Gubernia* nadie tenía opinión sobre la novela. Pero cuando regresara el redactor principal y la leyera, entonces aparecería una opinión como por arte de magia…

Le pregunté cómo pensaba luchar para conservar el título. Me respondió que no tenía intención de hacerlo, que la novela se titulaba ahora *El viejo sabio, y* que había decidido dejar la escena de la seducción. ¡Qué demonios! No quería arrancarse con sus manos un trozo de carne. Que cortaran ellos, para eso les pagaban. Y bastante…

Lo tranquilicé, diciéndole que a ellos no les temblaría la mano. No lo discutió. Lo sabía mejor que yo. A continuación, me preguntó si Lionia no me había llamado hoy. ¡Pues no me había llamado! Entonces, llamaría. Había escrito una nueva frase y no estaba totalmente convencido de ella…

Después de colgar pensé: «¿qué regalarle a Sónechka?». No sé hacer regalos. Sobre todo a las mujeres. ¿Coñac? No vale, aunque a Sónechka le gusta el buen coñac. ¿Perfume? No entiendo nada de esos perfumes. ¿Quizá lo mejor sería simplemente regalarle cincuenta rublos en cheques del Vnieshpociltorg[13]? Resultaba violento. Lo que tendría que regalarle era un libro, eso. Ay, si tuviera alguna buena edición con reproducciones de cuadros… o un poco más de dinero, trescientos cincuenta rublitos, en Planeta estaban vendiendo la *Galería de Washington,* ¡una maravilla!

Quizá, por asociación con Washington, me vino a la mente Dashiell Hammett. Hace tiempo que Sónechka se afilaba los dientes para entrarle a mi ejemplar de Dashiell Hammett. Es un tomo con sus mejores cosas, yo diría que obras escogidas, como las que hay en mi tomito marrón de Bulgákov. *Cosecha roja* está ahí, y *El halcón maltes,* y *La llave de cristal…* Me los sé casi de memoria, y Sónechka tiene casi tanto derecho a ese libro como yo.

Tras llegar a esa decisión, puse el libro de Bulgákov en su lugar, fui a las baldas de autores extranjeros y, echando a un lado una maqueta de un barco parecido a un dragón, un junco de Thuyeng, utilizado por los antiguos vietnamitas para pasear a sus soberanos, tomé en mis manos *The Novels of Dashiell Hammett.* Mientras hojeaba las páginas de bordes dorados, pensé que lo leería ese día y al siguiente, antes de despedirme del libro. Lentamente, para no irritar mi dolido costado, me acomodé en el diván y el libro que tenía en las

[13] En la época soviética, con esos cheques se podían adquirir algunos artículos de consumo procedentes del extranjero. (*N del T.)*

manos decidió abrirse por *El halcón maltes.*

Leí hasta el punto donde el teniente Dundee y el detective Tom visitan a Sam Spade de madrugada, y en ese momento me di cuenta de que no aguantaba más. Puse el libro a un lado, me senté con mucho trabajo y bajé los pies del diván.

Me dolía el costado, quién sabe cuántas veces me había dolido aquel maldito costado izquierdo. Fui al baño, me levanté la camisa ante el espejo y eché un vistazo. El costado era gordo, fláccido, y no mostraba señales del golpe. Igual que en ocasiones anteriores. Fui a la cocina, me serví el resto del coñac y lo bebí a pequeños sorbos, como beben sake los japoneses.

La primera vez que me había roto esa costilla fue en el sesenta y cinco, en invierno, en Murashi, cuando el diablo me empujó a deslizarme en un trineo finés por una abrupta pendiente hasta el río. Todos se habían lanzado, y decidí que yo no era menos que ellos. Pero sí lo era, porque a mitad del descenso sentí miedo, de repente me pareció que mi velocidad era casi cósmica y, para no salir volando a la puñeta, decidí catapultarme. Y me catapulté. Avancé unos veinte pasos, saltando sobre el costado izquierdo, por un terreno accidentado. «Se ha roto la costilla», me dijo el cirujano de nuestra policlínica cuando al regresar de Murashi acudí a su consulta, quejándome de dolor en el costado. Ésa fue la primera vez.

Dos años después, fui en una ocasión a comer al club. Busqué una mesa libre, y en ese momento me atacó Trepa Nacional, bastante ebrio. Se encontraba en un estado de fascinación agresiva (debido a los derechos de autor cobrados por su chapuza de turno), me abrazó con sus largas extremidades, de la misma manera que, en su época, Hércules abrazó a Anteo, me levantó sobre la madre tierra y me apretó de tal manera que la costilla sólo tuvo tiempo de crujir. «¿Sabes? Tienes una fisura», me dijo un amigo médico cuando me quejé de dolor en su presencia. La segunda vez.

El año antepasado, cuando navegué de Petropávlovsk a Vladivostok formando parte de una brigada de escritores, frente a la isla Matsua nos atrapó una tormenta de intensidad ocho. La brigada de escritores, bañada en vómito, fallecía cómodamente en sus literas, pero yo, que no me mareo, no sé por qué fui a la cubierta. Levanté exactamente un segundo la mano de la barandilla y el viento me lanzó con terrible violencia contra la borda, golpeándome ese mismo costado. «Me temo que tiene usted una fractura», me dijo el médico de a bordo, y como después quedó claro, sus temores tenían fundamento.

Con esa vez, fueron tres, y me parecía que como mi costado adoraba precisamente el número tres, las desventuras de mi costilla terminarían ahí. Pero está visto que no se construye una casa sin cuatro paredes…

Miré el mundo con tristeza a través de la botella vacía, y la guardé en el armarito bajo el fregadero. Tomaré un poco de té, eso es lo que haré. Puse la tetera al fuego y me quedé de pie junto a la ventana, pegando la frente al vidrio frío.

Qué basura, qué porquería. Parecía que todo estaba en orden, que todas las preocupaciones habían quedado atrás, y ahora, de nuevo, la maldita costilla… El que guía mi destino se había desentendido de cualquier proyecto elegante y había apelado a métodos directos, groseros, malvados. ¿Y a qué se parecía todo esto? ¡En pleno día, en una enorme megalópolis, sin venir al caso se rompe una costilla un señor mayor, una persona seria, no un deportista frívolo, un matón ni un alcohólico! Es amargo, camaradas. Amargo e indecente.

Volví al despacho a por Dashiell Hammett y comencé a buscar junto a la mesa de la cocina una pose en la que me doliera menos. Como en ocasiones anteriores, resultó que lo mejor era la pose preferida de Katia: de rodillas sobre el

taburete, los codos sobre la mesa, el trasero al aire. Comencé a vivir en esa pose. A tomar el té, a leer sobre la pesada estatua de oro puro de un halcón, que los caballeros malteses confeccionaron una vez como regalo para el rey de España, y en nuestros días los gángsters habían comenzado una sangrienta cacería en su busca. Cuando leí hasta el punto en que el capitán de *La Paloma* cae en el despacho de Sam Spade, fulminado por cinco balas, se oyó el timbre de la puerta.

Gimiendo quedamente, sin deseo alguno de separarme de Sam Spade, me fui a abrir. Durante ese tiempo había logrado olvidar totalmente las partituras del ángel caído y a Goga Chachua, y por eso, al verlo en el umbral, sentí un estremecimiento, sobre todo al ver su rostro...

Estaba totalmente demudado. Había una enorme nariz de color azul claro, con venitas azul oscuro, sobre unos bigotazos, había unos labios pálidos y temblorosos, había unos ojos negros, angustiados, llenos de lágrimas y desesperación. Apretaba las malditas partituras enrolladas entre sus manos peludas, que llevaba apretadas contra el pecho. Callaba, y sentí tanto miedo ante un horrible presentimiento que tampoco pude pronunciar palabra, y me limité a echarme a un lado para dejarlo pasar.

Como si estuviera ciego, cruzó el vestíbulo, tropezó contra la pared, y entró en el despacho con pasos indecisos. Allí tiró las partituras sobre la mesa con ambas manos, como si aquel cilindro de papel lo quemara, se dejó caer en el butacón y se llevó las manos a los ojos.

Se me doblaron las piernas y me quedé parado en la puerta, agarrado del marco. Él callaba, y me parecía que aquel silencio se prolongaba demasiado. Además, era como si nunca fuera a terminar, y brotó en mí la esperanza loca de que nunca terminara y nunca conocería el horror que me traía Chachua. Pero, finalmente, habló.

—Oye... —masculló, apartando las manos del rostro y metiendo sus dedos en la espesa cabellera que le cubría las orejas—. ¡De nuevo le han metido una paliza al Spartak! ¿Qué se puede hacer, eh?

OCHO
Bánev. Los cisnes feos.

—¿Qué hora es? —preguntó Diana, soñolienta.

Víktor retiró con cuidado una franja de espuma de la mejilla izquierda y echó un vistazo al espejo antes de responder.

—Duerme, pequeña, duerme. Todavía es temprano.

—Es verdad —dijo Diana, y el sofá chirrió—. Son las nueve, ¿qué estás haciendo?

—Me afeito —respondió Víktor, mientras retiraba otra franja de espuma—. De pronto, me entraron deseos de afeitarme.

«Pues me afeito», pensé.

—Loco —dijo Diana, entre dos bostezos—. Hay que afeitarse por la noche. Me tienes toda arañada con esa cara hirsuta. Eres un cacto.

Por el espejo, Víktor la vio acercarse al butacón con pasos inseguros, sentarse con los pies bajo el trasero y acomodarse para mirarlo. Víktor le hizo un guiño. De nuevo era otra, tierna, dulce, cariñosa, cómoda como una gata satisfecha, cuidada, reluciente, deliciosa, tan diferente de la que había irrumpido la noche antes en su habitación.

—Hoy pareces una gata —le dijo—. Mejor, una gatita, una gatita pequeña...

¿Y esa sonrisa?

—No tiene nada que ver contigo. Es algo que me ha venido a la mente…

Bostezó y se estiró con deleite. Se perdía dentro del pijama de Víktor, de aquel montón informe de seda que cubría el butacón sobresalían únicamente sus delicadas manos y su rostro maravilloso. Como si saliera de una ola marina. Víktor comenzó a afeitarse más rápido.

—No te apresures —le dijo ella—. Te vas a hacer un corte. De todos modos, tengo que marcharme ya.

—Por eso me apresuro —replicó Víktor.

—Pues no me gusta. Sólo los gatos hacen eso… ¿Y mis trapos?

Víktor extendió la mano y palpó su vestido y sus medias, que colgaban de la rejilla de calefacción. Todo estaba seco.

—¿Adonde vas con tanta prisa?

—Ya te lo he dicho. A ver a Roscheper.

—No lo recuerdo. ¿Qué le pasa a Roscheper?

—Tuvo un accidente —explicó Diana.

—¡Ah, sí! Sí, algo me contaste. Se cayó de alguna parte. ¿Se hizo mucho daño?

—Ese cretino decidió suicidarse y se tiró por la ventana. Se lanzó como un toro, con la cabeza por delante, destrozó los vidrios pero olvidó que se encontraba en un primer piso. Se hirió una rodilla, dio unos cuantos alaridos, pero ahora está en cama.

—¿Qué le dio de repente? —La voz de Víktor era indiferente—. ¿*Delirium tremens*?

—Algo parecido.

—Espera. Entonces, ¿estuviste dos días sin venir a verme por su causa? ¿Por esa bestia?

—¡Pues sí! El médico principal me ordenó quedarme con él, porque Roscheper no podía vivir sin mí. No podía, simplemente. No podía hacer nada. Ni siquiera mear. Tuve que imitar el sonido del agua corriente y hablarle de urinarios.

—De eso entiendes algo —masculló Víktor—. Conque tú le hablabas de urinarios y yo sufría aquí solo, sin poder escribir nada, ni siquiera una línea. ¿Sabes?, en general no me gusta escribir, y en los últimos tiempos… En general, mi vida en los últimos tiempos… —Se detuvo: ¿qué le importaba eso a ella?—. Sí, oye… ¿Cuándo enloqueció Roscheper?

—Hace tres días.

—¿Por la noche?

—Aja —respondió Diana mientras roía una galleta.

—A las diez de la noche —dijo Víktor—. Entre las diez y las once.

—Exactamente —dijo Diana, asombrada, había dejado de masticar—. Y tú, ¿cómo lo sabes? ¿Recibiste un «telepatema necrobiótico» suyo?

—Espera. Ahora te cuento algo interesante. Pero antes, dime: ¿qué hacías tú en ese momento?

—¿Yo?… Ah, sí. Recuerdo que esa noche me volví majara. Estaba enrollando vendas y de repente sentí tal angustia que hubiera podido morir. Metí la cara en aquellas vendas y me puse a llorar a gritos, creo que no había llorado así desde que era niña…

—Y de repente, todo pasó.

—Sí… —Diana quedó pensativa—. No… De repente, Roscheper comenzó a gritar en la calle, me asusté y salí corriendo.

Víktor quiso decir algo más, pero llamaron a la puerta y el picaporte giró.

—¡Víktor, Víktor, despierta! —resonó la voz ronca de Teddy en el pasillo—. ¡Abre, Víktor! —Víktor quedó paralizado, con la máquina de afeitar en la mano—. ¡Víktor, abre! —gritaba Teddy con voz ronca y hacía girar con furia el picaporte.

Diana se levantó de un salto e hizo girar la llave en la cerradura. La puerta se abrió e irrumpió Teddy: empapado, hecho un desastre, con una carabina en las manos.

—¿Dónde está Víktor? —rugió, enronquecido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Víktor saliendo del baño, mientras el corazón le latía con fuerza: lo iban a arrestar, había guerra...

—Los niños se han marchado —dijo Teddy, respirando con dificultad—. ¡Vamos, los niños se han marchado!

—Espera, ¿qué niños?

Teddy tiró la carabina sobre la mesa, al montón de papel arrugado, lleno de garabatos y tachaduras.

—¡Se han llevado a los niños, los muy canallas! —gritó—. ¡Se los han llevado! ¡Han colmado el vaso! Basta, hemos aguantado demasiado... ¡Han colmado el vaso!

Víktor seguía sin entender nada, sólo veía que Teddy estaba fuera de sí. Lo había visto así únicamente en una ocasión, cuando en una riña en el restaurante, durante el alboroto, le habían robado la caja. Víktor, confuso, abría y cerraba los ojos, mientras que Diana había recogido su ropa interior del respaldo del butacón y había desaparecido en el baño, cerrando la puerta a sus espaldas. En ese momento, el teléfono comenzó a sonar. Víktor respondió: se trataba de Lola.

—Víktor, no entiendo nada. —En su voz había notas de llanto—. Irma ha desaparecido; dejó una nota diciendo que nunca regresaría, y por todas partes dicen que los niños se han marchado de la ciudad... ¡Tengo miedo! Haz algo, por favor...

—Está bien, está bien, ahora... Deja que me ponga los pantalones. —Colgó y miró a Teddy. El barman estaba sentado sobre el lecho en desorden, balbuceaba palabras extrañas y vertía en un vaso los restos de todas las botellas—. Espera, no hay razón para que cunda el pánico. Ahora mismo voy...

Regresó al baño y terminó de afeitarse el mentón enjabonado. Se hizo varios cortes, no tenía tiempo para guiar la hoja. Diana había salido de la ducha y se vestía a sus espaldas; su rostro era duro y decidido, como si se dispusiera a pelear, pero estaba absolutamente tranquila.

Los niños marchaban, formando una interminable columna gris, por caminos grises, lavados por la lluvia, caminaban dando tropezones, resbalando y cayéndose bajo el aguacero, andaban encogidos, empapados, con sus tristes bultitos apretados en las manilas azules por el frío, caminaban pequeñitos, indefensos, sin comprender, llorando, en silencio, mirando atrás, caminaban agarrados de la mano o de los tirantes, mientras que a los lados del camino marcaban el paso lúgubres figuras negras, sin rostro, cuyo lugar era ocupado por vendas negras, y por encima de las vendas se veían ojos fríos e implacables, no humanos, y manos enfundadas en guantes negros apretaban fusiles automáticos, y la lluvia caía sobre el acero pavonado, las gotas temblaban y se deslizaban sobre el acero...

«Qué tontería —pensaba Víktor—, qué tontería, no se trata de eso, ahora no es eso que yo ya he visto, pero fue hace mucho tiempo y ahora no es así...»

Iban alegres, y para ellos la lluvia era una amiga, chapoteaban contentos por

los charcos con pies descalzos y cálidos, charlaban y cantaban con alegría y no miraban atrás porque ya lo habían olvidado todo, porque lo único que tenían era el futuro, porque habían relegado al olvido su ciudad que roncaba y se sorbía las narices en la madrugada, aglomeración de guaridas de chinches, nido de pasioncillas y deseos miserables, preñada de crímenes horrendos, siempre vomitando delitos e intenciones criminales de la misma manera que una hormiga reina pone huevos constantemente; ellos iban, susurrando, conversando, y desaparecieron en la niebla mientras nosotros, ebrios, nos llenábamos de aire viciado, retorciéndonos en las malditas pesadillas que ellos nunca habían visto y ya no verían nunca...

Víktor se puso los pantalones y saltaba sobre una pierna cuando los cristales temblaron y un denso rugido mecánico irrumpió en la habitación. Teddy corrió hacia la ventana, pero tras el vidrio seguía habiendo la misma lluvia, la misma calle empapada y desierta, y lo único era que alguien había pasado en bicicleta, un saco chorreante de hule que movía las piernas con esfuerzo. Pero los cristales seguían vibrando y sonando, y aquel rugido profundo y angustioso continuaba; un minuto después, al ruido se le unieron unos silbidos lastimeros y esporádicos.

—Vamos —dijo Diana, que se había puesto ya el impermeable.

—No, espera —la detuvo Teddy—. Víktor, ¿tienes un arma? Una pistola, un fusil automático... ¿Sí?

Víktor no respondió, tomó su impermeable y los tres bajaron las escaleras hasta el vestíbulo, ahora totalmente vacío, sin encargado ni portero. Al parecer, en el hotel no quedaba ni una persona, únicamente R. Kvadriga estaba sentado tras una mesa del restaurante, mirando a todas partes con asombro: seguramente llevaba mucho rato esperando el desayuno. Salieron a la calle y montaron en el camión de Diana, los tres en la cabina. Ella se sentó al volante y comenzaron a recorrer la ciudad. Diana callaba, Víktor fumaba y Teddy seguía soltando unos tacos monumentales a media voz, ni siquiera Víktor comprendía el significado de muchas de las palabras ya que sólo podía comprenderlas Teddy, aquella rata de orfanato educado en las casuchas del puerto, vendedor de narcóticos y gorila de prostíbulo, posteriormente soldado de una compañía de enterradores, más tarde bandido y merodeador, y finalmente barman, barman, barman y de nuevo barman.

En la ciudad casi no había gente, Diana se detuvo solamente en la calle Solar para dejar montar en la trasera del vehículo a una pareja con aspecto alelado. El aullido de las sirenas de la Defensa Antiaérea y los chillidos de las fábricas no cesaban, y en aquellos gemidos de voces metálicas sobre la ciudad desierta había algo apocalíptico. Todo se encogía por dentro, daban deseos de huir a alguna parte, de esconderse o de disparar, hasta los Hermanos de Raciocinio pateaban el balón en el estadio sin su acostumbrado entusiasmo: algunos de ellos, con la boca abierta, miraban a su alrededor, tratando de entender algo.

En la carretera, más allá de los suburbios, comenzó a aparecer cada vez más gente. Unos iban a pie, empapándose bajo la lluvia, lastimeros, asustados, sin entender nada de lo que hacían ni de sus motivos. Otros iban en bicicleta y también se veían agotados, porque la marcha era contra el viento. Varias veces el camión dejó atrás autos abandonados, rotos o que se habían quedado sin gasolina por imprevisión, uno de ellos estaba volcado en la cuneta. Diana se detenía y recogía a todos, y al poco tiempo el camión se llenó a reventar. Víktor y Teddy pasaron también a la trasera del vehículo, dejando su lugar a una mujer con un niño de pecho y a una anciana medio loca. Después no quedaba lugar

tampoco en la trasera, y Diana no volvió a detenerse. El camión avanzaba a gran velocidad, dejando atrás y salpicando a decenas y cientos de personas que se dirigían a la leprosería. Varias veces adelantó a otros camiones llenos de gente, a motocicletas, y un camión se les pegó y siguió detrás de ellos.

Diana estaba acostumbrada a llevarle coñac a Roscheper, o a recorrer los alrededores de la ciudad a gran velocidad para diversión propia, y por eso daba miedo viajar en la trasera del camión. No todos podían sentarse, faltaba lugar, y los que viajaban de pie se aguantaban unos en otros, cada cual intentaba colocarse lo más lejos posible de las barandas y nadie decía nada, simplemente soltaban chillidos y palabrotas, y una mujer lloraba sin parar. Además llovía, un aguacero que Víktor no recordaba haber visto en su vida, ni siquiera había imaginado que semejantes aguaceros pudieran tener lugar. La visibilidad era casi nula, quince metros delante, quince metros detrás, y Víktor tenía mucho miedo de que Diana chocara con algún vehículo que hubiera frenado. Pero todo fue bien, y Víktor sólo recibió un fuerte pisotón cuando los pasajeros cayeron unos sobre otros por última vez y el camión se detuvo ante las puertas de la leprosería, junto a una enorme concentración de vehículos.

Seguramente toda la ciudad se había concentrado en aquel lugar. Allí no llovía y parecía que la ciudad había huido a aquel sitio para salvarse del diluvio. A la izquierda y a la derecha de la carretera, a lo largo de un seto de plantas espinosas, sólo se veía una enorme multitud que crecía continuamente, en la que desaparecían, dispersos, vehículos vacíos de todo tipo: lujosas limusinas de grandes dimensiones o utilitarios ajados con techos de lona, camiones, autocares e, incluso, una grúa, en cuya aguja había varias personas sentadas. La multitud emitía un zumbido ominoso, a veces se oían gritos agudos.

Todos saltaron del camión, y Víktor perdió de vista a Diana y a Teddy, en torno suyo vio solamente rostros desconocidos, lúgubres, encallecidos, perplejos, llorosos, gritones, con ojos en blanco por los desmayos, enfurecidos... Víktor intentó acercarse a la entrada, pero quedó atascado a los pocos metros. La gente formaba una muralla compacta, nadie quería ceder su lugar, daba lo mismo empujarlos, patearlos, golpearlos, ni siquiera se volvían, simplemente metían la cabeza entre los hombros y todos intentaban avanzar, acercarse cada vez más al portón, más cerca de sus hijos; se ponían de puntillas, estiraban el cuello, pero tras aquella masa oscilante de capuchones y sombreros no se divisaba nada.

—¿Por qué, Dios? ¿Qué pecado hemos cometido?

—¡Canallas! Debimos matarlos hace tiempo. Los más listos lo decían...

—¿Y dónde está el burgomaestre? ¿A qué se dedica? ¿Dónde está la policía? ¿Dónde se ha metido ese panzón?

—Sim, me van a aplastar... ¡Sim, me asfixio! Oh, Sim...

—¿Qué más querían? ¿Qué les hemos negado? Nos quitábamos la comida de la boca, andábamos descalzos para que ellos vistieran bien...

—Si todos empujamos a la vez, el portón se va al demonio...

—Pero si nunca le puse ni un dedo encima. He visto cómo vosotros azotabais a vuestros niños, pero en nuestra casa nunca ocurrió nada así...

—¿Has visto las ametralladoras? ¿Qué, van a dispararle al pueblo? ¿Por venir a buscar a sus hijos?

—¡Munichek! ¡Munichek! ¡Mi Munichek! ¡Munichek!

—¿Qué es esto, caballeros? ¡Es una locura total! ¿Dónde se ha visto algo semejante?

—No importa, los legionarios les darán una lección... Vienen por la retaguardia, ¿entiendes? Van a abrir el portón, nosotros les ayudaremos...

—¿Has visto las ametralladoras? ¿Quién sabe qué...?

—¡Dejadme pasar! ¡Os digo que me dejéis pasar! ¡Tengo una hija ahí dentro!

—Llevan tiempo preparándose, yo lo veía pero me daba miedo preguntar.

—¿Y por qué tiene que pasar algo? ¿Acaso son fieras? No son un ejército de ocupación, no se los han llevado para fusilarlos ni al crematorio...

—Les clavaría los dientes hasta hacerles sangre...

—Se ve que nos hemos vuelto pura mierda, hasta nuestros hijos huyen de nosotros y se van con esos infectos... Ellos mismos se han marchado, nadie se los ha llevado a la fuerza...

—Eh, ¿quién tiene una escopeta? ¡Que vengan! ¡Los que tienen escopeta, que vengan, aquí, eh!

—¡Son mis hijos, Dios mío, yo los he parido, sólo yo puedo hacer con ellos lo que quiera!

—Pero ¿dónde está la policía?

—¡Hay que mandarle un telegrama al señor Presidente! Cinco mil firmas, verá que es algo serio...

—¡Han aplastado a una mujer! Apártate, miserable, ¿no lo ves?

—¡Munichek! ¡Munichek mío!

—¡Esas peticiones no sirven para nada! A nadie le gustan. Te las tiran a la cara...

—¡Abrid el portón, desgraciados! ¡Mohosos de mierda! ¡Asquerosos!

—¡El portón!

Víktor retrocedió. Era difícil, lo golpearon en varias ocasiones, pero logró salir y llegar hasta el camión. Se subió a la trasera. Había niebla sobre la leprosería y a diez pasos del seto, al otro lado, no se veía nada. El portón estaba bien cerrado, delante había un espacio vacío y en ese espacio, con los pies bien separados, había unos diez soldados de las tropas interiores, con cascos que les cubrían la frente, apuntando sus fusiles hacia la multitud. En la entrada de la cabina de guardia, un oficial gritaba algo a la multitud poniéndose de puntillas, pero no se le oía. Sobre el techo de la caseta, como una enorme estantería, se alzaba hacia la niebla una torre de madera coronada por una plataforma en la que se veía una ametralladora y gente de uniforme gris. Más allá, tras el alambre espino, desfilaba a lo largo de la cerca un blindado con orugas, cuyo sonido metálico era apenas audible. Pasó, saltó varias veces sobre los terrones y desapareció en la niebla. Al ver el blindado, la multitud calló y se escucharon entonces los gritos del oficial.

—Tranquilidad... Tenemos la orden... A sus casas...

A continuación, la gente comenzó de nuevo a hacer ruido, a quejarse, a zumbar.

Hubo un movimiento delante del portón. Entre los impermeables y capas oscuras, azules, grises, se distinguió el brillo tristemente conocido de los cascos de cobre y las camisas doradas. Aparecieron en la multitud como manchas de luz, alcanzaron el espacio vacío y allí se unieron todos, formando un grupo dorado. Jóvenes corpulentos, con camisas doradas hasta la rodilla, ceñidas con cinturones de oficiales del ejército, de pesadas hebillas, con brillantes cascos de cobre, a causa de lo cual llamaban bomberos a los legionarios, con garrotes gruesos y cortos, cada uno de ellos mostraba el emblema de la Legión, en la hebilla, en la manga izquierda, sobre el pecho, en el garrote, en el casco, en el rostro, no quedaba lugar donde poner otro emblema, en el careto musculoso y deportivo, de ojos lobunos... Además tenían insignias, una constelación de insignias, insignias de Tirador Excelente, de Paracaidista Excelente, de

Submarinista Excelente, además de insignias con el retrato del señor Presidente, de su yerno, fundador de la Legión, de su hijo, jefe supremo de la Legión… y cada uno llevaba en el bolsillo una granada de gases lacrimógenos, y bastaría con que uno de aquellos gamberros, en un ataque de entusiasmo guerrero, lanzara una granada para que dispararan las ametralladoras del blindado, la ametralladora de la torre, los fusiles automáticos de los soldados, todos contra la multitud y no contra las camisas doradas. Los legionarios formaron una fila frente a los soldados, y entonces, delante de la fila, apareció corriendo Flamin Yuventa, el sobrino, moviendo su garrote, y Víktor comenzó a mirar con desesperación hacia todas partes, sin saber qué hacer, pero en ese momento le llevaron al oficial un megáfono de la cabina, el oficial se alegró visiblemente, incluso sonrió.

—¡Atención! —empezó a decir con voz tenante—. ¡Atención! Ruego a los aquí congregados…

A continuación, el megáfono dejó de funcionar, el oficial palideció y sopló el micrófono, y Flamin Yuventa, que se disponía a escuchar, se puso a correr, más agitado que antes, y a sacudir en el aire su garrote. De repente, el zumbido de la multitud se hizo amenazador, al parecer habían comenzado a gritar los que antes callaban, o sencillamente se ponían de acuerdo, lloraban o rezaban, y Víktor gritó también, transido de horror por la idea de lo que iba a ocurrir allí en ese momento.

—¡Llevaos a los imbéciles! —gritaba—. ¡Llevaos a los bomberos! ¡Son la muerte! ¡Que se vayan! ¡Diana!

Era imposible saber qué gritaba cada cual en la multitud, pero aquella masa, inmóvil hasta entonces, comenzó a estremecerse rítmicamente, como un gigantesco plato de gelatina, y el oficial dejó caer el megáfono, retrocedió hasta la cabina del centinela, mientras los rostros de los soldados se endurecían, se erizaban, y arriba, en la torre, dejaron de moverse para apuntar. Y en ese momento se escuchó la Voz.

Era como un trueno, brotaba a la vez de todas partes y acalló de inmediato todos los demás sonidos. Era serena, hasta melancólica, en ella se adivinaba un hastío inconmensurable, una condescendencia infinita, como si hablara un gigante, soberbio y despectivo, que daba la espalda a la multitud molesta; como si hablara por encima del hombro, abandonando un momento sus ocupaciones trascendentales en aras de aquellas minucias que lo habían sacado de quicio.

—Dejad de gritar. Dejad de hacer gestos y de amenazar. ¿Acaso es tan difícil callarse y pensar en calma unos minutos? Vosotros sabéis perfectamente que vuestros hijos han huido de casa por propia voluntad, nadie los obligó, nadie los arrastró. Se han marchado porque vosotros os habéis vuelto del todo desagradables para ellos. No quieren seguir viviendo así, como habéis vivido vosotros y han vivido vuestros antepasados. A vosotros os encanta imitar a vuestros antepasados, y suponéis que la dignidad humana es eso, pero ellos piensan de otra manera. No quieren crecer para convertirse en borrachos y depravados, en gentuza insignificante, en esclavos y conformistas, no quieren que los conviertan en criminales, no quieren vuestras familias ni vuestro estado.

La Voz calló durante un minuto. Y durante un minuto no se escuchó sonido alguno, sólo un murmullo como causado por la niebla al arrastrarse sobre el terreno.

—Podéis estar tranquilos respecto a vuestros hijos —comenzó la Voz de nuevo—. Estarán bien, mejor que con vosotros y mucho mejor que vosotros. Hoy ellos no pueden recibiros, pero podéis venir desde mañana. En el valle de los Caballos se instalará una casa de encuentros, venid todos los días si lo deseáis,

después de las tres de la tarde. Todos los días saldrán tres autocares desde la plaza central, a las dos y treinta. Eso no será suficiente, en todo caso es lo que hay para mañana, que vuestro burgomaestre se ocupe de incrementar el transporte.

La Voz calló de nuevo. La multitud estaba inmóvil, como una muralla. Era como si la gente temiera el menor movimiento.

—Sólo tened en cuenta una cosa —prosiguió la Voz—: Depende únicamente de vosotros que los niños quieran veros. Los primeros días todavía podremos hacer que los niños vengan a vuestro encuentro, incluso si no lo desean, pero más adelante... es asunto vuestro. Y ahora, dispersaos. Sois una molestia para nosotros, para vuestros hijos, para vosotros mismos. Y os doy un consejo: meditad, tratad de pensar qué podéis darles a vuestros hijos. Examinaos a vosotros mismos. Los habéis parido y los destrozáis a vuestra imagen y semejanza. Pensad en ello. Y ahora, dispersaos.

La multitud seguía inmóvil. Quizá intentaba pensar. Víktor lo intentaba. Eran pensamientos fragmentarios. Ni siquiera pensamientos, sino retazos de recuerdos, pedazos de conversaciones, el rostro tonto y maquillado de Lola... ¿No sería mejor un aborto? ¿Qué falta nos hace esto ahora?... El padre, con los labios temblorosos de rabia... Cachorro sarnoso, haré de ti un hombre, te voy a moler a palos... Resulta que tengo una hija de doce años, ¿no podrías ayudarme a meterla en algún sitio decente? Irma mira con curiosidad a Roscheper, hinchado en su insolencia... no mira a Roscheper, sino a mí... Sí, me da vergüenza, pero ¿qué entiende ella de eso, mocosa? ¡A la cama! Ahí tienes la muñeca, ¿te gusta? Eres muy pequeña todavía, crecerás y entenderás.

—¿Por qué estáis ahí parados? —tronó nuevamente la Voz—. ¡Dispersaos! —Una ráfaga de viento azotó los rostros y se esfumó—. Idos ya —añadió la Voz.

Y de nuevo azotó el viento, un viento denso como una pesada mano mojada, que empujó los rostros y desapareció. Víktor se secó las mejillas y vio que la multitud había retrocedido. Alguien gritó, se escucharon voces inseguras, se formaron pequeños remolinos en torno a los coches y los autocares. Treparon a la trasera del camión, todos deprisa, empujándose unos a otros, ocuparon los asientos de la cabina, otros montaban deprisa en sus bicicletas, los motores se pusieron en marcha. Muchos se iban caminando, mirando atrás con frecuencia, pero no hacia los soldados ni la ametralladora en la torre, ni al blindado, que se había aproximado haciendo rechinar sus metales y se había detenido a la vista de todos, con las escotillas abiertas. Víktor sabía por qué la gente se volvía y por qué se apresuraba, tenía las mejillas encendidas, y si algo le daba miedo era que la Voz les ordenara de nuevo que se fueran, que otra vez una pesada mano mojada les empujara el rostro con asco.

El grupo de idiotas de camisas doradas seguía ante el portón, de pie, indecisos, pero su número había disminuido. El oficial se acercó a los que quedaban y les gritó una orden, con firmeza, imperativo, cumpliendo un agradable deber, y ellos también retrocedieron, después se dieron la vuelta y echaron a andar, recogiendo por el camino los impermeables y capas grises, azules, oscuros, que yacían sobre el terreno, hasta que no quedó ni una mancha dorada. Por su lado pasaban autocares y coches, y la gente en la trasera del camión, impacientes y asustados, miraban en derredor y preguntaban dónde estaba la conductora.

Al rato, apareció Diana, Diana Airada, subió al estribo y miró a la trasera del vehículo.

—¡Sólo hasta el cruce! —gritó muy molesta—. ¡El camión va al sanatorio!

Y nadie se atrevió a objetar, todos estaban inusitadamente callados, conformes con cualquier cosa. Teddy no apareció, seguramente se había marchado en otro coche. Diana sacó el camión a la carretera, dejando atrás grupos de peatones y ciclistas, mientras a su vez, autos repletos de gente hasta el tope los adelantaban. No llovía, sólo había niebla y un aire húmedo y frío. La lluvia comenzó cuando Diana llegó al cruce, la gente bajó del camión y Víktor pasó a la cabina.

Se mantuvieron callados hasta llegar al sanatorio.

Diana fue enseguida a ver a Roscheper (al menos, eso fue lo que dijo que haría), y Víktor fue a su habitación, se despojó del impermeable, se dejó caer en la cama, encendió un cigarrillo y clavó los ojos en el techo. Estuvo fumando sin cesar una hora, quizá dos, dio vueltas en la cama, se levantó, caminó por la habitación, miró por la ventana sin objetivo alguno, subió y bajó las cortinas, fue al grifo a beber agua para aliviar la sed que lo atormentaba y volvió a la cama.

«Qué humillación», pensó. Sí, por supuesto. Te han abofeteado, te han llamado miserable, como a un mendigo que tiene harto a todos, pero de todas maneras, se trataba de padres y madres, de personas que amaban a sus críos, les pegaban pero estaban dispuestos a dar la vida por ellos, los corrompían con su ejemplo, pero no lo hacían intencionadamente, sino por ignorancia... Las madres los parían con dolor, y los padres los alimentaban, los vestían, y estaban orgullosos de sus hijos y se jactaban de ellos entre sí, con frecuencia los maldecían, pero no se imaginaban la vida sin ellos... y ahora, la vida se había vaciado de sentido, no quedaba absolutamente nada. ¿Cómo era posible tratarlos con tal crueldad, con tal desprecio, tan fríamente, tan racionalmente, y como despedida darles una bofetada...?

Demonios, ¿acaso todo lo que el hombre tenía de animal era tan sucio? Hasta la maternidad, hasta la sonrisa de la virgen, sus dulces y tiernas manos que llevan el niño al seno... Sí, por supuesto, el instinto, y toda una religión construida sobre el instinto... seguramente la desgracia consiste en que intentan extender esta religión a la educación, donde ya no funciona instinto alguno, y si funciona es sólo para hacer daño... porque la loba le dice a sus lobeznos: «Morded como yo», y eso basta, y la liebre le dice a los lebratos: «Huid como yo», y eso también basta, pero el hombre educa a su cría: «Piensa como yo», y eso es ya un crimen... Pero esos mohosos, esos malditos infectos, son cualquier cosa menos seres humanos, quizá sean sobrehumanos... ¿qué han hecho? Primero: «Fíjate cómo pensaban antes de ti, mira lo que resultó de ello, eso está mal por esto y por aquello, y debe ser así y de tal manera. ¿Has visto? Y ahora, ponte a pensar por ti mismo cómo hacer para que no ocurra esto y aquello, sino eso y lo otro». Pero no sé qué es esto y aquello, ni qué es eso y lo otro, y en general todo esto ya ocurrió alguna vez, todo eso se ha intentado, salían algunas personas excelentes, casos individuales, pero la masa fundamental seguía el camino de siempre, nunca cambiaba de senda, vivía sencillamente, a nuestra manera. Cómo podrían educar a sus críos si sus padres nunca los educaron, sino que los entrenaron. «Muerde como yo y escóndete como yo», y de la misma forma el abuelo entrenó al padre, y el bisabuelo al abuelo, y así hasta lo más profundo de las cavernas, hasta los cavernícolas peludos con la lanza en la mano, hasta los devoradores de mamuts. A mí me dan lástima esos descendientes lampiños, me dan lástima porque también siento lástima de mí, pero a ellos no les importa, no nos necesitan para nada y no tienen la intención de reeducamos, ni siquiera pretenden destruir el viejo mundo, sólo exigen una cosa: que no se metan con ellos. Ahora eso es posible, ahora se puede comerciar con las ideas, ahora hay

poderosos compradores de ideas que te van a proteger, meterán a toda la gente tras las alambradas para que el viejo mundo no moleste, te alimentarán, te cuidarán... con toda delicadeza afilarán el hacha con la que cortas la rama donde ellos se reúnen, llenos de medallas y enfundados en sus uniformes.

Y, qué demonios, eso es grandioso a su manera, ya lo han intentado todos, lo único que no han intentado es esto: educación en frío, sin mocos rosados, sin lágrimas... aunque qué es lo que estoy diciendo, qué sé yo de la educación que dan allí... pero, de todos modos, es crueldad, desprecio, eso está claro... No obtendrán resultado alguno porque, bien, el raciocinio, pensad, estudiad, analizad... ¿Y qué hay de las manos de la madre, de las manos que acarician, calman el dolor y convierten el mundo en un sitio cálido? ¿Y del mentón hirsuto del padre, que juega a la guerra, hace como un tigre, enseña a boxear, es el más fuerte y sabe más que nadie en el mundo? ¡Porque eso también estaba allí! No sólo las peleas a gritos (o en silencio) de los padres, no sólo el cinturón y el gruñido ebrio, no sólo los tirones absurdos de orejas, que de repente y sin saber por qué se transforman en mimos ansiosos, golosinas y monedas para ir al cine... Y qué sé yo, puede ser que ellos tengan equivalentes para todo lo bueno que existe en la maternidad y la paternidad... ¡Cómo miraba Irma a aquel mohoso! Cómo hay que ser para que te miren así... y en todo caso, ni Bol-Kunats, ni Irma, ni el nihilista lleno de granos se pondrán nunca camisas doradas, ¿y eso acaso es poco? Demonios, no necesito nada más de la gente.

«Espera —se dijo—. Encuentra lo fundamental. ¿Estás a favor o en contra de ellos? También hay una tercera salida: hacer la vista gorda. Pero yo no puedo hacer la vista gorda. ¡Ah, cuánto me gustaría ser cínico, qué fácil, sencillo y lujoso es ser cínico! Qué cosa: toda la vida me han pintado como un cínico, lo intentan, consumen unos medios fabulosos, gastan balas, flores de elocuencia, papel, puños, no escatiman gente, no escatiman nada para que yo me vuelva cínico, pero yo, de ninguna manera... Bien, está bien. De todos modos: ¿a favor o en contra? En contra, por supuesto, porque no soporto el desprecio, odio a todas las élites, odio toda intolerancia y no me gusta, no me gusta nada que me abofeteen y me echen... Y estoy a favor, porque amo a la gente inteligente, con talento, odio a los tontos, odio a los obtusos, odio las camisas doradas, odio a los fascistas, y por supuesto, está claro que de esa manera no lograré definir nada, sé demasiado poco sobre ellos, y de lo que sé, de lo que he visto con mis propios ojos, sólo sobresale lo malo: la crueldad, el desprecio, la inhumanidad, la fealdad física... Y el resultado es el siguiente: a favor de ellos está Diana, a quien amo, y Gólem, a quien aprecio, e Irma, a quien amo, y Bol-Kunats, y el nihilista lleno de granos... ¿Y quién está en contra? El burgomaestre está en contra, viejo canalla, fascista y demagogo; y el jefe de policía, uno que se vende al mejor postor; y Roscheper Nant, y la estúpida de Lola, y la banda de camisas doradas, y Pavor... Es verdad que, por otra parte, a favor de ellos está el profesional larguirucho, así como un tal general Pferd, no soporto a los generales, y en contra está Teddy y seguramente, muchos otros como Teddy... Sí, esto no se decide por mayoría de votos. Es algo parecido a las elecciones democráticas libres: la mayoría está siempre a favor de los canallas...»

Diana llegó a las dos, Diana Común Alegre, enfundada en una ceñida bata blanca, maquillada y peinada.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó.

—Ardo en él —respondió Víktor—. Ardo, alumbrando a otros.

—Sí, hay bastante humo. Deberías abrir la ventana... ¿Quieres comer?

—¡Demonios, claro que sí! —dijo Víktor, recordando que no había

desayunado.

—¡Entonces vamos, diablos!

Bajaron al comedor. En torno a una larga mesa, sombríos por el agotamiento físico, los Hermanos de Raciocinio, serios y en silencio, tomaban una sopa dietética. El gordo entrenador, vistiendo un jersey azul, daba paseítos a espaldas de ellos, les palmeaba los hombros, les desordenaba el cabello y vigilaba atentamente los platos.

—Ahora te presentaré a una persona que comerá con nosotros —anunció Diana.

—¿De quién se trata? —inquirió Víktor con desagrado; tenía deseos de comer en silencio.

—De mi marido. Mi ex marido.

—Aja. Aja. Pues, bien... Es un placer.

«¿Y por qué se le habrá ocurrido eso? —pensó con cierta tristeza—. Nadie necesita eso.» Echó una mirada lastimera a Diana, pero ella lo conducía ya, con presteza, a la mesa de servicio, en el rincón más lejano. El ex marido de Diana se levantó al verlos llegar: de rostro amarillento, nariz ganchuda, vestía un traje oscuro y llevaba guantes negros. No le tendió la mano a Víktor, se limitó a inclinar la cabeza levemente.

—Hola, me alegro de verle —dijo en voz baja.

—Bánev —se presentó Víktor, con la falsa cordialidad que lo embargaba cada vez que veía a un marido.

—En realidad, ya nos conocemos. Soy Zurzmansor.

—¡Ah, claro! —exclamó Víktor—. ¡Por supuesto! Debo decirle que mi memoria es... —Calló un instante—. Un momento... ¿qué Zurzmansor?

—Pável Zurzmansor. Es probable que haya leído algo mío, y hace poco intervino a mi favor en un restaurante, por cierto, de forma enérgica. Además, coincidimos en otro lugar, también en una situación desagradable... Sentémonos.

Víktor tomó asiento. «Está bien —pensó—. Resulta que son así cuando les quitan la venda. ¿Quién lo hubiera pensado? Perdón, ¿y dónde están sus "gafas"? Zurzmansor, que por alguna razón es también el marido de Diana, y el bailarín de nariz ganchuda que hacía el papel de un bailarín que también hacía el papel de otro bailarín y que en realidad era un mohoso, o a la vez cuatro mohosos, o quizá hasta cinco, a partir de aquél del restaurante, no tenía "gafas", era como si se le hubieran difuminado por todo el rostro, dándole un tono amarillento, latinoamericano.» Y Diana, con una extraña sonrisa maternal, lo miraba a él y al marido por turno. Eso no le agradaba, Víktor comenzó a sentir algo semejante a los celos, algo que nunca había sentido cuando trataba con los maridos. La camarera trajo la sopa.

—Irma le manda saludos —dijo Zurzmansor, mientras partía el pan—. Le ruega que no se preocupe.

—Gracias —replicó Víktor maquinalmente, tomó la cuchara y comenzó a comer, sin percibir el sabor.

Zurzmansor comía también, mirando a Víktor de reojo, sin sonreír, pero con una expresión humorística. No se había quitado los guantes, pero por la manera con que manejaba la cuchara, por el gesto elegante con que partía el pan o utilizaba la servilleta, se dejaba notar una buena educación.

—Entonces, es usted ese Zurzmansor —pronunció Víktor—, el filósofo...

—Me temo que no —replicó Zurzmansor, limpiándose los labios con la servilleta—. Temo que ahora no tengo casi nada que ver con aquel famoso filósofo.

Víktor no halló qué responder y decidió interrumpir la conversación. «De todas formas, no fue a mí a quién se le ocurrió este encuentro, él quería verme, que comience él entonces...» Sirvieron el plato fuerte. Víktor, atento a sus modales, comenzó a cortar la carne. En las mesas largas, los Hermanos de Raciocinio comían al unísono, con sencillez, haciendo tintinear tenedores y cuchillos.

«Aquí estoy haciendo el papel del más tonto de los tontos —pensó Víktor—. De un hermano de raciocinio. Seguramente ella todavía lo ama. Él enfermó, tuvieron que separarse, ella no quería, de otro modo no estaría metida en este agujero, vaciando los orinales de Roscheper... Y se ven con frecuencia, él entra al sanatorio, se quita la venda y baila con ella. Recordó cómo habían bailado, una pareja bien acoplada... Da igual. Ella lo ama. Y a mí, ¿qué me importa? Claro que me importa. Me importa que él esté allí. ¿Y qué más hay allí? Me han despojado de mi hija, pero los celos que siento por mi hija no son celos de padre. Me han quitado a Diana, pero los celos que siento por Diana no son de hombre... ¡Oh, demonios, qué palabrejas! Me han despojado de mi hija, me han quitado a Diana... Una hija que me ha visto por primera vez en sus doce años de vida... ¿o ya tiene trece? Una mujer que conozco hace muy pocos días... Mas tened en cuenta que estoy celoso, pero no como padre ni como hombre. Sí, sería mucho más sencillo si él ahora dijera: "Caballero, estoy informado de todo, ha manchado mi honor, ¿no considera que merezco una satisfacción?".»

—¿Cómo va el trabajo sobre ese artículo? —preguntó Zurzmansor.

—De ninguna manera —respondió Víktor.

—Me encantaría leerlo.

—¿Sabe usted qué tipo de artículo es?

—Sí, me lo imagino. Pero usted no va a escribir semejante cosa.

—¿Y si me obligan? El general Pferd no va a defenderme.

—Mire usted —dijo Zurzmansor—, difícilmente podrá escribir el artículo que desea el señor burgomaestre. Ni siquiera si se esfuerza. Hay personas que, con independencia de sus deseos, transforman automáticamente a su manera cualquier misión que se les confía. Usted pertenece a ese grupo de personas.

—¿Eso es bueno o malo?

—Desde nuestro punto de vista, bueno. Se sabe muy poco sobre la personalidad del ser humano, salvo sobre aquel componente que constituye el conjunto de reflejos. Es verdad que el ser social no contiene en sí casi nada más. Por eso son particularmente valiosas las denominadas personalidades creativas, que transforman la información en realidades individuales. Comparando un fenómeno conocido y bien estudiado con el reflejo de este hecho en la creación de esa personalidad, podemos aprender muchas cosas sobre las estructuras psíquicas que han transformado la información.

—¿No cree usted que todo eso suena un poco ofensivo?

—Ah, entiendo. —Zurzmansor lo miró, torciendo extrañamente el rostro—. Un creador y no un conejillo de Indias... Pero solamente le he expuesto una circunstancia que le otorga valor a nuestros ojos. Las demás circunstancias son ampliamente conocidas: la información veraz sobre la realidad objetiva, la máquina emocional, los medios para excitar la imaginación, la satisfacción de la necesidad de sufrimiento conjunto... En realidad, lo que deseaba era elogiarlo.

—En ese caso, me siento elogiado —dijo Víktor—. Pero toda esta conversación no tiene la menor relación con la creación de libelos. Se toma el último discurso del señor Presidente y se copia entero, se cambian las palabras «enemigos de la libertad» por «los denominados leprosos», o «los pacientes del

doctor sanguinario» o «los vampiros de la leprosería»... por lo que mi estructura psíquica no va a tomar parte en eso.

—Es lo que usted cree —objetó Zurzmansor—. Leerá ese discurso y, ante todo, descubrirá que es feo. Estilísticamente feo, quiero decir. Comenzará a enmendar el estilo, se pondrá a buscar expresiones más precisas, la fantasía comenzará a funcionar, los lugares comunes lo enfermarán, querrá convertir las palabras en cosas vivas, sustituir los tacos administrativos por hechos de la más sangrante actualidad y usted mismo no se dará cuenta de cómo comenzará a escribir la verdad.

—Es posible. En todo caso, ahora no quiero escribir ese artículo.

—¿Y quiere escribir alguna otra cosa?

—Sí —dijo Víktor, mirando a los ojos de Zurzmansor—, me encantaría escribir cómo los niños se largaron de la ciudad. Sobre el nuevo flautista de Hamelin.

—Una idea excelente. —Zurzmansor asintió, satisfecho—. Escríbalo.

«Escríbalo —pensó Víktor con amargura—. Imbécil, ¿y quién lo publicaría?»

—Diana, ¿aquí se puede beber algo? —preguntó Zurzmansor.

Ella se levantó en silencio y salió.

—Y con mucho gusto escribiría también sobre la ciudad condenada. Y sobre toda esa agitación incomprensible en torno a la leprosería. Y sobre los magos malvados.

—¿No tiene dinero? —preguntó Zurzmansor.

—Aún me queda.

—Tenga en cuenta que, al parecer, usted obtendrá el premio literario de la leprosería, correspondiente al año pasado. Es finalista, junto con Tusov, pero es obvio que Tusov tiene menos posibilidades. Así que tendrá dinero.

—¿Sí? Eso nunca me había ocurrido. ¿Mucho dinero?

—Unos tres mil... no recuerdo exactamente.

Diana regresó y, sin pronunciar palabra todavía, colocó sobre la mesa una botella y un vaso.

—Otro vaso —pidió Víktor.

—No voy a beber —dijo Zurzmansor.

—Pues yo... hummm.

—Yo tampoco —dijo Diana.

—¿Eso es por *Desgracia*! —preguntó Víktor mientras se servía.

—Sí. Y por *Gata.* Así que le bastará para unos tres meses. ¿O menos?

—Dos meses —precisó Víktor—. Pero no se trata de eso... Mire, yo quisiera visitar la leprosería.

—Sin falta —dijo Zurzmansor—. Allí será donde le entregarán el premio. Pero quedará desencantado. No habrá milagros. Se trata de un día de descanso. Unas diez casitas y la sala de curaciones.

—La sala de curaciones —repitió Víktor—. ¿Y a quién curan allí?

—A personas.

La voz de Zurzmansor tenía una extraña entonación. Soltó una risita burlona y, de repente, algo horrible le aconteció a su rostro. El ojo derecho se puso en blanco antes de quedar apuntando a la barbilla. Mientras, la mejilla izquierda pareció desprenderse del cráneo junto con la oreja y quedó colgando en el vacío. Todo aquello duró un instante. Diana dejó caer el plato. Víktor miró a su alrededor de forma maquinal, y cuando sus ojos volvieron a clavarse en Zurzmansor, el rostro de éste seguía siendo el de antes: cortés y amarillento.

«Maldición, maldición —se dijo Víktor mentalmente—. Desapareced, fuerzas

del mal. ¿Una alucinación?» Se apresuró a sacar el paquete de cigarrillos, encendió uno y se dedicó a mirar su vaso. Haciendo mucho ruido, los Hermanos de Raciocinio se levantaron de sus mesas y echaron a andar hacia la salida mientras intercambiaban comentarios.

—En general, querríamos que sintiera tranquilidad —dijo Zurzmansor—. No tiene nada que temer. Seguramente se da cuenta de que nuestra organización ocupa cierta posición y tiene ciertos privilegios. Hacemos mucho, y debido a ello se nos permite mucho. Se nos permite experimentar con el clima, se nos permite preparar a nuestros sustitutos... y cosas así. No debo extenderme más al respecto. Hay señores que se imaginan que trabajamos para ellos, y no los contradecimos. —Calló un momento—. Escriba lo que quiera, como quiera, señor Bánev, no preste atención a los perros que ladran. Si tiene dificultades con las editoriales o problemas de dinero, lo apoyaremos. En última instancia, podemos publicarlo. Una edición interna, por supuesto. Así que siempre tendrá un plato caliente en su mesa.

—Queda claro —dijo Víktor después de beber un trago y sacudir la cabeza—. Me compran otra vez.

—Como quiera —replicó Zurzmansor—. Lo fundamental es que usted se dé cuenta de que existe un contingente de lectores, por el momento no muy numeroso, que manifiesta un serio interés por su trabajo. Lo necesitamos, señor Bánev. Además, lo necesitamos tal cual es. No necesitamos a un Bánev partidario nuestro y cantor de nuestras obras, y por esa razón no gaste tiempo pensando de qué parte está. Esté de su parte, como debe estar toda personalidad creativa. Es todo lo que necesitamos de usted.

—Mu-muy ventajosas, esas condiciones. Carta blanca y montañas de calamares rellenos en el horizonte. En el horizonte y a la mostaza. ¿Qué viuda se atrevería a darle un «no»? Escuche, Zurzmansor, ¿alguna vez ha tenido que vender el alma y la pluma?

—Sí, por supuesto. Y sepa que pagaban una miseria total. Pero eso ocurrió hace mil años, en otro planeta. —Volvió a quedar en silencio un instante—. Bánev, no tiene usted razón. No lo estamos comprando. Simplemente queremos que sea usted mismo, nos preocupa que lo presionen. Ya han aplastado a muchos... Los principios morales no se venden, Bánev. Se los puede destruir, pero no comprar. Tomemos un principio moral cualquiera: lo necesita sólo un bando. No tiene sentido robarlo ni comprarlo. El señor Presidente considera que ha comprado al pintor R. Kvadriga. Es un error. Ha comprado al chapucero R. Kvadriga, pero el pintor se le ha escurrido entre los dedos y ha muerto. Pero nosotros no queremos que el escritor Bánev se escurra entre los dedos de alguien, ni siquiera entre los nuestros, y muera. Necesitamos artistas, y no propagandistas.

Se levantó. Víktor lo imitó, sintiendo cierta incomodidad, junto con un poco de orgullo, incredulidad, ofensa, desencanto, responsabilidad y otra serie de cosas que aún no podía definir.

—Ha sido una conversación muy agradable. Le deseo éxito en el trabajo.

—Hasta la vista —se despidió Víktor.

Zurzmansor hizo una leve reverencia y se marchó con la cabeza erguida, con pasos amplios y fuertes. Víktor lo acompañó con la vista.

—Esta es la razón por la que te amo —dijo Diana.

—¿Cuál? —preguntó Víktor, distraído. Se había dejado caer en su silla y había tendido la mano hacia la botella.

—Porque te necesitan. Porque de todos modos esas personas te necesitan a

ti, semental, borrachín, desaseado, camorrista, canalla.

Se inclinó por encima de la mesa y le dio un beso en la mejilla. Se trataba de una Diana diferente, Diana Enamorada, de enormes ojos sin lágrimas, María de Magdala, Diana que Mira de Abajo Arriba.

—Imagínate —masculló Víktor—, los intelectuales... Nuevos califas por una hora.

Pero eran sólo palabras. En realidad, él comprendía que nada era tan sencillo.

Víktor regresó al hotel el día siguiente, después del desayuno. Al despedirse, Diana le entregó una cestita de corteza de abeto: de los invernaderos de la capital le habían enviado a Roscheper veinte kilos de fresas, y Diana había llegado a la razonable conclusión de que el diputado, a pesar de su anormal glotonería, no podría acabar solo con semejante montaña de fruta.

El portero, lúgubre, le abrió la puerta. Víktor le regaló unas fresas que el portero se echó a la boca, las masticó y tragó como si se tratara de un pedazo de pan.

—Mi hijo era uno de sus cabecillas —dijo—, me acabo de enterar.

—No se ponga así —replicó Víktor—. Es un chico excelente. Muy listo, y está bien educado.

—¡Mucho que me esmeré! —dijo el portero, animándose un poco—. Me esmeré... —Recuperó su aspecto lúgubre—. Los vecinos rezongan. Y yo, ¿qué? Yo no sabía nada...

—Olvídese de los vecinos —le aconsejó Víktor—. Lo hacen por envidia. Su hijo es un encanto. Por ejemplo, yo estoy muy contento de que mi hija sea amiga suya.

—¡Ja! —El portero se animó de nuevo—. ¿Qué, seremos familia?

—Quién sabe, puede ser que sí. —Se imaginó a Bol-Kunats—. ¿Y por qué no?

Se echaron a reír e intercambiaron un par de bromas.

—¿No oyó anoche el tiroteo? —preguntó el portero.

—No —dijo Víktor, poniéndose en guardia—. ¿Qué pasó?

—Pues lo que pasó fue que cuando nos retirarnos de allí, hubo quien se negó a hacerlo y algunos descerebrados cortaron los alambres y entraron. Los ametrallaron.

—Rayos.

—Yo no lo vi —dijo el portero—. Es lo que la gente cuenta. —Examinó atentamente los alrededores, le hizo un gesto a Víktor para que se aproximara y le habló al oído—: Nuestro Teddy estaba allí, recibió una herida leve. Nada de importancia. Ahora está reposando en su casa.

—Qué lástima —balbuceó Víktor con tristeza.

Le dio al portero otro puñado de fresas, tomó la llave y subió a su habitación. Sin desvestirse, marcó el número de Teddy. Su nuera le dijo que no era nada, que la bala le había atravesado la nalga, y ahora descansaba acostado boca abajo, bebía vodka y maldecía. Y ella se disponía a ir a la casa del encuentro, a ver a su hijo. Víktor le pidió que le transmitiera a Teddy su saludo, le prometió pasar a verlo y colgó. Aún tenía que telefonear a Lola, pero se imaginaba la conversación, los reproches, los gritos, y decidió no llamar. Se quitó el impermeable, echó un vistazo a las fresas, bajó a la cocina y pidió un bote de crema. Cuando volvió, se encontró a Pavor en su habitación.

—Buenos días —dijo Pavor, con una sonrisa deslumbrante.

Víktor se aproximó a la mesa, echó las fresas en un bol, las cubrió de crema,

las espolvoreó con azúcar y se sentó a comer.

—Hola, hola —dijo, sombrío—. ¿Qué le trae por aquí?

No tenía ganas de mirar a Pavor. En primer lugar, porque era un canalla, y en segundo, porque resulta desagradable mirar a la persona a la que has denunciado. Incluso siendo un canalla, incluso si tu delación se realizó a partir de los principios más impecables.

—Escuche, Víktor, estoy dispuesto a darle una disculpa. Los dos nos comportamos como idiotas, pero yo fui el peor. Todo eso se debe a problemas de trabajo. Le presento mis más sinceras disculpas. Me sería particularmente desagradable el hecho de que nos peleáramos por semejante tontería.

Víktor revolvió las fresas con una cuchara y comenzó a comer.

—Oh, Dios, en los últimos tiempos tengo tan mala suerte que me he peleado con todo el mundo —prosiguió Pavor—. Y nadie me tiene simpatía, nadie me apoya, y el cerdo del burgomaestre me ha metido en un asunto asqueroso...

—Señor Summan —dijo Víktor—. Deje de hacerse el tonto. Es capaz de fingir muy bien, pero para suerte mía lo conozco perfectamente, y no me causa placer alguno ser testigo de su talento artístico. Lárguese y no me eche a perder el apetito.

—Víktor —pronunció Pavor, con tono de reproche—, ambos somos personas adultas. No se le puede conceder tanta importancia a lo que se dice tras un par de copas. ¿Acaso cree que profeso esas estupideces que proclamo? Tenía migraña, estaba resfriado, no me va bien... ¿Qué más puede pedirle a una persona?

—Lo que le pido a cada persona es que no me rompa el cráneo por la espalda —explicó Víktor—. Y si me tiene que golpear, cosa que a veces pasa, que no se haga pasar después por amigo mío.

—Ah, se trata de eso —repuso Pavor, pensativo. Su rostro se demudó al instante—. Mire, Víktor, ahora se lo explico. Fue una casualidad. No tenía idea de que se trataba de usted. Además... Usted mismo dice que esas cosas a veces pasan.

—Señor Summan —dijo Víktor, que lamía la cuchara—. Nunca me han gustado las personas de su profesión. Hasta le pegué un tiro a uno de ellos: un tipo muy valiente cuando se trataba de acusar de deslealtad a los oficiales en el estado mayor, pero cuando lo mandaron a primera línea... En una palabra, lárguese.

Pero Pavor no se marchaba. Encendió un cigarrillo, cruzó las piernas y se reclinó en el asiento. Era comprensible: un tipo corpulento, que seguramente sabía karate y llevaba en el bolsillo un puño americano... «Qué bueno sería tener ahora un ataque de furia... Vaya, me está echando a perder la merienda...»

—Veo que sabe usted muchas cosas. Eso no es bueno. Quiero decir, para usted. Está bien. En todo caso, no sabe que lo respeto y lo estimo con toda sinceridad. Estoy dispuesto a expresar cuanto lamento el incidente del golpe. Puedo incluso reconocer que sabía a quién le pegaba, pero no podía hacer otra cosa. Un testigo yacía al doblar la esquina, y usted se metió en medio. En pocas palabras, lo único que podía hacer era pegarle con la mayor delicadeza, y eso fue lo que hice. Le ofrezco mis más sinceras excusas.

Pavor hizo un gesto de aristócrata. Víktor lo miró incluso con cierta curiosidad. En aquella situación había algo nuevo, algo no experimentado antes, algo difícilmente imaginable.

—Sin embargo —prosiguió Pavor—, disculparme por trabajar en un departamento que usted conoce bien es algo que no puedo y que tampoco deseo.

Por favor, no se imagine que allí se congregan solamente los que aniquilan el pensamiento libre o canallas que hacen carrera. Sí, yo trabajo en el contraespionaje. Sí, mi trabajo es sucio. Pero todo trabajo es sucio, no existen trabajos limpios. En sus novelas usted vuelca el subconsciente, su famosa libido, y en mi caso es de otra manera... No puedo contarle los detalles, pero seguramente usted se los imagina. Sí, vigilo la leprosería, odio a esos monstruos purulentos, les tengo miedo, y no porque me amenacen, sino porque amenazan a todas las personas que tienen algún valor. A usted, por ejemplo. A usted, que no comprende absolutamente nada. Es un creador, una persona libre y emocional, mucho asombro y muchas conversaciones. Pero se trata del futuro del sistema. Si lo quiere, del destino de la humanidad. Usted maldice al señor Presidente: un dictador, un tirano, un imbécil... Pero se acerca una dictadura tal que ustedes, los creadores libres, no pueden ni siquiera imaginar. Hace poco dije muchas tonterías en el restaurante, pero lo fundamental es verdad: el hombre es un animal anárquico, y la anarquía lo devorará si el sistema no es suficientemente rígido. Y resulta que esos leprosos suyos prometen una rigidez tal que no quedará sitio para el hombre corriente. Usted considera que si una persona cita a Zurzmansor o a Hegel es una maravilla. Pues esa persona lo mira a usted y ve un montón de mierda, ya que según Hegel usted es sólo mierda, y según Zurzmansor también. Mierda, por definición. Y a esa persona no le interesa lo que queda más allá de las fronteras de esa definición. El señor Presidente, debido a sus limitaciones congénitas, puede ladrarle, en el peor de los casos dará la orden de que lo metan en la cárcel, y después, en las fiestas, lo amnistiará emocionado e incluso lo invitará a comer con él. Pero Zurzmansor lo mirará a usted con una lupa, lo clasificará: mierda de perro que no sirve para nada, meditará, y debido a su enorme inteligencia, a su filosofía general, lo barrerá de la mesa con un trapo sucio, lo echará al cubo de la basura y se olvidará de que usted ha existido...

Víktor dejó hasta de comer. Se trataba de un espectáculo extraño, inesperado. Pavor se emocionaba, le temblaban los labios, la sangre le había huido del rostro, jadeaba incluso. Era obvio que creía en lo que decía, en sus ojos aterrorizados se había congelado la visión de un mundo horrible.

«Vaya, vaya —pensó Víktor, poniéndose en guardia—. Este canalla es un enemigo. Es un actor, te compra por unos céntimos... —De repente comprendió que le costaba trabajo apartarse de Pavor—. No olvides que se trata de un funcionario. Por definición, carece de ideas: los jefes le dan una orden y él trabaja por la pitanza. Si le ordenan defender a los mohosos, los defenderá. Ya conozco a estos canallas, ya los he visto actuar...»

Pavor reprimió su emoción y sonrió.

—Sé lo que está pensando. Veo en su rostro que intenta adivinar por qué este tipo me molesta, qué quiere de mí. Pues imagínese que no quiero nada de usted. Quiero alertarlo sinceramente, quiero que usted entienda, que elija el bando correcto... —Sonrió torcidamente, como con dolor—. No quiero que se convierta en un traidor a la humanidad. Después recapacitará, pero ya será tarde... Ni siquiera le propongo que se vaya de aquí, he venido a verle para insistir en ello. Llegan tiempos duros, los que mandan son presa de un feroz celo administrativo, a algunos les han señalado que trabajan mal, que no hay orden... Pero eso es una tontería sin importancia, de eso podemos hablar después. Lo fundamental no es lo que tendrá lugar mañana, mañana seguirán metidos tras las alambradas, protegidos por esos cretinos... —Mostró de nuevo los dientes—. Pero dentro de diez años...

Víktor no logró enterarse de lo que ocurriría dentro de diez años. La puerta

de la habitación se abrió sin aviso y entraron dos hombres, enfundados en impermeables grises idénticos, y enseguida se dio cuenta de quiénes se trataba. Sintió cómo se le formaba el habitual nudo en la garganta y, sumiso, se puso de pie, presa de náuseas y debilidad. Pero le ordenaron sentarse y a Pavor le dijeron que se pusiera de pie.

—Pavor Summan, está detenido.

Pavor, pálido hasta un color blanco azulado, se levantó automáticamente.

—La orden —exigió con voz ronca.

Le enseñaron un papel y, mientras lo examinaba con ojos incapaces de leer nada, lo tomaron de los brazos, lo sacaron de la habitación y cerraron la puerta a sus espaldas. Víktor permaneció sentado, sin fuerzas, mirando el bol y repitiendo para sus adentros: «Que se devoren entre sí, que se devoren entre sí…». Esperaba oír el ruido del coche en la calle, el golpe de las portezuelas, pero no llegaba. Entonces encendió un cigarrillo y, dándose cuenta de que no podía continuar allí sentado, sintiendo que tenía necesidad de hablar con alguien, de distraerse o, por lo menos, de beber en compañía de alguien, salió al pasillo. «¿Cómo averiguaron que estaba en mi habitación? No, no quiero saberlo. Eso no me interesa de ninguna manera…» En el rellano de la escalera daba paseítos el profesional larguirucho. Era tan raro verlo solo que Víktor miró en torno suyo, y por supuesto, en el sofá del rincón estaba sentado el jovencito del portafolios, que leía un periódico.

—Pues es él, nada menos —dijo el larguirucho, y el jovencito miró a Víktor, se levantó y se puso a doblar el periódico—. Precisamente venía a verlo. Pero ya que todo ha salido así, venga a nuestra habitación, allí habrá más calma.

A Víktor le daba lo mismo adonde ir, y sin decir nada los siguió hasta el tercer piso. El larguirucho estuvo largo rato abriendo la puerta de la habitación trescientos doce. Tenía un enorme manojo de llaves y, al parecer, las probó todas. Mientras tanto, Víktor y el jovenzuelo de gafas habían permanecido a su lado. La expresión del rostro del jovenzuelo era de total hastío, y Víktor pensó qué ocurriría si le machacaba ahora la cabeza, le quitaba el portafolios y echaba a correr por el pasillo. Entraron en la suite, y al momento el jovenzuelo entró en el dormitorio de la izquierda, mientras el larguirucho desaparecía en el dormitorio de la derecha, después de decirle a Víktor: «Aguarde un momento». Víktor se sentó tras una mesa de caoba y se puso a seguir con los dedos los círculos rugosos que vasos y copas habían dejado sobre la superficie pulida.

Había muchísimos círculos, no habían cuidado la mesa, no les había importado que fuera de caoba, en sus bordes se veían quemaduras, dejadas por cigarrillos encendidos, y se distinguía al menos una mancha de tinta. El jovenzuelo salió de su dormitorio, esta vez sin portafolios y sin chaqueta, llevaba pantuflas caseras, un periódico en una mano y un vaso lleno en la otra. Se sentó en su butacón, bajo una lámpara de pie, y al momento el larguirucho salió de su dormitorio con una bandeja que colocó sobre la mesa sin dilación. En la bandeja había una botella comenzada de escocés, un vaso y una gran caja cuadrada, forrada de seda azul.

—Primero, las formalidades —dijo el larguirucho—. Aunque no, mejor comenzamos buscando otro vaso. —Miró en torno suyo, tomó el vaso para lápices del escritorio, examinó su interior, lo sopló y lo colocó sobre la bandeja—. Ahora, las formalidades.

Se irguió, estirando las manos a lo largo de las costuras del pantalón y abrió los ojos con severidad. El jovenzuelo apartó el periódico y se levantó, mirando a la pared con ojos de aburrimiento. Entonces, Víktor también se levantó.

—¡Víktor Bánev! —pronunció el larguirucho con voz pomposa y oficial—. ¡Estimadísimo señor! ¡Por orden especial del señor Presidente y en su nombre, le hago entrega de la medalla Trébol de plata de segundo grado, por los servicios especiales prestados por usted al departamento que tengo el honor de representar!

Abrió la caja azul, con gesto solemne extrajo de allí la medalla, que llevaba una cinta blanca, y la colocó sobre el pecho de Víktor. El jovenzuelo estalló en aplausos corteses. Después, el larguirucho le entregó a Víktor el documento de condecoración y la caja, le dio un apretón de manos y también comenzó a aplaudir. Víktor, que se sentía como un idiota, aplaudió también.

—Y ahora, tenemos que mojar esa medalla —propuso el larguirucho.

Se sentaron todos. El larguirucho sirvió el whisky, tomando para sí el vaso para lápices.

—¡Por el nuevo caballero del Trébol! —proclamó.

Los tres volvieron a ponerse de pie, intercambiaron sonrisas, bebieron y se sentaron de nuevo. El jovenzuelo de las gafas cogió de nuevo el periódico y se puso a leer.

—Creo que ya tenía usted la medalla de tercer grado —dijo el larguirucho—. Ahora sólo le hace falta la de primer grado y será un caballero completo. Podrá viajar gratis y todo lo demás. ¿Por qué le otorgaron la primera medalla?

—No recuerdo —dijo Víktor—. Ocurrió algo, creo que maté a alguien… Ah, sí. Por la plaza de armas de Kitchingan.

—¡Oh! —exclamó el larguirucho y sirvió una nueva ronda—. Yo no combatí en la guerra. Era demasiado joven.

—Tuvo suerte —replicó Víktor; todos bebieron—. Sin que salga de aquí, no entiendo por qué me han dado esta medalla.

—Ya se lo he dicho: por servicios especiales.

—¿Por Summan, o qué? —pronunció Víktor, con un rictus de amargura.

—¡Qué tonterías! —respondió el larguirucho—. Usted es una persona importante, sobre todo en esos círculos… —Hizo un gesto indefinido con un dedo junto a su oreja.

—¿Qué círculos son ésos? —preguntó Víktor.

—¡Lo sabemos, lo sabemos! —El larguirucho se rió, como si bromease—. ¡Lo sabemos todo! El general Pferd, el general Pukki, el coronel Bambarch… Es usted un valiente.

—Primera vez que oigo semejante cosa —dijo Víktor, nervioso.

—Fue el coronel quien hizo la propuesta. Usted mismo comprenderá que nadie se opuso, ¡faltaría más! Y después, el general Pferd tuvo una audiencia con el presidente y le presentó el documento relativo a usted. —El larguirucho soltó una carcajada—. Dicen que fue muy divertido. El viejo decía: «¿Cuál Bánev? ¿El cupletista? ¡Por nada del mundo!». Pero el general fue muy severo: «Excelencia, es necesario». En una palabra, todo salió bien. El viejo se emocionó, dijo que estaba bien, que lo perdonaba todo. ¿Qué ocurrió entre usted y él?

—Pues nada —dijo Víktor, sin ganas—. Discutimos sobre literatura.

—¿Es verdad que usted escribe libritos? —preguntó el larguirucho.

—Sí. Como el coronel Lawrence.

—¿Y pagan bien?

—Bueno…

—Yo debería intentarlo. Por desgracia, no tengo mucho tiempo libre. Un lío, otro…

—Sí, el tiempo no alcanza —asintió Víktor; con cada movimiento, la medalla

oscilaba y le golpeaba las costillas, causándole una sensación que le recordaba a los parches porosos, quería quitársela para sentirse mejor—. Bien, tengo que irme, es la hora —dijo, poniéndose de pie.

—Por supuesto —dijo el larguirucho incorporándose de un salto.

—Hasta la vista.

—Ha sido un honor —lo despidió el larguirucho.

El jovenzuelo de gafas bajó el periódico e hizo una leve reverencia.

Víktor salió al pasillo y al momento se quitó la medalla. Tenía muchas ganas de tirarla al cesto de la basura, pero se contuvo y la escondió en un bolsillo. Bajó a la cocina, cogió una botella de ginebra, y cuando regresaba a su habitación, el portero lo llamó.

—Señor Bánev, el señor burgomaestre lo ha telefoneado. Usted no se encontraba en su habitación, y yo...

—¿Qué quería? —preguntó Víktor, sombrío.

—Pidió que usted lo llamara a la mayor brevedad. ¿Va a su habitación ahora? Si vuelve a llamar...

—Mándelo a la mierda —dijo Víktor—. Voy a desconectar el teléfono, y si llama de nuevo, dígale esto: «El señor Bánev, caballero del Trébol de segundo grado, lo manda a usted, señor burgomaestre, a la mierda».

Se encerró en su habitación, desconectó el teléfono y lo cubrió con una almohada. Después se sentó a la mesa, se sirvió un vaso entero de ginebra y se la bebió sin diluir. El licor le quemó la garganta y el esófago. Entonces, agarró la cuchara y se puso a comer fresas con crema, sin percibir el sabor, sin darse cuenta de qué hacía.

«Basta, basta, es suficiente para mí —pensó—. No necesito nada, ni medallas, ni honorarios, ni vuestros regalitos, no necesito vuestra atención ni vuestra rabia, ni vuestro amor, dejadme solo, estoy harto de mí mismo, no me enredéis en vuestros líos...» Se llevó las manos a la cabeza para no ver ante sí el rostro blanco azulado de Pavor y aquellos rostros incoloros, implacables, que vestían impermeables idénticos. El general Pferd está con vosotros, el general Battox, el general Arsmani con sus abrazos tintineantes de medallas, Zurzmansor con su rostro que se deshace... Intentaba entender a qué se parecía todo aquello. Sorbió otro medio vaso y comprendió que se retorcía, escondiéndose en el fondo de la trinchera, y que debajo de él temblaba la tierra, temblaban capas geológicas enteras, masas gigantescas de granito, de basalto, que las corrientes de lava se empujaban entre sí, gimiendo por la tensión, encabritándose, irguiéndose, y sin prestarle mucha atención lo echaban fuera, lo expulsaban de la trinchera, lo lanzaban a campo abierto... y se trataba de tiempos difíciles, los que mandan son presa de un feroz celo administrativo, le insinúan a alguien que ha trabajado mal, y ahí lo tienen, en campo abierto, desnudo, cubriéndose los ojos con las manos a la vista de todos. «Tirarse al fondo —pensó él—. Tirarse al fondo, yacer allí como un submarino.» Alguien le susurró al oído: «Para que no te puedan detectar». «Sí —pensó—, sí, yacer en el fondo, como un submarino, para que no te puedan detectar. Y no comunicarse con nadie. No, no existo. Callo. El problema es vuestro. Dios, ¿por qué no puedo volverme un cínico? Yacer en el fondo, como un submarino, para que no te puedan detectar. Yacer en el fondo, como un submarino —repetía una y otra vez—, no transmitir señales.» Percibió el ritmo y comenzó a componer: «Estoy harto, estoy hasta arriba... no quiero beber ni escribir...». Se sirvió ginebra y bebió un trago. «No quiero cantar ni escribir... estoy harto de cantar y escribir... ¿Dónde está la mandolina? —pensó—. ¿Dónde la he metido?» Se agachó junto al lecho y sacó la mandolina. «Me importáis tres

pepinos —pensó—. ¡Ay, cuan poco me importáis! Yacer en el fondo, como un submarino, para que no te puedan detectar.» Tocó rítmicamente las cuerdas, y ese ritmo hizo que, primero la mesa, después toda la habitación, y finalmente todo el mundo, comenzara a zapatear y a mover los hombros. Todos los generales y coroneles, todos los mohosos, gente con rostros que se deshacían, todos los departamentos de seguridad, todos los presidentes y los Pavor Summan, a quienes les retorcían los brazos y los abofeteaban... «Estoy harto, hasta el gaznate, hasta las canciones me tienen harto... no es que me esté hartando, ya estoy harto, pero "estarme hartando" suena bien, entonces es así como es... yacer en el fondo, como un submarino, para que no te puedan detectar. Submarino... vodka amargo... la chiquilla... va a la carga... y en el campo no es para tanto... así, así va bien...»

Hacía rato que llamaban a la puerta, cada vez más alto, hasta que finalmente Víktor lo oyó, pero no se asustó porque no se trataba de esa llamada. Era un toque común y corriente, el toque de una persona pacífica que se molesta porque no le abren. Víktor abrió la puerta: se trataba de Gólem.

—¿Se divierte? —dijo el recién llegado—. Han arrestado a Pavor.

—Lo sé, lo sé —repuso Víktor con alegría—. Siéntese, escuche...

Gólem no se sentó, pero de todos modos Víktor comenzó a tocar las cuerdas y a cantar:

Estoy hasta el gaznate, hasta la coronilla,
hasta de las canciones me canso ya.
Yacería en el fondo, como un submarino,
para que no me puedan detectar...

—Todavía no he compuesto lo que sigue —gritó—. Hablaré del vodka, de la chiquilla, del campo que no es para tanto... Y después... Escuche.

No me sirven ni el vodka ni las tías,
el vodka da resaca, y las tías, ¿qué dan?
Yacería en el fondo, como un submarino,
y no transmitiría mi señal...

Estoy hasta el gaznate, estoy muy harto,
ya no me gusta ni beber, ni cantar.
Yacería en el fondo, como un submarino,
para que no me puedan detectar[14]*...*

—¡Eso es todo! —gritó y tiró la mandolina sobre el lecho.

Sintió un enorme alivio, como si algo hubiera cambiado, como si de repente se hubiera vuelto muy necesario allí, en campo abierto, a la vista de todos, como si hubiera separado las manos de los ojos cerrados y hubiera visto el campo sucio, gris, el alambre espino herrumbroso y los bultos grises que antes fueran seres humanos, y la actividad aburrida e innoble que antes fuera la vida, y que por todas partes los soldados estuvieran saliendo de las trincheras a campo abierto, miraran a su alrededor, como si alguien hubiera quitado el dedo del

[14] Cuando escribíamos «Los cisnes feos», nos pareció indispensable incluir en el relato esta canción de Vladímir Visotski. Nos comunicamos con Vladímir Semiónovich y el poeta nos dio su permiso. *(N. de los A.)*

disparador...

—Lo envidio —dijo Gólem—. ¿Y no es hora ya de que se ponga a escribir el artículo?

—No tengo la menor intención —replicó Víktor—. Usted no me conoce, Gólem. Nadie me importa. ¡Diablos, acabe de sentarse! ¡Estoy borracho y usted también debe emborracharse! ¡Quítese el impermeable! ¡Le digo que se lo quite! —gritó—. ¡Y siéntese! ¡Aquí tiene un vaso, beba! Gólem, a pesar de ser un profeta, usted no entiende nada. Y eso no se lo permito. No entender es una prerrogativa mía. En este mundo, todos entienden demasiado bien, así debe ser y será, pero hay un gran déficit de gente que no entiende. ¿No sabe por qué soy valioso? Sencillamente, porque no entiendo nada. Ante mí se despliegan diversas perspectivas, y yo siempre digo: no, no lo entiendo. Me abruman con teorías extremadamente sencillas, y yo sigo diciendo que no, que no entiendo nada... Esa es la razón por la que soy necesario... ¿Quiere fresas? Creo que me las he comido todas. Entonces, fumemos... —Se levantó y se puso a caminar por la habitación. Gólem, con el vaso en la mano, lo seguía con la vista sin girar la cabeza.

—Es una asombrosa paradoja, Gólem —siguió diciendo—. Hubo un tiempo en que lo entendía todo. Tenía dieciséis años y yo era caballero mayor en la Legión y lo comprendía absolutamente todo, nadie me necesitaba. En una pelea me rompieron la cabeza, estuve un mes en el hospital y todo seguía funcionando igual: la Legión avanzaba, victoriosa, sin mí, el señor Presidente seguía convirtiéndose implacablemente en el señor Presidente, y todo ello ocurría sin mí. Todo funcionaba maravillosamente sin mí. Después, en la guerra, volvió a pasar lo mismo. Combatí como oficial, acumulé órdenes y medallas, y por supuesto, lo entendía todo. Me atravesaron el pecho de un balazo, fui a parar al hospital y, ¿qué cree, que alguien se preocupó, se interesó por saber dónde está Bánev, dónde se ha metido nuestro valiente Bánev, que todo lo entiende? ¡Ni hablar! Pero cuando comencé a dejar de entender algunas cosas, entonces todo cambió. Todos los periódicos comenzaron a prestarme atención. Un montón de departamentos repararon en mí. El señor Presidente me otorgó... ¿Eh? ¡Imagínese qué rareza, una persona que no entiende! Lo conocen, generales y coroneles se ocupan de él, los mohosos lo necesitan desesperadamente, lo consideran una personalidad... ¡Qué locura! ¿Por qué? Dios mío, porque él no entiende nada. —Víktor se sentó—. ¿Estoy muy borracho?

—Bastante —respondió Gólem—. Pero eso no tiene la menor importancia. Prosiga.

—Es todo —dijo, con aire culpable, abriendo los brazos—. Me he secado... ¿quiere que le cante algo?

—Cante.

Víktor tomó la mandolina y se puso a cantar. Comenzó con «Somos chicos valientes», siguió con «Gente de uranio» y con «El pastor al que un toro dejó tuerto y violó por ello la frontera estatal», cantó también «Harto hasta el gaznate», después «La ciudad indiferente», cantó sobre la verdad y la mentira, repitió «Harto hasta el gaznate» y después, con la música del himno nacional, cantó «Qué buenas piernas tenía ella», pero se le olvidó la letra, confundió las estrofas y dejó la mandolina a un lado.

—De nuevo me he secado —dijo, con tristeza—. ¿Dice que han detenido a Pavor? Eso lo sé. Precisamente estaba conmigo, sentado ahí, donde usted... ¿Y sabe qué quería decir, pero no tuvo tiempo? Que los mohosos se apoderarán del globo terráqueo dentro de diez años y nos aplastarán a todos. ¿Qué cree usted?

—Es difícil —respondió Gólem—. ¿Qué sentido tiene aplastarnos? Nosotros

nos mataremos los unos a los otros.

—¿Y los mohosos?

—Es posible que no nos permitan matarnos. Es difícil decirlo.

—¿Y podrían ayudarnos? Ni siquiera somos capaces de matarnos —repuso Víktor con una sonrisa ebria—. Llevamos diez mil años matándonos y no logramos extinguirnos... Oiga, Gólem, ¿por qué me mintió diciendo que los curaba? No están enfermos, están tan saludables como usted o yo, sólo son amarillos...

—Hummm. ¿De dónde saca esos datos? Yo no lo sabía.

—Bueno, ya no me volverá a engañar. Estuve conversando con Zuz... con Zu... con Zurzmansor. Me lo contó todo: el instituto secreto... cómo se pusieron vendas para protegerse... Sabe una cosa, Gólem, ustedes creen que pueden utilizar al general Pferd para todo lo que se les ocurra. Pero en realidad son reyes por un día. Los tragará a todos, con sus vendas y sus guantes, cuando tenga hambre... Demonios, qué borracho estoy, todo me da vueltas...

Pero fingía hasta cierto punto. Veía perfectamente el grueso rostro grisáceo y los ojillos inusitadamente atentos.

—¿Y Zurzmansor le dijo que estaba saludable?

—Sí. En realidad, no me acuerdo... Creo que no. Pero se ve.

—Es una lástima que esté borracho —dijo Gólem y se rascó el mentón con el borde del vaso—. Aunque eso pudiera ser bueno. Hoy estoy de humor. ¿Quiere que le cuente qué pienso de los leprosos?

—Dispare. Pero no me diga más mentiras.

—La enfermedad de los gafudos es algo muy curioso. ¿Sabe a quiénes ataca ese mal? —Calló un instante—. No, no creo que vaya a contarle nada.

—No fastidie. Ya ha comenzado.

—Pues soy un imbécil —repuso Gólem, que miró a Víktor y sonrió torcidamente—. Mejor pregunte. Si pregunta tonterías, le responderé con placer. Vamos, vamos, o puedo arrepentirme de nuevo.

Llamaron a la puerta.

—¡Váyase al diablo! —gritó Víktor—. ¡Estoy ocupado!

—Perdone, señor Bánev —se oyó la voz tímida del conserje—. Su esposa lo llama por teléfono.

—¡Mentira! Yo no tengo esposa... Bueno, perdone. Se me había olvidado. Gracias, ahora la llamo. —Tomó un vaso, lo llenó hasta los bordes, se lo entregó a Gólem y le dijo—: Beba, y no piense en nada. Enseguida estoy con usted.

Conectó el teléfono y marcó el número de Lola. Ella le respondió con sequedad: perdón por haberte molestado, pero me dispongo a visitar a Irma, ¿no tendrías la bondad de venir conmigo?

—No, no tengo la bondad. Estoy ocupado.

—¡Pero es tu hija! ¿Acaso has caído tan bajo...?

—¡Estoy ocupado! —gritó Víktor.

—¿No te preocupa lo que le pase a tu hija?

—Deja de hacerte la tonta. Creo que querías deshacerte de Irma. Pues ya te has librado de ella. ¿Qué más quieres? —Lola comenzó a llorar—. Basta ya —dijo Víktor, frunciendo el ceño—. Ella se siente bien allí. Mejor que en un buen internado. Ve a verla y convéncete por ti misma.

—Eres un cerdo asqueroso, desalmado y egoísta —proclamó Lola, y colgó.

Víktor soltó un improperio en voz baja, desconectó de nuevo el teléfono y volvió a la mesa.

—Oiga, Gólem, ¿qué hacen allí con nuestros hijos? Si están preparando el

relevo, yo no estoy de acuerdo.

—¿El relevo de quién?

—Pues, el relevo... Eso es lo que pregunto: ¿de quién?

—Por lo que sé, los niños están muy contentos —dijo Gólem.

—Eso no importa... No necesito que usted me lo diga para saber que están contentos. Pero ¿qué hacen allí?

—¿Acaso no se lo han dicho?

—¿Quién?

—Los niños.

—¿Cómo podrían decírmelo, si yo estoy aquí y ellos están allá?

—Están construyendo un mundo nuevo.

—Ah... Sí, eso me lo dijeron. Pero sólo se trata de filosofía... ¿Por qué vuelve a mentirme, Gólem? ¿Qué mundo nuevo puede existir tras una cerca de alambre espino? ¡Un mundo nuevo bajo el mando del general Pferd!... ¿Y si se contagian?

—¿De qué?

—De la enfermedad de los gafudos, por supuesto.

—Le repito por sexta vez que las enfermedades genéticas no son contagiosas.

—Por sexta vez, por sexta vez... —gruñó Víktor, que había perdido el hilo de la conversación—. Y en general, ¿qué es la enfermedad de los gafudos? ¿A quiénes ataca? ¿O es un secreto?

—No, se ha publicado por doquier.

—Cuente entonces, pero sin palabras.

—Comienza con los cambios de la piel. Granos, forúnculos, sobre todo en manos y pies... A veces aparecen úlceras purulentas...

—Oiga, Gólem, ¿tiene que detallar tanto?

—¿Cómo?

—Que si tiene que dar tantos detalles.

—No, pero pensé que le resultaría interesante.

—¡Quiero conocer lo fundamental! —exclamó Víktor con pasión.

—Pero no va a entender lo fundamental —replicó Gólem, alzando levemente la voz.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque está borracho...

—Eso no es un argumento.

—Y en segundo, porque es imposible de explicar.

—Eso es imposible —declaró Víktor—. Sencillamente, no quiere hablar. Pero eso a mí no me ofende. Sé que se ha comprometido, no puede hablar, el tribunal militar... A Pavor lo han detenido... Vaya con Dios. Lo único que no entiendo es por qué un niño debe construir un mundo nuevo en una leprosería. ¿No encontraron otro lugar?

—No. En la leprosería viven los arquitectos. Y los contratistas.

—Con fusiles automáticos —replicó Víktor—. Los he visto. No entiendo nada. Uno de ustedes miente. Usted o Zurzmansor.

—Claro que Zurzmansor —dijo Gólem fríamente.

—Y es posible que mientan ambos. Pero les creo a los dos, porque tienen algo... Sólo quiero que me diga qué quieren. Pero la verdad.

—La felicidad —respondió Gólem.

—¿Para quién? ¿Para sí mismos?

—No sólo.

—¿Y a qué precio?

—Esa pregunta no tiene sentido para ellos —explicó Gólem sin prisa—. Al

precio de la hierba, de las nubes, del agua que corre... de las estrellas.

—Exactamente como nosotros.

—Pues no —objetó Gólem—. Nada por el estilo.

—¿Por qué? Nosotros también...

—No, porque pisoteamos la hierba, dispersamos las nubes, frenamos el agua... Me ha entendido demasiado literalmente y se trata de una analogía.

—No entiendo.

—Se lo advertí. Yo mismo no entiendo muchas cosas, pero algo me imagino.

—¿Hay alguien que lo entienda?

—No lo sé. Es difícil. Quizá los niños... Pero incluso si lo entienden, es a su manera. Muy a su manera.

Víktor tomó la mandolina y rasgueó las cuerdas. Los dedos no le obedecían. Dejó el instrumento sobre la mesa.

—Gólem, usted es comunista. ¿Qué demonios hace en la leprosería? ¿Por qué no está en un mitin? ¿O en una barricada? Moscú no lo va a condecorar.

—Soy arquitecto —replicó Gólem con tranquilidad.

—¿Qué clase de arquitecto es usted si no entiende una mierda? Y, en suma, ¿por qué quiere embaucarme? Llevamos hablando una hora entera, ¿y qué me ha contado? Bebe mi ginebra y me llena de niebla. Es una vergüenza, Gólem. Y miente en todo.

—En todo, no. Aunque algo hay. No tienen úlceras purulentas.

—Déme el vaso —dijo Víktor—. Ya está borracho. —Se sirvió y bebió—. Váyase al demonio, Gólem. ¿Qué necesidad tiene de todo esto? ¿A qué juega? Si puede contar algo, cuéntelo, y si se trata de un secreto, no tenía por qué comenzar.

—Eso tiene una explicación muy sencilla —dijo Gólem con aire bonachón mientras estiraba las piernas—. Soy un profeta, usted mismo me lo ha dicho. Y todos los profetas están en la misma situación: saben mucho, tienen ganas de contarlo, de compartirlo con un interlocutor agradable, de jactarse para parecer más importantes. Pero cuando comienzan a hablar, surge una sensación de incomodidad, de desagrado... Por eso cuentan fábulas, como el buen Dios cuando le preguntaron por la piedra.

—Como quiera —dijo Víktor—. Iré a la leprosería y lo averiguaré todo sin usted. Déme alguna pista...

Percibía con cierto interés cómo se le entumecían las manos y los pies, y pensaba lo bueno que sería beber un último vaso para terminar y echarse a dormir, y después despertar para ir a ver a Diana. Entonces la cosa no saldría tan mal. Y en general, nada iba tan mal. Se imaginó cómo Diana cantaría la canción del submarino y se sintió perfectamente. Tomó el remo húmedo que yacía en la popa, lo utilizó para apartarse de la orilla y el bote comenzó a oscilar al momento. No llovía en absoluto, el crepúsculo era purpúreo y los remos rozaban la cresta de las olas. Yacer en el fondo... Y se hubiera tendido allí, pero le resultaba violento porque junto a su oído susurraba sin prisa la voz de Gólem.

—Son muy jóvenes —decía—, lo tienen todo por delante, y nosotros sólo los tenernos por delante a ellos. Por supuesto, el hombre será el dueño del Universo, pero no se trata de un titán de mejillas rosadas con grandes músculos, y por supuesto, el hombre aprenderá a controlarse, pero antes debe cambiarse a sí mismo. La naturaleza no engaña, cumple sus promesas, pero no como lo habíamos pensado, y con frecuencia no como lo hubiéramos deseado...

Zurzmansor, que estaba sentado en la proa del bote, volvió la cabeza y se vio que no tenía rostro, llevaba el rostro en las manos y ese rostro miraba a Víktor:

un rostro bueno, honesto, pero daba náuseas y Gólem no se callaba, continuaba zumbando...

—Acuéstese a dormir —balbuceó Víktor mientras se estiraba en el fondo del bote. Las cuadernas le presionaban los costados, estaba muy incómodo, pero tenía mucho sueño—. Acuéstese a dormir, Gólem...

Al despertarse descubrió que se encontraba en su cama. Estaba oscuro y la lluvia tamborileaba en la ventana. Levantó un brazo con dificultad y tendió la mano hacia la lámpara de noche, pero los dedos tropezaron con una pared fría y lisa.

«Qué raro —pensó—. ¿Dónde está Diana? ¿Será esto el sanatorio?» Intentó lamerse los labios, pero la lengua, hinchada y rugosa, no le obedecía. Tenía muchas ganas de fumar pero no podía hacerlo, de ninguna manera... Ah, claro, quiero beber. «¡Diana!», llamó. Claro, no estoy en el sanatorio. En el sanatorio la lámpara de noche está a la derecha, y aquí hay una pared. «¡Ah, es mi habitación!», pensó, encantado con la noticia. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Estaba tapado con una manta y llevaba sólo la ropa interior. Alguien me desvistió. Aunque es posible que lo haya hecho yo mismo... Se frotó una pierna con la otra. Aja, estoy descalzo. Diablos, me pican los brazos, tengo ronchas, las habitaciones están llenas de chinches. Me mudaré. ¿Adonde iba en el bote? Ah, Pavor es quien ha traído esas chinches... Recordó a Pavor de repente y se sentó, sintió un mareo y volvió a acostarse. Hace tiempo que no bebía tanto, pero... Pavor... Trébol plateado... ¿Cuándo fue? ¿Ayer? Hizo una mueca y comenzó a rascarse con furia el brazo izquierdo. ¿Ahora es de mañana o de noche? Seguramente, de mañana... Pero puede que sea de noche. «¡Gólem! —recordó—. Gólem y yo nos bebimos una botella entera. Sin diluir. Y antes de eso, bebí media botella con el larguirucho. Y antes, también había bebido algo. ¿O eso fue ayer? Espera, ¿hoy es hoy o ayer? Tenía que levantarme, que beber algo... No —pensó con terquedad—. Antes debo tratar de entender.»

Gólem contaba algo interesante, consideraba que yo estaba borracho y no entendía nada, y por esa razón podía hablarme con toda honestidad. A propósito, yo sí estaba borracho, pero recuerdo que lo entendía todo. ¿Y qué era lo que entendía?... Frotó con furia el dorso de la mano derecha sobre la manta de lana. Vienen tiempos duros... No, eso lo decía Pavor. Aja, lo que decía Gólem era que ellos lo tenían todo por delante, y nosotros sólo los teníamos por delante a ellos. Y la enfermedad genética... Eso es totalmente posible. Puede ocurrir en cualquier momento. Es posible que lleve ya bastante tiempo ocurriendo. Dentro de la especie nace una especie nueva, y a eso lo llamamos enfermedad genética. La especie antigua vive en unas condiciones, la especie nueva en otras. Antes se necesitaban músculos poderosos, fertilidad, resistencia al frío, agresividad, y lo que se denomina talento práctico. Digamos, ahora eso también se necesita, pero más que nada por inercia. Con el talento práctico se puede aniquilar a millones de personas, sin que ocurra nada esencial. Eso no falla, se ha probado muchas veces. Alguien dijo que si de la historia borraran unas decenas... vaya, unos cientos de personas, volveríamos enseguida a la edad de piedra. Bueno que sean varios millares... ¿Y qué personas son ésas? Hermano, son personas totalmente diferentes.

Es totalmente posible: Newton, Einstein, Aristóteles son mutantes. Claro que el medio no era muy adecuado y es totalmente posible que un gran grupo de mutantes como ésos haya perecido sin realizarse, como aquel chaval del relato de Capek... Claro que son especiales: no tuvieron talento práctico ni necesidades

humanas normales. ¿O será que eso es lo que parece? Simplemente, su lado espiritual estaba tan hipertrofiado que lo demás no se percibía. «No, eso no tiene sentido —se dijo—. Einstein decía que lo mejor de todo es trabajar como cuidador de un faro, un trabajo de nombre respetable... Pero sería interesante imaginarse cómo nace en nuestros días el *Homo super*. Un buen tema... Diablos, cómo me pican las manos... Sería bueno escribir semejante utopía a lo Orwell, o a lo Bernard Wolfe. La verdad es que resulta difícil imaginarse a semejante superhombre: una enorme cabeza calva, brazos y piernas raquíticos, impotente... Qué banalidad. Pero, en general, debe de ser algo en ese sentido. En todo caso, habrá un desplazamiento de las necesidades. No necesitarán vodka, ni comidas especiales, ni lujos; y las mujeres, sólo para tranquilizarse y poder concentrarse más. Un objeto ideal para ser explotado: dale un despacho para él solo, un escritorio, papel, un montón de libros... un caminito para meditaciones peripatéticas y, a cambio, producirá ideas... No habrá utopía alguna, se lo quedarán los militares y eso será todo. Organizarán un instituto secreto, llevarán allí a todos esos superhombres y punto.»

Con un gemido, Víktor se levantó y se dirigió al baño, pisando el suelo frío con los pies desnudos, abrió el grifo y bebió hasta hartarse, sin encender la luz. La sola idea de encender la luz le causaba terror. Retornó al lecho y estuvo un rato rascándose, maldiciendo las chinches. En general, todo aquello era excelente para un argumento: un instituto secreto, centinelas, espías... el patriotismo de la patriótica Klara, la mujer de la limpieza... Qué porquería. La dificultad consistía en imaginarse su trabajo, sus ideas, sus posibilidades, no puedo ni intentarlo... Es totalmente imposible. Un chimpancé no puede escribir una novela sobre las personas. ¿Cómo puedo escribir una novela sobre un hombre cuyas únicas necesidades son las espirituales? Claro que puedo imaginarme algo. La atmósfera. El continuo estado de éxtasis creativo... La percepción de omnipotencia, de independencia, la ausencia de complejos, la falta total de temores... Sí, para escribir semejante cosa hay que ponerse ciego de LSD. Desde el punto de vista del hombre corriente, la esfera emocional del superhombre sería algo así como una patología. Una enfermedad... La vida es una enfermedad de la materia, el pensamiento es una enfermedad de la vida. «La enfermedad de los gafudos», pensó.

Y de repente, todo se colocó en su justo lugar. «¡Eso era lo que quería decir Gólem! —pensó Víktor—. Inteligentes, todos escogidos por su talento... Entonces, ¿cuál es la conclusión? La conclusión es que ya no son personas. Zurzmansor estaba simplemente contándome fábulas. Eso quiere decir que ya ha comenzado... No se puede ocultar nada —pensó con satisfacción—. Y menos aún una cosa así. Iré a ver a Gólem, no necesita hacerse pasar por un profeta. Seguramente, ellos le han contado muchas cosas. Diablos, se trata del futuro, de ese mismo futuro que lanza sus tentáculos al corazón del día de hoy. Por delante sólo los tenemos a ellos.» Se sintió presa de una excitación febril. Cada segundo era histórico, y era una lástima no haberlo sabido el día anterior, ya que ayer, y antes de ayer, y hace una semana cada segundo también era histórico...

Se levantó de un salto, encendió la luz y comenzó a buscar su ropa al tacto, con los ojos cerrados por el dolor. No la encontraba, pero al rato los ojos se acomodaron a la luz y pudo agarrar sus pantalones, que colgaban de la cabecera de la cama, y de repente vio su brazo. La piel, hasta el codo, estaba cubierta de un sarpullido rojo, con ampollas de color blanco cadáver. Como se había rascado, varias de las ampollas estaban ensangrentadas. El otro brazo estaba igual.

«Qué demonios», pensó sintiendo que el frío se apoderaba de él, pues ya

sabía de qué se trataba. Lo había recordado: cambios en la piel, sarpullidos, ampollas, en ocasiones úlceras supurantes... Por ahora no había úlceras, pero comenzó a tener sudores fríos, dejó caer los pantalones y se sentó en la cama.

«No puede ser —pensó—. Yo también. ¿Será posible que también yo...?» Acarició cuidadosamente la piel llena de ampollas, cerró después los ojos y, conteniendo la respiración, se puso a escuchar atentamente los sonidos de su cuerpo. El corazón latía sonora y acompasadamente, la sangre zumbaba en sus oídos, le parecía que su cabeza era enorme y estaba vacía, no sentía dolor alguno, en su cerebro no había aquella densa pesadez. «Tonto —pensó y sonrió—. ¿Qué espero percibir? Debe de ser algo semejante a la muerte: un segundo antes eres un ser humano, transcurre un instante y ya eres Dios, pero no lo sabes, y nunca lo sabrás, de la misma manera que un idiota no sabe que lo es, que una persona inteligente, si es auténticamente inteligente, no sabe que lo es... Seguramente todo ocurrió cuando dormía. Pero en todo caso, antes de que me durmiera, la esencia de los mohosos era algo absolutamente oscuro para mí, y ahora la veo con una claridad meridiana, y lo he logrado con pura lógica, sin darme cuenta siquiera...»

Sonrió feliz, se echó a reír, se levantó y se acercó a la ventana haciendo crujir los músculos. «Es mi mundo», pensó mientras miraba a través del cristal cubierto de agua; el vidrio desapareció, la ciudad congelada en el horror se ahogó allá abajo, junto con el enorme país anegado, y después todo se unió y se alejó flotando, y quedó solamente una pequeña esfera azul con una larga cola azul, y vio la enorme lenteja de la Galaxia, colgando de lado, muerta en el abismo titilante, los jirones de materia fosforescente, torcidos por los campos de fuerza, y las simas sin fondo en los lugares donde no había luz, estiró la mano y la introdujo en un núcleo blanco, esponjoso, sintió un leve calor y cuando apretó el puño, la materia escapó entre sus dedos como espuma de jabón. Rió de nuevo, dio un golpecito en la nariz a su imagen en el vidrio y acarició con ternura las ampollas de su piel hinchada.

—¡Por semejante motivo hay que beber! —dijo en voz alta.

En la botella quedaba todavía un poco de ginebra, el pobre Gólem no se lo había bebido todo, pobre y viejo falso profeta... Y no era un falso profeta porque sus profecías no fueran correctas, sino porque no era más que una marioneta parlante.

«Siempre te querré, Gólem —pensó Víktor—, eres una buena persona, un tipo inteligente, pero solamente eres una persona...» Vertió los restos en el vaso, bebió el licor con un gesto habitual y, sin tiempo para tragarlo, corrió al baño. Sintió náuseas. «Diablos —pensó—, qué porquería.» Vio en el espejo su rostro, arrugado, algo hinchado, con ojos extrañamente negros y grandes. «Esto es todo —pensó—, es todo. Víktor Bánev, borracho y fantasma. No beberás más, no cantarás a gritos y no te burlarás a carcajadas de las tonterías, no contarás chistes idiotas con lengua estropajosa, no pelearás, no te enfurecerás ni harás el gamberro, no asustarás a los transeúntes, no reñirás con la policía, no discutirás con el señor Presidente, no te dejarás caer por los bares nocturnos con tu grupo chillón de jóvenes seguidores...» Volvió a la cama. No deseaba fumar. No deseaba nada, todo le daba náuseas y se entristeció. El sentimiento de pérdida, que primero había sido leve, apenas perceptible, como el contacto con una telaraña, crecía. Entre él y aquel mundo que tanto amaba crecían lúgubres filas de alambre espino. «Todo tiene su precio —pensó—, y mientras más recibes, más tienes que pagar, por la vida nueva hay que pagar con la vida vieja...» Se rascó los brazos con ferocidad, arrancándose la piel sin darse cuenta.

Diana entró sin llamar antes a la puerta, se quitó el impermeable y se detuvo delante de él, sonriente, cautivadora. Levanto los brazos para arreglarse el cabello.

—¡Estoy helada! ¿Me dejas calentarme?

—Sí —respondió él, sin entender bien qué decía.

Ella apagó la luz y ahora Víktor dejó de verla, solamente oía la llave que giraba en la cerradura, el sonido de los broches al soltarse, el susurro de la ropa y el golpe de los zapatos al caer al suelo. Después, ella estaba a su lado, cálida, suave, perfumada, y él seguía pensando que todo había terminado, la lluvia eterna, las casas lúgubres con techos agujereados, la gente extraña y desconocida, vestida de ropa negra empapada, con vendas empapadas sobre el rostro... Ellos se quitaban las vendas, se quitaban los guantes, se quitaban los rostros y los guardaban en armarios especiales, sus manos estaban cubiertas de úlceras supurantes: angustia, terror, soledad... Diana se pegó a él, que la abrazó con un gesto maquinal. Ella seguía siendo la de antes, pero él ya no lo era, ya no podía serlo, porque ahora no necesitaba nada.

—¿Qué te pasa, pequeño mío? —preguntó Diana, cariñosa—. ¿Bebiste demasiado?

Víktor le retiró la mano de su mejilla. Sintió que el terror se apoderaba de él.

—Espera —dijo—. Espera un momento.

Se levantó, palpó la pared hasta encontrar el interruptor, encendió la luz y permaneció de espaldas a ella durante varios segundos, sin atreverse a volverse, pero finalmente lo hizo. Ella estaba bellísima. Seguramente estaba más bella que en cualquier otra ocasión, siempre estaba más bella que nunca, pero esta vez parecía salida de un cuadro. Sintió orgullo por el ser humano, admiración por la perfección humana, pero nada más. Ella lo miró, con las cejas enarcadas por el asombro, después se asustó al parecer porque de repente se sentó y Víktor vio que sus labios se movían. Decía algo, pero él no la oía.

—Espera —repitió—. No puede ser. Espera.

Se vistió con prisa, febrilmente, repitiendo todo el tiempo: «espera, espera». Pero ya no pensaba en ella, no se trataba solamente de ella. Salió al pasillo, quiso entrar a la habitación de Gólem, pero le costó comprender que la puerta estaba cerrada, pensó un momento adonde ir y a continuación echó a correr escaleras abajo, al restaurante.

«No quiero —repetía—, no quiero, yo no he pedido esto.»

Gracias a Dios, Gólem estaba en el lugar habitual. Sentado, con los brazos detrás del respaldo de la silla, miraba a través de la copa con coñac. Y el doctor R. Kvadriga estaba rojo y agresivo.

—Son los mohosos —gritó el doctor al ver a Víktor—. Canallas. Lárgate.

Víktor se dejó caer en su silla y Gólem, sin decir palabra, le sirvió coñac.

—¡Gólem! ¡Ay, Gólem, me he contagiado!

—¡Nos lo han inoculado! —proclamó R. Kvadriga—. ¡A mí también!

—Tómese el coñac, Víktor. No tiene que asustarse de esa manera.

—Váyase usted al diablo —dijo Víktor aterrorizado, clavándole la mirada—. Tengo la enfermedad de los gafudos. ¿Qué debo hacer?

—Bien, bien —respondió Gólem—. De cualquier manera, beba. —Levantó un dedo y le gritó al camarero—: ¡Soda! Y un poco más de coñac.

—Gólem —dijo Víktor, desesperado—, usted no lo entiende. No es posible. ¡Le digo que me he contagiado! ¡Estoy enfermo! Eso no es justo... Yo no quería... Usted dijo que no era contagioso...

Se horrorizó al pensar que hablaba de manera incoherente, que Gólem no lo

comprendía y creía que sólo estaba ebrio. Entonces puso sus brazos ante el rostro de Gólem. Tumbó la copa, que rodó por la mesa y fue a parar al suelo.

En un primer momento, Gólem retrocedió, después miró atentamente, se inclinó hacia delante, tomó la extremidad de Víktor por la punta de los dedos y se puso a examinar la piel, hinchada y arañada. Sus dedos eran fríos y duros. «Es todo —pensó Víktor—, es el primer examen médico, después vendrán otros, y falsas promesas de que aún hay esperanzas, y pociones tranquilizantes.» Pero después se acostumbrará y no habrá más exámenes médicos, y se lo llevarán a la leprosería, le cubrirán la boca con un trapo negro y eso será el final de todo.

—¿Ha comido fresas? —preguntó Gólem.

—Sí —respondió Víktor con humildad—. Fresones.

—Debe de haberse zampado un par de kilos.

—¿Y qué tienen que ver en esto los fresones? —gritó Víktor, retirando los brazos de un tirón—. ¡Haga algo! No es posible que sea tarde. Apenas ha comenzado…

—Deje de gritar. Tiene una erupción alérgica. No puede comer fresones en tales cantidades.

Víktor aún no entendía nada.

—Pero usted mismo dijo —balbuceó, mientras se miraba los brazos—, el sarpullido… las ronchas…

—Hasta las chinches ocasionan ronchas —dijo Gólem, en tono de preceptor—. Tiene una reacción alérgica ante una serie de sustancias. Y una imaginación demasiado irracional. Como la mayoría de los escritores. Vaya leproso…

Víktor se sintió revivir. En su mente se repetía una idea: «Me he librado, parece que me he librado. Si es así, no sé qué haré. Dejaré de fumar…».

—¿No me está mintiendo? —preguntó, en tono lastimero.

—Beba coñac. —Gólem sonrió, burlón—. Cuando se tiene alergia, no se debe beber coñac, pero usted beba. Tiene un aspecto penoso.

Víktor tomó su copa, cerró los ojos y se la bebió. ¡Nada! Una leve náusea, pero eso a causa de la cogorza de la noche anterior. Ahora se le pasaría. Y se le pasó.

—Querido escritor —dijo Gólem—, para ser arquitecto no basta con tener ronchas.

El camarero llegó, dejó sobre la mesa coñac y soda. Víktor, satisfecho, aspiró profundamente la atmósfera habitual del restaurante y percibió los maravillosos aromas del humo de tabaco, de la cebolla rehogada, del aceite quemado y la carne frita. La vida retornaba.

—Chico —le dijo al camarero—. Lleva una botella de ginebra, zumo de limón y cuatro raciones de pulpo al doscientos dieciséis. ¡Y rápido!… Alcohólicos —se dirigió a Gólem y a R. Kvadriga—, que os parta un rayo, ¡me voy con Diana!

Estuvo a punto de darles un beso.

—¡Pobre patito bello! —dijo Gólem, sin dirigirse a nadie en particular.

Durante un segundo, Víktor percibió la lástima. Surgió y desapareció el recuerdo de unas oportunidades monumentales que se habían perdido. Pero se limitó a reírse, apartó la silla y echó a andar hacia la salida.

NUEVE

Félix Sorokin. «¿Para qué sigues tocando la trompeta, chaval?»

Y de nuevo tuve un sueño rebosante de impotencia y desesperación, como si un cañonazo hubiera abierto todas las ventanas de par en par y una violenta corriente de aire hubiera sacado de la Carpeta Azul todo lo que yo había escrito y lo hubiera echado a volar al espacio, bañado por una aurora sangrienta, al abismo de dieciséis pisos, y los papeles daban vueltas, flotaban, se elevaban las páginas arrastradas por el viento, y no quedaba nada en la Carpeta Azul, pero todavía era posible bajar corriendo, recoger los papeles, reunirlos, salvar algo, mas era como si las piernas se hubieran soldado al suelo, y a mi cuerpo le hubieran crecido unos ganchos que me mantenían anclado a la terraza.

—¡Katia! —grité, y me eché a llorar de desesperación; entonces desperté y resultó que tenía los ojos secos, las piernas acalambradas y un dolor irresistible en un costado.

Estuve un rato acostado allí, bajo los cuadrados luminosos del techo, moviendo pacientemente los pies para librarme de los espasmos, y mis pensamientos fluían sin prisa y sin orden alguno. Pensaba que, de todos modos, estaba muy enfermo y tendría que seguir los consejos de Katia y hacerme análisis... y al momento todo se frenaría, todo se detendría y mi Carpeta Azul se cerraría por mucho tiempo...

Y también pensé que sería bueno mecanografiarla en dos ejemplares, que Rita me guardara uno de ellos... aunque, por otra parte, ella no era una mozuela, algo no le funcionaba bien en los riñones o en el hígado... Algo incomprensible, no resultaba fácil imaginar cómo, dónde y a quién darle el manuscrito para que lo conservara, simplemente lo guardara y no metiera allí la nariz...

Porque era posible que aquel sueño fuera premonitorio: no podría terminar nada antes de que una violenta corriente de aire barriera mi Carpeta Azul y dispersara mis papeles por basureros y cañadas. Y no quedará ni una hojita para meterla en la máquina con el objetivo de definir el CPLT...

Y cuando me acordé del CPLT (simplemente me acordé, acudió a mis pensamientos siguiendo el principio de la ironía y la lástima), de repente llegué a una conclusión, clara y nítida como una ecuación: ¡allí no determinan el valor de una obra, sino que predicen el destino de una obra!

¡Eso era lo que mi triste interlocutor de ayer intentaba meterme en la cabeza! La Cantidad más Probable de Lectores del Texto ¡no es más que eso! A partir de ahí calculan la cantidad de ejemplares, la calidad, la popularidad, el talento del escritor y también el talento del lector. Y podrás escribir la obra más genial del mundo, pero la máquina te da una calificación miserable porque tu obra genial no va a ninguna parte, y quizá solamente la leerán tu mujer, tus amigos más cercanos y algún redactor conocido, ahí acabará todo: «Por favor, entiéndeme, colega, entiéndeme correctamente...».

¡Qué máquina más lista, más picara! Y yo, tan idiota, les llevé mis reseñas, les había llevado mi porquería, mi papelera de desechos. Me quedé allí sentado, con los brazos en torno a las rodillas. Eso era lo que él había querido decirme. Y se puede decir que había sido por eso por lo que me había dado una nueva cita. Tenía en cuenta mi esencia, mi autenticidad. Para que yo pudiera comprender de una vez en qué mundo estoy y si debía continuar enfadándome o si valía la pena hacer como otros tantos antes que yo y dejar a un lado el trabajo para dedicarme a ganar mucho dinero...

Esas ideas me hicieron sentir frío, la piel se me puso como de gallina, me eché una manta sobre los hombros y de repente sentí un feroz deseo de fumar.

Qué máquina más terrible, más monstruosa. ¿Para qué necesitan semejante cosa? Por supuesto, conocer el futuro es un viejo sueño de la humanidad, algo así

como las botas de siete leguas o la alfombra mágica. Los zares-reyes-emperadores prometían enormes tesoros por tales conocimientos. Pero sólo con una condición indispensable: que ese futuro fuera agradable. ¿A quién le interesa conocer un futuro desagradable? Supongamos que llego a la calle Bánnaia con la Carpeta Azul, y la máquina me dice, con voz humana: «Tus cosas andan mal, Félix Alexándrovich, de pena. Tendrás tres lectores, y alégrate».

Me quité de encima la manta y comencé a buscar las pantuflas con los pies.

¡Pero ahora tampoco podía dejar de ir a la calle Bánnaia! Yo debo saber... ¿Para qué? ¿Para qué enterarme de que todo mi trabajo, toda mi vida, están destinados en esencia al basurero? Y si eso es así, ¿qué quiere decir el basurero? ¿No soy yo mismo quien pretende entregar la Carpeta Azul para su conservación, a fin de que la nariz sudorosa y entrometida de algún Brizheikin o algún Gagashkin no se metan en ella? A propósito, eso de nariz sudorosa y entrometida puede tener varios significados. Los cotillas son una cosa bien diferente de los lectores. Diablos, lo que yo hago no es dedicarme al onanismo, escribo para mi alma, no para mi contento. Por supuesto, desde el principio estaba preparado para que no publicaran la Carpeta Azul mientras estuviera vivo. Es algo común, no voy a ser el primero ni el último. Pero la idea de que simplemente se pudrirá, desaparecerá, se disolverá en el tiempo sin dejar huella... No, no estoy preparado para ello. Estoy de acuerdo en que se trata de una tontería. Pero no estoy preparado. ¡Por eso me da miedo!

Me aseé, hice la cama y preparé el desayuno, todo el tiempo con esas ideas en la cabeza. Eran solamente las seis y media, pero de todos modos ahora no podía dormir, ni siquiera quedarme allí acostado. La excitación nerviosa me hacía temblar, al igual que el deseo de hacer algo de inmediato o aunque fuera tomar una decisión.

¡Vaya, hasta qué punto nos han metido en la cabeza que los manuscritos no arden! ¡Claro que arden, y cómo arden, con llamas azules! Da miedo imaginarse cuántos de ellos desaparecieron sin que nadie los conociera... No quiero ese destino para mi obra. Y si su destino es ése, no quiero enterarme. Ah, ese tipo desgraciado al que conocí ayer no hablaba dando rodeos por gusto, hubiera podido decir claramente de qué se trataba, pero se dio cuenta de que si yo mismo no lo adivinaba, entonces no tendría dónde meterme: iría, la llevaría y me enteraría...

Y sin darme cuenta terminé sentado ante mi escritorio, con la Carpeta Azul abierta delante; mis dedos tomaban con cuidado hoja tras hoja y las pasaban delicadamente de derecha a izquierda, las acariciaban, ordenaban el montón, y sentí una tremenda amargura al recordar que la noche anterior, muy tarde, había leído la última línea que había escrito. Qué bueno sería hoy, precisamente ahora, en este minuto de dudas, en este minuto de pánico, cuando mi camino se bifurca y debo elegir, leer la última línea, esa línea que desconozco aún, que todavía no he escrito, debajo de la cual estará la palabra «fin». Entonces, con el alma serena, podría decir: «¡Señores, todo eso no es más que filosofía, pero ahora disfrutad de esto!», y les mostraría la Carpeta Azul en mi mano abierta.

Y sentí un deseo tan irresistible de aproximar aunque fuera un poquito aquel momento anhelado que preparé presuroso la máquina de escribir, coloqué una hoja en blanco y comencé a teclear.

El reloj mostraba las tres menos cuarto. Víktor se levantó y abrió la ventana de par en par. La calle estaba totalmente a oscuras. Víktor terminó de fumar el cigarrillo junto a la ventana, tiró la colilla a la noche y

llamó a la recepción. Le respondió una voz desconocida.

Retiré las manos del teclado y me rasqué la barbilla. Como siempre, cuando trato de comenzar mi trabajo al asalto, sólo con el entusiasmo y la inspiración, todo se atasca.

En la media hora siguiente sólo pude añadir, a mano, la palabra «mojada» y, después de «totalmente a oscuras», agregué «y en la negrura las gotas de lluvia lanzaban destellos». No, así no se trabaja en serio. El trabajo en serio lo hacen, por ejemplo, en Murashi, en la casa de creación. Primero hay que meditar, que renunciar totalmente a toda vanidad y cortar seriamente todos los caminos de retirada. Debes saber que has pagado toda tu estancia y que no te devolverán ese dinero por ninguna razón. ¡Y nada de inspiración! Sólo trabajo agotador, de esclavo, mecánico, cotidiano. Como una máquina. Como un caballo. Cinco páginas antes de la comida, dos páginas antes de la cena. O cuatro páginas antes de la comida, y entonces tres páginas antes de la cena. Nada de coñac. Nada de conversaciones. Nada de citas. Nada de reuniones. Nada de llamadas telefónicas. Nada de fiestas ni escándalos. Siete páginas diarias, y tras la cena se puede ir a la sala de billar, conversar sin prisa con otros literatos más o menos conocidos. Y si uno se mantiene firme, si no siente lástima de uno mismo, no lo quiera Dios, a tal punto que uno se dice: «Demonios, tengo derecho aunque sea una vez a la semana...», se regresa veintiséis días después a casa como un cazador afortunado, con manos y pies que no obedecen a causa del cansancio, pero alegre y con el zurrón repleto... ¡Pero yo ni siquiera he pensado qué tendré en el zurrón!

Exactamente a las ocho y treinta hubo una llamada telefónica, pero no se trataba de Lionia Jerbo. No supe quién llamaba. Alguien respiraba, el aparato oía atentamente mi voz irritada, «¿Quién llama? ¡Pulse la tecla!». Y después colgaron.

Colgué con rabia, retiré con desagrado la hoja de papel apenas comenzada, la metí en la carpeta detrás de todas las demás y cubrí la máquina. Amanecía, en el patio comenzaba otra tormenta de nieve, sentí de nuevo un dolor agudo en el costado y me acosté. De todos modos, soy un tipo colérico. Hace un momento temblaba de excitación, me parecía que no había nada más importante en el mundo que mi Carpeta Azul y que su destino estaba en los siglos por venir. Y ahora yacía allí, como una rana aplastada, y lo único que necesitaba de la eternidad era la paz.

Me dolía el costado y un cansancio inusitado se apoderó de mí, al igual que la autocompasión, y me puse a recordar, me entregué inerme a la memoria, como la gente se entrega al desmayo cuando no tiene ya fuerzas para resistir...

Ella vivía en el piso número 19, ocupaba allí una habitación, no sé en calidad de qué, estudiaba en el primer curso del Politécnico y tenía diecinueve años. Se llamaba Katia, pero F. Sorokin no sabía cuál era su apellido y nunca lo sabría. Al menos, en aquella vida.

F. Sorokin acababa de cumplir quince años por aquel entonces, había pasado a noveno grado y era un chaval alto y apuesto, aunque sus orejas eran bastante grandes y separadas de la cabeza. En las clases de educación física era el tercero, tras Volodia Pravdiuk (caído en el cuarenta y tres) y Volodia Tsínger (que ahora ocupaba un alto cargo en la industria de la aviación). Cuando conoció a Katia, ella tenía la misma estatura que él, y cuando los separó la que separa todas las uniones, Katia ya le llevaba media cabeza.

F. Sorokin se había tropezado con ella varias veces antes de conocerla: en la escalera, en casa de Anastasia Andreievna, pero ella no despertaba en él nada

varonil ni personal. En aquella época era un mocoso, un chaval tonto, ese tal F. Sorokin, tan alto y guapo. La distancia entre un escolar y una estudiante universitaria parecía inconcebible, los constantes susurros con Liusia Neviérovskaia (actualmente viuda de un almirante, jubilada y al parecer bisabuela), que no dieron resultado alguno, habían erigido una barricada insuperable entre su deseo y el resto de los pechos y pantorrillas del mundo, y en general, para vaciar adecuadamente los depósitos seminales primero había que aplastar las posiciones enemigas, aniquilar o capturar vivos a Hitler y a Mussolini (en aquel entonces, F. Sorokin no sabía nada del mariscal Tojo), y poner sus cabezas a los pies de ellas.

Seguramente la psiquiatría podría explicar por qué la pequeña estudiante Katia posó sus ojos en un alumno de secundaria. Por lo general, los chavales de quince años, maduros sexualmente, atraen primero a damas de cierta edad, pero en verdad, ¿qué entiendo yo de psiquiatría? Aunque, ¿se atrevería alguien a asegurar que el romance entre Katia y F. Sorokin era único? F. Sorokin no se atreve. (A propósito, él es una persona con prejuicios.) Ya después, pasados dos o tres meses, Katia le contó a F. Sorokin, con sencillez y tranquilidad, que se había enamorado de él a primera vista, en el primer encuentro casual en aquellas escaleras, o en el portal. Quizá no estuviera diciendo la verdad, pero aquello resultó halagador para los oídos de F. Sorokin.

Pero es posible que en ello desempeñara algún papel la situación siguiente: año y medio antes de que él y Katia se conocieran tuvo lugar algo desagradable. En aquel entonces, ella estudiaba el décimo grado en una pequeña ciudad de los alrededores de Leningrado (¿Kolpino? ¿Pávlovsk? ¿Tosno?). En una ocasión, ella estaba de guardia y se quedó después de las clases a limpiar el aula. Entraron varios compañeros de clase, le cubrieron la cabeza con sus chaquetas y la derribaron entre los pupitres. No lograron nada, quizá por miedo, o quizá por inexperiencia. Simplemente le ensuciaron el vientre y las piernas con sus fluidos y salieron huyendo. Katia siguió siendo virgen. Físicamente. ¿Y psicológicamente?

Aunque hay que decir que se enamoró de F. Sorokin siendo ya mujer. Ella nunca dijo con quién le ocurrió aquello la primera vez, y a él nunca se le ocurrió preguntarlo.

Un cálido día a principios de septiembre, F. Sorokin regresaba de la escuela, y pasó por casa de Anastasia Andreievna, en el piso número 19. No la encontró, pero había una nota donde decía que la llave la tenía Katia, la vecina. En el pasillo semioscuro, lleno de cacharros diversos, encontró la puerta de Katia y llamó. La puerta se abrió al instante. Y él la vio y sintió un estremecimiento.

A fin de cuentas, el fin justifica los medios. Y dicen que en el amor todos los medios son válidos. Por supuesto, ella lo esperaba y estaba preparada. Y él no estaba preparado en absoluto. Después, él se dio cuenta de que, un poco más (¿un poco más qué?), y habría salido corriendo o se hubiera desmayado.

Me levanté con un esfuerzo, gimiendo, metí la mano bajo el diván y saqué del rincón más alejado y oscuro la colilla de la que llevaba un año entero acordándome. Me fui a la cocina, la encendí de pie junto a la ventana, y por un instante me asombré del hecho de que el humo de tabaco no actuaba sobre mí de ninguna manera, como si en lugar de humo estuviera absorbiendo un aire cálido y aromático.

Katia era delgadita, de hombros y caderas estrechos, con senos redondos, protuberantes. Vestía una batita gris de orfanato, que parecía un saco. Sin decir

palabra, tomó de la mano a F. Sorokin y lo hizo entrar en su pequeña habitación, regresó a la puerta y la cerró quedamente, hizo chasquear el pestillo, y después se volvió hacia él y se puso a mirarlo, con las manos colgando al lado del cuerpo. La batita estaba abierta y debajo se veía la piel desnuda, pero lo primero que vio F. Sorokin fue que ella era roja, desde la frente hasta los senos, y sólo después vio el resto. ¡Qué espectáculo para un mocoso sexualmente maduro, que hasta ese momento sólo había visto mujeres desnudas en reproducciones de Rubens! Bueno, y también en postales pornográficas, se las había enseñado Borka Kutúzov (destrozado por un proyectil en agosto del cuarenta y uno).

Se veían con bastante regularidad. Exactamente el día acordado, a la hora convenida. F. Sorokin subía sin hacer ruido hasta el piso número 19. Por lo general, eso ocurría por la tarde, a las tres o las cuatro, tras regresar de la escuela. Por supuesto, él no llamaba ni apretaba el timbre. La puerta se abría. Katia, vistiendo su batita de orfanato sobre el cuerpo desnudo, lo agarraba de la mano, lo llevaba a su pequeña habitación y se encerraban allí para gozar el uno del otro con ansias y prisa, y unos veinte minutos después F. Sorokin salía al pasillo semioscuro, silencioso y alerta como indio apache en un sendero de guerra, abría al tacto la cerradura francesa y salía al descansillo de la escalera. Hablaban poco, sólo en susurros, y durante toda aquella historia de amor, monótona pero intensísima, nunca pudieron estar juntos más de media hora seguida...

Y la historia resultó increíblemente intensa, sin duda fue así para F. Sorokin, pero seguramente también para Katia. Tan pronto bajaba las escaleras al salir del piso número 19, F. Sorokin comenzaba a sentir añoranza de ella. Uno o dos días después, la añoranza era sustituida por una tensa impaciencia. Llegaba el momento acordado y una alegría febril lo inundaba, causada también por cierto miedo a que el encuentro no tuviera lugar (eso ocurría a veces). Entonces se encontraban, y después venía la añoranza, la impaciencia, la alegría mezclada con miedo, y de nuevo el encuentro. Así una semana tras otra, otoño, invierno, primavera y finalmente, el maldito verano del cuarenta y uno. Y ni una vez F. Sorokin se sintió cansado de Katia, ni una vez sintió deseos, antes del encuentro, de que éste no tuviera lugar. Y al parecer, a ella le ocurría eso mismo.

Precisamente en esos días, en noveno grado, F. Sorokin progresaba con éxito en matemáticas superiores y trigonometría esférica, a la par que Sasha Arónov (murió de hambre en enero del cuarenta y dos), fabricaba telescopios de aficionado, trabajaba en los talleres de la Casa de las Ciencias Recreativas y manejaba las asignaturas escolares como si de un juego se tratara. Y continuaba su romance platónico con Liusia Neviérovskaia, y después de celebrar el Año Nuevo comenzó a flirtear con Nina Jaliyáeva (desapareció durante la evacuación), y hubo muchísimas otras tonterías y cosas sin importancia. F. Sorokin llevaba una vida activa en los estudios, la ciencia, sus relaciones sociales y personales, y nunca dijo a nadie una palabra, ni siquiera hizo una insinuación, de lo suyo con Katia.

Es difícil que lo único que los uniera fuera el apetito sexual, aunque se tratara del más desencadenado posible: eso no hubiera podido durar tanto tiempo, acompañado constantemente por momentos de añoranza, impaciencia, alegría y miedo. Tampoco se trataba de un amor romántico, del que describen los grandes escritores. Había algo de eso, de lo otro, seguramente también un poco del orgullo del chaval que posee a una mujer de verdad, y de la ternura femenina hacia un hombre que no la ofende, que no se jacta. Además, también habría algo de presentimiento.

Se vieron por última vez a finales de mayo, cuando comenzaban los exámenes.

Alrededor del diez de julio, F. Sorokin regresaba de construir un aeródromo junto a Kingisepp. Había madurado, ya había matado por primera vez a un hombre, a un enemigo, un fascista, y se enorgullecía de ello. De alguna manera se enteró de que una semana antes Katia se había marchado con toda su aula a construir zanjas antitanque en Gátchina (¿o en Pskov?).

A finales de julio llegó a la administración del edificio la notificación de que Katia había muerto durante un bombardeo.

Debilidad. Es simplemente mi debilidad. No sé la razón por la que hoy me siento débil. Pero, ¿por qué siempre me prohíbo recordar esto? El nombre, sí. Katia. Katia. Pero solamente el nombre. Seguramente porque después no volví a amar a nadie. Desde aquella época, F. Sorokin tuvo unas cuantas amantes, dos o tres mujeres de verdad, pero ningún amor.

Sonó el timbre del teléfono y regresé al despacho. Llamaba Rita, por fin. Y a tiempo.

Acababa de regresar de su reino perdido y quería pasar una velada con un hombre culto, del mundo literario. Su voz era limpia, alegre y saludable, y eso era maravilloso. Sentí deseos de verla inmediatamente. Pregunté qué tal ese mismo día, y me dijo que estaba en su oficina, donde debía trabajar hasta la hora de comer, pero que entonces podría darse a la fuga. Me alegré y al instante planeamos encontrarnos en el club a las tres en punto, para caer allí en éxtasis gastronómico.

—Para comenzar —dije con ganas de jaleo.

—Eso lo veremos más tarde —respondió ella, con más ganas todavía.

Como era de esperar, esta conversación cambió radicalmente mi punto de vista sobre la realidad circundante. El ambiente pasó de hostil a amistoso, la realidad perdió su carácter lúgubre y adquirió todos los tonos posibles del rosado y el azul celeste. El patio se iluminó notablemente y la feroz tormenta se convirtió en una nevadita ligera, casi festiva. Y todo lo sombrío que me rodeaba desde hacía varios días, todos aquellos encuentros extraños y desagradables, todas aquellas conversaciones intimidatorias, todos los rumores, los problemas, abstractos hasta hacía poco, que de repente adquirían una imagen concreta, toda aquella tenebrosa desesperación que me había cercado con un doloroso seto de espinas, se rompió de repente, retrocedió, y ante mí todo se volvió de un verde esmeralda, de un sol argentado, de un cielo nebuloso con un letrero que parpadeaba, anunciando: «¡Nos libraremos de ello!». Y mi costado apenas dolía ahora…

¿Para qué sigues tocando la trompeta, chaval?
¿Por qué mejor no reposas en tu tumba, chaval?

Ante todo, fui al baño y me afeité con esmero. Rita no soporta ni el más leve indicio de barba. A continuación, pasé un trapo húmedo por todas las mesas y armarios. Rita no soporta el polvo sobre superficies pulidas. Cambié la ropa de cama. Rita y yo sólo aprobamos sábanas limpias, crujientes, almidonadas. Froté aplicadamente copas y vasos, examinando el vidrio a trasluz, limpié los cubiertos con un polvo especial, limpié la bañera y la taza del inodoro. Y para terminar, saqué la aspiradora y limpié el suelo de toda la casa.

Mientras me dedicaba a eso, el teléfono sonó en dos ocasiones. Una vez se

trataba de Lionia Jerbo, al que no le di la oportunidad de abrir la boca después de su pregunta habitual de «¿qué tal van las cosas?», y la segunda vez volvió a respirar al teléfono aquel idiota callado, a quien le comuniqué con alegría que apreciaba su propuesta de ayuda, pero no la necesitaba ya que había concluido todos mis trabajos aquí y en un futuro no muy lejano me marcharía para siempre de este planeta y de este tiempo.

No sé qué opinaría sobre ello el idiota callado, pero no hubo más llamadas telefónicas.

Me puse el mejor de mis trajes y salí de casa a las dos menos cuarto, calculando que tendría tiempo de pasar por la comisión de admisión, a recoger mi porción de materiales de lectura. ¡Señor, sálvame, ten piedad de mí! El ascensor no funcionaba. Ni el grande ni el pequeño.

Y en ese momento vino a mi mente un cuadro homérico: Rita y yo, tras un magnífico almuerzo y un buen paseo por el Moscú nevado, subimos a pie a la decimosexta planta, en mi pecho late enloquecido el corazón, en cada descansillo me siento en uno de los banquitos, preparados para tales situaciones, sigilosamente me llevo a la boca una pastilla de nitroglicerina mientras Rita, hembra guapísima, dama del corazón, amante, mi última mujer, conversa delicadamente sobre naderías, me mira desde arriba con simpatía y algo de desprecio, repitiendo a cada rato: «No te apresures, vamos, sube más despacio...».

Espanté aquella visión vergonzosa y comencé a descender a pie. ¿Y a quién encontré en el rellano entre el piso séptimo y el octavo? ¿Quién subía raudo a mi encuentro, saltando los escalones de dos en dos y apoyándose levemente en el pasamanos? ¿Quién era aquel tipo rozagante, que silbaba una melodía de Gershwin y llevaba en sus manos un pesado maletín con alimentos, con el pedido de alimentos, a juzgar por ciertas señales?

¡Pues claro que era él! Kostia Kudínov, aquel pobretón pálido, verdoso, manchado de vómitos, que casi en sus últimos momentos lograron salvar, lavándole el estómago en el hospital de Biriuliovo.

—¡Vejete! —gritó con alegría tan pronto me reconoció—. ¡Me alegro de verte! ¿Tienes prisa? Mira, te he incluido en nuestra brigada. Iremos al BAM[15]. Veinte días, quince presentaciones, viaje especial en avión, ida y vuelta... ¿Qué opinas, eh?

En verdad, se trataba de un día afortunado. Podría parecer algo raro, pero a mí, persona mayor, callada, que en general evitaba conocer a gente nueva, conservadora y sedentaria, a mí me encantan las presentaciones públicas.

Me gusta estar de pie ante una sala repleta de gente, ver a la vez miles de rostros, unidos por una misma expresión de ansioso interés, de interés escéptico, de interés burlón, de asombrado interés, pero siempre de interés. Me encanta sorprenderlos con los secretos de nuestro oficio, descubrir ante ellos los misterios de lo que se cocina en las redacciones de las editoriales, destruir sin la menor lástima las ilusiones sobre tópicos tales como la inspiración, la iluminación, la chispa divina.

Me place responder a las notas, burlarme de los tontos con finura para que ningún patán, si hay tales en la sala, pueda ofenderse; me encanta caminar por el filo de la navaja, escurriéndome entre lo que pienso de verdad y lo que, según la opinión general, se supone que pienso.

Y más tarde, cuando la presentación termina, me encanta estar de pie entre

[15] La vía ferroviaria Baikal-Amur, conocida como BAM, fue la obra de choque soviética más popular de la década de los setenta. *(N. del T.)*

el público, rodeado por auténticos adoradores que me valoran, firmar ejemplares de los *Cuentos infantiles modernos,* leídos hasta caerse a pedazos, y mantener un diálogo de iguales, sin imbéciles, debatir duro, con encarnizamiento, sintiéndome constante y asombrosamente protegido de ataques burdos o groserías, sin temor a dar un paso en falso, cuando incluso lo que es una obvia tontería dicha por uno, se deja pasar sin prestarle atención…

Pero sobre todo, eso me gusta fuera de Moscú, fuera de otras capitales administrativas, científicas e industriales, me encanta que ocurra en lugares lejanos, en la frontera de la civilización, donde todos esos ingenieros, técnicos y operadores, todos esos estudiantes de ayer sienten hambre de cultura, de Europa, de una conversación inteligente.

Por supuesto, le di mi asentimiento a Kostia, le pregunté cuándo partíamos, quién más estaba en la brigada y dónde tendríamos la conversación preparatoria, y ya le tendía la mano para despedirme cuando de repente me agarró por el pulgar e hizo un guiño pícaro.

—Eres un tío arriesgado, Félix Alexándrovich —susurró bajando la voz con cierta coquetería—. ¡Qué bien te salió aquello! ¿No temes que te lo recuerden? ¿En algún momento inoportuno, eh?

Repitió el guiño y sacudió mi mano, ahora blanda, en el aire, mientras yo asimilaba aquellas palabras pronunciadas por Kostia. No sé. Pero al momento pensé que aquella historia idiota con el… con la… con ese elixir del demonio que yo mismo me había inventado, no había concluido. Por supuesto que no había concluido, no importa que hubiera olvidado totalmente a aquel mirón de chaqueta reversible a cuadros, ellos no se habían olvidado de mí, aquello seguía, y resultaba que yo había hecho una jugada audaz, al parecer había engañado a alguien, idiota de mí, ¡y ahora me lo podrían recordar! Y por supuesto, me lo recordarían, claro que me lo recordarían.

¡Jesús, María y José! ¡Que aquel maldito Kostia Kudínov se marchara a algún lugar sin retorno! ¡Que se largara con sus gestos misteriosos, sus insinuaciones y sus palabras a medias! Pero tras un minuto de guiños, gestos y sacudidas de mi mano, se aclaró que se trataba de algo muy diferente.

A principios de diciembre, un conocido mío, redactor del *Playboy Moscovita,* me entregó un manuscrito de Babajin, el presidente de nuestra comisión de vivienda, para que le hiciera una reseña. Me dio el manuscrito y me dijo: «Dale duro en los morros, sin miedo, es una reseña interna y nuestro redactor jefe está a punto de tener un infarto a causa de ese Babajin». La novela era verdaderamente monstruosa, y le di lo más duro posible. En la jeta. Con placer. Y días antes de Año Nuevo, a Babajin lo destituyeron de su puesto de presidente con un sonado escándalo.

Por supuesto, no se trataba de que escribiera novelas capaces de causarle un infarto a un hombre tan templado como el redactor jefe del *Playboy Moscovita.* No, lo echaron por «comer el pan de la ilegalidad y beber el licor de la apropiación ilícita». Y ahora este idiota, el poeta Kostia Kudínov, cree que yo lo había previsto y me había arriesgado a lanzarme contra Babajin a principios de diciembre, cuando aún no se sabía cómo podía resultar todo…

Y, lo que es peor, el idiota de Kostia Kudínov consideraba que mi reseña había sido un acto irracional aunque heroico, ya que consideraba, y en eso no carecía de fundamento, que los Babajin no morían, que siempre regresaban y nunca olvidaban nada.

¿A quién le gusta, en nuestros días, caer bajo la sospecha de que comete actos heroicos irracionales? Pero le estaba tan agradecido a Kostia por haber

olvidado, al parecer, todas mis aventuras con el elixir de la vida que me limité a palmearle el hombro con condescendencia y darle a entender que todo aquello era una insignificancia y que con mis relaciones no temía a ningún Babajin. Seguí bajando las escaleras sin prisa, con cierto aire de magnificencia, y lo dejé allí pensando qué ventajas podría obtener él por conocer tan bien a una persona tan importante.

Pero de todos modos la chaqueta reversible a cuadros apareció de nuevo, aunque de forma algo inesperada.

Tras salir de la estación de metro Kropótkinskaia, vi junto al quiosco de tabaco uno de los más grandes logros del siglo XX, la furgoneta rojo y gualda de los servicios médicos de urgencia. Sus puertas traseras estaban abiertas de par en par y dos milicianos introducían en su interior la chaqueta reversible a cuadros. La chaqueta se resistía, dando patadas, o quizá no se resistía sino buscaba dónde apoyarse. No le vi el rostro. En general, no vi nada más, a no ser las gafas. La montura metálica de las gafas, que llevaba agarradas diligentemente entre dos dedos un tercer miliciano, que pasó por delante de mí y desapareció tras la furgoneta. A continuación, las puertas se cerraron, el vehículo expulsó de sus entrañas un metro cúbico de hedores asquerosos y se alejó lentamente. En eso consistió toda la aventura, no había a quién preguntar lo ocurrido allí, porque habían quedado atrás los tiempos en que la gente se congregaba ante incidentes de ese tipo. Y yo seguí mi camino.

Como había planeado, entré en el club a las tres menos cuarto. Esta vez la que se encontraba de guardia en la entrada no era la cegata de María Trofímovna, sino una jubilada todavía joven, que llevaba casi un año trabajando allí y ya conocía a todo el mundo, o en todo caso a mí. Nos saludamos con una reverencia, le advertí que esperaba a una dama, me quité el abrigo y subí a la comisión de ingreso. Zinaída Filíppovna, de rostro blanco y cabellos negros, estaba como siempre muy atareada y muy preocupada. Me indicó un armario donde había tres baldas ocupadas por las obras de los pretendientes, agrupadas en montoncitos independientes. ¡Qué cosa, eran apenas ocho y ya habían escrito tantas obras!

—Se las he escogido, Félix Alexándrovich —pronunció Zinaída Filíppovna, mientras me sonreía distraída—. ¿No es verdad que usted prefiere los temas patriótico-militares? Es el montón del extremo. Un tal Jalabúiev. Ya se lo he anotado.

El aspecto del montón de revistas que reunía el espíritu y el pensamiento del desconocido Jalabúiev era triste y lastimero. Tres escuálidos números de la revista *Alférez,* de los que salían las colitas de marcadores de papel, y un tomito solitario de la editorial Siberia Norte, una novela corta titulada *¡Preservamos el cielo!*

«Y quién será ése que te ha recomendado, Jalabúiev —pensé—. ¿Quién es ése que se ha precipitado a entregarte a las fieras, para que fueras devorado con tus tres cuentos y tu novela corta? Y ni siquiera se trata de una novela, más bien será un reportaje novelado sobre la vida de los pilotos o las tropas de misiles antiaéreos. Pobre Jalabúiev, nuestros guardias imperiales te masticarán con un diente, a no ser que cuentes por adelantado con su benevolencia. Pero incluso así, Jalabúiev, nuestros especialistas en historia de la literatura cortesana francesa del siglo dieciocho necesitarán sólo medio diente para devorarte. Pero si tú, Jalabúiev, has tenido el tino de conseguir también la benevolencia de éstos, entonces llegarás muy lejos, y es posible que dentro de cinco años todos estemos haciendo cola ante tu puerta, rogándote que nos permitas alquilar una dacha en los alrededores de Moscú...»

Con un suspiro metí a Jalabúiev bajo el sobaco, me despedí cortésmente de Zinaída Filíppovna y fui directamente al restaurante.

Y resultó que, aunque no había mucha gente allí por tratarse de la comida, solamente quedaba una mesa cómoda, y cuando me senté, quedó a mi derecha Vitia Koshelkov, uno de nuestros más famosos humoristas, autor de innumerables piezas cortas, que llevaba un lacito, bebía una taza de café y leía el diario *Morning Star,* aislándose de todos.

Tras la mesa de la izquierda susurraban, sin dejar de masticar, dos damas de edad indefinida, con un aspecto muy apetitoso, para sobar o morder, según la clasificación de Zhora Naúmov.

En la mesa que quedaba frente a mí, Apollen Apollónovich Vladímirski agasajaba a alguna de sus nietas (o quizá biznietas) con una buena comida, regada con cava. Me miró y nos saludamos.

Seguía siendo igual al que yo había conocido un cuarto de siglo antes. Una cabeza pequeña, totalmente calva, como un globo, que reposaba sobre un cuello de iguana, largo y arrugado; enormes ojos negros donde sólo había pupilas, nada de blanco; una boca blanducha, y unas mandíbulas artificiales, que chocaban constantemente como castañuelas y parecían llevar una vida independiente. Sus movimientos eran fluidos, como los de un director de orquesta, y su voz era aguda y molesta, como corresponde a una persona que no tiene en cuenta la opinión de quienes lo rodean. Además, estaba su trajecito anticuado, de principios de siglo, con mangas algo cortas, de las que sobresalían puños de una blancura rutilante. Me parecía un enviado de un pasado increíblemente lejano: era imposible imaginar que las canciones pícaras, enérgicas, alentadoras que cantaban y cantan aún en fiestas estudiantiles y manifestaciones desde los tiempos de la colectivización fueron compuestas con los versos de aquella reliquia...

Estaba allí sentado, mirando con un ojo un cuento de Jalabúiev, y con el otro a la puerta, por donde ya era hora de que apareciera Rita. Apollen Apollónovich contemplaba paternalmente cómo su jovencísima parienta devoraba una hamburguesa, y a cada momento, con un gesto elegante, hacía retroceder dentro de la manga el puño desobediente. Mientras tanto, y con el acompañamiento de las mandíbulas castañuelas, narraba otro capítulo de sus memorias orales.

En las últimas décadas había oído demasiadas veces aquellas memorias, razón por la cual mis oídos pescaban sin prestar atención los puntos más notables. Allí estaba Vladímir Vladímirovich y sus extrañas relaciones con Osia. También pasó Boris Leonídovich, que dijo algo divertido y fue sustituido al momento por Alexandr Alexándrovich, enfermo terminal, un día antes de su muerte. Y llegó Alexéi Nikoláievich, con su forma obsequiosa de hablar. Y Samuil Yákovlevich junto a Kornéi Ivánovich... Venia fue a visitar a Alexéi Maxímovich, que era demasiado joven e irritable... Isaak Emmanuílovich dio inicio a su último y más corto paseo. «Y cuando llega el momento de las inyecciones, querida mía, todos los escritores se dispersan por el jardín, se esconden tras los arbustos y entre los árboles, perseguidos por enfermeras que llevan listas las jeringuillas, y el único que está de pie junto a la ventana del hospital es Misha, que a veces decía: "Vaya, se han ido al bosque a recoger fresas..."» Konstantín Serguéievich: «Ay, algún día lo llevarán a los Grandes Almacenes, querido Vladímir Ivánovich...». Alexandr Serguéievich... (aquí me entraron temblores). Vissarión

Grigórievich con su hijo lósif[16]…

Clavé la mirada en Apollen Apollónovich: era inagotable. Por cierto, su joven acompañante había permanecido inconmovible ante aquel torrente de información. Por supuesto, yo no excluía la posibilidad de que ella, al igual que yo, estuviera oyendo todo aquello por enésima vez.

—Oh, aquí está Mijaíl Afanásievich en persona —dijo de repente el anciano con alegría—. ¿Qué tal, Mijaíl?

Miré. Una noche de invierno del año cuarenta y uno, cuando regresaba a casa desde mi trabajo en una fábrica de granadas, hubo una alarma aérea y cayó una bomba sobre una casita de madera a mis espaldas. Volé por los aires, pasando por encima de la valla puntiaguda de un jardín y caí suavemente de espaldas sobre un enorme montón de nieve. Quedé allí atontado, mirando al cielo con sorpresa, contemplando cómo volaban leños ardientes por encima de mí, lentamente y dándose importancia.

Y con ese mismo asombro atontado contemplé ahora cómo atravesaba el restaurante Mijaíl Afanásievich, mi triste interlocutor de ayer, ahora sin su bata azul de laboratorio, enfundado en el mismo traje gris del día anterior. Vi cómo se movían sus labios, le respondió algo a Apollen Apollónovich y a mí no me vio, o no me reconoció, y siguió adelante, hacia la salida, hacia el vestíbulo del palacio de la vieja princesa. Y cuando se perdió tras la puerta, en el muerto silencio que tiene lugar tras un espantoso estallido resonó la voz chirriante de Apollen Apollónovich.

—Va a la biblioteca —dijo, con cierta intimidad, como en confianza—. O al comité del partido.

Pero yo, en ese momento, ya estaba de pie, listo a seguirlo. ¿Tenía preguntas que hacerle? Sí. Tenía. Por supuesto. ¿Quería pedirle consejo? Sin duda. Claro que sí. Todo lo que me había imaginado amargamente por la mañana retornó a mí una vez más, como los vapores mefíticos de una poción de brujería. Y se me hizo indispensable saber si lo había entendido correctamente, y si eso era así, qué debía hacer ahora con semejante conocimiento. Aunque fuera sólo por esa razón, valía la pena correr tras él, pero lo principal no era eso.

De repente, me di cuenta de quién era aquel triste conocido de la calle Bánnaia, quién era Mijaíl Afanásievich. Ahora todo me parecía tan obvio como increíble. Este encuentro era la culminación de mi semana estéril y fantasmagórica, durante la cual el que rige mi destino abrió ante mí todo un abanico de posibilidades, ninguna de las cuales pude o quise asumir, y todo aquello desapareció como agua entre la arena, sin dejar otra cosa que la espuma sucia del alivio filisteo. Y ahora, aquí estaba la última oportunidad. Posiblemente, la más improbable. Y no importa que lo que promete no esté por encima de mi bocadillo habitual, pero si ahora la dejo pasar, si en aras de una *solianka* de carne con aceitunas dejo que desaparezca, o incluso en aras de mi perfumada Rita, entonces no me quedará nada y no tendré más razones para volver a abrir mi Carpeta Azul.

—O bien yo soy un gran escritor ruso, o me comeré estas gachas… —escuché como en sueños un balido asqueado y señorial.

Y como en sueños, volví la cabeza y vi un rostro grueso y alargado con el labio inferior colgando en señal de desagrado sobre un plato humeante, que desapareció ante mi vista tras la espalda encorvada de un camarero.

---

[16] Se hace referencia a diversos personajes notables de la vida literaria rusa y soviética, e incluso a la familia de Stalin. *(N. del T.)*

En ese momento, con toda claridad, vi en la puerta del pasillo a Rita, que vestía el traje color arena que tanto me gustaba. El destello de sus pendientes se clavó en mis ojos cuando ella volvió lentamente la cabeza, buscándome en la sala. Pero me oculté, con miedo, y algo encorvado corrí presuroso por la alfombra hacia la puerta tras la cual había desaparecido Mijaíl Afanásievich. Por mi cabeza cruzó un amargo pensamiento: de nuevo estoy realizando un acto por el que tendré que justificarme y disculparme, pero espanté aquella idea porque todo eso ocurriría después, y en aquel momento tenía por delante algo inconmensurablemente más grande.

Mijaíl Afanásievich no estaba en el comité del partido. Allí estaba Tátochka, golpeando estruendosamente su máquina de escribir, y a su lado, derrumbado en el butacón, con la redonda panza liberada de la chaqueta, había un sátiro de nariz y labios rojos, rozagante más bien, con la expresión en el rostro de quien está arengando en una tribuna. Le dictaba, de una hoja.

—...y debemos luchar contra el abstraccionismo en la literatura, y lucharemos contra él con la misma energía que contra el abstraccionismo en la pintura, en la escultura, en la arquitectura...

—¡Y en la zootecnia! —grité para hacerlo callar.

Se detuvo, cegado quizá por el giro que prometía la nueva temática.

—¿Ha pasado Mijaíl Afanásievich por aquí? —le pregunté a Tátochka con celeridad.

—No —respondió ella, sin dejar de atronar en su máquina—. Hoy no viene. —Volvió el rostro exigente hacia el sátiro—: ...en la arquitectura y en la zootecnia... ¡Continúe!

Encontré a Mijaíl Afanásievich en la hemeroteca, donde estaba totalmente solo, leyendo atentamente el número más reciente del *Celador Trimestral.* Ese mismo. Con la novela corta de Valia Demchenko, viva, invicta, retadoramente viva a pesar de haber sido despedazada, recortada, tres veces amputada.

Caminé hacia él y me detuve, sin saber qué decir ni cómo comenzar. De repente se apoderó de mí la sensación de que todo lo que ocurría era absurdo, me turbé, me dispuse a irme, pero en ese momento él puso a un lado la revista, me miró con expresión interrogante y enseguida sonrió.

—¡Ah! ¡Félix Alexándrovich! —pronunció, con su voz queda y pareja—. Hola. Siéntese, por favor, ahí tiene una silla libre.

—¿De quién es eso, de Capek? —pregunté, mientras obedecía su invitación.

—No, es de Hasek. ¿En qué puedo servirle, Félix Alexándrovich?

—Veo que conoce muy bien la literatura...

—No sólo eso, adoro la literatura. La buena literatura.

—¿Y cuando le surgen dudas sobre si es buena o no, la pasa por su máquina?

—¡Por favor, Félix Alexándrovich! Eso no sería digno de mí. Por cierto, yo tengo la culpa. Dije lo que no era, por eso le pido mil perdones. Por supuesto, la literatura no es buena o mala. La literatura únicamente es buena, todo lo demás debería llamarse papel para reciclaje.

—¡Exactamente! —me apresuré a insistir con cierta desesperación amarga—. La frescura es sólo una, la primera, que es a su vez la última. Y si el esturión es de frescura añeja, eso quiere decir que está pasado.

El cerró la revista, marcando con el dedo la página que leía, y me miró en silencio durante un tiempo. Yo lo miraba y me asombraba de su parecido con el retrato en el tomito marrón, y me asombraba que a lo largo de tres meses ninguno de nuestros charlatanes pudiera reconocerlo, y yo tampoco pude hacerlo

a primera vista cuando estuve allí, en la calle Bánnaia.

—Félix Alexándrovich —dijo él, finalmente—, veo que me confunde con otra persona. Incluso creo saber con quién…

—¡Permítame, permítame! —grité con ardor, porque aquel intento de eludir el reconocimiento me decepcionaba, casi me ofendía—. No me va usted a negar…

—¡Claro que sí! —pronunció, inclinándose en mi dirección—. Mi nombre real es Mijaíl Afanásievich, dicen que es verdad que tengo cierto parecido, pero juzgue usted mismo: ¿cómo puedo ser esa persona? Los muertos mueren para siempre. Eso es tan cierto como que los manuscritos arden hasta convertirse en cenizas. Y no importa que él haya insistido en lo contrario[17].

Sentí que el sudor me cubría la cara. Saqué presuroso el pañuelo y me sequé el rostro. La cabeza me daba vueltas, sentía un zumbido en los oídos, al parecer tenía una subida de presión considerable, y otra vez me sentí como en un sueño.

—Sin embargo, ocupémonos finalmente de su asunto —prosiguió, sacó el dedo de la revista y la dejó a su lado, sobre el sofá—. Como era de esperar, usted adivinó, de manera totalmente correcta, que mi máquina no determina el valor artístico absoluto de una obra, sino únicamente su destino en un tiempo históricamente observable. —Asentí una y otra vez, secándome el sudor de los ojos—. Al entender eso, se encuentra usted ante un dilema: si vale la pena arriesgarse y darme la Carpeta Azul para su análisis. —Volví a asentir.

—Vamos ahora a analizar —continuó— qué es lo que teme usted, Félix Alexándrovich, y cuáles son sus esperanzas. Por supuesto, teme que mi máquina le asigne, a usted y a toda su labor, una calificación lastimosa, como si en lugar de la obra de toda su vida le entregara papel para reciclaje, escrito con asco, simplemente para salir del paso… o por dinero. Y usted tiene la esperanza de que ocurra un milagro, de que mi máquina le conceda una calificación de seis o siete dígitos, como si en verdad estuviera poniendo al mundo delante de un Nuevo Apocalipsis, que se abrirá camino hasta el lector a través de todos los obstáculos posibles e imposibles… Sin embargo, usted sabe perfectamente, Félix Alexándrovich, que los milagros que acontecen en nuestro mundo son siempre miserables, así que, en esencia, no tiene nada que fundamente sus esperanzas. Con respecto a sus miedos, resulta que usted mismo, conscientemente, ha condenado a su carpeta a ser sepultada en el interior de su escritorio; la condenó desde el principio, la enterró sin permitirle que acabara de nacer, ¿no es verdad, Félix Alexándrovich? ¿Sigue el hilo de mis razonamientos? —Asentí—. ¿Se da cuenta de que lo único que he hecho es poner sus pensamientos en palabras?

—Ha soslayado una tercera posibilidad —dije, después de asentir de nuevo, con una voz tan ronca y queda que yo mismo me sorprendí.

—¡No, Félix Alexándrovich! ¡No la he soslayado! Adivino su amenaza infantil de apelar al fuego. Así que, para castigarlo por eso, le hablaré ahora de una cuarta posibilidad, tan vergonzosa e indigna que ni siquiera la dejará entrar en su conciencia; el terror que siente ante ella está escondido en su interior, es un terror arrugado, desnudo, hediondo… ¿Se lo cuento?

El presentimiento de ese terror arrugado, escondido en mi interior, me atravesó el cuerpo como un espasmo cardiaco, me cortó el aliento, pero estaba seguro de que él no podría decir nada que yo no hubiera pensado ya treinta y tres veces.

---

[17] Se refiere a Mijaíl Afanásievich Bulgákov, el gran novelista *y* dramaturgo ruso, fallecido en 1940. La frase «los manuscritos no arden» es de su novela *El maestro y Margarita. (N. del T.)*

—Me gustaría oírlo —mascullé, apretando los dientes, a través del pañuelo que me cubría la boca.

Y él lo narró.

Lo juro por mi honor, lo juro por la vida de mi hija Katia, por la vida de mis nietos: no lo sabía previamente, no podía imaginarme que él mismo me lo contaría. Aquello era particularmente humillante y vergonzoso, porque mi cuarta posibilidad era tan obvia, tan vulgar, estaba tan a la vista... Cualquier persona normal hubiera dicho que era la primera... Para Trepa Nacional hubiera sido la única, las otras no existirían... Sólo gente como yo, engreída sin causa visible, hinchada de ínfulas hasta tal punto que ni siquiera se da cuenta de ello, es capaz de enterrar esa posibilidad tan profundo que ni siquiera sospecha de su existencia...

Pero cómo era posible que yo, Félix Alexándrovich Sorokin, creador de la inolvidable novela *Cantaradas oficiales,* pudiera imaginarme que la maldita máquina de la calle Bánnaia fuera capaz de reflejar en sus pantallas algo que no fuera una calificación de siete cifras como reconocimiento de mis méritos ante la cultura universal, y no un simple y orgulloso aprobado, testimonio de que la cultura mundial aún no estaba suficientemente madura para asimilar el contenido de la Carpeta Azul, o sería posible que la máquina reflejara en sus pantallas algo así como un 90.000, diciendo que la Carpeta Azul había sido correctamente recibida, correctamente introducida en el plan y que había salido de las impresoras para relajarse en las baldas de las bibliotecas regionales, junto a otros papeles para reciclaje similares, sin dejar la menor huella de sí, ni siquiera un recuerdo, enterrada no en el sarcófago de honor del escritorio, sino entre cubiertas torcidas de cartón de segunda.

—Perdóneme —concluyó él con simpatía en la voz—. Pero no me era posible dejar a un lado esa posibilidad, incluso aunque no quisiera castigarlo un poco.

Asentí en silencio. Una vez más. En verdad, el demonio celestial había roto mis orgullosos cuernos.

—Con relación a su amenaza de quemar la Carpeta Azul y olvidarla, reconozco que me precipité un poco al calificarla como algo infantil. En realidad, esa amenaza me parece seria, bastante seria. ¡Pero qué es eso, Félix Alexándrovich! La milenaria historia de la literatura no conoce ni un caso en que el autor, con sus manos, calcinara su criatura más amada. Sí, quemaban cosas. Pero sólo quemaban aquello que les causaba repulsión y vergüenza... Pero usted, Félix Alexándrovich, usted ama su Carpeta Azul, usted vive en ella, para ella... ¿Cómo se permite quemar eso sólo porque desconoce su futuro?

Claro que tenía razón. Todo aquello no era más que una amarga disquisición sobre el olvido y la incineración... Además, cómo podría quemarla con mi calefacción de gas. Solté una risita nerviosa: ¿la causa de que hayan desaparecido las calderas en las casas será porque se publica demasiada porquería?

Mijaíl Afanásievich también rió, pero al instante volvió a ponerse serio.

—Entiéndame correctamente, Félix Alexándrovich. Usted ha venido a verme buscando un consejo y mi simpatía. Ha acudido a mí, a quien usted considera la única persona capaz de darle un consejo y manifestar una simpatía legítima. Y lo que no quiere entender es que no tendrá nada de eso, ni mi consejo, ni mi simpatía. No quiere entender que ahora estoy viendo ante mí únicamente a un hombre sudoroso, enrojecido, que parece medio enfermo, un hombre de gesto débil, con unas coronarias que se han estrechado hasta un límite peligroso, un hombre cansado que ha vivido mucho, no demasiado inteligente y nada sabio,

aplastado por recuerdos vergonzosos y perseguido constantemente por el miedo a la desaparición física. Este hombre no concita simpatía ni ganas de darle un consejo. ¿Y por que habría de dárselo? Entienda, Félix Alexándrovich, su combate interior no me incumbe, y tampoco sus problemas espirituales, y menos todavía, perdóneme, su autoadmiración. Lo único que me interesa es su Carpeta Azul, que su novela sea escrita y terminada. Y no me interesa cómo lo haga ni a qué precio, no soy un estudioso de la literatura ni su biógrafo. Claro que es natural que las personas esperen recompensa por sus trabajos y sus afanes, y en general esto es justo, pero hay excepciones: no hay recompensas, ni puede haberlas, por los tormentos de la creación. Ese tormento contiene en sí mismo la recompensa. Por eso, Félix Alexándrovich, no espere recibir ni la luz, ni la paz. Nunca tendrá paz ni luz.

Y se hizo el silencio. Era como si me hubiera quedado sordo. Y en este silencio sordo entró de repente la bibliotecaria, acompañada por dos ancianas, y se aproximaron, conversando en voz muy baja, a un armario, lo abrieron sin hacer ruido y se dedicaron a poner sobre la mesa y a revisar en silencio unas gruesas carpetas cosidas, llenas de polvo. Lo raro era que, al parecer, no nos veían, no miraron ni una vez hacia nosotros, como si no estuviéramos allí.

Y en aquel silencio, de repente comenzó a sonar la voz profunda y agradable de Mijaíl Afanásievich. No hablaba, no contaba nada, sino que leía en alta voz un libro invisible.

> *La ciudad los miraba con sus ventanas vacías, cubierta de moho, resbaladiza, carcomida, llena de manchas malignas, como si hubiera estado muchos años pudriéndose en el fondo del mar y la hubieran acabado de sacar a la superficie para burla del sol: y el sol, harto ya de reírse, se dedicara ahora a destruirla. Los tejados se derretían y se evaporaban, la hojalata y las tejas humeaban con vapores oxidados, y desaparecían ante los ojos. Doblegándose sin ruido se fundían las farolas de las calles, los quioscos y las vallas publicitarias se disolvían en el aire, todo en derredor se agrietaba, siseaba quedamente, susurraba, se volvía poroso, transparente, se convertía en montones de fango y desaparecía...*

Mijaíl Afanásievich calló, se reclinó en el diván y cerró los ojos. Pero yo había comprendido ya dónde había leído aquello y por qué me parecía tan conocido. No era el final mismo, no se trataba de las últimas líneas, pero ahora vi aquella imagen final y supe cuál sería la última línea, tras la cual no habría nada más que la palabra «fin», y quizá la fecha.

Todo el restaurante del club vio cómo el conocido autor de temas histórico-patrióticos Félix Sorokin, hombre alto, algo grueso, un tipo apuesto de cabellos plateados y nutridos bigotes negros, con la insignia de laureado en la solapa de la chaqueta, avanzó con desenfado entre las mesas, se acercó a una bella mujer que vestía un elegante traje color arena y le besó la mano. Y todo el restaurante fue testigo de cómo se volvía hacia Misha, el camarero.

—¡Carne! —pronunció con claridad—. ¡La que sea! ¡Pero de perro, no! Estoy harto de carne de perro, ¿me oyes, Misha?

La mitad de la sala no prestó atención a aquellas extrañas palabras, la otra mitad la consideró una broma de mal gusto.

—¡Qué raro! —masculló Apollen Apollónovich sacudiendo su cabecita de

tortuga—. ¿Cuándo habrá comido…?

Pero Félix Sorokin no estaba bromeando. Y tampoco tuvo tiempo de pelear, eso aún estaba en su futuro. Simplemente, ahora rebosaba una felicidad indignante, indecente y torpe, y ni siquiera él mismo sabía en realidad por qué.

DIEZ
Bónev. *Exodus.*

Un año después de la guerra, el alférez B. causó baja en las filas como consecuencia de una herida. Le colgaron la medalla de la Victoria, le metieron entre los dientes el salario de un mes y una caja de cartón con un regalo del señor Presidente: una botella de aguardiente confiscada al enemigo, dos latas de paté de Estrasburgo, dos ristras de salchichón de caballo ahumado y dos calzoncillos de seda para estar en casa, también confiscados al enemigo. Al regresar a la capital, el alférez no se arredra. Es un buen mecánico y en cualquier momento lo llamarán a trabajar en los talleres de la universidad, de donde salió para ingresar a las tropas como voluntario, pero no se apresura, reconstruye sus antiguas relaciones, conoce gente nueva, y en el receso se bebe la pacotilla confiscada al enemigo a cuenta de las indemnizaciones. En una fiesta conoce a una mujer llamada Nora, muy parecida a Diana. La fiesta: viejos discos rayados de antes de la guerra, alcohol de baja calidad, de destilación casera, carne enlatada norteamericana, blusas de seda sobre cuerpos desnudos y zanahorias, en todas sus formas. El alférez, haciendo tintinear sus medallas, espanta al momento a los civiles, que constantemente convidan a Nora con zanahorias hervidas, e inicia el asedio adecuado. Nora se comporta de manera extraña. Por una parte, no lo rechaza, pero por otra le da a entender que es peligroso relacionarse con ella. Sin embargo, el ex alférez, excitado por el alcohol de baja calidad, no quiere saber nada. Abandonan la velada y van a casa de Nora. La capital de posguerra, de madrugada: escasos faroles, el pavimento lleno de agujeros, ruinas tapiadas, un circo a medio construir donde se pudren seis mil prisioneros, custodiados por dos inválidos, en un callejón totalmente a oscuras asaltan a alguien… Nora vive en un edificio antiquísimo, de tres pisos, hay heces en las escaleras, en una puerta han escrito con tiza: aquí vive un pastor alemán. En el largo pasillo, lleno de todo tipo de basuras, unas personas que huelen a moho huyen tambaleándose hacia la oscuridad. Nora, haciendo tintinear sus numerosas llaves, abre su puerta, forrada de piel brillante, milagrosamente conservada. En el vestíbulo le da una nueva advertencia, pero B., que supone se trata de algún antecedente delictivo, responde solamente que él ha cargado contra los tanques a lomos de su corcel. El pisito está muy limpio y es cómodo, algo inusitado para la época. Hay un enorme diván. Nora contempla al alférez con cierta lástima, desaparece por poco tiempo y regresa con una botella de coñac abierta y un atuendo cautivador en grado sumo. Resulta que disponen solamente de media hora. Al terminar el plazo, el alférez, satisfecho, se marcha con la esperanza de un nuevo encuentro. Al final del pasillo lo acechan las dos personas malolientes salidas de la oscuridad. Con sonrisas que más bien parecen muecas, le cortan el paso y le proponen conversar. El alférez, sin decir palabra, los golpea y obtiene una victoria inesperadamente fácil. Los caídos, los tipos que huelen a moho, llorando y riendo, le explican al alférez B. en qué situación se encuentra. El ex alférez ha golpeado a los suyos. Ahora todos están en el mismo bando. Nora no es solamente una mujer fascinante, Nora es la reina de las chinches

capitalinas. Es su fin, señor oficial, nos vemos en el Atakan, ahí nos reunimos cada noche. Váyase a casa, y cuando no pueda resistir más, venga, está abierto hasta la mañana...

En los límites occidentales de la capital, en un buen edificio que se encuentra junto a una planta química, vive el consejero titular B. con toda su familia. He aquí una descripción intencionalmente detallada e intencionalmente aburrida de las circunstancias que rodean a nuestro protagonista: tres pequeñas habitaciones, un salón, una mujer gastada, cinco hijos verdosos, una suegra vieja y fuerte que ha abandonado la aldea para mudarse con ellos. La planta química apesta, de día y de noche salen de ella columnas de humos de diferentes colores, el hedor ponzoñoso mata los árboles, pone amarilla la hierba y las moscas mutan de manera salvaje y extraña. El consejero titular lleva varios años desplegando una campaña para acorralar la planta: escribe airadas exigencias a la administración, llorosas peticiones a todas las instancias, feroces artículos satíricos en todos los diarios, intenta sin éxito organizar piquetes frente a la entrada. Sin embargo, la planta se mantiene como un bastión. En la orilla del río, delante de la planta, caen muertos los centinelas envenenados; agonizan los animales de compañía, familias enteras abandonan sus pisos y se marchan a vagabundear; en los diarios aparecen esquelas que hablan de la muerte prematura del director de la planta. La esposa del consejero titular B. fallece, sus hijos, uno tras otro, enferman de asma bronquial. Una noche, en el sótano, adonde ha bajado en busca de leña, encuentra un mortero, escondido ahí en la época de la Resistencia, y una enorme cantidad de proyectiles. Esa misma madrugada sube todo aquello a la buhardilla y abre el ventanuco. Ante él aparece la planta, como en un plano: los obreros se afanan a la luz de los proyectores, las vagonetas van de un lado a otro, nubes de vapores letales, amarillas y verdes, se mueven por el aire. «Te mataré», susurra el consejero titular y abre fuego. Ese día no va a trabajar, tampoco lo hace al siguiente. No duerme, no come, se mantiene agachado bajo el ventanuco y dispara continuamente. De vez en cuando hace un receso para que el cañón del mortero pueda enfriarse. El humo de la pólvora lo ha cegado y los disparos lo han ensordecido. A veces le parece que la niebla química se diluye, y entonces sonríe, se relame y susurra: «Te mataré». Después, cae agotado y se duerme, y cuando despierta ve que los proyectiles casi se han terminado, sólo quedan tres. Los dispara y se asoma por el ventanuco. El amplio patio de la planta está lleno de cráteres, brillan los trozos de vidrio, los costados de los gigantescos depósitos de gas muestran abolladuras, el patio está surcado por un complejo sistema de trincheras, los obreros se mueven dando carreras cortas por esas trincheras, las vagonetas se desplazan más rápido que antes, los conductores de los autocares están protegidos por planchas de metal, y cuando el viento aparta las nubes de gases venenosos, en la pared de ladrillos de las oficinas centrales se descubre un letrero reciente, en letras blancas: ¡ATENCIÓN! DURANTE LOS BOMBARDEOS, ESTE LADO ES PARTICULARMENTE PELIGROSO.

Víktor terminó de leer la última página, encendió un cigarrillo y echó un vistazo a la hoja en blanco que acababa de meter en la máquina de escribir. Ahí había solamente una línea y media:

Al salir de la redacción, el periodista B. sintió deseos de tomar un taxi, pero cambió de idea y bajó al paso subterráneo.

Víktor sabía perfectamente lo que le había ocurrido después al periodista B.,

pero ya no podía escribir más. En su reloj eran las tres menos cuarto. Víktor se levantó y abrió la ventana de par en par. La calle estaba totalmente a oscuras, y en la negrura las gotas de lluvia lanzaban destellos. Víktor terminó de fumar su cigarrillo junto a la ventana, tiró la colilla a la noche mojada y llamó a la recepción. Le respondió una voz desconocida. Víktor preguntó qué día de la semana era. La voz desconocida, tras una vacilación momentánea, le respondió que era la madrugada del sábado. Víktor pestañeó, colgó el teléfono y arrancó la hoja de la máquina con decisión. Basta. Dos días enteros sin levantarse de allí, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, con el teléfono desconectado, sin responder a las llamadas en la puerta, sin Diana, sin bebida, al parecer también sin comida, únicamente un corto descanso en el lecho de vez en cuando, para ver en sueños a la reina de las chinches, sentada en el dintel y moviendo sus bigotes negros. Basta. El periodista B. esperará en el andén a que llegue un tren con el letrero no subir. No va a pasarle nada.

Y mientras tanto, vamos a comer algo, nos lo merecemos... Víktor retiró la máquina de escribir, guardó los manuscritos en un cajón y buscó en el bar vacío. Después, se puso a masticar un trozo de pan viejo con mermelada, mientras se reprochaba amargamente haber vaciado en el lavabo el día anterior media botella de brandy para evitar la tentación, y se alegraba de haber iniciado el ciclo de relatos *Tras el telón de la gran ciudad,* y había comenzado bien, maravillosamente, de una manera completamente satisfactoria. Aunque, con toda seguridad, tendría que reescribirlo todo.

«Qué raro —pensó—, que esos cuentos se me hayan ocurrido precisamente ahora. ¿Y por qué no hace un año, o hace dos años, cuando estuve pensando en ellos? Ahora debería escribir sobre un perturbado que se cree un superhombre, un buen tema. Fue con eso con lo que comencé. Pero no es la primera vez que me ocurre algo así. Si medito a fondo, tendría que decir que siempre me ocurre igual. Y por esa misma razón es imposible escribir por encargo. Uno comienza a escribir una novela sobre los años mozos del señor Presidente, y lo que sale trata de una isla deshabitada donde viven unos monos extraños, que no se alimentan de bananas sino de los pensamientos de los náufragos... Digamos que aquí hay un vínculo superficial. Siempre lo hay, qué pasa. Habría que profundizar, y a quién se le ocurre profundizar si tras dos días de abstinencia hay ganas de beber. Ahora bajo, el recepcionista siempre tiene algo de beber. Termino de comer y bajo...»

Víktor se estremeció y dejó de masticar. Del negro abismo tras la ventana, a través del murmullo de la lluvia, llegó un sonido semejante al de un martillazo sobre una tabla. «Disparos», pensó Víktor con asombro. Aguzó el oído y prestó atención durante cierto tiempo.

Bien, ¿qué quería decir el autor con sus obras? ¿Qué necesidad tuvo de resucitar los tiempos duros de la posguerra, cuando no era difícil tropezarse con chinches o con mujeres de vida fácil? Quizá el autor quería mostrar el heroísmo y la resistencia de la capital, dirigida por su excelencia... ¡No vale, señor Bánev! ¡No se lo permitiremos! Todo el mundo sabe que, por orden directa del señor Presidente, sólo en la capital, a los propietarios de empresas químicas que contaminan el aire les han sido impuestas multas por una cuantía de... Que gracias a la constante e indeclinable atención personal del señor Presidente, más de cien mil niños de la capital asisten anualmente a colonias en el campo... que, de acuerdo a la categoría de rangos, los funcionarios de grado inferior al de consejero palatino no tienen la potestad de reunir firmas para peticiones...

En ese momento, la luz se apagó. «¡Aja!», dijo Víktor. La lámpara se encendió

de nuevo, pero sólo a media potencia. «Y esto, ¿qué es?», preguntó Víktor, pero no hubo más luz. Esperó unos minutos y después llamó a la recepción. No obtuvo respuesta. Podía llamar a la planta eléctrica, aunque primero era necesario encontrar la guía telefónica, que quién sabe dónde estaba. Además, era hora de acostarse. Pero antes habría que beber algo. Víktor se incorporó y de repente escuchó un susurro. Alguien pasaba las manos por la puerta. Después, comenzaron a empujar. «¿Quién es?», preguntó Víktor, pero no le respondieron, y sólo se oían resoplidos y empujones. Víktor comenzó a sentir terror. Las paredes, iluminadas por un resplandor rojizo, parecían siniestras, extrañas, en los rincones había demasiadas sombras concentradas, y al otro lado de la puerta se arrastraba algo grande, obtuso y carente de sentido. «¿Con qué podría pegarle?», pensó Víktor, mirando a su alrededor, pero en ese mismo momento le llegó un susurro ronco desde la puerta.

—¿Bánev, estás ahí?

—Idiota —masculló a media voz, fue al vestíbulo y giró la llave. R. Kvadriga entró presuroso a la habitación. Vestía un batín, estaba despeinado, con ojos desencajados.

—Gracias a Dios, que al menos tú estás aquí —dijo, de inmediato—. Hubiera podido volverme loco... Oye, Bánev, hay que largarse... Vámonos, ¿eh? Vámonos de aquí, Bánev... —Agarró a Víktor por la camisa y lo arrastró al pasillo—. Vámonos, no es posible seguir...

—Estás loco —repuso Víktor, mientras se soltaba—. Vete a dormir, borrachín. Son las tres.

Pero Kvadriga logró agarrarlo de nuevo por la camisa, y Víktor descubrió, asombrado, que el doctor honoris causa estaba totalmente sobrio, ni siquiera olía a alcohol.

—No podemos dormir. Hay que escapar de este edificio maldito. ¿Ves lo que ha pasado con la luz? Moriremos aquí... En resumen, hay que largarse de la ciudad. Tengo un coche en la villa. Vámonos. Me iría solo, pero tengo miedo a salir a la calle.

—Aguarda, suéltame —dijo Víktor—. Primero serénate.

Hizo que Kvadriga entrara a la habitación, lo obligó a sentarse en el butacón y fue al baño a buscar un vaso de agua. Kvadriga se levantó enseguida de un salto y lo siguió.

—Estamos solos tú y yo, no queda nadie —dijo—. Gólem no está, el recepcionista no está, el gerente no está...

Víktor abrió el grifo. Hubo un gorgoteo y salieron unas escasas gotas.

—¿Qué, quieres agua? Vamos, tengo una botella entera. Pero rápido. Y juntos.

Víktor golpeó el grifo. Cayeron unas gotas más y el gorgoteo cesó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Víktor mientras el miedo le helaba las venas—. ¿La guerra?

—Nada de guerra... —Kvadriga hizo un ademán—. Hay que largarse antes de que sea tarde, y él pregunta si hay guerra...

—¿Y por qué hay que largarse?

—Te lo cuento por el camino —respondió Kvadriga con una risita idiota.

Víktor lo apartó con el codo, salió de la habitación y se dirigió abajo, a la recepción. Kvadriga lo seguía, a pasitos cortos.

—Oye —balbuceaba—, vámonos por la puerta de servicio... Sólo tenemos que salir, tengo un coche ahí. Ya tiene combustible, lo he recogido todo... Lo presentí, Dios mío... Bebamos un vodka y nos vamos, aquí no queda ni siquiera vodka...

En el pasillo las lámparas de plafón, semejantes a enanitos rojos, apenas alumbraban; en la escalera no había luz, tampoco en el vestíbulo, sólo en el puesto del recepcionista había una bombilla encendida. Alguien estaba allí sentado, y no se trataba del empleado.

—Vamos, vamos —dijo Kvadriga en un susurro y tiró de Víktor en dirección a la salida—. No vayas allí, es un mal lugar…

Víktor se libró de él y echó a andar hacia la recepción.

—Qué desorden hay aquí… —comenzó a decir y calló.

Allí estaba sentado Zurzmansor.

Zurzmansor ocupaba el lugar del recepcionista y escribía deprisa en un grueso cuaderno.

—Bánev —dijo, sin levantar la cabeza—. Todo ha terminado, Bánev. Adiós. Y no olvide nuestra conversación.

—No tengo intención de marcharme —repuso Víktor, con voz entrecortada—. Quiero averiguar qué pasa con la corriente y el agua. ¿Lo han hecho ustedes?

—No —contestó Zurzmansor alzando el rostro amarillento—. No trabajamos más. Adiós, Bánev. —Por encima del mostrador le tendió la mano enfundada en un guante. Víktor se la tomó de forma maquinal, percibió el apretón y lo devolvió—. Así es la vida. El futuro lo crea uno, pero no es para él. Seguramente usted ya se ha dado cuenta de ello. O lo comprenderá pronto. Esto tiene que ver más con usted que con nosotros. Adiós. —Hizo un gesto con la cabeza y se puso nuevamente a escribir.

—¡Vámonos! —susurró Kvadriga al oído de Víktor.

—No entiendo nada —pronunció Víktor, elevando tanto la voz que retumbó en el vestíbulo—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

No quería que hubiera silencio en el vestíbulo. No quería sentirse allí como un extraño. El extraño en aquel lugar no era él, y Zurzmansor no tenía por qué estar sentado en la recepción a las tres de la mañana. Y no me podrán intimidar, yo no soy Kvadriga… Pero Zurzmansor no lo escuchaba, no quería escucharlo. Entonces, Víktor se encogió demostrativamente de hombros, giró sobre sí mismo y se encaminó hacia el restaurante. Se detuvo ante las puertas.

La enorme lámpara central emitía una luz mortecina, igual que las lamparitas de pie y los apliques de las paredes. El salón estaba lleno. Los leprosos ocupaban las mesas. Todos eran idénticos, únicamente sus poses eran diferentes. Unos leían, otros dormían y la mayoría, como paralizados, miraban a un punto del espacio. Los cráneos desnudos brillaban, olía a humedad y a medicamentos. Las ventanas estaban abiertas de par en par, en el suelo se veían charcos de agua. No se oía sonido alguno, sólo el chapoteo de la lluvia que llegaba desde fuera.

Un Gólem tenso, preocupado, con aspecto envejecido, apareció ante Víktor.

—¿Por qué está aquí todavía? —preguntó a media voz—. Váyase, no puede estar aquí.

—¿Cómo que no puedo? —preguntó Víktor, irritado de nuevo—. Quiero beber.

—Baje la voz —replicó Gólem—. Creía que ya se había marchado. Llamé a su puerta. ¿Adonde va ahora?

—A mi habitación. Cogeré una botella y me iré a mi habitación.

—Aquí no hay bebidas alcohólicas.

Víktor, en silencio, señaló con el dedo el bar, donde la luz mortecina se reflejaba en las filas de botellas. Gólem miró también en esa dirección.

—No —dijo—. No lo creo.

—¡Quiero beber! —repitió Víktor con terquedad.

Pero no percibía esa terquedad dentro de sí. Más bien actuaba como un gallito. Los leprosos lo miraban. Los que leían habían bajado sus libros, los paralizados habían girado la cabeza, solamente los que dormían seguían durmiendo. Lo miraban decenas de ojillos brillantes, que parecían colgados de la neblina rojiza.

—No vaya a su habitación —lo previno Gólem—. Váyase del hotel. Vaya con Lola… O a la villa del doctor… Sólo hágame saber dónde se encuentra. Yo pasaré a buscarlo. Escúcheme, Víktor, no se deje dominar por la soberbia, haga lo que le digo. Ahora no puedo contarle nada, además sería indecente. Es una lástima que Diana no esté, ella le diría lo mismo…

—¿Y dónde está Diana?

Gólem miró de nuevo por encima del hombro y después echó un vistazo al reloj.

—A las cuatro… o a las cinco… estará en la estación de autobuses, en las Puertas del Sol.

—¿Y dónde está ahora?

—Ahora está ocupada.

—Bien —dijo Víktor y miró también el reloj—. A las cuatro o las cinco, en las Puertas del Sol.

Tenía muchas ganas de irse, era insoportable estar allí de pie, en el centro de la atención de aquella reunión silenciosa.

—Quizá a las seis —dijo Gólem.

—En las Puertas del Sol… —repitió Víktor—. Allí, donde está la villa de nuestro doctor.

—Exactamente —dijo Gólem—. Diríjase a la villa y espere allí.

—Me parece que simplemente me está echando.

—Sí —dijo Gólem; de repente, clavó los ojos en el rostro de Víktor, mirándolo con interés—. Víktor, ¿acaso no tiene muchas ganas de largarse de aquí?

—Tengo ganas de dormir —dijo Víktor como al descuido—. Llevo dos noches sin dormir. —Agarró a Gólem por un botón y lo llevó al vestíbulo—. Está bien, me voy. Pero, ¿qué pandemia es ésta? ¿Celebran un congreso?

—Sí.

—¿O han iniciado una rebelión?

—Sí.

—¿O ha comenzado la guerra?

—Sí —insistió Gólem—. Sí, sí, sí. Lárguese de aquí.

—Está bien —dijo Víktor; giró para marcharse, pero se detuvo—. ¿Y Diana?

—Ella no corre ningún peligro. Yo tampoco. Ninguno de nosotros corre ningún peligro. En todo caso, hasta las seis. Quizás hasta las siete.

—Lo hago responsable de Diana —dijo Víktor en voz baja.

—Soy responsable de todo. —Gólem sacó un pañuelo y se lo pasó por el cuello.

—¿Sí? Preferiría que respondiera solamente por Diana.

—Estoy harto de usted —dijo Gólem—. Oh, qué harto estoy de usted, patito bello. Diana está con los niños. Diana no corre ningún peligro. Lárguese. Tengo que trabajar.

Víktor se dio la vuelta y caminó hacia la escalera. Zurzmansor no estaba en la recepción, donde solamente ardía la bombilla encima del grueso cuaderno con tapas de hule.

—Bánev —la voz de Kvadriga le llegó desde algún rincón oscuro—. ¿Adonde

vas? Vámonos.

—¡No puedo andar por la lluvia en chancletas! —respondió Víktor molesto, sin volverse.

«Nos han echado —pensó—. Nos han echado del hotel. Y quizá nos han echado del ayuntamiento. Y hasta de la ciudad... ¿Qué pasará después?» En su habitación se cambió de ropa con prontitud y se puso el impermeable. Kvadriga no se apartaba de él.

—¿Qué, no te cambias la bata? —preguntó Víktor.

—Es abrigada. Tengo otra en casa.

—Cretino, ve a vestirte.

—No iré —replicó Kvadriga con firmeza.

—Vamos juntos —propuso Víktor.

—No. Y no tenemos que ir juntos. Pero no te preocupes, voy bien... Estoy habituado...

Kvadriga era como un caniche que quería salir a pasear. Daba saltitos, miraba a los ojos, jadeaba, daba tirones a la ropa, corría hasta la puerta y regresaba. No tenía sentido convencerlo de nada. Víktor le tiró su viejo impermeable y quedó pensativo. Sacó de la mesa sus documentos y el dinero, lo distribuyó todo por los bolsillos, cerró la ventana y apagó la luz. A partir de ese momento se dejó guiar por Kvadriga.

El doctor honoris causa, bajando la cabeza, lo arrastró velozmente por los pasillos, por la escalera de servicio, le hizo atravesar la cocina, oscura y fría, lo empujó a través de la puerta hacia el aguacero, hacia una impenetrable oscuridad, y salió detrás de él.

—¡Gracias a Dios que hemos salido! —dijo—. ¡Vámonos corriendo!

Pero no podía correr. Le faltaba el aire, y estaba tan oscuro que casi había que caminar al tacto, apoyándose en las paredes. Lo único que quizá se podía adivinar con la ayuda de las farolas callejeras que ardían a media potencia era la dirección del camino. Por algunos lugares escapaban destellos rojizos a través de grietas y cortinas. La lluvia caía con ferocidad, pero se veían algunas personas en la calle. A veces intercambiaban unas palabras a media voz, o gemía un niño de pecho, en dos ocasiones pasaron camiones grandes, un carretón con ruedas metálicas atronó sobre el asfalto.

—Todos huyen —balbuceó Kvadriga—. Todos se largan. Sólo nosotros nos arrastramos...

Víktor callaba. Caminaban por los charcos, se les había empapado el calzado, por la cara les corría un agua tibia. Kvadriga se agarraba como unas tenazas, todo aquello era tonto, algo idiota, tendrían que arrastrarse a través de toda la ciudad y no se veía cómo terminaría todo aquello. Víktor tropezó con una tubería de desagüe y algo crujió.

—Bánev, ¿dónde estás? —gritó lastimeramente Kvadriga en cuanto se separó de él.

Mientras se buscaban mutuamente en la oscuridad, sobre sus cabezas se abrió un ventanuco.

—¿Qué se dice? —susurró una voz.

—Pues nada, todo está oscuro —respondió Víktor.

—¡Exacto! —asintió la voz, con entusiasmo—. Y tampoco hay agua... Me alegro de que llenásemos un bidón.

—¿Y qué va a pasar? —preguntó Víktor, mientras retenía a Kvadriga, que intentaba seguir adelante.

—Anunciarán la evacuación —dijo la voz tras un corto silencio—. ¡Qué vida

ésta! —Y el ventanuco se cerró.

Siguieron caminando. Kvadriga, que se agarraba a Víktor con ambas manos, comenzó a narrarle a tropezones cómo despertó asustado, bajó y vio aquel conciliábulo... Se dieron de bruces con un camión, lo rodearon a ciegas y tropezaron con un hombre que llevaba un bulto. Kvadriga gritó de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Víktor con furia.

—Me ha golpeado —le informó Kvadriga, ofendido—. Me ha pegado en el hígado con una caja.

Sobre las aceras, en cualquier posición, había coches abandonados, neveras, aparadores, jardines enteros de plantas en sus macetas. Kvadriga chocó con un armario, cuyas puertas de espejo estaban abiertas. Después se enredó con una bicicleta. Víktor se enfurecía paulatinamente. En una esquina los detuvieron, les iluminaron el rostro con una linterna. Hubo un destello de cascos militares mojados.

—Patrulla militar —informó una voz grosera, de acento sureño—. Sus documentos.

Por supuesto, Kvadriga no tenía documento alguno y al instante se puso a gritar que era doctor, que era un laureado, que conocía personalmente a...

—Paisanos —dijo despectiva la voz grosera—. Dejadlos pasar.

Cruzaron la plaza urbana. Delante de la jefatura de policía se amontonaban coches con los faros encendidos. De un lado para otro, sin sentido, se paseaban los camisas doradas, haciendo brillar el latón de sus cascos de bomberos, se escuchaban órdenes estentóreas, indescifrables. Era obvio que aquél era el centro del pánico. El resplandor de los faros iluminó el camino durante cierto tiempo, y después retornó la oscuridad.

Kvadriga había dejado de mascullar, se limitaba a jadear y gemir. Tropezó y cayó varias veces, arrastrando consigo a Víktor. Estaban enfangados, como cerdos. Víktor estaba completamente atontado y ya no se quejaba, una manta de apatía y sumisión envolvía su cerebro, solamente tenía que andar, andar y andar, ese día y el siguiente, echar a un lado a las personas invisibles con las que se tropezaba, levantar del suelo a Kvadriga una y otra vez agarrándolo por el cuello de la bata empapada, lo único que no se podía hacer era detenerse, y en ningún caso volver atrás. Un recuerdo le pasó por la mente, algo ocurrido mucho tiempo atrás, algo vergonzoso, amargo, inverosímil, sólo que en aquella ocasión se veía un resplandor, las calles estaban llenas de personas hechas papilla, a lo lejos se escuchaban truenos y estallidos, el horror estaba a sus espaldas y en derredor sólo había casas abandonadas con ventanas cruzadas por tiras de papel engomado, el aire estaba lleno de cenizas, olía a papel quemado y un coronel alto, que llevaba el uniforme de gala de los húsares de la guardia, salió al porche de un hermoso chalet donde ondeaba la bandera nacional, se quitó la gorra y se pegó un tiro, mientras nosotros, andrajosos y ensangrentados, fieles y traicionados, vestidos también de húsares, pero entonces casi desertores, silbábamos, nos burlábamos, chillábamos y alguien clavó lo que quedaba de su sable en el cuerpo del coronel...

—¡Deténganse! —susurró alguien en la oscuridad y algo muy conocido se apoyó en el pecho de Víktor, que al instante levantó las manos.

—¡Cómo se atreve! —chilló R. Kvadriga a espaldas del hombre.

—Silencio —ordenó la voz.

—¡Socorro! —gritó Kvadriga.

—Cállate, imbécil —le dijo Víktor—. Me rindo, me rindo —se dirigió a la oscuridad, desde donde alguien respiraba pesadamente y le apuntaba el cañón de

un fusil automático.

—¡Voy a disparar! —avisó la voz, asustada.

—No es necesario —dijo Víktor, que tenía seca la garganta—. Nos rendimos.

—¡Quítese la ropa! —ordenó la voz.

—¿Qué dice?

—Quítese los zapatos, el impermeable, los pantalones...

—¿Para qué?

—¡Rápido, rápido! —siseó la voz.

Víktor miró con atención, bajó las manos, se echó a un lado, agarró el fusil y levantó el cañón con brusquedad. El asaltante chilló, dio un tirón, pero por alguna razón no disparó. Comenzaron a empujarse, quitándose mutuamente el arma.

—Bánev, ¿dónde estás? —chilló Kvadriga, desesperado.

Al tacto y por el olor, el hombre del fusil era un soldado. Se resistió un tiempo, pero Víktor era mucho más fuerte.

—Basta ya —masculló Víktor entre dientes—. Basta... Quédate quieto o te parto la cara.

—¡Déjeme ir! —chilló el soldado, que aún se resistía débilmente.

—¿Para qué quieres mis pantalones? ¿Quién eres?

El soldado se limitaba a jadear.

—¡Víktor! —gritaba Kvadriga, ahora más lejos.

Por la esquina apareció un coche, que iluminó por un segundo con sus faros un rostro pecoso conocido y unos ojos redondos de terror, y desapareció enseguida.

—Yo te conozco —dijo Víktor—. ¿Por qué andas asaltando a la gente? Dame las municiones. —El soldado, enredándose con el casco, se quitó el correaje—. Dime ahora para qué necesitas mis pantalones. ¿Vas a desertar? —El soldado resopló. Era un soldadito simpático, pecoso—. Habla.

—De todos modos, a mí ya... —balbuceó el soldadito entre sollozos, se había echado a llorar—. De todos modos, me fusilarán. He abandonado mi puesto. He huido, no sé dónde meterme ahora... ¿Me deja ir, señor? No soy malo, no soy un criminal, no me entregue.

Lloraba, daba sorbetones y seguramente se limpiaba las narices en la oscuridad con la manga del capote, lastimero como todos los desertores, asustado como todos los desertores, dispuesto a todo.

—Está bien —dijo Víktor—. Vendrás con nosotros. No te entregaremos. Ya encontraremos algo de ropa. Vamos, no te retrases.

Echó a andar y el soldadito lo siguió, sollozando todavía.

Encontraron a Kvadriga por sus aullidos perrunos. Ahora, Víktor llevaba un fusil automático colgando del cuello, de su brazo izquierdo se agarraba, temblando aún, el soldadito sollozante, y del derecho Kvadriga, que aullaba en voz baja. Qué locura. Claro que podía devolverle el fusil sin balas al chiquillo y darle un par de bofetadas. Pero no, lo compadecía. Sentía lástima por aquel mocoso y seguramente el fusil les sería útil. Hemos consultado con el pueblo y existe la opinión de que es prematuro desarmarse. En los futuros combates, el fusil automático podría ser de gran utilidad...

—Dejaos de lloriquear. Van a venir las patrullas.

Ambos callaron, y cinco minutos después, cuando las luces mortecinas de la estación de autobuses aparecieron delante de ellos, Kvadriga dio un tirón al brazo derecho de Víktor.

—Hemos llegado —susurró con alegría—, gracias a Dios...

Por supuesto, Kvadriga había olvidado la llave del portón en los pantalones abandonados en el hotel. Maldiciendo, treparon la cerca; maldijeron también, mientras atravesaban los arbustos empapados y estuvieron a punto de caer en la fuente. Finalmente, llegaron al portal, echaron abajo la puerta y entraron en el salón. Buscaron el interruptor, y el recinto se llenó de un resplandor rojizo. Víktor se dejó caer en el butacón más cercano. Mientras Kvadriga corría por la casa en busca de toallas y ropa seca, el soldadito se desnudó hasta quedarse en paños menores, hizo un bulto con el uniforme y lo escondió bajo el sofá. Después de eso se tranquilizó un poco y dejó de sollozar. Kvadriga regresó a los pocos minutos, y los tres estuvieron un rato frotándose encarnizadamente con las toallas y cambiándose de ropa.

En el salón reinaba el caos. Todo estaba vuelto del revés, tirado por todas partes, encharcado. Los libros yacían entremezclados con trapos polvorientos y lienzos enrollados. El vidrio crujía bajo los pies, había tubitos arrugados de pintura, el televisor mostraba el rectángulo vacío de la pantalla y la mesa estaba cubierta de vajilla sucia con restos de comida descompuesta. En general, había de todo tirado por los rincones, en la oscuridad no se podía distinguir claramente. El olor reinante en la casa era tal que Víktor no pudo aguantar y abrió la ventana de par en par.

Kvadriga se dedicó a poner orden. Primero agarró el borde de la mesa, la levantó y lo tiró todo al suelo. Después, limpió la mesa con la bata mojada, fue corriendo a alguna parte, regresó de allí con tres copas de cristal que harían las delicias de un anticuario y con dos botellas cuadradas. Temblando por la impaciencia, retiró los tapones y llenó las copas.

—A vuestra salud... —balbuceó confuso, agarró su copa y se la llevó a los labios, con los ojos entrecerrados previamente por el deleite presentido.

Víktor, burlándose con condescendencia, lo miró mientras intentaba encender un cigarrillo húmedo. En el rostro de Kvadriga apareció de repente un asombro indescriptible mezclado con agravio.

—Aquí también... —pronunció, con repugnancia.

—¿Qué pasa? —se interesó Víktor.

—Agua —dijo el soldadito con timidez—. Agua pura. Fría.

Víktor bebió de su copa. Sí, se trataba de agua, pura, fría, destilada incluso.

—¿Qué nos estás dando de beber, Kvadriga?

R. Kvadriga, sin decir palabra, tomó la segunda botella y bebió un trago. Su rostro se torció. Escupió, dijo «Dios mío», se inclinó y salió de la habitación de puntillas. El soldadito sollozó de nuevo. Víktor miró las etiquetas de las botellas: ron, whisky. Bebió otro trago de su copa: agua. El aire comenzó a oler mal, los tablones del suelo crujieron y la piel de su nuca se erizó bajo la mirada atenta de unos ojos. El soldadito escondió la cabeza dentro del cuello del enorme jersey de Kvadriga y metió las manos dentro de las mangas. Sus ojos eran muy redondos, miraba fijamente a Víktor.

—¿Qué miras? —preguntó Víktor con voz ronca.

—¿Qué le pasa? —preguntó a su vez el soldadito en un susurro.

—A mí, nada, pero tú, ¿qué miras con esos ojos desorbitados?

—Nada, pero usted... Me da miedo... No es necesario...

«Tranquilidad —se dijo Víktor—. No pasa nada. Son los superhombres. Los superhombres pueden hacer cosas más extrañas aún. Hermano, pueden hacerlo todo. Convertir el agua en vino, y el vino en agua. Están sentados en el restaurante y convierten las cosas. Subvierten los cimientos, la piedra de la base. Y están por la sobriedad, su puta madre...»

—¿Has tenido miedo? —le dijo al soldadito—. Eres un cagón.

—¡Mucho miedo! —replicó el soldadito, más animado—. A usted, todo le da igual, pero yo he tenido que soportar cada cosa... Estaba de guardia por la madrugada y uno salió volando de la zona, mirándonos desde arriba... Uno de nuestros cabos se cagó en los pantalones... El capitán repetía todo el tiempo: «Ya se acostumbrarán, es el servicio, el juramento...». No es posible acostumbrarse. A veces llegaba volando, se sentaba sobre la caseta de guardia, miraba, miraba... con ojos rojos, no eran humanos, brillaban, apestaba a azufre...

El soldadito sacó las manos de las mangas y se santiguó.

Kvadriga regresó de lo profundo de la casa, caminando todavía inclinado y de puntillas.

—Solamente agua —dijo—. Víktor, larguémonos. Tengo el coche en el garaje, con el tanque lleno, nos montamos en él y ¡al diablo! ¿Sí?

—No te rindas al pánico. Siempre habrá tiempo de huir. Pero haz lo que quieras. Yo no pienso irme ahora, pero tú, lárgate. Y llévate al chico.

—No —dijo Kvadriga—. No me iré sin ti.

—Entonces deja de temblar y trae algo de comer —ordenó Víktor—. Tu pan todavía no se ha transformado en piedra, ¿no?

El pan no se había transformado en piedra. Las conservas seguían siendo conservas, y bastante buenas. Comieron, y el soldadito contó el terror que había experimentado en los últimos dos días. Habló de los leprosos voladores, de la invasión de gusanos de lluvia, de los niños que se habían vuelto adultos en dos días, de su amigo, el soldado Krupman, un chico de diecinueve años, que del miedo se pegó un tiro... y de cómo les habían llevado la comida al puesto de guardia, la pusieron a calentar, dos horas la tuvieron sobre el hornillo pero no se calentó, se la comieron fría... Y aquel día, cuando entró a su guardia, a las ocho de la noche, llovía torrencialmente, con granizo, y sobre la zona volaban unas luces incomprensibles, sonaba una música sobrenatural, se escuchaba una voz no humana y otra, que hablaba, y hablaba, y hablaba, pero no se entendía una palabra de lo que decía. Y después, de la estepa habían salido unas columnas que giraban, y se habían metido en la zona. Y apenas habían entrado en la zona cuando se abrieron las puertas y salió de allí el señor capitán en su coche. No tuve tiempo ni de saludar, sólo vi que el señor capitán estaba en el asiento de atrás, sin impermeable, sin gorra, golpeaba al conductor en la nuca y gritaba: «¡Vamos, hijo de perra, vamos!». Sentí que algo se rompía dentro de mí, como si alguien me hubiera dicho corre, piérdete, que si no, ni tus huesos van a aparecer. Salí corriendo. Pero no por el camino, sino por la estepa, campo a través, cruzando las cañadas, estuve a punto de caer en el pantano, dejé el impermeable en alguna parte, era nuevo, los repartieron ayer, pero llegué a la ciudad y allí vi las patrullas. La primera vez apenas logré escapar, la segunda por poco me pescan, llegué hasta la estación de autobuses, vi que dejaban pasar a los civiles, pero a los soldados les pedían la autorización. Por eso hice lo que hice.

Tras contar su historia, el soldadito retornó al butacón, se hizo un ovillo y se durmió enseguida. Kvadriga, dolorosamente sobrio, se puso a repetir que era necesario huir lo más pronto posible.

—Ahí tienes a un hombre —decía, señalando con el tenedor en dirección al soldado dormido—. Un hombre que entiende... Pero tú, Bánev, eres un obtuso, tienes las entendederas como una piedra. No sé cómo no te das cuenta, yo siento físicamente cómo me presionan desde el norte... Créeme... sé que no me crees, pero créeme ahora, hace rato que os vengo diciendo: no nos podemos quedar aquí... Gólem te llenó la cabeza de aire, ese borracho narigudo... Entiéndelo,

ahora el camino está libre, todos esperan el amanecer, pero más tarde habrá atascos en todos los puentes, como en el cuarenta... Eres un burro terco, Bánev. Siempre has sido así, lo eras en el gimnasio...

Víktor le ordenó que se durmiera o se fuera al infierno. Kvadriga se molestó, terminó de comerse las conservas y se acomodó en el sofá, envuelto en una manta de lana. Estuvo un rato dando vueltas, gimiendo, mascullando avisos apocalípticos, y después quedó en silencio. Eran las cuatro de la madrugada.

A las cuatro y diez, la luz parpadeó y se apagó del todo. Víktor se estiró en el butacón, se cubrió con unos trapos secos y permaneció acostado, tranquilo, mirando la ventana oscura y escuchando con atención. El soldadito gemía en sueños, el exhausto doctor honoris causa roncaba. En alguna parte, seguramente en la estación de autobuses, comenzaron a rugir los motores y se oían gritos de personas. Víktor intentó entender qué ocurría y llegó a la conclusión de que los mohosos se habían enojado con el general Pferd, lo habían echado de la leprosería, habían trasladado su residencia a la ciudad y se imaginaban que, como eran capaces de transformar el vino en agua y aterrorizar a la gente, podrían resistir a la policía moderna, peor todavía, a un ejército moderno. Idiotas. Destruirán la ciudad, morirán y dejarán a la gente sin techo. Y los niños... ¡Acabarán con los niños! ¿Y por qué? ¿Qué quieren? ¿Será otra lucha por el poder? Eh, vosotros, superhombres. Qué inteligentes, cuánto talento... la misma porquería que nosotros. Un nuevo orden más, y mientras más nuevo es ese orden, peor es, lo sabe todo el mundo. Irma... Diana... Se estremeció, buscó el teléfono en la oscuridad, se lo llevó al oído. El teléfono callaba. Una vez más no se habían puesto de acuerdo en el reparto de algo, y a nosotros, a la gente que nadie necesita, nos debían dejar en paz, pero de nuevo tenemos que abandonar nuestros hogares, pisotearnos mutuamente, huir, salvarnos, o peor todavía, elegir un bando sin saber nada, sin entender nada, sólo por lo que nos dicen, y ni siquiera por lo que nos dicen, Dios sabrá por qué... dispararnos unos a otros, matarnos unos a otros.

Los pensamientos de siempre en el sentido de siempre. He pensado eso mil veces. Estamos amaestrados. Amaestrados desde la infancia. O bien gritamos «hurra», o que todos se vayan al diablo, que no creemos en nadie. No sabe pensar, señor Bánev, eso es lo que pasa. Y por eso simplifica. No importa cuan complejo sea el fenómeno social que encuentre en su camino, ante todo tenderá a simplificarlo. Por la fe, o por la desconfianza. Y si se trata de la fe, entonces llegará hasta el éxtasis, hasta el más lastimero gemido perruno. Pero si no cree, salpicará apasionadamente con su bilis envenenada todos los ideales, tanto los verdaderos como los falsos. Perry Mason decía: «Las pruebas no son temibles por sí mismas, lo temible es su interpretación incorrecta». Con la política ocurre lo mismo. Los pícaros la interpretan según les conviene, y nosotros, los simplones, nos agarramos a esa interpretación lista para usar. Porque no sabemos, no queremos y no podemos pensar por nosotros mismos. Y cuando el simplón de Bánev, que nunca ha visto en su vida otra cosa que no sean los picaros de la política, comienza a interpretar él mismo lo que ve, le entra de nuevo el tembleque, porque es inculto, porque no le han enseñado a pensar de verdad y por esa razón tan natural no es capaz de interpretar nada si no es en los términos de los pícaros. El mundo nuevo, el mundo viejo... y al momento, todo se asocia: *neue Ordnung, alte Ordnung...* Pero, bien, el simplón de Bánev no ha nacido ayer, algo habrá visto, algo habrá aprendido. No es un imbécil sin remedio. También existen Diana, Zurzmansor, Gólem. ¿Por qué debo creer al fascista de Pavor, o a este aldeanillo mocoso, o a Kvadriga, que hoy está sobrio?

¿Por qué tiene que haber sangre, pus, fango? ¿Que los mohosos han actuado contra Pferd? ¡Magnífico! Hace tiempo que había llegado el momento de echarlo a patadas... Y no dejarán sin protección a los niños. No son así. Y no se dan golpes de pecho, no hacen llamamientos a la conciencia nacional, no desencadenan instintos atávicos. Lo que es más natural es lo que menos adorna al ser humano, Bol-Kunats tenía razón. Y es totalmente posible que en este nuevo mundo no haya un nuevo orden. ¿Asusta? ¿Incomoda? Pero es así como debe ser. Uno crea el futuro, pero no es para él. ¡Diablos, cómo me puse cuando vi en mi piel las manchas del futuro! Cómo pedí volver atrás, a comer pulpo, a beber vodka... Me da náuseas acordarme, pero así es como debió ocurrir. Sí, odio el viejo mundo. Odio su ignorancia, su imbecilidad, su fascismo. ¿Y qué soy yo sin todo eso? Es mi pan y mi agua. Limpiad el mundo alrededor mío, hacedlo como sueño, verlo y será mi fin. No sé alabar, odio las alabanzas, pero no habrá nada que reprochar, no habrá nada que odiar, será la angustia, la muerte... El nuevo mundo es recto, justo, inteligente, limpio hasta lo estéril, pero no le soy necesario, en él soy un cero. Le era necesario cuando luchaba por alcanzarlo... pero si no le soy necesario, entonces tampoco lo necesito, pero si no lo necesito, ¿por qué combato por él? Ay, los buenos viejos tiempos, cuando se podía dar la vida por construir un mundo nuevo, y morir en el viejo. La aceleración del crecimiento, por doquier la aceleración... ¡Pero sin haber luchado a favor, no se puede luchar en contra! Entonces, quiere decir que cuando talas el bosque, la rama que peor lo pasa es esa misma sobre la que estás sentado...

...En algún sitio de un mundo enorme y desierto lloraba una niña, que repetía, lastimera: «No quiero, no quiero, no es justo, es cruel, no me importa lo que será mejor, que no sea mejor entonces, que se queden, que existan, es que no se puede hacer de manera que se queden con nosotros, qué tonto, qué falto de sentido...».

«Es Irma», pensó Víktor. «¡Irma!», gritó y se despertó.

Kvadriga roncaba. La lluvia había cesado al otro lado de la ventana y había algo más de luz. Víktor se llevó el reloj a los ojos. Las manecillas fosforescentes señalaban las cinco menos cuarto. Hacía un frío húmedo, había que levantarse y cerrar la ventana, pero ahora estaba calentito, no deseaba moverse y los párpados se le cerraron solos. En el sueño o en la vigilia se oyó el paso de coches, coches que pasaban uno tras otro, que se arrastraban por el camino fangoso y lleno de baches, a través del campo interminable y sucio, bajo un cielo gris y sucio, que pasaban por delante de los postes de teléfono medio caídos, con los cables arrancados, por delante de un cañón destruido con la boca mirando hacia arriba, por delante de una chimenea chamuscada, sobre la cual estaban posados cuervos muy gordos, y la humedad gélida penetraba bajo la lona, bajo los capotes, y tenía muchas ganas de dormir, pero no podía dormirse porque de un momento a otro pasaría Diana, y el portón estaba cerrado, las ventanas estaban oscuras, ella habrá pensado que no estoy aquí y habrá seguido adelante, y él saltó por la ventana y corrió con todas sus fuerzas tras el coche, gritando tan fuerte que estallaban sus tendones, pero a su lado pasaban los tanques con su estruendo y sus motores rugientes, él no escuchaba su voz, y Diana se había ido al cruce, donde todo ardía, donde la matarían, y él se quedaría solo, y en ese momento apareció el chillido feroz y penetrante de una bomba en sus sienes, dentro de su cerebro... Víktor se lanzó a la cuneta y se cayó del butacón.

R. Kvadriga chillaba. Se retorcía ante la ventana abierta, miraba al cielo y chillaba como una vieja, había luz, pero no se trataba del sol: en el suelo lleno de escombros se veían rectángulos idénticos, claros.

Víktor corrió a la ventana y miró. Era la luna, helada, pequeña, con un brillo cegador. Tenía algo horrible, insoportable, pero Víktor no comprendió en un primer momento de qué se trataba. El cielo seguía cubierto de nubes, pero en esas nubes alguien había recortado un cuadrado perfecto, y la luna estaba en el centro de ese cuadrado.

Kvadriga había dejado de chillar. Había perdido la voz y sólo emitía chirridos, gemidos débiles. Víktor respiró con dificultad y, de repente, sintió ira. ¿Qué se creen que es esto, un circo o qué? ¿Por quién me toman?... Kvadriga seguía chirriando.

—¡Cállate! —rugió Víktor con odio—. ¿No has visto un cuadrado en tu vida? ¡Pintor de mierda! ¡Lameculos!

Agarró a Kvadriga por la manta y lo sacudió con todas sus fuerzas. Kvadriga cayó al suelo y quedó inmóvil.

—Está bien —dijo de repente, con voz inesperadamente clara y nítida—. Estoy harto.

Se incorporó sobre manos y rodillas, y como si fuera un corredor, salió disparado. Víktor volvió a mirar por la ventana. En el fondo de su alma tenía la esperanza de que se tratara de una visión, pero todo seguía como antes, y pudo incluso distinguir en el extremo inferior derecho una estrella mínima, casi perdida en el resplandor lunar. Se veían perfectamente los arbustos de violetas empapados, la fuente que no funcionaba, con su alegórico pescadito de mármol, el portón con dibujos rameados, y tras el portón, la cinta negra de la carretera. Víktor se sentó en el antepecho de la ventana y encendió un cigarrillo, esforzándose por que no le temblaran los dedos. De reojo, se dio cuenta de que el soldadito no estaba en el salón: quizá había huido, o se había escondido tras el sofá y había muerto de terror. En todo caso, el fusil automático seguía donde antes y Víktor soltó una risita histérica, comparando aquel ridículo trozo de metal con las fuerzas que habían recortado una ventana cuadrada en las nubes. Un buen truco. Nada, si el mundo nuevo perecía, el viejo también tendría lo suyo. Aunque, de todos modos, era bueno tener el fusil a mano. Una tontería, pero se sentía más tranquilo. Y después de pensarlo, ya no parecía una tontería. Estaba claro que habría una gran batalla, eso se percibía en el aire, y cuando se libra una gran batalla, siempre es mejor mantenerse al margen y tener un arma.

En el patio se oyó el rugido de un motor, por la esquina dobló la limusina de Kvadriga, larguísima, interminable (regalo personal del señor Presidente por el trabajo desinteresado de un artista fiel), atravesó el jardín buscando el portón, lo arrancó con estruendo, salió a la carretera y se perdió de vista.

—Finalmente, el muy cerdo se ha largado —masculló Víktor, con cierta envidia.

Bajó del antepecho, se colgó el fusil automático del hombro, se cubrió con el impermeable y llamó al soldadito. El chaval no respondió. Víktor miró bajo el sofá, pero sólo vio el bulto gris con el uniforme. Encendió un cigarrillo y salió al patio. Entre los arbustos de violetas, junto al portón arrancado de cuajo, descubrió un banquito de extrañas formas y muy cómodo. Lo fundamental era que desde allí se divisaba bien la carretera. Se sentó, cruzó las piernas y se abrigó lo mejor posible con el impermeable. Al principio, la carretera estaba desierta, pero después pasó un coche, luego otro, un tercero, y entonces comprendió que la fuga había comenzado.

La ciudad se vaciaba como un absceso. Los primeros en huir eran los elegidos: magistrados y policías, la industria y el comercio, abogados y accionistas, financieros y pedagogos, el correo y el telégrafo, huían los camisas

doradas, todos, todos, sumidos en vapores de gasolina, acompañados por los estallidos de los tubos de escape, agitados, agresivos, rabiosos y obtusos, huían los que pagaban sobornos, los extorsionadores, los servidores del pueblo, los padres de la ciudad, acompañados por el ruido de las sirenas y los pitidos de los cláxones, sobre la carretera había un rugido continuo, pero el gigantesco forúnculo seguía vertiéndolo todo, y cuando se acabó el pus, comenzó a salir la sangre, el pueblo propiamente dicho, en camiones llenos a más no poder, en autobuses escorados, en utilitarios donde no cabía ni un alfiler, en motocicletas y bicicletas, en carretones, a pie, doblados bajo el peso de los bultos, empujando carretillas de mano, con las manos vacías, tristes, callados, perdidos, dejando a sus espaldas sus hogares, sus chinches, su inocente felicidad, su vidita acomodada, su pasado y su futuro. Tras el pueblo comenzó a huir el ejército. Pasó lentamente un todoterreno con oficiales, un transporte blindado, después pasaron dos camiones con soldados y nuestras cocinas de campaña, las mejores del mundo, y por último desfiló un blindado de orugas, con las ametralladoras apuntando hacia atrás.

Se hacía de día, la luna palidecía, el horrible cuadrado se difuminaba, las nubes se disolvían, llegaba la mañana. Víktor esperó unos quince minutos y finalmente salió a la calle. Sobre el asfalto yacían trapos sucios, una maleta aplastada, por el aspecto una buena maleta, seguramente se le había caído a algún jefe, la rueda de un carro, y un poco más lejos, en la cuneta, estaba el carro con un viejo sofá raído y una planta en una maceta. En el centro de la carretera, directamente delante del portón, había un chanclo solitario. A su alrededor todo estaba desierto. Víktor miró hacia la estación de autobuses. Allí tampoco había ni un coche, ni una persona. Los pájaros se pusieron a trinar en los jardines y comenzó a salir el sol, que Víktor no había visto en medio mes, y la ciudad en varios años. Pero ahora no había nadie aquí que pudiera verlo. Nuevamente se escuchó el zumbido de un motor y por una esquina apareció un autocar. Víktor se apartó a la cuneta. Eran los Hermanos de Raciocinio, que pasaron a su lado, volviendo todos hacia él sus rostros vacíos, sin sentido.

«Es todo —pensó Víktor—. Me gustaría beber algo. ¿Pero dónde está Diana?»

Echó a caminar lentamente de regreso a la ciudad.

El sol estaba a la derecha, a veces se escondía tras los tejados de los chalets, aparecía entre ellos, salpicaba con su cálida luz a través de las ramas de los árboles medio podridos. Las nubes habían desaparecido, el cielo estaba sorprendentemente limpio. Una niebla leve se levantaba del terreno. Había un silencio total y Víktor prestó atención a los sonidos extraños, apenas audibles, que salían como de dentro de la tierra: unos débiles chasquidos, el murmullo del follaje. Pero después se acostumbró a ellos y los olvidó. Se sintió embargado por una asombrosa sensación de paz y seguridad. Caminaba como un borracho y casi todo el tiempo miraba al cielo. En la Avenida Presidente un todoterreno se detuvo a su lado.

—Monte —dijo Gólem.

Gólem estaba agotado, con el rostro grisáceo, parecía aplastado. A su lado estaba Diana, también cansada, pero bella de todos modos, la más bella de todas las mujeres cansadas.

—El sol —dijo Víktor, sonriendo—. Mirad qué sol.

—No se iría —dijo Diana—. Se lo advertí, Gólem.

—¿Cómo que no me voy? —se asombró Víktor—. Claro que me voy, pero no tengo por qué apresurarme.

No pudo contenerse y miró otra vez al cielo. Después miró hacia atrás, a la calle desierta. Todo estaba bañado por el sol. Los refugiados se arrastraban por la campiña, el ejército en retirada se marchaba con estruendo, los jefes chaqueteaban, allí había atascos, volaban los tacos, se gritaban amenazas y órdenes sin sentido, mientras desde el norte, sobre la ciudad, avanzaban los vencedores y aquí existía una franja desierta de paz y seguridad, varios kilómetros de vacío, y en el vacío había un vehículo con tres personas.

—Gólem, ¿esto es el mundo nuevo que avanza?

—Sí —dijo Gólem, mirando atentamente a Víktor a través de sus párpados hinchados.

—¿Y dónde están sus mohosos? ¿Van a pie?

—No hay mohosos.

—¿Cómo que no hay mohosos? —preguntó Víktor y miró a Diana que, sin decir palabra, apartó el rostro.

—No hay mohosos —repitió Gólem, en tono abatido, y Víktor pensó por un momento que se echaría a llorar—. Puede considerar que no existieron. Y no existirán.

—Magnífico —dijo Víktor—. Vamos a dar un paseo.

—¿Viene con nosotros o no?

—Iría con gusto, pero tengo que pasar por el hotel, recoger los manuscritos... y en general, echar un vistazo... ¿Sabe, Gólem? Me gusta este lugar.

—Yo también me quedo —dijo Diana repentinamente y bajó del vehículo—. ¿Qué voy a hacer allí?

—¿Y aquí? —le preguntó Gólem.

—No sé —respondió Diana—. Ahora no tengo a nadie más que a este hombre.

—Digamos que sí —objetó Gólem—. Él no entiende. Pero usted sí...

—Pero debe ver —repuso Diana—. No puede marcharse sin haberlo visto.

—Exactamente —intervino Víktor—. ¿Para qué demonios hago falta si no lo veo? Mi especialidad es ésa: ver.

—Oíd, chicos —dijo Gólem—. ¿Os imagináis adonde vais? Víktor, ya se lo dijeron: permanezca en su bando para que pueda ser útil. ¡En su bando!

—Toda la vida he estado en mi bando.

—Aquí le resultará imposible.

—Lo veremos.

—Señores, ¡como si yo no quisiera quedarme! —exclamó Gólem—. ¡Pero hay que poner la cabeza a funcionar aunque sea un poco! Hay que saber separar lo que uno quiere de lo que uno debe... —Hablaba, como si tratara de convencerse a sí mismo—. Vale... Quedaos. Os deseo que lo paséis bien. —Metió la primera marcha—. ¿Dónde está el cuaderno, Diana? Ah, ahí. Me lo llevo. A usted no le va a hacer falta.

—Sí —dijo Diana—. Eso era lo que él quería.

—Gólem, ¿y usted, por qué huye? —preguntó Víktor—. Usted anhelaba este mundo.

—Yo no huyo, sólo me voy —dijo Gólem con severidad—. De donde ya no soy necesario adonde aún me necesitan. A diferencia de vosotros. Adiós.

Y se marchó. Diana y Víktor se tomaron de las manos y echaron a andar por la Avenida del señor Presidente en dirección a la ciudad desierta, al encuentro de los vencedores que avanzaban. No conversaban, respiraban a pleno pulmón aquel aire inusitado, puro y fresco, cerraban los ojos bajo la luz del sol y no temían a nada. La ciudad los miraba con sus ventanas vacías, era asombrosa aquella

ciudad, cubierta de moho, resbaladiza, carcomida, llena de manchas malignas, como si un eczema la hubiera devorado, como si hubiera estado muchos años pudriéndose en el fondo del mar y la acabaran de sacar a la superficie para burla del sol; y el sol, harto ya de reírse, se dedicara ahora a destruirla.

Los tejados se derretían y se evaporaban, la hojalata y las tejas humeaban con vapores oxidados y desaparecían ante los ojos. En las paredes aparecían grietas que crecían, se extendían por doquier, dejando al descubierto el papel pintado hecho jirones, las camas astilladas, los muebles cojos y las fotografías descoloridas. Doblegándose sin ruido, las farolas de las calles se fundían, los quioscos y las vallas publicitarias se disolvían en el aire, todo en derredor se agrietaba, siseaba quedamente, susurraba, se volvía poroso, transparente, se convertía en montones de fango y desaparecía. A lo lejos, la torre del ayuntamiento cambió su perfil, se volvió borrosa y se fundió con el azul del cielo. Durante unos segundos el antiguo reloj de la torre quedó colgando en el cielo, separado de todo, y después desapareció también…

«Han desaparecido mis manuscritos», pensó Víktor con alegría. A su alrededor no existía ya la ciudad, en algunos lugares quedaban arbustos secos, árboles enfermos, manchas de hierba verde, pero sólo muy lejos, tras la niebla se adivinaban todavía algunos edificios, restos de edificios, fantasmas de edificios, y no lejos del pavimento ya desaparecido, en un porche de cantería que no daba ya a ninguna parte, estaba sentado Teddy, con la pierna enferma extendida delante de sí y las muletas a un lado.

—Hola, Teddy —saludó Víktor—. ¿Te has quedado?.

—Aja.

—¿Y por qué?

—Al diablo con ellos —explicó Teddy—. Se amontonaron como sardinas en lata, no tenía dónde extender la pierna, le digo a mi nuera: «Oye, tonta, para qué quieres ese aparador». Y ella se pone a insultarme. Los mandé al infierno y me quedé.

—¿Vienes con nosotros?

—No, sigan adelante. Me quedaré aquí sentado. Ahora no puedo caminar, y de mi destino no podré escapar…

Siguieron adelante. Hacía cada vez más calor, y Víktor tiró al suelo el impermeable, ahora innecesario, se despojó de los restos oxidados del fusil automático y, aliviado, se echó a reír. Diana lo besó y le dijo: «¡Bien!». Él no respondió. Caminaron y caminaron bajo el cielo azul, bajo el sol ardiente, por la tierra que ya reverdecía con hierba joven, y llegaron al lugar donde había estado el hotel. El hotel no había desaparecido del todo, se había convertido en un enorme cubo gris de hormigón rugoso. Víktor pensó que se trataba de un monumento, o de un indicador de la frontera entre el mundo viejo y el mundo nuevo. Y apenas pensó aquello, de detrás de aquella roca de hormigón salió volando sin hacer ruido un caza a reacción con la insignia de la Legión en el fuselaje, pasó en silencio por encima de su cabeza, hizo un giro silencioso cerca del sol y desapareció, y sólo entonces llegó el infernal rugido sibilante que les golpeó los oídos, las caras y las almas, pero ya al encuentro de ambos corría Bol-Kunats, con sus bigotillos quemados en el rostro curtido por el sol, y detrás avanzaba Irma, también casi adulta, descalza, con un vestido sencillo y una rama delgada en la mano. Miró en la dirección por la que había desaparecido el caza, levantó la ramita como si apuntara y dijo: «¡Pum!».

Diana se echó a reír. Víktor la miró y vio que se trataba de una Diana más, totalmente nueva, como nunca antes había sido, no hubiera podido imaginarse

que era posible semejante Diana, Diana Feliz. Y entonces, se amenazó a sí mismo con un dedo y pensó: «Todo esto es maravilloso, pero no debo olvidar que tengo que regresar».

FIN